

5888



HISTORIA DE LA IGLESIA

EN SUS PRIMEROS SIGLOS.



Historia celestia
W. G. J.

HISTORIA DE LA IGLESIA

EN SUS PRIMEROS SIGLOS

HASTA EL TRIUNFO DE LA MADRE DE DIOS

EN EL CONCILIO DE ÉFESO EL AÑO 431,

POR

DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.

TOMO I.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

MADRID.—1867.

—
IMPRENTA DE TEJADO, Á CARGO DE R. LUDENA,
CALLE DE SILVA, 47 Y 49, BAJO.

EPÍSTOLA

ACERCA DE ESTA OBRA

A UN DIFUNTO QUERIDO Y RESPETABLE (1).

En los veinte años transcurridos desde que para volar á mejor vida os ausentásteis para siempre de esta morada de infortunio, ha ido creciendo en mí por falta de salud la necesidad de pasar las horas largas del invierno en el encierro de mi propia habitación, y por lo mismo la conveniencia, provechosísima al espíritu,

(1) El Excmo. Sr. D. José García de la Torre, padre político del autor, Consejero que fué de Estado y Ministro de Gracia y Justicia en el reinado del Señor D. Fernando VII. Dejó la tierra por la patria de la bienaventuranza, según piadosamente juzgando nos lo hacen creer sus acendradas virtudes, el 24 de Mayo de 1847.

de emplear en el estudio el tiempo que sin él habia de ser pesado y enojoso. Pero el estudio parece estéril y de escaso fruto sino le acompaña la composicion literaria, que en cierto modo grava y perpetúa lo que el afan de la mente ha venido recogiendo del rico minero que ofrecen los libros y la meditacion científica.

Y si lo expuesto ha sido una causa ocasional de la presente obra; bien sabeis que su objeto es mas noble, y que me la ha inspirado un pensamiento de mayor importancia que el de hacer con el ejercicio de las facultades intelectuales mas llevaderos los males físicos que me regala la adorable Providencia. Los que somos inútiles para servir á la patria y á la sociedad cristiana en que vivimos, debemos buscar algun arbitrio para contribuir de otra manera y en cuanto lo permita la poquedad de nuestras fuerzas al bien comun, ó por lo menos al cultivo de alguno de los varios ramos de la ciencia [ó de la bella literatura. Y entre

estos, á decir verdad, el que menos adelantados ha importado ó traído de otras naciones es la historia eclesiástica, considerada en general, y no con relacion á la que podemos llamar historia particular de la Iglesia de España.

De esta última teniais bien conocidos los magníficos progresos que habia hecho como individuo que érais de la Real Academia de la Historia y justo apreciador de la obra insigne y dilatadísima que los consigna, y que será en las edades venideras un inmortal monumento de la incansable laboriosidad, juiciosa crítica, escogida erudicion é ingenio de los Padres Florez y Risco y demás continuadores de la *España Sagrada*. Despues de vuestra salida de este mísero mundo, para vos tan dichosa, se han publicado en las naciones extranjeras varias obras de verdadera importancia en órden á la historia general de la Iglesia, entre las cuales merecen el lugar mas distinguido la del Abate Rorbacher, que para rectificar las erradas opiniones introducidas en la historia por

el jansenismo y el galicanismo no solo presenta razones convincentes, sino tambien documentos fidedignos y auténticos, y que se ha aprovechado para ilustrar la historia de las muchas obras antiguas y actas de santos mártires descubiertas y publicadas en nuestros dias por el sábio Cardenal Mai. Ni es en su género menos apreciable y digna de todo elogio la escrita en Roma por Monseñor Palma con el título de *Prælectiones historiciæ ecclesiasticæ*, en que el buen gusto, el recto juicio, la erudicion y belleza de estilo limpio, sencillo, natural y agradable, nada dejan que desear. Pero aun no se ha traducido en España ninguna de estas dos obras altamente recomendables por la pureza de su doctrina católica. Ha logrado sí los honores de la traduccion la de Mr. Receveur, que está animada de buen espíritu y cuya lectura deberia preferirse á la de otras mas conocidas, pero no exentas de resabios anticatólicos, para cuya refutacion han venido muy de molde la reciente Encíclica *Quanta cura*

de nuestro inmortal Pontífice Pio IX, y el *Syllabus* que la acompaña, estando yo muy lejos de comprender en esta indicacion dos diminutos compendios que se estudian en algunos Seminarios Conciliares, ni el de la historia de la Iglesia de España escrita bajo la direccion del P. Ramon Buldú para servir de continuacion á la de Berault Bercastel reformada por Henrion.

No es mi ánimo entrar en el examen y crítica de las obras que he mencionado, ni de las que he dejado de mencionar. Esto no cabe en una epístola, ni hace á mi propósito, bastándome consignar que no habiéndose publicado ningun trabajo original sobre la Historia general de la Iglesia, ni habiéndose traducido las obras extranjeras, que son en este punto un verdadero adelanto de nuestro siglo, esta mia, aunque circunscrita á solo la primera edad del cristianismo, se presenta con tres caracteres que podrán servirme de disculpa: es el primero el ser original en cuanto á su forma: el segun-

do el comprender noticias nuevas relativas á algunos martirios, cuyas actas se deben á los descubrimientos hechos en la biblioteca del Vaticano por el célebre Cardenal Mai; y el tercero la circunstancia de que, gracias á Dios y á la Santísima Virgen, nuestra siempre dulcísima y bienhechora Madre, tengo motivos para creerla limpia, como debe estar la produccion de un católico, de toda escoria de jansenismo, galicanismo y de otras yerbecillas ponzoñosas que no hay para qué nombrar.

El dar una Historia general de la Iglesia es para mí cosa impracticable, como superior á mis fuerzas y al estado de mi salud.

Habia pues de acomodarme á lo que en nuestro siglo es moda en Francia y Alemania, es decir, á trazar la historia de un solo periodo de tiempo, eligiendo para protagonista un personaje, que fuese la figura principal de su época y á cuya vida estuviesen como enlazados los principales acontecimientos de ella, cual lo

han hecho el aleman Voit, bosquejando la vida y el siglo de San Gregorio VII, el suizo Hurter la de Inocencio III, y el francés Ratisbonne la muy aplaudida de San Bernardo, así como otros muchos autores del vecino imperio las de otros esclarecidos Santos. Pero tampoco me faltaban ejemplos de historiadores contemporáneos, que se limitaban á trazar el cuadro de una época determinada y no limitados á un solo país ni á un solo siglo, como Le Franc en su historia de la Edad media, y Michaud en la de las cruzadas. Mas mi aficion á la Historia eclesiástica, que os consta haberme acompañado desde la primavera de mi vida, no podia satisfacerse con fijar mi atencion en un solo personaje cuando tantos inmortales héroes del cristianismo la reclamaban para sí. Además, la historia de un solo Santo, por admirable que sea, no puede interesar á todos los cristianos tanto como el magnífico cuadro que ofrece el establecimiento de nuestra divina religion en un mundo que la recibió com-

batiéndola á sangre y fuego, conjurados contra ella todos los poderes de la tierra y todas las pasiones, que entonces eran señoras de los corazones de los hombres.

Maravillosa perspectiva se ofrecia á mis ojos en las catacumbas de Roma, en las conquistas de los Apóstoles, cuyo poder, riquezas y armas estaban cifrados en sus palabras, que revelaban la divinidad de un Crucificado, en las incomparables virtudes de los primeros cristianos, en las victorias de los mártires, en los prodigios, que con mucha frecuencia las acompañaban, en los espantosos castigos de Dios que caian sobre los perseguidores y sobre el romano imperio, en la transformación de las naciones idólatras, en el triunfo de la cruz, en la nueva legislación de los emperadores convertidos y en la sabiduría de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia católica. Aunque en cierto modo pudiera decirse que en ningun tiempo han faltado á la Iglesia esas grandezas y maravillas, pues en todos los siglos ha tenido Doctores insignes,

santos misioneros, que al eco de su poderosa palabra han convertido pueblos infieles, prodigios que han admirado, y fundaciones de bienhechores institutos, que han sido para el género humano un beneficio inmenso; es innegable que este cuadro verdaderamente celestial, que ya comprende el espacio de cerca de dos mil años, se presenta con mas vivos colores en los primeros cuatro siglos, y con aspecto mas asombroso y con mayor magnificencia. El estado de lucha y el subsiguiente triunfo le da mas interés. La accion es mas rápida en su conjunto. El mundo se transforma. De idólatra que era el universo se hace adorador y discípulo de un Salvador crucificado, que le impone nuevas leyes y por medio de su moral sublime á los hombres, que antes eran fango y corrupcion, eleva en santidad hasta un grado muy próximo á la pureza y excelsitud angélica.

Además, los héroes de la virtud, que en esta época alcanzaron la corona del martirio, son por disposicion de la divi-

na Providencia mas célebres que los de otros tiempos, y sus combates y victorias tienen por lo comun una belleza extraordinaria, ora por los milagros, con que el Todopoderoso los realza, ora por las circunstancias patéticas que á muchos de ellos acompañan, ora por la improvisada sabiduría sobrehumana que resplandece en sus respuestas á los interrogatorios judiciales. Á los mártires siguieron inmediatamente los entendimientos privilegiados que en las edades posteriores se han considerado como brillantísimos luceros del firmamento de la Iglesia, un San Atanasio, un San Basilio, un San Gregorio Nacianceno, un San Ambrosio, un San Gerónimo, un San Juan Crisóstomo, un San Agustín y un San Cirilo Alejandrino. Y estos sábios sucesores de los primeros apologistas de la religion triunfan de las herejías, como los mártires triunfaron de las crueldades de la tiranía perseguidora. Continúa, pues, la gloriosa campaña contra Luzbel y sus secuaces; y no ha hecho mas que mudarse el teatro

de la guerra. En el primer periodo de esta conseguian los mártires la victoria con el heroismo de sus corazones, y en el segundo lo alcanzaron los doctos defensores de la fé con las luces soberanas de sus entendimientos, que eran como los rayos del sol cuando arrojan en la alborada las tristes sombras de la noche que huye.

Así, pues, no he dudado de que esta primera gloriosísima época del cristianismo debia ser la preferida para ocupar con mas provecho y delicia de los lectores el tiempo y la mente estudiosa, que anhelaba emplear en un trabajo histórico, agradable por la variedad de sus hermosas escenas, al mismo tiempo que magnífico y grandioso por la importancia y elevacion de su asunto, que es la transformacion moral y religiosa del universo.

Ya llevo indicado que jamás concluyen en la Iglesia esas grandezas, que son su perdurable patrimonio, no pudiendo señalarse tiempo alguno en que no se la vea rica de heroismo, de santidad, de sa-

biduría, de gloria y de triunfos admirables. Pero en la época que me habia propuesto bosquejar, era mucho mas difícil concluir la narracion de hechos tan memorables en un punto en que no quedase pendiente la biografía de tantos ilustres Santos y escritores celebérrimos, como á la vez florecian en todo el siglo IV y en los treinta primeros años del siglo V. En el año 431 tenia para mí un atractivo muy particular el solemne triunfo de la inmaculada Madre de Dios sobre la herejía de Nestorio en el Concilio general de Efeso; y así este grandioso acontecimiento se me ofrecia como una digna corona del edificio que me proponia levantar, y como un término de gloria á mi carrera dilatada. Concurría la circunstancia de alto valor de que en aquella ocasion podia acabar mi historia sin cortar el hilo de la de otros sucesos de primera magnitud, ó el de biografías de ínclitos personajes, que llenasen el mundo con la fama de su eminente santidad ó de su excelsa sabiduría.

Es cierto que aun vivia San Cirilo, y que aun vivió catorce años mas; pero en aquellos catorce años casi pudiera decirse que su nombre no pertenece á la historia por haberlos pasado tranquilamente en su obispado de Alejandría, sin dar nueva materia á las lenguas amigas de novedades y á los libros que las consignan. Además, por medio de oportunas anticipaciones de noticias he procurado en los últimos capítulos de esta obra redondear en cierto modo, si es lícito expresarme de esta manera, las nociones mas capitales concernientes á varias personas, que figuraban en el mundo de la Iglesia, como Juan, Obispo de Antioquía, el célebre Teodoreto, el mismo San Cirilo, el heresiarca Nestorio, y el incomparable penitente San Simeon Stilita, que aun no habia muerto el año 431, pero cuya biografía doy entera por no dejarla incompleta. San Leon el Grande ya estaba entonces sobre la tierra, mas no habia principiado á señalarse con grandes hechos, y así para la historia

aun era lo mismo que sino existiese.

Si hubiérais permanecido entre nosotros, ó alma justa, sábia, respetabilísima y querida, hubiera consultado con vos sobre el órden y método que habia de seguir al escribir esta obra, y sobre diversos puntos en que los historiadores se muestran poco seguros, ó se hallan enteramente discordes, como sucede frecuentísimamente en lo tocante á cronología, y en especial al fijar [los dias y años en que principiaron y concluyeron por el martirio su azaroso pontificado los Papas de los dos primeros siglos; y habria tenido una suma satisfaccion en seguir vuestro dictámen siempre equitativo, y fundado en excelentes razones. Pero os confesaré que no teniendo obligacion de contener una historia todos cuantos hechos refieren las mas extensas, me he ceñido á los mas esenciales, á los mas señalados por su importancia y grandeza, á los que forman la cadena de los sucesos notables, y á los que mas se distinguen por su intrínseca belleza. No he omitido,

aunque en compendio, trasladar las ideas que acerca de las obras de los Santos Padres nos han dejado los historiadores y críticos mas aventajados, y muchas veces designo por su propio nombre al autor á quien pertenece el juicio que voy emitiendo ó la noticia que se da.

En cuanto al caudal de noticias, que constituye, digámoslo así, el fondo de la historia, claro es que no he tenido que ir á buscarlas á ningun archivo, como el diligentísimo investigador P. Enrique Florez, ni como el sapientísimo Cardenal Baronio, pues estos habian de crearla en cuanto á la formacion del cuerpo de la historia, y los antiguos monumentos que revolvian eran como los miembros dispersos de ella, que habian de juntar y compaginar. En cuanto á mí, me bastaba elegir exceientes guias que me condujesen al través de aquellos cuatro ó cinco primeros siglos, mostrándome los sucesos mas notables, que ya ellos habian con mucha extension consignado, teniendo muy bien averiguada su verdad en obras

voluminosas. Y á este fin tomé principalmente por maestro y por guia á un historiador de rectísimo juicio, de sana crítica, de imponderable majestad en su estilo y en su narracion pausada y grave, de alta nombradía en Italia y entre los verdaderos sábios de otras naciones. Desgraciadamente en España á este escritor insigne sobrevino la funesta calamidad de haber sido desfigurado en el pasado siglo por una traduccion harto indigna de su obra inmortal. Hablo del Emmo. Cardenal Orsi, que habiéndose propuesto escribir la historia general de la Iglesia, atajado por la muerte en su árdua empresa, no pudo llegar con los 21 tomos en fólío que nos dejó en su edicion romana, sino hasta el siglo VIII. Desde luego me persuado que aprobareis el que yo haya escogido tal guia y tal maestro. Pero no ha sido el único. Los nuevos descubrimientos de algunas actas de santos mártires hechas por el ya mencionado Cardenal Mai, y de otros documentos relativos á puntos

sobre los cuales sabeis que habia en este mundo grande ruido de disputas, como el apostolado de San Lázaro y Santa María Magdalena en Provenza, y el despojo que á San Dionisio Areopagita se le habia hecho de sus obras, exigian de mí que para enriquecer mi historia me aprovechase de las preciosidades y de las profundas observaciones que contiene la del ya célebre Abate Rhorbacher, quien, sea dicho de paso, tuvo muerte de santo, y á quien he seguido tambien al ordenar la cronología de los Sumos Pontífices de los dos primeros siglos. Y ya que he nombrado la cronología, diré acerca de ella que amigo como soy de exactitud completa, no la he convidado á ir siempre á mi lado en mi largo viaje, porque sé que es ella como el sol en dia en que las nubes le disputan la posesion del cielo. Así pues, en vez de poner al márgen del libro el año de que se está hablando, al referir un suceso de gran monta en el mismo texto he dicho, cuando me ha parecido conveniente, el año en que acaecia.

Tambien me ha sucedido soltarme algunas veces de la mano de mi sábio Cardenal Orsi, que me iba conduciendo, porque él deja pendientes algunas narraciones de acontecimientos encadenados entre sí hasta llegar al tiempo en que se verifica cada uno de ellos, volviendo á tomar el hilo del relato interrumpido, aunque inventando con suma maestría una ingeniosa conexion con lo que acaba de decir. En obras tan extensas como la suya ofrece este método menos inconvenientes. Pero yo debia ser mas conciso, y por lo mismo presentar en menos interrumpida narracion los sucesos que tienen entre sí una relacion íntima; así por ejemplo, encierro en dos capítulos seguidos todo lo perteneciente á la guerra y devastacion que llevaron á la Judea los romanos mandados por Vespasiano, y despues por su hijo Tito, que sitió y arruinó á Jerusalem como ejecutor de las venganzas del Altísimo. Á este fin ha coadyuvado grandemente el plan que he seguido de establecer frecuentes divi-

siones en la narracion por medio de capítulos diversos, muchos de los cuales tienen completa unidad porque versan sobre un solo asunto, formando á veces un pequeño cuadro bien contorneado, como en el siglo V el que comprende la maravillosa vida de Santa María Egipciaca.

Sin embargo, no me han servido de ataduras esas ventajosas divisiones de mi obra en diversos capítulos: encierran estos varios sucesos, siempre que no se proporciona que uno solo sea suficiente materia para todo el capítulo. Estas divisiones mas frecuentes que las que se hacen por libros, dan á los lectores mas oportunos descansos. Y aunque en las obras latas de historia estén en uso aquellas, autorizan las mias en pequeños capítulos muchísimas otras, cuya extension es mas conforme con la de esta obra, como la del mismo ya mencionado Monseñor Palma, y la mas antigua tambien latina del P. Amat de Graveson de la órden de predicadores, y entre las españolas de

historia profana la de la conquista de Méjico de D. Antonio Solís.

La grandeza del asunto estábame diciendo qué género de estilo requería, y la magestad, sonoridad, pompa y galanura del habla castellana se prestaban, sin ser llamadas de propósito, á pintar situaciones interesantes y escenas magníficas y sublimes, que con tanta abundancia como en la historia de la Iglesia no se hallarán en otras.

Tampoco he procurado sembrar con estudio reflexiones en medio de la narración histórica; pero no las he omitido cuando alguna vez se me ocurrían nacidas como de las mismas entrañas del asunto. Mas ofreciendo la historia eclesiástica una mina riquísima de muy útiles enseñanzas, me pareció que convenia formar de ellas algun como pequeño ramillete, observando aquello que en cierto modo constituía el especial carácter de los principales acontecimientos ocurridos en la centuria de años que acababa de bosquejarse.

No habré perdido el tiempo si leyendo los bellísimos combates de los santos mártires, algun corazon generoso se siente movido á imitarlos al menos en las batallas de la virtud; si al admirar los prodigios que obró el Señor en aquella primera edad del cristianismo, algun claro entendimiento aviva en sí la idea y conviccion de la verdad y del divino origen de nuestra sobrehumana religion; si la pintura de las incomparables virtudes de los primeros cristianos es para algun lector estímulo provechoso que le anime á seguir sus huellas, y si vos desde el cielo, donde piadosamente juzgando, os considero coronado de gloria, aceptais como ofrenda este cariñoso recuerdo, que es una prenda segura de que vivireis en mi memoria y en mi corazon.



CAPÍTULO PRIMERO.

SUMARIO.

Magnitud de la empresa de convertir el mundo acometida por los Apóstoles. Circunstancias de estos. Su transformacion en valientes de pusilánimes que eran, prueba la verdad de la resurreccion del Salvador. Reúnense en el Cenáculo con la Santísima Virgen. Eleccion de San Matias.

En el seno del cristianismo hay una porcion de sublimidades, con las cuales choca la pequeñez y pravedad de los entendimientos y corazones de sus enemigos; y aun llegan á suscitar tentaciones de duda en los que tibiamente lo profesan, cuando su fé no es robusta y carecen de la instruccion necesaria. Una moral que de continuo hace la guerra á las pasiones, unos misterios que por su alteza sobrepujan los alcances de la mente del hombre, unas verdades que están fuera de los circulos de los sentidos, unas esperanzas, cuyas realizaciones se guardan para cuando se haya perdido esta vida, que tanto amamos, son cosas que por su misma elevacion predisponen en contra la protervia, mez-

quidad y ceguera de la humana naturaleza, degradada por su primer pecado; y si ahora despues de su triunfo de la corrupcion del paganismo todavia encuentran tales dificultades y desdenes en los incrédulos de nuestros dias, mucho mayores habian de hallarlos para conseguir victoria, cuando el linaje de Adan no era mas que un vil esclavo de la carne y de las sombras del averno, dominadoras por medio de la idolatría. Los Apóstoles emprendieron establecer su religion contraria á estas dominadoras sobre las ruinas de aquella, y los siglos pasados fueron testigos, como nosotros lo somos, de que lograron su intento. He aquí una empresa de que solo los cielos son dignos de encargarse, y que solo ellos pudieran llevar á cabo. Su magnitud asombra; mas no aterró á los pescadores de Galilea, cuyo patrimonio eran la ignorancia, la pobreza, la humildad de su alcurnia, la timidez y el pavor en los peligros. Ellos son' los primeros que se regeneran, y nada resiste á su voz. Esta es su única arma, nueva por cierto en los anales de las guerras, las cuales emplean siempre el hierro y el fuego como medios de ataque y defensa. Usáronse tambien, pero sin éxito, contra los Apóstoles y su doctrina, mientras estos para dilatarla por la redondez de la tierra no hacian mas que hablar.

De estas breves consideraciones se inferirá

cuánto deba interesar su historia y la lucha de prodigios que en el mundo dejaron entablada, y que hasta el triunfo del Lábaro de Constantino fué como una continuacion de las hazañas de los Apóstoles. Solo el reunirse en el Cenáculo es ya un heroísmo, porque con su Maestro se desplegó aterradora ostentacion de crueldad, y así esperarían ser tratados con igual fiereza. Mas esto prueba la verdad de la resurreccion del Salvador, pues en su muerte se dispersaron y se escondieron. Púsoles su sello el espanto; para borrarlo fué preciso que en las llagas del Vencedor de la muerte contemplasen la gloria de su Divinidad. Solo así pudieron continuar en una empresa, cuyo Caudillo fué la primera víctima, y víctima cuyos tormentos no habian tenido ejemplo. Sabian que estaban encargados de hacer sus veces en el planteamiento de su nueva religion sobre la faz de la tierra; y era para amilanar hasta ejércitos de intrepidez el ver al mundo obedeciendo á una sola autoridad enemiga, y formando casi todo él un solo imperio, cuya cabeza era Roma, trono de la idolatría y dominadora, que las naciones adoraban y tenian por deidad. La misma Roma, en cuyo senado y pueblo-rey pudiera introducirse diferencia de opiniones, postrábase á los piés de un solo emperador, que de ella y del universo exigia

los honores divinos, como lo prueba Bossuet. Y los Apóstoles no habian de conquistar para la fé esta ó aquella comarca, sino todo el mundo; y aun cuando por un solo país comenzáran su guerra á la idolatría, sabian que por la unidad del imperio del politeismo, que era el gobierno de entonces, habian de luchar con todas las fuerzas de la aglomeracion de las naciones. Pero en el Olivete han visto subir á los cielos al que por su amor se inmoló en el Calvario, y vuelven á Jerusalem á encerrarse como principio de su carrera de gloria y de martirio en el Cenáculo situado sobre el monte Sion, á esperar la venida del Espíritu Santo, que su Maestro les ha prometido para templar el sentimiento de su ausencia y para que les enseñe y fortalezca.

Con ellos están los demás discípulos y las mujeres que acompañan á María, Madre del Salvador y consuelo y Reina de todos ellos. Su Hijo les habia dado muestras de un amor sin límites, y ella es en todo una copia de su Hijo, en la belleza de su alma, en la dulcedumbre de su carácter, en la sabiduría, en todas las virtudes, en su ternura de madre, en su bondad y en su amor, y los quiere como á los predilectos del Hijo de sus entrañas, y ellos la aman y la veneran como á su señora y madre: saben su intimidad con Dios, y por

eso la miran como á su esperanza y refugio. Ella les da el ejemplo en los suspiros, en las lágrimas y en el fervor de oracion sublime con que llaman al Espíritu Santo: es su esposa, y el Ángel de la anunciacion ya le dijo treinta y tres años antes que este Espíritu Santísimo sobrevendria en ella á obrar en su seno el misterio en que dió su carne y su sangre al Hijo del Eterno; por tanto su corazon, espejo de pureza, ya le posee, y aun da voces de amor para recibirle de nuevo y para que le reciban todos aquellos fieles que están orando en su compañía. Ella es la pastora de la grey santa. Mas Pedro que la gobierna como Vicario de Jesucristo es quien interrumpe aquel recogimiento y conversacion con los cielos para ordenar que se sustituya al traidor Judas otro Apóstol, á quien segun los términos del Salmista se transfiera su obispado, sacándolo de entre los presentes, que con mas fidelidad siguieron á Jesus desde un principio. Con esta iniciativa, ordenamiento é interpretacion del texto de la Escritura comenzó San Pedro el ejercicio de su primacia y la manifestó á todos los siglos. La asamblea propuso á dos varones de virtud y merecimientos, disponiendo la Providencia que fuesen tan iguales en el concepto de quienes los señalaban á fin de que el Altísimo hiciese la eleccion, y así San Matías no

fuese menos que sus compañeros, los cuales tuvieron la dicha de que los eligiese por sí mismo el Hijo de Dios. No para formar juicio acerca del mérito, sino como á medio usado en el antiguo Testamento para conocer la voluntad del Señor, se recurrió á las suertes, haciendo antes una plegaria de fuego para que Dios se dignase manifestar cuál de los dos era mas de su agrado. Salió de la urna el nombre de Matías, y se le reconoció por Apóstol, quedando postergado su competidor José Barsabas, varon de tanta virtud que mereció llevar la denominacion de justo.

CAPÍTULO II.

SUMARIO.

Venida del Espíritu Santo. Oportunidad del prodigio de las lenguas. Convierte San Pedro tres mil almas en su primer sermon: cura al cojo de nacimiento: con su segundo discurso entran en el gremio de la Iglesia mas de cinco mil personas: Pedro y Juan ante el Sanedrin. Estremecimiento de la casa donde oraban los fieles.

En la fiesta de Pentecostés, que la Sinagoga celebraba con pompa y solemnidad, y para la cual concurrían á Jerusalem los judíos de todas

las partes del mundo, hácia la hora de tercia, es decir, como á las nueve de la mañana, se oyó en el monte Sion un estruendo á manera del de un viento que con ímpetu llegase á sorprender: llenóse de él la casa, en que los discípulos, que eran unos ciento veinte, esperaban esta dicha en oracion y silencio. En medio del torbellino aparecieron lenguas como de fuego, y fueron á posar sobre cada uno de los que allí estaban. Y se llenaron todos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas. Aquellas eran símbolos del nuevo ardor y de la nueva luz y de la elocuencia del cielo, que en un instante transformó la rudeza de los pescadores en sabiduría, afluencia, unción, ardor y gracia para triunfar del universo. Al ruido, que se oiria á distancia, acudió al monte Sion muchedumbre de Judíos, que se maravilló con nuevos prodigios, pues siendo ellos de diversas naciones, oian hablar á los Apóstoles sus propios idiomas con tal facilidad y perfeccion que parecian ser nativos del país de la lengua que hablaban. Les oyeron los Partos, los Medos y los Elamitas, los de la Mesopotámia, de la Capadócia, del Ponto y del Asia Proconsular, los de la Frigia, de la Panfilia, del Egipto y de la Livia Sirenáica, y por último los Cretenses, los Árabes y los Romanos, de los cuales vivian algunos en Jerusalem y otros ha-

bian venido á aquella solemnidad; unos eran Judíos de origen y otros de religion. El asombro se apoderó de todos ellos; mas segun la disposicion de los ánimos fué el efecto que produjo aquel portentoso: los corazones de mejor índole se dejaban penetrar por la palabra de Dios, mientras los que estaban con la venda de las pasiones, rehusaban dar crédito á la maravilla, ó la despreciaban diciendo que á los Apóstoles hacia delirar el vino.

Para comprender la multitud de extranjerios que habia entonces en Jerusalem, basta acordarse de que era una de las capitales del Oriente. Además, se debe notar que las naciones que se enumeran como representadas por los forasteros, se hallaban en mayor contacto con Jerusalem no solo porque estaban situadas la mayor parte en el Asia, sino tambien por las relaciones que con ellas habian establecido desde la antigüedad la diseminacion del pueblo judío durante la época de su cautiverio, el comercio, la dominacion de los Romanos, y sobre todo el ser Jerusalem el centro de la única verdadera religion. Es tambien muy natural el que todos los extranjerios corriesen á oír y ver el prodigio de las lenguas, no solo porque la curiosidad es propia del que viaja ó se halla en país extraño, sino porque eran ellos los que mejor podian juzgar de aquella maravilla, que á ellos

con especialidad parecia dirigirse. Admiremos la sabiduría del Altísimo en comenzar por el milagro de las lenguas mas bien que por cualquier otro, pues de una manera mas próxima y mas directa preparaba á las naciones á recibir el Evangelio, supuesto que los que á ellas pertenecian, luego que volviesen al seno de su patria habian de referir el portentoso y discurrir acerca de sus antecedentes y de sus consecuencias.

San Pedro asistido de sus once compañeros levantó la voz para protestar contra la calumnia de embriaguez que se les imputaba, y con autoridad y elevacion de alma y de acento pronunció ante la muchedumbre un discurso, en que desenvolviendo el sentido de las Escrituras, probó con ellas que lo que allí se veia era el cumplimiento de la profecía de Joél, y publicando la resurreccion de Jesus, la apoyó en el testimonio de aquellas. Fruto de este su sermón primero fué la conversion de tres mil almas, las cuales fueron en el acto bautizadas por los Apóstoles.

Por la tarde del mismo dia iba San Pedro con San Juan al templo, y al entrar por la puerta hermosa le pidió limosna un cojo de nacimiento; y él le respondió: «no tengo oro ni plata que darte; mas en el nombre de Jesus levántate y anda;» y extendiéndole él la mano

para ayudarle á ponerse en pié, el cojo se levantó con alegría del lugar en que por tantos años le veian sin movimiento las gentes, y anduvo y entró con ellos al templo. Este milagro reunió en derredor de los dos Apóstoles una muchedumbre de personas, que lo admiraban; y Pedro en el pórtico de Salomon desnudándose de la gloria que le atribuian, y dándola toda á Jesucristo, en cuyo nombre lo habia obrado, volvió á predicar con entereza y magestad, conquistando para el reino de Dios cinco mil almas, sin contar los niños y las mujeres que entraron en aquella hora en la grey del Señor.

El instantáneo efecto de los dos primeros sermones de San Pedro es una prueba de que su mision era divina. Él como cabeza de los Apóstoles es quien recoge el primer fruto de la predicacion del Evangelio, queriendo el Salvador que su universal primacia comenzase á ostentarse con magnificencia.

Desde un principio triunfó la Iglesia en medio de tempestades. Es de notarse esta particularidad en el segundo sermón del Príncipe de los Apóstoles, pues miles de almas se rindieron á la fé, habiendo aquel concluido con la prision de San Pedro y San Juan, los cuales fueron aprendidos por los sacerdotes y guardias del templo, que con tumulto querian sofocar

en su origen la nueva religion. Lleváronlos á un calabozo para presentarlos al otro dia al Sanedrin ó supremo consejo de la nacion judáica. En él comparecieron los dos Apóstoles con el cojo de nacimiento, á quien habian curado. Los sacerdotes, los doctores de la ley y demás magistrados se asombraron de la intrepidez con que Pedro les hablaba, repitiéndoles que habia obrado aquella curacion en el nombre del mismo Jesus, que ellos crucificaron; y temiendo el crédito que habian adquirido en el pueblo con el milagro, no hicieron mas que mandar á los dos Apóstoles que en adelante se abstuvieran de hablar de ello y de Jesús: Pedro y Juan les manifestaron con franqueza y valentía que no cumplirían tal orden, porque justo era obedecer á Dios antes que á ellos. El Sanedrin les amenazó y los despidió, sin que los Apóstoles mostrasen temer sus amenazas.

Fuéronse estos al lugar en que estaban juntos sus compañeros y demás discípulos, aguardando el éxito del suceso, y les refirieron lo acaecido. Todos dieron gracias á Dios, y sabiendo que aquella tregua habia de ser breve, le pidieron con todo el fervor de sus corazones que los asistiera con su gracia y con el don de la sabiduría y de los milagros para gloria de su nombre y dilatacion de su impe-

rio. Á esto sobrevino un estremecimiento de la casa en que estaban, con el cual quiso el Señor denotar que habia oido sus ruegos, y se llenaron de nuevo del espíritu de lo alto.

CAPÍTULO III.

SUMARIO.

Vida que hacian los primeros cristianos en Jerusalem. Castigo de Ananías y de Safra. Sectas de Fariseos, Esenios y Saduceos. Prision de los Apóstoles: un Ángel los pone en libertad. Comparcen en el Sinedrio. Gamaliel.

En medio de los temores de la persecucion, desde su nacimiento florecia la Iglesia de Jerusalem, remedando á los Ángeles en santidad y pureza. Todos los fieles formaban un solo corazon y un alma sola; tal era su union y mútuo amor. Los ricos se desprendian de sus propiedades, vendiéndolas para entregar su importe á los Apóstoles; y estos acudian al sustento y demás necesidades de todos los cristianos, entre los cuales por esta razon no se hallaban pobres: todo era de todos, el corazon y los bienes. Sus ejercicios de religion eran de dos especies: unos pertenecian á la ley del

Testamento antiguo, y otros á la del nuevo; pues no dejaron los recién convertidos las observancias de la de Moisés, porque su fervor les hacia abrazar esa doble carga, y por no chocar con los judíos, á fin de que para su conversion no se les ofreciese el obstáculo de haber de abandonar las prácticas que tanto amaban. La grey santa se reunia en diversas casas, que se convertian en oratorios, donde el que presidia exhortaba é instruía: se oraba en comun, se leía la Escritura, cantábanse las alabanzas de Dios, se ofrecia el sacrificio del cuerpo y sangre de nuestro Redentor y se le recibia dentro del alma, cuidando tambien de enviarlo á los ausentes para que se regalasen con tan divino manjar. Á este convite del cielo seguia el del mantenimiento material, que era tambien un banquete de caridad, pues ella lo sazónaba y le comunicaba todas sus dulzuras, por lo cual esas comidas se llamaron agapes.

Entre los que, vendiendo sus haberes, ponian su importe en manos de los Apóstoles, distinguióse José, á quien los Apóstoles llamaron Bernabé, que quiere decir hijo de consuelo, por la satisfaccion que les causaba su virtud, la que tendremos ocasion de ver cómo resplandece en el ministerio de su apostolado.

No se portaron así Ananías y su mujer

Safira. Vendieron una posesion, y fingiendo llevar todo el precio de ella á los Apóstoles, reservaron para sí la mitad. San Pedro declaró con este motivo que no era una obligacion el enagenar lo suyo para entregarlo y mantenerse de los fondos comunes; por manera que el pecado de estos esposos fué la mentira y el haber pretendido engañar al mismo Dios en la persona de su Vicario. Las palabras de reconvenccion, que este dirigió á Ananías, fueron como un rayo: cayó muerto en el instante. Á las tres horas entró á la presencia del Principe de los Apóstoles Safira, ignorando lo sucedido á Ananías. Ella representó el mismo papel que su esposo, y tuvo el mismo castigo: cayó muerta al decirle San Pedro: «ahí tienes á los que vuelven de enterrar á tu marido.» Y desde entonces creció el respeto con que se miraba al que tenia de su parte la omnipotencia de Dios. Multiplicábase los milagros, con que los Apóstoles curaban todo linaje de enfermedades; mas solo del Principe de ellos se lee que curase con la sombra de su cuerpo cuando tocaba esta á los enfermos: con tal fin los ponian en las plazas y calles por donde habia de pasar. Desde lejos venian á ser curados por la virtud de Pedro, y de dia en dia iba creciendo su fama y aumentándose el prestigio de la doctrina que predicaba.

El pueblo correspondia mejor al llamamiento de los enviados de Dios: las personas de clase andaban mas miradas en abrazar el cristianismo por miedo á las autoridades de la Sinagoga. Y en efecto, para contrariarlo se hallaba esta en una disposicion de ánimo y en unas circunstancias, que parecian arregladas para el intento por el rey del averno: en su seno ardian de furor las sectas de los Fariseos, Esenios y Saduceos. El Evangelio muestra cuán enemigos de Jesus se manifestaron siempre los primeros, los cuales apegados á las exterioridades de la ley y á ciertas tradiciones inventadas por su capricho, no cuidaban de tener el alma limpia, viviendo en valía de la soberbia y de las demás pasiones, por lo cual merecieron que el Salvador los llamase sepulcros blanqueados: en todo se parecian á otros sectarios, que apartan de la virtud, fingiéndola de cara adusta, hacen un vano ídolo de la antigüedad eclesiástica, no cuentan con la misericordia de Dios, y con el corazon corrompido y altivo son tambien sepulcros blanqueados, belleza por defuera y por dentro podredumbre. Los Esenios, aunque en muchas cosas conformes á los Fariseos, tenian mejor conducta; los bienes eran comunes entre ellos, y hacian alarde de austeridad en la vida: su instituto no carecia de algo bueno, pero se cimentaba

en el orgullo y tenia por muro la obstinacion en el propio sistema. Los Saduceos, que eran lo mas granado de la sociedad judáica, y á cuyo número pertenecia el Príncipe de los sacerdotes, no creian en la inmortalidad del alma; por consiguiente no habia para ellos otra vida, ni juicio de Dios sobre los hombres. Claro es que su conducta seria conforme á sus creencias, y que su oposicion á la religion del Crucificado habia de ser muy natural y muy fuerte. No llevaban con paciencia el oir hablar de resurreccion: en sus manos estaban las dignidades y la fuerza; y no habian de transcurrir muchos dias sin que la empleasen contra los propagadores de una doctrina tan opuesta á la suya, y que ellos extendian curando con prodigios toda clase de enfermos y arrojando de los cuerpos posesos á los demonios.

Para dar á su persecucion cierto aire de legalidad y de importancia, trataron de condenar á los Apóstoles en juicio, y á este fin los prendieron. Se hubiera dicho que se desplomaba el edificio de la nueva Iglesia, estando los que eran sus columnas encerrados en la lobrete de una cárcel; mas las obras de Dios cuando parece que van á caer, ostentan mayor firmeza. Entró un Ángel en la prision, y por las puertas que abrió sacó de ella á los Apóstoles á

media noche, mandándoles que fueran á predicar al templo. Ellos muy de mañana cumplieron la orden del Ángel, mientras sus enemigos enviaban sus satélites á la prision para que los condujeran á su tribunal: volvieron estos diciendo que habian hallado cerrada la cárcel y alerta á los guardias y centinelas, pero que entrando en ella no habian encontrado á los presos. Tal noticia desconcertó al Sanedrin, y llegó á su colmo su turbacion y asombro cuando sobrevino un emisario, que puso en su conocimiento que los Apóstoles se hallaban predicando en el templo. Fué enviado un oficial con orden de llevarlos presos, y por miedo al pueblo no usó de violencia. Los Apóstoles obedecieron á sus insinuaciones, y se presentaron en el Sanedrin. El Príncipe de los sacerdotes y sus compañeros en la hostilidad dejaron estallar el volcan de sus iras. Pedro y los demás del colegio apostólico respondieron á los furores con la misma entereza y magnanimidad que la primera vez. El Príncipe de los Apóstoles hablaba en nombre de todos, repitiendo que era preciso obedecer á Dios antes que á los hombres. El Dios de nuestros Padres, les decia, ha resucitado á Jesus, á quien disteis muerte, clavándole en una cruz. Y este es aquel á quien Dios ha exaltado como á príncipe y salvador para dar á Israel la gracia de

la penitencia y la remision de los pecados. Y nosotros somos testigos de lo que os decimos, y lo es el Espíritu Santo que Dios ha dado á cuantos le obedecen. Oirlo y exasperarse los magnates de la Sinagoga, todo fué uno: maquinaban acabar con los Apóstoles; mas levantándose entre ellos Gamaliel, doctor y maestro en la secta de los Fariseos, y haciendo salir á los que eran víctimas en aquella tempestad, la serenó algun tanto, llamando la atencion del Sanedrin sobre lo sucedido con dos fautores de rebelion, cuya empresa no tuvo consistencia, y añadiendo que del mismo modo se disiparia la de aquellos hombres, si no provenia de lo alto, pero que si tenian á Dios de su parte, seria en vano perseguirlos, y que así se les debia dejar en libertad.

Estas razones y la autoridad de Gamaliel, que era grande, hicieron fuerza en los ánimos de aquellos judíos, pues desistieron del pensamiento de muerte; ni fué completo el triunfo de la prudencia y consejo de Gamaliel, que rara vez se rinde á la voz del recto juicio la ira ciega, ni se extingue la llama de la envidia. Por mandado del Sinedrio fueron azotados aquellos mismos que la noche antes habian tenido la honra de que los sacára de la prision el ángel del Señor. Tan antiguo es el juntarse favores del cielo y persecuciones por parte de

los hombres. Los próceres del judaismo renovaron á los Apóstoles su prohibicion de hablar de Jesus; y estos, sin ánimo de obedecerles, salieron alegres por haber tenido la dicha de padecer por su Maestro. Una religion que no hubiese sido de origen divino, no hubiera subsistido despues de la humillacion y dolorosa afrenta de los azotes sufridos por los que la promulgaban y establecian.

CAPÍTULO IV.

SUMARIO.

Eleccion de los siete primeros diáconos. Martirio de San Estéban. Persecucion de los fieles de Jerusalem. Propágase la fé por la Judea; y en la Samaría por medio de Felipe. Dones del Espíritu Santo derrámados sobre los que abrazaban el Evangelio. San Pedro y San Juan en Samaría.

Los Apóstoles crecian en ardor con las persecuciones, y su celo los llevaba á predicar de calle en calle y de casa en casa, obrando un sin número de conversiones. Su gozo por el fruto que de sus fatigas recogian, se menguó algun tanto por un disturbio ocurrido entre los fieles á causa de la reparticion de las

limosnas, que habian de servir al sustentamiento de las familias. Esto dió márgen para que juntáran en asamblea á los cristianos, y manifestándoles que ellos sin menoscabo de su ministerio no podian atender á la distribucion de los haberes, les propusieron que nombrasen siete diáconos ó coadjutores de entre los de mas virtud, mas saber y mas prudencia y que estuviesen llenos del Espíritu Santo. La eleccion recayó en Estéban, Felipe y Procoro, Nicanor, Timon, Pármenas y Nicolás, prosélito Antioqueno. Los Apóstoles, haciendo oracion, les impusieron las manos, y con este acto les confirieron el orden sacro del diaconado, estableciendo una nueva gerarquía en la Iglesia, y destinándolos no solo á ecónomos ó repartidores de lo temporal, sino á funciones santas, como son la de asistir á los sacerdotes y á los Obispos en los altares, la de cuidar del orden y devocion de los fieles en el templo, y la de predicar la palabra de Dios. Por eso se exigieron en ellos los requisitos de sabiduría y santidad.

El número de los fieles se aumentó en gran manera despues de la ordenacion de los diáconos; y por la primera vez observa San Lucas que entraron en el gremio de la Iglesia muchos sacerdotes. El Espíritu Santo llenando á Estéban de sus luces y de sus llamas, qui-

so manifestar que los diáconos no solo estaban destinados á la distribucion de las limosnas sino tambien á predicar y á desempeñar otras funciones del ministerio sacerdotal. Estéban resplandeci6 como un sol en el horizonte de la Iglesia: adornábale todo linage de virtudes; su fortaleza arrostraba los peligros; su celo no le permitia descansar un instante; á su elocuencia seguia el triunfo de la verdad; los corazones eran suyos. Empero los enemigos de la fé, despechándose por el bochorno de verse confundidos en las disputas que con él tenian, le achacaron que blasfemaba de Dios y de Moisés; y con esto sobrelevantaron en contra suya á grandes y pequeños. Y buscando testigos falsos, le hicieron comparecer ante el Sinedrio. Le acusó la calumnia, y su inocencia, pintándose en la belleza de su rostro, la estaba disipando: el brillo de su alma salió á sus ojos y á sus mejillas; y la llama del cielo que ilustraba su juventud, trasluciase bañándole en gracia, y dándole un atractivo cautivador. Preguntado por los ancianos del Sinedrio acerca de sus creencias, pronunció una vindicacion de su inocencia llena de fuego y de uncion, desplegando con rapidez los conocimientos que poseia de la divina Escritura; pero notando en medio de su discurso que sus palabras no hacian impresion en sus jueces,

arrebatado de santo celo les reprendia la crueldad con que trataron no solo á los profetas del Señor sino al mismo Jesus, que vino á redimirnos. Al oírle se exasperaban de rabia los magistrados judíos; y él en tanto levantando al cielo los ojos y el espíritu, lo vió abierto, y vió la gloria de Dios, y sin poder contenerse en medio de su rapto, exclamó: «Hé aquí que »veo abiertos los cielos y al Hijo del hombre »que está de pié á la diestra de Dios.»

Los príncipes de la Sinagoga se acabaron de cegar, y su furia estalló arrojándose sobre San Estéban, y concluyendo aquel proceso no con sentencia jurídica sino con tumulto é injurias y golpes al mártir. Arrastráronle fuera de la ciudad para apedrearle. Los testigos, que segun la ley de Moisés eran los que debían tirarle las primeras piedras, se quitaron las capas para estar mas espeditos y se las dieron á guardar á Saulo, que de esta suerte y con el encono de su ánimo se hacia partícipe de la injusticia y crueldad. Las primeras piedras las recibió de pié el vencedor atleta, y luego arrodillándose oró en alta voz por los que le estaban dando la muerte, y su espíritu voló á los cielos á coger la palma y á ceñirse la primer corona de mártir. Sepultáronle con honra sus hermanos en la fé, y sus reliquias obraron multitud de portentos.

La persecucion del cristianismo principió por un atropello: apariencia de juicio, y nada mas que apariencia. Así es como siempre se ha perseguido á la Iglesia. San Estéban es el tipo de los mártires por su elocuencia en los tribunales, por su ardimiento, por su generosidad en pro de sus verdugos, por la grandeza de alma que manifiesta al morir y por los prodigios que acompañan su martirio. Ya ha caido sobre él una nube de piedras, que por un órden natural debia derribarle, y él se mantiene en pié, y cuando lo cree oportuno se arrodilla y levanta la voz y muere orando por sus enemigos.

No fué la de San Estéban la única sangre que corrió por entonces: Saulo comisionado por las potestades de la Judea se precipitó contra los fieles como un lobo en un redil de ovejas: él mismo hablando de su conversion en presencia de Agripa y de Festo dijo que habia encarcelado á muchos, y que de una ú otra manera habia contribuido á la muerte de muchos. Y era muy natural que habiendo recurrido á la fuerza la Sinagoga, la emplease con la violencia y tenacidad necesaria para exterminar por medio de suplicios una religion de héroes: sabia que estos no se dejaban seducir ni persuadir, y que para vencer su constancia no habia mas remedio que hacerlos desaparecer

de la faz de la tierra; además, el furor que se soltaba había estado como represado por el disimulo y por razones de conveniencia propia, y en su despecho al ver que tanto se aumentaban los discípulos de Jesús, los pontífices hebreos iban acumulando combustibles de vengador incendio. Llegó el momento de que ardiese la hoguera, y Jerusalem se llenó de víctimas.

Los fieles con aprobación de los Apóstoles resolvieron trasladarse á otros puntos para que con su muerte no se fueran acabando los adoradores del Crucificado, y emigraron á las provincias de la Judea y á la Samaría y á Siria, y en especial á Antioquía y Damasco. Á todas partes llevaron la antorcha de la fé y el fuego de la caridad y los resplandores de sus nuevas virtudes desconocidas en el antiguo mundo. Los Apóstoles permanecieron en Jerusalem para animar á los que allí quedaban, y porque como columnas del edificio de la Iglesia no querían que se desplomára con su ausencia.

La dispersion de los fieles fué para la Judea y para la Samaría un apostolado, que el Señor les enviaba en su misericordia. San Lucas, á quien se deben las noticias de estos primeros tiempos, nada dice en particular del fruto que cogieron otros discípulos, y fijándose en el diácono Felipe refiere que evangelizó la

Samaria convirtiéndola á la fé con su predicacion y sus milagros, pues curaba toda clase de enfermedades y libraba á los obsesos. Sabe-dores de sus triunfos resolvieron los Apóstoles que dos de ellos pasasen á Samaria á dar el Espíritu Santo con la imposicion de las manos á los que Felipe como diácono no habia hecho mas que bautizar. La imposicion de las manos era privativa de los Apóstoles, y con ella administraban el sacramento de la confirmacion, cual hoy lo hacen los Obispos sus sucesores, confiriendo, aunque de una manera menos visible, los tesoros del cielo. Entonces la imposicion de las manos y la oracion hecha por los Apóstoles comunicaba tambien el don de lenguas, el espíritu de profecía y la potestad de obrar milagros, como señales del cúmulo de gracias interiores que consigo les traia el Espíritu Santo. La profusion de estas maravillas fué necesaria para la entrada del cristianismo en el mundo: San Agustin en su famoso dilema sobre que si el mundo se habia convertido con milagros era divina la religion de Jesucristo, y tambien lo era en el caso de haberse convertido sin ellos, pues este hubiera sido mayor prodigio, encerró el profundo pensamiento de la necesidad de portentos, que tenia el género humano para someterse al yugo del Dios crucificado. San Pedro y San Juan fueron los dos Apóstoles, que pasaron

á la Samaría á comunicar el Espíritu Santo y sus dones á los que habia conquistado para el reino de Jesus el diácono Felipe; y despues de haber confirmado en la fé á los Samaritanos, volvieron á Jerusalem, difundiendo en su tránsito la buena nueva del Evangelio.

CAPÍTULO V.

SUMARIO.

Bautismo del Eunuco de la reina Candaces: milagrosa entrada de Saulo en el redil de Jesucristo: sus primeros pasos en la carrera apostólica: su viaje á la Arabia y luego á Jerusalem: vision que tuvo en el templo: se restituye á su patria Tarso.

Por medio de un Ángel ordenó el Señor al diácono Felipe que se dirigiese hácia el medio dia del camino que desde Jerusalem conduce á la antigua Gaza, el cual comenzó á llamarse la via desierta, cuando Alejandro el grande arruinó aquella ciudad. Venia por él un personaje etiope, eunuco y ministro de la reina Candaces, que imperaba en una region de Etiopia: como prosélito del judaismo volvia de adorar en Jerusalem al verdadero Dios, y sentado en su coche mientras este rodaba, leia

profecias. Al llegar junto á él Felipe, notó que iba leyendo á Isaias, y díjole acercándose: «¿Entendeis lo que leéis?» y el Eunuco: «No lo entiendo; pero explicádmelo vos, subiendo á mi carruaje.» Se encaramó Felipe, y poniéndose á su lado le manifestó el cumplimiento de lo que significaban aquellas palabras del Capítulo 53 de Isaias «como una oveja fué conducido á la muerte.» El Eunuco oiria hablar en Jerusalem de como fué inmolado Jesucristo, y se admiró reconociendo cumplida aquella profecía. Oyó tambien la explicacion que el diácono le hizo de otros misterios y de los medios que emplea para difundirse sobre los hombres la divina misericordia, y se estaba instruyendo en la necesidad de una regeneracion espiritual, cuando al poner los ojos en el agua, que cerca de allí corria, exclamó: «ved ahí agua! ¿Hay algo que me impida bautizarme?» Y Felipe á él: «si crees de todo corazon, puedes bautizarte.» Y el Eunuco al instante: «creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.» Y hace parar el coche, y bajan ambos, y metiéndose en el agua, sale bautizado por Felipe el Ministro de la reina Candaces. Felipe desaparece arrebatado por el espíritu de Dios, que le transporta á Azot; y San Agustín y San Gerónimo dicen con referencia á algunos ejemplares griegos del libro de los Hechos de los

Apóstoles, que ellos habian visto, que el Espíritu Santo entró en el Eunuco. Felipe recorrió muchos pueblos y ciudades convirtiendo diversas gentes hasta llegar á Cesárea, en donde se fijó, y donde tenia cuatro hijas virgenes. Y el Eunuco lleno de regocijo volvió á su país, en el cual dejando su alto empleo, se hizo Apóstol de Jesucristo, siendo el primero que predicó la fé en Etiopía.

Entretanto llegaba ya el momento en que Dios habia de convertir en Apóstol del mundo al lobo que devoraba su grey. No contento Saulo con difundir el espanto entre los fieles de Jerusalem y con hacer entre ellos destrozos, anhelando dar nuevo pábulo á su ferocidad, y sabiendo que habia discípulos de Cristo en Damasco, cuyas Sinagogas obedecian al Sumo Sacerdote, pidió á este autorizacion para ir á traer cargados de cadenas á los fieles de aquella ciudad. La consiguió, y partió con gente armada á dilatar la persecucion, cuyo principal ministro y fautor era él mismo: ya estaba cerca de Damasco, respirando los furores de que su corazon iba abrasado, cuando cercándole con luz del cielo se le apareció Jesucristo, y derribándole del caballo, le dejó ciego con sus resplandores. Dijole desde arriba: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Y el perseguidor, que con sus compañeros tambien caidos

como él en el suelo, estaba atónito y temblando como herido por un rayo, exclamó todo mudado: «¿Quién sois vos, Señor?» Y respondió Jesucristo: «Yo soy Jesus Nazareno, á quien haces la guerra, y á cuya voz te seria muy duro el resistir.» Y Saulo repuso: «¿qué queréis, Señor, que haga?» Y el Salvador á su futuro Apóstol: «levántate, entra en la ciudad, y allí se te manifestará lo que has de hacer.

Los compañeros de Saulo vieron la luz que los hizo caer, pero sus ojos no descubrieron al Señor, que hablaba á Saulo, ni oyeron lo que le decia. Levantáronle llenos de asombro, y como no veia, le llevaron de la mano hasta Damasco, en donde por tres dias y tres noches no hizo mas que llorar y suspirar y ayunar y orar, siendo para él tinieblas el mundo entero, y estando por dicha suya transformadas las de su entendimiento en luz nueva y sublime. Agitaban su alma la idea de su felicidad, el recuerdo é imágen de su vision y su arrepentimiento, y todo esto á oscuras y en oracion. Ved ahí cómo se forma un espíritu que ha de ser agigantado en los santos caminos de Dios. Por último en otra vision se le representó Ananías entrando en su habitacion é imponiéndole las manos para restituirle lá vista.

Era Ananías en Damasco observador de la ley de Jesucristo y muy adelantado en la vir-

tud, y el Señor le dijo en una vision: «Levántate y ve á la calle que se llama Recta y busca en casa de Judas á Saulo Tarsense, pues está en oracion.» Ananías, como si el Señor no supiera quién era Saulo, se lo hizo presente, mostrando miedo y sin decirle que no se atrevia á obedecer. Y el Señor: «anda, porque este es para mí un vaso de eleccion para que vaya á dar gloria á mi nombre delante de las gentes y de los reyes y de los hijos de Israel. Pues yo le manifestaré cuánto le conviene padecer por mi nombre.» Y fué Ananías y entró en la habitacion de Saulo, é imponiéndole las manos le dijo: «Me envia á tí el Señor, Jesus, que se te apareció en el camino, cuando venias, á fin de que veas y te llenes del Espíritu Santo.» Y al momento cayeron de sus ojos unas como escamas, y se le restituyó la vista; y levantándose fué bautizado.

La gracia que no conoce tardanzas, aguijoneó á Saulo para que desde luego manifestára su conversion á los judíos de las Sinagogas de Damasco, predicándoles que Jesus era el Hijo de Dios: hizolo el nuevo Apóstol con valentia, magnanimidad y decision; y ellos mostraban su asombro, diciéndose unos á otros: «¿No es este aquel mismo Saulo, que en Jerusalem perseguia de muerte á los discípulos de Jesus, y ha venido aquí solo para llevarlos á Jerusalem car-

gados de cadenas?» Y disputaban con él, y se veían confundidos por la fuerza de sus razones y argumentos.

Poco despues pasó Saulo á las soledades de la Arabia desierta á perfeccionar su espiritu con las elevaciones de la oracion y con el trato con su Dios. Allí aprendió la sustancia y profundidades del Evangelio, y despues de algun tiempo volvió á Damasco trayéndolo escrito en sus entrañas y vivo en medio de la hoguera de su corazon. Se dedicó con el mayor ahinco á trasladarlo á otros corazones con su predicacion; y la resistian los judíos; y él los instaba y estrechaba probándoles con las Escrituras la verdad de sus aserciones. Viéndose ellos en el mayor conflicto, no sabiendo que responderle, formaron el desigñio de acabar con su vida; y al intento pusiéronse guardias en las puertas de la ciudad para impedir que se escapára; pero los fieles empeñados en librarle, desde una casa contigua al campo le descolgaron por la ventana metido en una espuerta. La noche encubridora de tantos crímenes favoreció esta empresa, en que á par de la proteccion de la Providencia campea con donaire el inventor ingenio del hombre.

No fué en Saulo cobardía el haberse evadido de las persecuciones de Damasco, pues se dirigió á Jerusalem, donde le sobrarian los pe-

ligros. Empezó este viaje para ponerse bajo las órdenes de Pedro, cabeza de la Iglesia, y para recibir de él la mision de Apóstol á que le destinaba el mismo Dios. Este Señor le habia instruido en la soledad por sí mismo; y él sin embargo fué á buscar en la infalibilidad de Pedro la sancion de su doctrina, disponiéndolo así la divina Providencia para que desde los primeros dias de la Iglesia este ejemplo de humildad y de sumision en un Apóstol que tenia luz del cielo, condenára las altiveces del espíritu privado. Como el nombre de Saulo aterrorizaba tanto, y era tan pública su saña contra la nueva religion, apenas podian los fieles acabar de creer que estaba mudado, y le miraron con recelo en un principio: á los buenos officios de su amigo Bernabé, que habia estudiado con él en la escuela de Gamaliel, debió verse admitido por los Apóstoles á su confianza y familiaridad; y pronto conocieron estos que en Saulo tenian un compañero de espíritu gigante. Hizo pública su conversion con sus hechos y con sus palabras. Disputaba de continuo con los judíos Elenistas, los cuales, avergonzados por sus derrotas, se despecharon, y se propusieron darle muerte. Saulo no era hombre que temia: pero oia con docilidad los consejos de sus hermanos, los cuales pretendiendo librarle, le instaban á que se fuese de Je-

rusalen. Para esto intervino nada menos que un expreso mandato del Señor, que se le apareció en el templo estando en un éxtasis. Como en aquella capital habia hecho encarcelar y azotar á los discípulos de Jesus, mostrando tan atroz celo por la ley de Moisés, creia que sus palabras tendrian mas fuerza cuando predicase su nueva religion, y así se lo hizo presente al Señor en aquella vision, queriendo permanecer en el campo de batalla. Mas fueron vanos sus deseos. Acompañáronle varios fieles hasta Cesárea, de donde prosiguió su ruta por Cilicia hasta su patria Tarso, ciudad que florecia en todo género de cultura y en la cual habia aprendido en sus primeros años la filosofia y literatura de la Grecia. Volvió á ella muy distinto con la sabiduría que el mismo Dios le enseñó, con la autoridad de su mision divina y con el sacerdocio y dignidad episcopal, que segun se cree le confirió en Jerusalem mediante la imposicion de las manos el Príncipe de los Apóstoles. No holgaria su celo en su país.

CAPÍTULO VI.

SUMARIO.

Pretende en vano el Emperador Tiberio poner á Jesus en el número de los dioses. Cura San Pedro milagrosamente al paralítico Eneas; y en Jope resucita á la limosnera Tabita. Vision de Cornelio; otra de San Pedro. Abre este Apóstol las puertas de la Iglesia á los gentiles. Bernabé y Saulo conquistan para el reino de Jesus á muchos habitantes de Antioquía: en ella pone su cátedra San Pedro provisionalmente.

Parece que poco despues de la conversion de San Pablo cesaron las persecuciones de la nascente Iglesia. Júzgase que fué á consecuencia de haber prohibido el Emperador Tiberio bajo severas penas hacer daño alguno á los adoradores de Jesus, á quien el mismo pretendió colocar entre los dioses del imperio, escribiendo á este fin al senado que contaba entre una de sus atribuciones la admision de los dioses extraños y la deificacion de los varones preclaros. El senado lo rehusó, pretestando que pues el Emperador no habia querido admitir los honores divinos, á ningun otro debian concederse. No insistió en su propuesta Tiberio; pero informado por Pilato del proceso, muerte, re-

surreccion y milagros del Salvador, continuó mostrándosele afecto y mirando con benevolencia á los cristianos. Mas no abrazó la nueva religion, ni se sabe que procurase enterarse de su doctrina tan contraria á las pasiones que le dominaban. La Providencia por la dignidad de Jesus no permitió que se le pusiese entre la muchedumbre de falsas divinidades, que se adoraban en Roma. En otro caso hubiera faltado á nuestra religion una de las pruebas de su divinidad, cual es la de haberse propagado sin ningun auxilio humano y teniendo contra sí todas las potestades de la tierra.

La paz que despues de su primera persecucion gozó la Iglesia, proporcionó á San Pedro holgura para extender su apostólico ministerio por todas las provincias de la Judea, estableciendo en persona nuevas Iglesias, es decir, ordenando nuevos Obispos y Sacerdotes para ellas y subordinándolas á la de Jerusalem. Mientras con este objeto visitaba á los fieles, curó por milagro en nombre de Jesucristo al paralítico Eneas en la ciudad de Lida, cuya poblacion y la provincia de Saron se convirtieron en vista del prodigio.

Y aun fué de mas solemnidad el portento que obró en Jope. Dos emisarios llegaron á donde se hallaba el Príncipe de los Apóstoles, quien cediendo á sus ruegos marchó con ellos

á la ciudad mencionada: entró en la casa á que le llevaban, y en una sala habia multitud de viudas pobres, deshaciéndose en lágrimas al rededor de un féretro, en el cual yacia una mujer llena de buenas obras y de las limosnas que hacia segun la frase de San Lucas. Aunque parezca extraño el tener una difunta los tesoros que en vida hizo pasar á manos de los pobres, dijo muy bien el historiador sagrado, porque ni en vida ni en muerte se pierden los frutos de la caridad, y en esta ocasion resplandecieron moviendo la omnipotencia de Dios. Su Vicario habló al cadáver, y el cadáver le oyó. Al decirle «levántate» sentóse sobre el ataúd, y Pedro extendiéndole la mano, ayudó á ponerse en pié á la llorada Tabita. Así se llamaba aquella insigne limosnera, que restituyó viva al amor de los pobres, cuyo consuelo era. Al asombro seguíanse las conversiones: la resurreccion de Tabita fué para Jope una iluminacion de fé. Por eso hubo San Pedro de permanecer en ella bastantes dias.

Su salida de esta ciudad la ordenó el cielo con grandezas sublimes: dos visiones la precedieron. Fué la primera la que tuvo en Cesárea Cornelio, Centurion de la legion Itálica; era hombre de virtud sin haber abrazado el judaismo, y temia y adoraba al verdadero Dios: se le apareció un Ángel, diciéndole que sus ora-

ciones y limosnas habian sido gratas á Dios, y por tanto llamase á Pedro, que estaba en Jope en casa de un curtidor de pieles, y él le diria lo que debia hacer. Obedeció Cornelio, y envió en busca de Pedro á dos de sus criados en compañía de uno de sus soldados que le inspiraba confianza por sus virtudes.

La otra vision llenó de asombro al mismo Príncipe de los Apóstoles: estaba en oracion en lo mas elevado de la casa cuando vió bajar de los cielos en una cosa parecida á un gran lienzo, una porcion de animales de diversas especies, serpientes y aves, y se le mandó que los matára y los comiera. Eran inmundos segun la ley de Moises, y Simon Pedro educado en ella, sin reparar en medio de su éxtasis que contradecia al Todopoderoso, impulsado por sus antiguos hábitos, dijo que no lo haria. El Señor insistió en su mandato, replicándole que no temiese comerlos, pues ya él los habia purificado. Y volvieron al cielo los animales. En ellos estaba representado el pueblo gentil, á quien se abrian desde aquel momento las puertas de la Iglesia. El mismo Espiritu divino se dignó declararlo al Pastor de los Pastores, ordenándole que fuera adonde le llamaban. Se le presentaron en aquel acto los tres mensajeros de Cornelio, y al dia siguiente partió con ellos y con algunos discipulos para Cesárea, donde

aquel le aguardaba con santa impaciencia. Habia congregado el Centurion á todos sus parientes, domésticos y amigos, y saliendo á recibir al Vicario de Jesucristo, se postró á sus piés y le adoró: San Pedro se apresuró á levantarle del suelo, asegurándole que era un hombre como él; y tomando luego un tono de magestad digno del enviado de Dios, explicó en breve á los circunstantes lo mas esencial de los misterios de nuestra religion. Y el Espíritu Santo bajó á confirmar las palabras y la mision de su Apóstol, infundiéndose en aquellos gentiles, que luego dieron muestras de haberle recibido y de estar llenos de sus dones. No podia manifestarse mas la voluntad divina. San Pedro la cumplió al instante, ordenando que se administrase el bautismo á toda aquella muchedumbre de gentiles, que se hallaban tan bien dispuestos.

Aquí vemos señaladas por el Ángel las limosnas que hacia Cornelio como la causa inmediata de que en su persona se abran las puertas de la Iglesia al gentilismo. Vemos tambien que Cornelio, aunque no estaba en el gremio de la Sinagoga, adoraba al verdadero Dios en union de toda su familia, sin duda por la noticia que de él le habia proporcionado la circunstancia de vivir entre judíos. Este ejemplo nos hace inferir que habria otros hombres de bien, los cuales haciéndose superiores á las

preocupaciones paganas, no se contaminasen con ellas, en medio de hallarse rodeados por su pestilencial atmósfera. Buena prueba de que no es imposible hacerlo, es el haberse hecho; y esta posibilidad condena á los demás secuaces del paganismo. Por último, la conversion de Cornelio pone de manifiesto que al reino de la luz, que es la verdadera religion, se llega por medio de la inocencia de la vida y de la pureza de costumbres.

Roto ya el valladar que separaba de los gentiles á los circuncisos adoradores de Jesucristo, diéronse estos á dilatar entre aquellos la bienhechora luz de su Evangelio: Antioquía, capital de la Siria, fué una de sus primeras conquistas: convirtiéndose en gran parte á la fé; y para cultivar su fructífero campo desde Jerusalem se envió á San Bernabé. Trabajó este sin descanso, y viendo que la mies era mucha, fué á Tarso á reclamar el auxilio de Saulo; y ambos aumentaron en dos años tanto la grey del Señor que para señalarse como una nueva nacion con nombre propio, en Antioquía fué donde por primera vez los discípulos de Jesus comenzaron á llamarse cristianos. San Pedro, cabeza de todos ellos, honró esta ciudad, estableciendo su augusta cátedra en ella, porque entonces sus riquezas, su poblacion y su fama la hacian la mas considerable del Oriente y se hallaba bien

situada para gobernar desde allí su reino espiritual, que iba ganando corazones en los países circunvecinos. Ni en tanto que llegase la época de trasladar su Santa Sede á la capital del imperio, estuvo el Príncipe de los Apóstoles sin correr conquistando. Por entonces se opina que escucharon su triunfadora voz el Asia, la Bitinia, la Galacia, el Ponto y la Capadocia.

CAPÍTULO VII.

SUMARIO.

Componen los Apóstoles el credo. Tradicion de la venida de Santiago el Mayor á España. Tradicion del Pilar de Zaragoza. Martirio de Santiago.

Viendo los Apóstoles que ya era llegado el tiempo de emprender sus conquistas, desparramándose por las naciones, reunidos en Jerusalem convinieron en reducir á ciertos artículos las principales creencias de la fé, y compusieron la confesion que llamamos el credo, para que sirviera de distintivo á los cristianos verdaderos. No lo escribieron, porque siendo tan corto, juzgaron que estaria mejor grabado en los entendimientos y en los corazones, por lo cual la Iglesia no lo cuenta entre sus escritu-

ras canónicas, y aunque á nadie es lícito separarse de su sentido, hay países en que las palabras varían algun tanto significando lo mismo. El origen de esta oracion, que es un compendio de nuestras católicas creencias, le da suma importancia. Sus autores lo llevaron á las extremidades del mundo, y sellaron con su propia sangre las verdades encerradas en ese su santo símbolo.

Los doce pescadores se dividieron la tierra para establecer en ella el nuevo imperio predicho por los profetas. El Espíritu Santo se dignó dictar á San Lucas una considerable parte de la historia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; del primero porque era la cabeza de la Iglesia, y del segundo porque estaba destinado á ser el maestro de las naciones, y la de ambos para que por ella se infiriera lo que habian trabajado los demás Apóstoles y se infirieran sus padecimientos, los peligros que corrieron y las victorias que alcanzaron. Tal es el secreto y la fecundidad de todas las obras dictadas por el Espíritu divino que en ellas puede ver el entendimiento mucho mas de lo que leen los ojos. Y en efecto, siendo uno mismo el mundo de entonces para todos los Apóstoles y uno mismo el cargo que todos ellos tenian de convertirlo á Dios, es claro que sus hazañas fueron parecidas, aunque variasen las

circunstancias de ellas. ¿Y qué importan las circunstancias cuando sabemos lo sustancial de los acontecimientos, es decir, que hubo heroísmo en la empresa y auxilio divino en la ejecucion, y contrariedades, peligros, padecimientos y triunfos?

Mas no se crea que por no constar en la Escritura los hechos de los demás Apóstoles, no los escribiese el Señor de otra manera, pues tiene la Providencia en la Iglesia católica otro libro propio de su augusta magestad, que reina sobre los siglos: tal libro es la tradicion. Y así como la memoria de las hazañas de los héroes se conserva mas viva en los países, que con ellas se ennoblecieron, así las de los Apóstoles viven en especial donde las obraron, estableciendo el reino de Jesucristo.

Por eso la tradicion de la venida á España del Apóstol Santiago el Mayor correspondia que en esta nacion hubiera fijado su trono. De tal manera los diez y nueve siglos cristianos de la nacion española son la historia inmensa de la predicacion de Santiago en España. Santiago fué uno de aquellos á quienes se dirigió el precepto del Salvador de ir á predicar á todas las gentes; sábese que los demás lo cumplieron, y cumplirlo debia en especial el que llevaba el sobrenombre de Boanerges, hijo del trueno, y con sus hechos estaba obligado á justificar este título, que le dió la sabiduría del

Todopoderoso; mas no lo hubiera justificado permaneciendo en Judea. Voló pues como un rayo á las Españas á derramar en ellas el fuego divino, en que el Espíritu Santo le abrasó el corazon bajando sobre él en el Cenáculo; ni era posible que lo hubiese tenido represado predicando solo en Judea; ni era posible que los demás Apóstoles lo tuvieran como represado por espacio de doce años, cual pretenden algunos circunscribiendo su predicacion á la Judea. Por el contrario, San Ireneo, tan inmediato á los tiempos apostólicos, asegura que para sus destinos partieron los Apóstoles luego que recibieron al Espíritu Santo; y la razon parece persuadirlo que lo hicieran asi tan luego como San Pedro abrió á los gentiles las puertas de la Iglesia con el bautismo del centurion Cornelio. Además, la historia y la experiencia enseñaron que en aquellos tiempos bastaba por lo general un solo Apóstol para una nacion; y de todos modos ya se verificó que al principio todos juntos predicaron en la Judea. Á todo esto añade mayor peso la epístola de San Pablo á los Gálatas, quien en su cap. 11 afirma que cuando fué á Jerusalem tres años despues de su conversion, es decir, hácia el año 37, no vió mas que á San Pedro y á Santiago el Menor, lo que muestra que los demás Apóstoles ya estaban lejos, esparciendo la luz del Evangelio.

Desde los tiempos mas remotos se hallan ya testimonios escritos de la tradicion de la venida de Santiago á España. Baronio vió un manuscrito de San Hipólito, mártir del siglo III, en el cual se asegura que Santiago predicó en España; y otros varios autores hacen mencion de este manuscrito, acerca de los doce Apóstoles. San Gerónimo, cuya crítica respetan los inteligentes, dice, hablando de los hijos del Cebedeo, que uno de ellos predicó en las Españas, es decir, Santiago; y en otro lugar de sus obras enumerando las naciones á que el Espiritu Santo envió á los Apóstoles, escribe *alius ad Hispanias*, y añade que guarda cada nacion el sepulcro de su propio Apóstol. Ahora bien, el mundo católico con sus peregrinaciones á Santiago de Compostela, las cuales duraron varios siglos, manifestó que estaba persuadido de que allí se hallaba el cuerpo del Apóstol Santiago; y si el cielo no le hubiese hablado con la voz de los milagros, no hubiera nutrido para con aquel sepulcro una devocion, que le hacia atravesar distancias tan dilatadas.

Estando el Apóstol Santiago en Zaragoza se le apareció una noche la Santísima Virgen, transportándola los Ángeles desde Jerusalem antes de su asuncion á los cielos; y dejándosele ver sobre un pilar, obra divina que allí quedó, cumplió la órden de su Hijo mandándole edi-

ficar un templo en aquel mismo sitio y prometiéndole mostrar allí su munificencia á cuantos la invocaren. Se bañó en júbilo el Apóstol con tan dulce visita; volvió á Jerusalem la Reina de los Querubines conforme habia venido; y Santiago cumplió sus órdenes levantándole luego en aquel lugar cuando aun vivía la Señora un pequeño templo ó capilla, que con el transcurso de los siglos se convirtió en la Basílica, con que hoy se honra la ciudad de Zaragoza.

Esta ha sido en todos tiempos la creencia de los españoles; esta la tradicion, que forma la gloria de España, y uno de los solemnes fundamentos de su mas tierna devocion á la universal Abogada del humano linaje, la cual tanto la distinguió viniendo á ella de una manera extraordinaria como á tomar posesion de su reino y á establecer en él para siempre el trono de su maternal patrocinio. El sábio Cardenal Aguirre llama á esta creencia tradicion muy antigua, confirmada muchos siglos há con los privilegios de los Sumos Pontífices y comprobada desde la antigüedad por muchos escritores autorizados, añadiendo que nadie puede atreverse á refutarla sin incurrir en la nota de temerario ó de impío.

Y en efecto, ¿falta á nuestra tradicion alguno de aquellos caracteres augustos con que el cielo autoriza una creencia? Desde el principio

del cristianismo se ha mantenido en España muy viva la persuasión de que la Madre de Dios vino en carne mortal á Zaragoza; este convencimiento no ha estado reducido al círculo de los habitantes de aquella ciudad, sino que siempre ha sido el de todos los españoles, y aun el de las naciones extrañas; las maravillas multiplicadas que ha obrado la Emperatriz de la gloria en aquella su célebre Basílica, son la celestial confirmacion de la verdad de la creencia; y lo es tambien la perpetuidad de aquel templo y del culto, que en él recibe, porque como una roca incontrastable en medio de los mares ha subsistido respetado por las persecuciones, por la invasion de gentes enemigas y por las borrascas de las guerras desoladoras. Estas glorias y estos triunfos fueron los precursores del lauro que esta inmemorial tradicion consiguió en la capital del mundo cristiano en 1723, cuando el Sumo Pontífice Inocencio XIII aprobó, autorizó y mandó rezar en España el oficio propio de la dedicacion del templo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, despues de cuya sexta leccion se refiere haberse aparecido la Madre del Salvador al Apóstol Santiago.

Despues de la visita, que recibió de la Reina de su corazon, y despues de haberle levantado con sus discípulos y con el favor del cielo el templo que le mandó edificar orillas del Ebro,

volvió Santiago á Jerusalem cuando la persecucion se habia de nuevo encendido contra los cristianos. Promoviola el rey Herodes Agripa puesto en el solio por el Emperador Claudio, excitándole á ella su celo por las ceremonias mosáicas y las instigaciones de los judíos, que tanto aborrecian el cristianismo. Fué Santiago una de las principales víctimas de esta persecucion; pero tuvo la gloria de que viéndole confesar la fé con suma intrepidez se convirtiese su mismo acusador y padeciese el martirio con él. Iban ambos al suplicio, y su nuevo compañero pidió al Apóstol que le perdonára; y deteniéndose este en su marcha por un instante, «la paz sea contigo» le dijo, y le dió el beso de paz. Cayeron ambas cabezas al filo de los aceros, y ambas almas volaron juntas á recibir el inmortal premio de su victoria.



CAPÍTULO VIII.

SUMARIO.

San Pedro es encerrado en la cárcel y le liberta un Ángel. Muerte de Herodes Agripa. Saulo y Bernabé van á llevar las limosnas de los fieles á los cristianos de Jerusalem: á su vuelta á Antioquía son consagrados Apóstoles por especial mandato del Espíritu Santo. María Santísima despues de la Ascension del Salvador: su tránsito al cielo.

Habiendo visto el rey Herodes Agripa que la muerte de Santiago el Mayor fué del gusto del pueblo judío, quiso complacerle aun mas con la del Príncipe de los Apóstoles, pues ansiaba ganarse voluntades. Á la conciencia no atendia. Puesto en prision San Pedro, la noche que habia de preceder al dia de su suplicio dormia entre dos centinelas con una paz y una tranquilidad que estaban diciendo lo mucho que confiaba en la Providencia. En tanto, porque le amaban y porque era su santo caudillo, oraban muchos fieles por él: el fruto de su oracion fué iluminarse la cárcel con la venida de un Ángel, que despertó á Pedro moviéndole y le dijo que se levantase y se vistiese. Al instante se le cayeron las cadenas á Pedro: se puso las

sandalias y se ciñó y abrigó, señal clara de que no huía, sino de que salía con magestad y señorío. Iba sin embargo al lado del Ángel como un niño, que va guiado por su padre y sin saber adonde. Atravesaron ambos por entre puertas y centinelas, y la puerta de hierro al verlos se abrió por sí misma de par en par, permitiéndoles la entrada á un callejon, en donde el Ángel desapareció. Su compañía tenia en una especie de absorcion á Pedro, pues hasta que le perdió de vista no se acabó de cerciorar de cuanto le estaba pasando. Dirigióse á casa de la madre de Juan Marcos, que era en donde se pedia á Dios su liberacion: tocó á la puerta; y una criada, cuyo nombre era Rosa, se asomó á ver quién era, y al descubrirle fué tal su alegría, su turbacion y sorpresa, que sin abrirle corrió para arriba á avisar que estaba allí Pedro: no fué creida por mas que protestaba haber oido su voz, túvose por un delirio, y prevaleció el concepto de que seria el Ángel de su guarda. Pedro en tanto seguia llamando para que le abrieran. Por último le abrieron, y el regocijo subió de punto cuando él les refirió las maravillas, con que el Señor le acababa de librar de la prision y de la muerte.

San Lucas, cuya narracion dictaba el Espíritu Santo, dice que luego se fué el primer

Vicario de Jesucristo, pero no indica hácia qué punto viajó por entonces. He aquí uno de los caracteres de la inspiracion, no contarle todo como lo hacen los hombres. Mientras el Príncipe de los Apóstoles se alejaba, porque así era la voluntad del Altísimo, los soldados que habian de responder de su persona, morian por órden del rey Herodes. Ellos contaban el milagro, y él no se paraba á pesar sus descargos y sus razones, que el no querer oír las de sus inferiores es achaque de soberbios encumbrados.

Habiendo el rey Agripa solemnizado de esta suerte la pascua en Jerusalem, se trasladó á Cesárea para celebrar en aquella ciudad de la Palestina juegos en honra del emperador Claudio. Estaba muy irritado con las ciudades de Tiro y Sidon, lo que siendo para estas de gran daño, porque habian de traer de las provincias del rey los comestibles, enviaron sus diputados á Cesárea para aplacarle. Pero ya habia llegado el tiempo en que Dios queria vengarse del orgullo y maldades de este príncipe: el segundo dia de los juegos se presentó en el anfiteatro con una vestidura tejida de finisima plata, la cual brillando con los resplandores del sol, que estaba dando en ella, deslumbraba con sus reflejos la vista de los espectadores, obligándoles á bajarla. Estaban

estos en su presencia como ante un ídolo. Con tal apostura de magestad dió pública audiencia á los Tirios y Sidonios. Arengábales haciendo alarde de elocuencia, y el pueblo aplaudiéndole clamaba que aquellas voces no eran de un hombre sino de un Dios.

Este sacrilegio de adulacion hizo llegar á su colmo la vanidad de Agripa, y se llenó la medida de sus iniquidades, por lo cual en aquel mismo punto le hirió el Ángel del Señor. Sorprendiéronle dolores en las entrañas con tanto ímpetu, que teniéndolos él mismo por mensajeros de su muerte, «he aquí, dijo, volviéndose á sus aduladores, he aquí que yo en el mismo acto en que os estoy oyendo que me llamais Dios, me veo forzado á dejar este mundo y la vida; así se manifiesta con mi muerte vuestra mentira, bajando yo al sepulcro cuando vosotros me aclamais por inmortal.» Y haciéndose por instantes mas intolerable la acerbidad de sus dolores, se le transportó de prisa á su palacio. Difundióse el rumor del peligro de muerte en que se hallaba; y el pueblo, en el que tambien se veian niños y mujeres, vestido de cilicio y saco, con el rostro cosido contra la tierra, gemia pidiendo á Dios la curacion de su príncipe en la misma plaza en que estaba situado el palacio. Desde el lecho en que yacia vió Herodes este lúgubre espectáculo, y no pudo

represar el llanto. Cinco días duraron sus tormentos. Los gusanos que en un principio le acometieron las entrañas, esparciéronse luego por todo el cuerpo y lo devoraron vivo.

Mientras el alma de este rey entraba en la eternidad, partian de Antioquía para Jerusalem Saulo y Bernabé, llevando á los fieles de la Judea las limosnas de los Antioquenos, que se movieron á socorrer á aquellos, que ya sufrían los estragos de la carestía y hambre vaticinadas por el profeta Agabo. Queda dicho que en los albores del cristianismo los fieles ponían el precio de sus propiedades vendidas á los piés de los Apóstoles, los cuales por medio de ministros de segundo órden lo repartían, alimentando á viudas, huérfanos y pobres. Los que de semejante manera no quisieron desprenderse de sus bienes, pues esto era voluntario, los perdieron en la primera persecucion que padeció su naciente Iglesia: así en Palestina todos los cristianos eran pobres; y de aquí la solicitud de los Apóstoles en recoger para ellos limosnas de los fieles de otros países.

Á su vuelta á Antioquía fueron Saulo y Bernabé objeto de una solemne revelacion, que el Espíritu Santo se dignó hacer á los profetas y doctores que brillaban en aquella Iglesia. Mandóles segregár á Saulo y á Bernabé del clero de Antioquía, al cual segun parece esta-

ban adictos, y revestirlos solemnemente de la dignidad de Apóstoles para la cual los tenia destinados. Preparáronse á esta augusta funcion, que habian de desempeñar los profetas y doctores antioquenos ayunando y pidiendo el auxilio del cielo; y con la imposicion de las manos y con oraciones los consagraron Apóstoles. Nadie tenia facultad para conferir tan sublime y especial dignidad y la autoridad aneja á ella; por eso el Espiritu Santo se reservó el hacerlo.

Parece que á este tiempo deba referirse el célebre rapto de San Pablo hasta el tercer cielo, en el cual vió cosas tan grandes que lengua humana no podría explicar, y que él tuvo guardadas con gran sigilo en su pecho.

Hay en la historia eclesiástica un gran vacío, que debe haber. La Madre del Salvador, que en todo fué privilegiada con singularidades de excepciones de gloria, tambien habia de serlo en esto. No convenia á su grandeza augusta que su historia se escribiese á la manera de la de los demás personajes de este mundo. El Dios, que divinizó sus entrañas tomando en ellas la sangre de la redencion, habia dispuesto escribirla de otro modo mas sublime y mas nuevo; haciéndola madre del género humano, impuso á las generaciones cristianas la dulce obligacion de elevarse á ella en meditaciones de amor, que habian de durar

tanto como los siglos del cristianismo, y en estas elevaciones del espíritu fué donde quiso escribir la vida de su Madre con resplandores de íntima y secreta inspiracion en los entendimientos y en los corazones amantes. Por eso su historia se imprime en las almas fervientes y puras y no en el papel mezquino; los caracteres con que se graba son los vuelos de los afectos santos, y el Espíritu Consolador es quien la enseña. Respetemos pues las profundidades del Altísimo. El velo con que ha cubierto la vida de María en el tiempo que le sobrevivió en la tierra, es debido á la magestad de esta Señora de los Querubines. Sin embargo, tenemos los antecedentes necesarios para elevarnos á su contemplacion; podemos columbrar, aunque sin comprenderlos ni alcanzarlos nunca, los pensamientos y divinos amores, que arrebatarian á la Heroína del Calvario, y la sublimidad de sus virtudes y la continuacion de los dolores y sacrificios de su corazon maternal y endiosado. Ella quedó en el valle de lágrimas en lugar de su hijo Jesus; ella era la pastora de su rebaño; ella era la maestra, á quien todos consultaban, porque habia guardado en lo íntimo del alma las palabras de su Hijo; ella era la Reina de los Apóstoles; ella era el astro de la naciente Iglesia; ella era la esperanza de los cristianos atribulados; ella era el modelo de

las mujeres de la nueva ley; ella era la fortaleza de los perseguidos; ella era la Reina de los mártires. Y el mundo que la rodeaba era pagano, y su pueblo, que era el judío, se obstinaba en no recibir la luz de su Hijo divino, y la Sinagoga y los sacerdotes del antiguo templo encarcelaban y azotaban y apedreaban á los predicadores de la doctrina del cielo. Y los nuevos discípulos huían ó se escondían, ó perdían sus bienes, ó se dispersaban por lejanos países ó morían entre suplicios. Tal era el horizonte, tales las nubes, tales las tempestades, tales fueron los rayos y los relámpagos, entre cuyos horrores vivió la Princesa del empíreo suspirando por su Amado, que se había ido á la gloria dejándola, y que en la tierra aun vertía su sangre en la persona de sus Apóstoles y discípulos. La deícida Jerusalem fué la estancia de María.

Un autor, que había investigado mucho acerca de esta Virgen inmaculada, pretende probar con razones atendibles que habitó y murió en el mismo Cenáculo en que su Hijo adorado instituyó el Eucarístico Sacramento de su amor y en el que bajó sobre ella y sobre los Apóstoles el Espíritu Santo. Han corrido diversas opiniones acerca del año de su tránsito á los cielos, y la que tiene mas probabilidades es la de Eusebio, quien escribió en su crónica que la

Madre de Dios habia vivido 63 años. Santa Brígida dice que la misma Señora se lo reveló, y la Iglesia parece adherirse á esta creencia aprobando la corona de las 63 Avemarias en honra y memoria de los 63 años, que la Virgen María vivió sobre la tierra. Segun estos datos subió á ocupar el trono de la gloria hácia el año 44 de nuestra Era.

San Juan Damasceno afirma que el Rey de los cielos bajó con su corte de Ángeles á recibir el alma de su Madre; y si no valiese la autoridad de este Santo, por lo menos es cierto que el divino Jesus entró sacramentado en el corazon de su primer Amante á hacerle exhalar el último aliento en un incendio de amor. En la primitiva Iglesia comulgaban los fieles todos los dias, y la Reina de todos ellos mas pura que los Ángeles y mas abrasada que los Serafines, cuyo seno habia sido por nueve meses tabernáculo de Dios, todas las mañanas le introducía de nuevo en su pecho enamorado, y vivía con él y vivía en él y respiraba en él y gastaba toda la vida en amarle no como los Santos y las Santas, sino de una manera mas sublime, mas incomprensible. Usábase entonces guardar la sagrada Eucaristía en las propias casas, que eran otros tantos santuarios, y la Madre de la divina ternura la tendria consigo y estaria siempre extasiada en sus amores.

Mas no era todo delicias en la Señora; allí se levantaba el Calvario ante sus ojos maternales, presentándole de continuo la desgarrada imágen de su Hijo crucificado; allí bullia el pueblo, que vociferando pidió su muerte; allí estaba el pretorio de Pilatos, en que los azotes le despedazaron; allí se veia el lugar en que el romano le presentó con la corona de espinas; allí todo le hablaba con elocuencia de dolor; allí todo le recordaba la pasion de su Amado; allí hasta las piedras le estaban diciendo que habian sido bañadas en la sangre de su Hijo. Y mas que todas estas cosas su imaginacion de madre, su corazon de madre, su patético amor de madre imprimian en su alma junto con el recuerdo de sus tormentos todas sus llagas y dolores. Así le tenia en su fantasía inflamada; así le tenia adorándole en el sacramento de su amor; así le tenia en el cielo, y suspiraba por ir á unírsele para siempre en el reino de la inmortalidad.

Es sentimiento comun de los Santos Padres que María murió de amor, y en verdad que no le correspondia otro género de muerte. San Juan Damasceno y otros varios autores escribieron que los Apóstoles se hallaron en su tránsito (el cual en la antigüedad solo se denominaba el sueño de la Virgen Santísima), y que los Ángeles los transportaron por milagro

desde los países en que estaban predicando el Evangelio. Y cuentan otras varias circunstancias, que omito. Nicéforo en su historia eclesiástica, citando á Juvenal, Obispo de Jerusalem, dice que fué antigua tradicion que los Apóstoles estuvieron tres dias junto al sepulcro de su Reina, oyendo música de Ángeles, y cuando esta cesó al tercero dia bajaron al sepulcro; y ya no hallaron el cuerpo santísimo de la Emperatriz de la gloria, que habia resucitado y subido á los cielos. Á los autores que he citado dará cada cual el crédito que le parezca, como siempre sucede. Entre tanto los hijos de la Iglesia católica estamos persuadidos de que María resucitó y subió á los cielos en cuerpo y alma, porque la Iglesia enseña esta verdad y solemniza la fiesta, que instituyó en honra de su Asuncion.

CAPÍTULO IX.

SUMARIO.

Traslada Pedro su Santa Sede desde Antioquía á Roma: funda por medio de San Marcos la Iglesia de Alejandría. Viajes apostólicos de Saulo y Bernabé. Conversion del proconsul Sergio Paulo. Los dos Apóstoles en Antioquía de Pisidia: se ven obligados á huir á Iconio. En Listria tienen que hacer esfuerzos para no ser adorados por dioses y luego son apedreados: continúan sus viajes y vuelven á Antioquía.

Es cierto que Dios podia haber dispuesto que el Obispo de Roma sucediese á San Pedro en la dignidad de Vicario suyo y de Supremo Pastor de toda su grey y cabeza de toda su Iglesia, aunque el mismo San Pedro jamás hubiese estado en Roma. Mas nadie ignora cuanta veneracion para con la Iglesia de Roma ha inspirado siempre á los fieles la consideracion de que en su seno junto con su sangre derramaron los Príncipes de los Apóstoles toda su doctrina; y de que en ella se muestran sus trofeos, y la de que San Pedro, á quien Jesucristo dió absoluto poder para atar y desatar, viva todavía y en cierto modo allí presida en

su cátedra, y la de que su confesion sea aquella piedra contra la cual segun la promesa de Jesucristo jamás prevalecerán las puertas del infierno, y que sea como el oráculo, que en las dudas que se suscitan y para cuya solucion se acude á Roma de todas partes del mundo, consultado por los Romanos Pontífices, dé siempre respuestas de infalible verdad. Tanta gloria proviene á Roma de haber trasladado á ella desde Antioquía el Príncipe de los Apóstoles su augusta cátedra. Túvola en Antioquía seis ó siete años como para que el Oriente no envidiase esta dicha al Occidente, y al cabo de ellos la fijó en Roma, que siendo entonces la señora del mundo por la espada, habia de serlo en adelante por la espiritual potestad de sus Sucesores.

Desde la ciudad eterna atendia San Pedro á fundar nuevas Iglesias en las mayores capitales; y así como por sí mismo habia echado los cimientos de la de Antioquía en el Asia y de la de Roma en Europa; puso tambien los de la de Alejandría en el África por medio de su discípulo y secretario San Marcos, para que desde allí se dilatara la religion por todo el Egipto. Envióle pues en lugar suyo. Y la antigüedad toda reconoció y ensalzó á Marcos por fundador de aquella célebre Iglesia, la cual por respeto y consideracion al Príncipe de los Após-

toles, despues de la Romana, fué preferida á todas las demás en los primeros siglos.

Saulo y Bernabé mientras San Márcos convertia el Egipto, pusiéronse en marcha para dar cumplimiento á la mision de que el Espíritu Santo les habia encargado con tanta solemnidad. Llevando en su compañía á Juan Marcos, primo de Bernabé, se dirigieron desde Antioquía primero á Seleucia de Siria, en cuyo puerto se embarcaron navegando para Chipre. Era Salamina una de las dos ciudades importantes de esta isla, y en la Sinagoga comenzaron los Apóstoles su predicacion, costumbre que siguieron con la mayor constancia, principiando siempre por los judíos. Y fueron recorriendo toda la isla hasta llegar á Pafos, donde el proconsul Sergio Paulo tenia su residencia. Este dignatario romano brillaba con las virtudes propias de su condicion: respetábanle por la pureza de sus costumbres, por la rectitud de su entendimiento, por su sabiduría, por la integridad de su administracion y por la justicia de su gobierno, cualidades todas que le predisponian á abrazar el cristianismo. Oyó con gusto á sus predicadores, y se convirtió á la fé al ver el milagro con que Saulo castigó privando de la vista á un Mago, que se le oponia.

Por este tiempo Saulo comienza á llamarse Pablo en el libro de los Hechos de los Apósto-

les. Y acerca de la causa de tal mudanza de nombre es mucho lo que varían las opiniones.

De la isla de Chipre pasaron á Panfilia nuestros Apóstoles; y en Perga, donde estuvieron predicando, separóse de ellos el jóven Juan Marcos, para volver á Jerusalem, rehusando por entonces participar de los trabajos y de la gloria del apostolado.

Corriéronse los dos misioneros hácia las ciudades mediterráneas del Asia, y en Antioquia de Pisidia sucediéronles cosas grandes. Invitados á hablar en la Sinagoga de los judíos, Pablo tomó la palabra y se cautivó con un discurso lleno de luz la atención de todos, produciendo rico fruto en el corazón y en el entendimiento de sus oyentes. Pidiéronle estos que el sábado siguiente continuase instruyéndoles; pero aquel sábado habia de ser tempestuoso. Acudieron á oírle muchos gentiles, y despechados por esto los judíos se tumultuaron contra él. Pablo sin descorazonarse los reprendió, porque no querían recibir la luz de Dios; y volviéndose á los gentiles, halló en ellos más docilidad y aprovechamiento. Ni se encerraba su celo dentro de los muros de la ciudad: difundíase por las campiñas circunvecinas, dilatando en los pueblos el reino de Dios. Mas la rabia de los judíos por medio de mujeres de influjo hizo que los magistrados echasen á los Apóstoles de aquel ter-

ritorio. Sacudieron estos el polvo de sus piés segun el ordenamiento de Jesucristo; y pasaron á Licaonia, sembrando por do quiera la divina palabra por ciudades y aldeas. En su capital, que era Iconio, hicieron gran fruto, predicando en la Sinagoga. Rindiéronse á su voz muchos gentiles y judíos; pero de los últimos los obstinados les movian sorda guerra concitando contra ellos la mitad de los ciudadanos, pues la otra mitad estaba por los dos Apóstoles, admirando sus prodigios y recibiendo sus lecciones de vida eterna. Tanto maquinaron en contra los que cerraban los ojos á las multiplicadas maravillas y á la luz de la verdad, que al fin Pablo y Bernabé se vieron en la necesidad de huir, porque se hallaban entre los perseguidores los magistrados de la ciudad y el Presidente de la Sinagoga. Cumplian el mandato del divino Maestro. Ganaron con ello otras ciudades de la Licaonia, y en especial Listria y Derves, que los tuvieron en su seno y se recalentaron con los rayos de la nueva luz.

En Listria curó Pablo con solo decirle «ponte en pié» á un cojo imposibilitado, que al instante le obedeció, levantándose y andando con presteza. Este prodigio que se hizo en público, suscitó en las cabezas de aquellos idólatras la idea de que Bernabé por su gallarda presencia era Júpiter, y que Pablo era Mercu-

rio por su facundia. Como chispa eléctrica se extendió por todas partes esta original ocurrencia: ya un sacerdote de los ídolos, preparadas las víctimas y las coronas con todo lo demas necesario para el holocausto, iba á hacerles un sacrificio, cuando Pablo y Bernabé con la premura y celo que el caso requería, con gritos y ademanes lograron impedirlo, persuadiéndoles no ser ellos mas que hombres y siervos del único Dios verdadero, enviados por él para desengañar á los mortales, que yacian en las tinieblas del paganismo. Pero este intento de ofrecer culto divino á Pablo y á Bernabé acabó por perseguirlos con una nube de piedras. Mientras ellos rehusaban la improvisada apotheosis, llegaron de Iconio y Antioquía unos cuantos judíos, que se dieron tan buena traza para malquistar á los Apóstoles, que mudándose en un momento los ánimos, ardieron furiosos en los pechos, y moviéndose los brazos, acudieron á las piedras para desahogar sus iras. Fueron tantas las pedradas que maltrataron á Pablo, que cayó medio muerto; y los furiosos le arrastraron hasta fuera de la ciudad. Mas aquella misma noche volvió á ella, levantándose con el auxilio de los que ya habia convertido; y al otro dia salió para Derves, donde ambos Apóstoles predicaron con fruto la divina palabra, é instruyeron á muchos en las verda-

des del Evangelio. Cual olvidados de las persecuciones y trabajos que padecieran, volvieron á Listria, á Iconio y á Antioquía para confirmar allí á los discípulos, y exhortarlos á perseverar en la fé y á no caer de ánimo en las tribulaciones, porque estas son el camino del cielo. Pero el principal motivo de volver con tanto riesgo de la vida á las mencionadas ciudades parece que fué el ordenar Obispos para gobernacion de aquellas Iglesias; pues sintiéndose llamados por el Espiritu Santo á otras partes, juzgaron que era un deber suyo proveer á aquella grey nascente de pastores, los cuales no solo velasen en su defensa sino que trabajasen en el círculo de sus diócesis por dilatar el imperio de Jesucristo. Volvieron, pues, los dos Apóstoles por la Pisidia á la Panflia; y despues de haber predicado en Perga, bajaron á Atalia, puerto de esta provincia, donde se hicieron á la vela para Antioquía, de la cual habian salido para esta su primera expedicion apostólica.

CAPÍTULO X.

SUMARIO.

Santa Tecla. Vision de San Pablo: vá á Jerusalem á conferir con San Pedro el evangelio que predicaba. Su amonestacion á San Pedro en Antioquía. Suscítanse en esta ciudad algunas quere-llas, con cuyo motivo se celebra el primer Concilio en Jerusalem.

Uno de los frutos de la predicacion de San Pablo en Iconio fué la conversion de Santa Tecla, protomártir de las mujeres. Se habia dedicado al estudio de las bellas letras y de la filosofia, y estaba ya prometida á un esposo de riquezas, nobleza y poder, cuando oyendo al Apóstol, su corazon se apasionó de la virginidad: se hizo superior á la ternura y persuasiones de sus padres, al amor de su futuro esposo y á las amenazas y tormentos con que trataron los magistrados de apartarla de su propósito: holló las lisonjas del siglo y triunfó de los suplicios. Varios Santos Padres refieren que fué expuesta á las fieras en el anfiteatro y condenada á las llamas, habiéndola el Señor sacado vencedora en una y otra batalla: se arrojaron á sus piés los leones; mas pasó por toda clase de tormentos. Sin embargo, la opinion mas

comun es que acabó sus dias en paz. Empero era antigua costumbre de la Iglesia dar el título de mártir á los que por la fé habian padecido tormentos, aunque no se hubiese verificado el morir en ellos. Afirman algunos autores que vivió Santa Tecla cerca de un siglo. Si así fuese, por haber sobrevivido á su martirio y por su longevidad tendria puntos de semejanza con el anciano Juan Evangelista.

Á su vuelta á Antioquía de Siria tuvo San Pablo una vision, en que el Señor le mandó ir á Jerusalem á conferir con San Pedro el evangelio que predicaba. En este hecho sobrenatural, en esta revelacion expresa, en este mandato extraordinario quiso Jesucristo mostrar su voluntad de que á Pedro se sujetase aun lo venido del cielo, cual era la doctrina de Pablo, cuyo espíritu no solo en la tierra fué lleno de luz, sino que en su rapto subió á iluminarse en el empíreo mismo. Nadie mas sabio ni mas sublime que Pablo en el conocimiento de las cosas de Dios: su doctrina como enseñada por el mismo Jesus no necesitaba aprobarse, ni el humilde Apóstol habia menester de una ocasion de mostrar su humildad. Lo que intentaba con esto la Sabiduría eterna era manifestar á los siglos que no hay ciencia ni revelacion que no deba someterse al infalible juicio de su Vicario, el sucesor y represen-

tante de Pedro. Obedeciendo San Pablo fué á Jerusalem en compañía de Bernabé y de Tito, á quien habia convertido del paganismo y á quien miraba como á hijo. Los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan los recibieron con el mayor cariño y cordialidad. Pero algunos fieles, que provenían del judaismo, harto apegados aun á sus prácticas, pretendieron que Tito debía circuncidarse, y Pablo le defendió, triunfando de las opiniones de aquellos.

Vuelto San Pablo á Antioquía, se dice que no tardó en ir á dicha ciudad el Príncipe de los Apóstoles y que Pablo le reprendió por que estando ambos acordes en que debía tratarse con los gentiles convertidos, esquivó el comer con estos por no disgustar á los fieles del judaismo, los cuales aun miraban con aversion el trato con aquellos. Añádese que Pedro dió ejemplo de singular humildad, mudando de conducta luego que oyó la admonicion de Pablo. Aquí no hubo en Pedro error alguno en su enseñanza dogmática, ni en la gobernacion de la Iglesia, pues su falta, suponiéndola tal, solo atañe á su manejo personal, á su conducta privada; y es muy sabido que los católicos no sostenemos que en los actos de su vida privada sean infalibles ó impecables nuestros Sumos Pontífices. Sin embargo, admitiendo el hecho, se atenúa sobre manera la mencionada falta,

atendidas las circunstancias, la recta intencion de Pedro y el particular cuidado que habia de tener en no disgustar á los judíos, los cuales en especial estaban encomendados á su celo. Pero no puede pasarse en silencio, respetando todos los derechos de la verdad, que en todos tiempos ha habido en el seno de la Iglesia division de pareceres acerca de este suceso; en todos tiempos muchos sabios han creido y sostenido que el Cefas, á quien reprendió San Pablo no era San Pedro, sino uno de los setenta y dos discípulos del Salvador como escribia Clemente Alejandrino. Y en el tomo primero de la historia de los Pontífices escrita en italiano por Novaes puede verse una noticia de los autores y de las disertaciones publicadas que eximen á San Pedro.

Sea lo que fuere de esto, no se vé con qué objeto hubiese ido San Pedro á Antioquía para volver luego á Jerusalem, adonde fueron en seguida á buscarle San Pablo y San Bernarbé, llevando las querellas suscitadas en Antioquía acerca de las observancias legales. Estaban entre los judíos que habian concurrido á esta ciudad los unos porque los gentiles observáran la ley de Moisés, sujetándose á la circuncision al convertirse al cristianismo, y los otros porque quedáran libres de esta sobrecarga. Pablo y Bernabé tuvieron que padecer contradicciones

como defensores de este último partido. Se tomó por remedio ir á Jerusalem á consultar con Pedro y los demás Apóstoles. Para su decision estos y los ancianos celebraron un Concilio, que por ser el primero se ha considerado como la norma y la regla de todos los demás. Investigada la cuestion detenidamente, se levantó San Pedro, y como Príncipe de los Apóstoles, y cabeza de la asamblea, y supremo doctor, y maestro de toda la Iglesia, terminó la disputa, y decidió la causa de una manera irrevocable. «Vosotros sabeis, dijo, que ha muchos años he sido yo el primero, á quien Dios eligió para que de mis labios oyesen las naciones y recibiesen mediante la fé el Evangelio. Dios mismo, que penetra los corazones, y cuya honra y culto consisten principalmente en la pureza y santidad de la mente, con mucha claridad nos dió á conocer que esta no dependia de la circuncision ni de las demás ceremonias legales sino de la fé en su Hijo, dando de un modo visible el Espiritu Santo á los gentiles sin establecer diferencia alguna entre ellos y nosotros, aunque ellos no estaban circuncidados. ¿Por qué pues quereis tentar á Dios, sujetando á los discípulos contra su manifiesta voluntad á un yugo, que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Por lo cual nosotros mismos, aunque circuncisos, no debemos así como los

gentiles esperar nuestra salvacion ni de la circuncision, ni de ninguna de las otras ceremonias prescritas por la ley, sino de solo la gracia de Jesucristo.» Callaron todos, y con su profundo silencio y sumision completa acataron la decision de Pedro.

En seguida San Pablo y San Bernabé contaron los prodigios, que por su medio habia obrado el Señor entre los gentiles, manifestando con tales portentos que aprobaba su modo de conducirse con aquellos al eximirlos de la servidumbre de la ley. Habló despues Santiago, y confirmando la sentencia de Pedro con las autoridades de los profetas, añadió que para facilitar mas la union de ambos pueblos en un solo cuerpo de religion, juzgaba conveniente mandar á los gentiles que se abstuviesen de las carnes sacrificadas á los ídolos, de la fornicacion y de la sangre y de las carnes de los animales sofocados. Con unanimidad aprobó el Sinodo este ordenamiento, cuyas ventajas es fácil descubrir. Comer las carnes sacrificadas á los ídolos era en cierto modo sentarse á la mesa de los demonios. Y los judíos acaso por esta causa huían de los gentiles, temiendo con razon ó sin ella que no hicieran escrúpulo de presentar semejantes manjares en sus mesas. Tambien aborrecian los judíos la sangre de los animales, y para que esta no fuera un obs-

táculo á la suspirada union de ambos pueblos, se dictó la provisional disposicion de que el pueblo gentil se abstuviera de ella, ya que tanto se le favorecia declarándole exento de las observancias legales. En cuanto á la simple fornicacion, no la tenian por pecado los gentiles, y por eso se les ilustra sobre este punto. Tambien se vé en estas declaraciones conciliares el dedo de la Providencia, que de antemano quiso proveer á los cristianos de antidoto contra el veneno y la peste de las perversas doctrinas de los Nicolaitas, de los Gnósticos y de otros hereges, que pronto habian de infestar la Iglesia, permitiéndose cual cosas licitas é indiferentes toda suerte de impurezas y la participacion de los sacrificios de los ídolos. Judas y Sila, varones de autoridad en la Iglesia, fueron elegidos para llevar á Antioquía la carta sinodal, en la cual se dice: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros no imponeros etc.»

Los Apóstoles en esta ocasion dieron la norma de lo que habia de hacerse para poner un término á las controversias. Pablo y Bernabé llevan la causa á Jerusalem, donde se halla Pedro, Cabeza de la Iglesia. Aunque este puede decidir por sí mismo y no duda acerca del partido que ha de tomarse, por ser de gravedad el negocio, quiere que se discuta y examine en un Concilio. Dura el exámen hasta que el

mismo Pedro, que preside la asamblea, expone su parecer por inspiracion del Espiritu Santo. El oráculo del cielo proferido por sus labios se recibe con profundo silencio y acatamiento. Si Pablo, Bernabé y Santiago hablan despues de él, lo hacen de conformidad con su dictámen. El juicio de Pedro es infalible, aunque Pablo y Bernabé crean oportuno robustecerlo con la autoridad de los milagros obrados en pró de su predicacion, y Santiago además lo juzgue conforme á los oráculos de los profetas. Escríbese la decision, no como un parecer humano, sino como un juicio divino; y los Apóstoles y los demás Obispos con franqueza y confianza publican que ha parecido al *Espiritu Santo* y á ellos. Se envia el decreto á las otras Iglesias, no para que lo examinen, sino para que lo ejecuten. Por último, la decision que sale de Jerusalem, aunque no se forma en un Concilio que se pueda llamar en realidad ecuménico se propone y se recibe cual oráculo del Espiritu Santo. Así los Concilios particulares de Roma por la autoridad de los Romanos Pontifices, que los presiden, tienen en sus definiciones la fuerza de los Concilios ecuménicos, á los cuales ningun católico niega bajo la direccion de los Papas una suma é infalible autoridad.

CAPÍTULO XI.

SUMARIO.

Separacion de San Pablo y San Bernabé. Nuevos viajes de San Pablo en compañía de Silas: su vision en Troade. Predica en Filipos: libra á una jóven del espíritu maligno: portentoso suceso de la cárcel en donde estaba preso. Tumulto de la Sinagoga de Tesalónica contra el Apóstol y sus compañeros: deja en Berea á Silas y Timoteo.

Pablo y Bernabé con Judas y Silas calmaron los ánimos en Antioquía con la carta sinodal y decreto, que llevaban del Concilio de Jerusalem. Luego Pablo propuso á Bernabé ir á visitar las Iglesias, que ámbos fundaron en diversos países. Asintiendo San Bernabé, quiso admitir en su compañía para el viaje á su primo Juan Marcos, el mismo que los abandonó en Panfilia: no vino en ello San Pablo; y resultó de aquí la separacion de los dos Apóstoles ordenada por la Providencia para mayor gloria y triunfo del Evangelio. Pablo tomó por compañero á Silas, y partió para la Siria y Cilicia; y San Bernabé con su primo se embarcó para Chipre. Con el transcurso del tiempo y las pruebas que dió de celo y constancia en la vida apostólica Juan Marcos, se grangeó de

nuevo el afecto del Doctor de las gentes, que despues le tuvo consigo en Roma.

Despues de haber recorrido San Pablo junto con Silas la Siria y la Cilicia, publicando los decretos del Sinodo de Jerusalem, llegó á Derve y á Listria, ciudad de la Licaonia, en la cual, habiendo hallado un jóven llamado Timoteo, hijo de madre judía y fiel y de padre gentil, y á cuya fé y virtudes tributaban todos públicos elogios, lo tomó por compañero y coadjutor en sus empresas apostólicas; y á fin de que los judíos nada tuvieran que reprocharle, quiso que se circuncidára, que así los muchos hebreos, que habia por aquellos países, no se desdeñarían de tenerle por maestro é intérprete de las divinas Escrituras.

Saliendo Pablo de Licaonia con sus compañeros, y habiendo atravesado la Galacia y la Frigia, pensó llevar el Evangelio al Asia; pero el Espíritu Santo se lo prohibió. Por la Misia procuró pasar á la Bitinia; y tampoco se lo permitió el Espíritu de Jesus. Habiendo pues retrocedido y llegado á Troade, en esta ciudad le hizo entender el mismo Espíritu cuál era el punto á que por entonces le destinaba. Parece que en este lugar se debe entender por Asia, segun el uso que de esta palabra hace el Nuevo Testamento, una region occidental y no muy dilatada del país que por lo comun se

entendia por el *Ásia* menor: esta opinion sostiene el cardenal Orsi con atendibles argumentos.

En los demás países del *Ásia* menor ya mencionados se sabe por las Epístolas de San Pablo que predicó en ellos, y fué muy querido por aquella cristiandad, que él mismo formó con los ardores de su celo, dirigiéndose en especial á los gentiles, á la manera que San Pedro lo habia hecho con los judíos, convirtiendo de estos inmensa muchedumbre. Vano seria el investigar por qué motivo no quiso Dios que el Apóstol llevase por entonces al *Ásia* y á la Bitinia aquella luz con que habia iluminado la Frigia, la Galacia y tantas otras provincias. De cosas semejantes que solo dependen de la libre y absoluta voluntad del Altísimo, cuyos juicios son incomprensibles, sin temeridad no es dable buscar ni dar razon alguna. Adoremos en silencio sus inefables disposiciones.

Habiendo el Doctor de las naciones regresado á Troade, tuvo de noche una vision: se le apareció un macedonio, pidiéndole que fuese á su país y que les ayudase á entrar en el reino de Dios. Al siguiente dia San Pablo con Silas y con su nuevo compañero San Lucas, que era pariente suyo y médico en Antioquía, se hizo á la vela para la Macedonia. Viéronle, y no sin fruto, la Samotracia y Nápoles, y le reci-

bió Filipos, colonia romana situada en el litoral de Macedonia. Allí no tenían Sinagoga los judíos, y suplían su falta con un oratorio en el campo. Á él se dirigió Pablo con sus compañeros un sábado, y entablando conversacion de cosas de Dios con unas cuantas mujeres, congregadas en aquel lugar, convirtió á la fé á Lidia, natural de Tiatira, que comerciaba en púrpura. Esta mujer ya adoraba al verdadero Dios, y agradecida á la nueva luz que San Pablo le comunicó, se empeñó en llevárselo á su casa, y no paró hasta hacerlo su huesped.

Otro día que iban los predicadores del Evangelio al oratorio judáico, una jóven poseida por el espíritu maligno dijo de ellos que eran siervos de Dios, que anunciaban la vida de salvacion. En boca del demonio esta confesion y este elogio era una infernal astucia; pero San Pablo la sufrió con paciencia repetidas veces, hasta que cansado de su importunidad por lo que tenia de nociva á su predicacion, intimó al malvado espíritu que saliese del cuerpo de aquella jóven, y él obedeció al instante. Mas los amos de ella, que tenían grangería y ganancia con sus respuestas á los que la consultaban, se despecharon viendo secarse la fuente de su lucro, y todo lo pusieron por obra, contra los Embajadores del Excelso. Los magistrados sin proceso alguno los hicieron azotar con varas

hasta cubrirlos de llagas. Luego los enviaron á la cárcel, encargando al alcaide de ella particular cuidado con tales presos. Dormia el mundo bajo el manto de la noche, y ellos en su prision, en la cual, además de sus anteriores tormentos de flagelacion, tenian los piés metidos en cepos, oraban alabando á Dios á voces, de modo que se les oia en aquella mansion del infortunio. Y súbito tembló la cárcel, estremeciéndose hasta sus cimientos, y se abrieron los calabozos en que estaban los siervos del Altísimo. Y el alcaide creyendo que se le habian escapado los presos, íbase á suicidar con la espada cuando San Pablo le gritó: «No atentes »contra tu vida, que todos estamos aquí.» Bello es ver á este hombre, que iba á cometer un suicidio, postrarse acto continuo temblando á los encadenados piés de los Apóstoles y decirles: «Señores: ¿qué quereis que haga para salvarme?» «Cree en Jesucristo» le respondieron ellos, y en seguida le instruyeron en los principales misterios de la fé. Y el alcaide se bautizó con toda su familia. Puso en libertad á los admirables presos, se los llevó á su casa, les lavó las heridas y les dió de comer para que sus cuerpos se refociláran despues de tan crueles padecimientos. El prodigio del terremoto y de abrirse por sí mismas las puertas del calabozo y la generosidad de Pablo en estorbarle el darse

la muerte, siendo él quien sin mandarlo los magistrados le atormentaba con el cepo, le dieron á entender que intervenia la Divinidad en todo aquello, y que cuando ella habla es para convidar á la salvacion del alma.

Los magistrados enviaron muy de mañana á sus lictores á sacar de la prision á los que habian encarcelado con injusticia. Pero San Pablo que por no desperdiciar una ocasion de padecer por la causa de Jesucristo, habia sufrido los azotes sin descubrir su hidalguía de ciudadano romano, dijo que ellos no salian de la prision si no venian á sacarlos con toda solemnidad los mismos magistrados, pues siendo ciudadanos romanos se les habia condenado sin formacion de causa. Con esto intentaba que se diese un público testimonio de la inocencia de los predicadores del Evangelio. Al oir los magistrados que los agraviados por ellos eran ciudadanos romanos, se intimidaron y fueron en persona á darles la libertad y á pedirles que se ausentáran. Pablo y sus compañeros condescendieron, porque ya era tiempo de ir á otra parte á llevar la luz divina; mas antes visitaron á Lidia por consolarla y manifestarle su agradecimiento. En la vida apostólica las tribulaciones preceden al triunfo, pero este las ilumina con sus resplandores, como es fácil observarlo en el apostolado del Maestro de las naciones.

Predicando por diversas ciudades viajó San Pablo hasta Tesalónica, donde en tres sábados consecutivos probó con las divinas Escrituras que el Mesías debía padecer mucho, morir y resucitar, y que este prometido Mesías era nuestro Señor Jesucristo, cuyo Evangelio enseñaba. Abrazaron la fé varios judíos á la voz del Apóstol, y fué grande la muchedumbre de los prosélitos y gentiles y de las nobles matronas, que tuvieron la dicha de bautizarse. En parte se debieron tantas conversiones á los muchos milagros obrados por el Apóstol. Contra este y los suyos levantaron tumulto los de la obstinada Sinagoga, y el judío convertido Jason fué quien mas padeció, porque hospedaba á San Pablo.

En Berea halló el Apóstol mejores corazones en los judíos. Escucharon su doctrina y la hallaron conforme con la Escritura meditándola: la rectitud de sus almas les hizo entrar en el redil santo, y siguieron su ejemplo las principales señoras de la ciudad. Mas nunca faltan combates á la fé. Los judíos de Tesalónica volaron á Berea á concitar la plebe contra los Apóstoles. Y estos hubieron de retirarse. Pero no queriendo abandonar tan pronto aquella querida grey, dejó San Pablo para cuidar de ella á Silas y Timoteo.

CAPÍTULO XII.

SUMARIO.

San Pablo en Atenas: su discurso ante el Areópago. Convierte á Dionisio Areopajita. Forma en Corinto una floreciente cristiandad. Se le aparece el Salvador. Por haber salido sin lesion en un tumulto que se suscitó contra él hace el voto de nazareato. Continuacion de sus apostólicos viajes. Apolo.

El Apóstol de las naciones fué á atacar la idolatría donde todas las mentidas divinidades cabian juntas, donde todos los errores tenian sus cátedras, donde todas las sectas filosóficas hacian algazara, donde todos los ingenios formaban un desordenado concierto de extravagancias, charlatanería y pareceres diversos, en Atenas, á la cual no habia quedado de su antigua gloria mas que el humo de la vanidad, el relumbron del sofisma, el ánsia de novedades y la Babel de todas las opiniones. En tal ciudad de peripatéticos, platónicos, estóicos y epicúreos se presentó San Pablo á disputar con todos ellos. Decia cosas nuevas y grandes, y por eso llamaba la atencion; pero en aquel mundo de frivolidad acostumbrado á los clarines de mil y mil ingenios procaces, sus voces

se perdian por lo regular entre el tumulto de la fruslería. Era necesario para él un teatro de mas gravedad, y la Providencia se lo depa-
ró en el severo tribunal del Areópago, al cual fué llevado á dar razon de su doctrina tenida por censurable; y en él con profunda sagaci-
dad y delicado arte improvisó este discurso: «He observado, Atenienses, desde que estoy en esta ciudad, que os aventajais á todos los demás pueblos por vuestra aficion á todo género de cultos religiosos. Notando de paso los diferentes objetos de vuestra veneracion, he leido en un altar la inscripcion que dice: *Ignoto Deo*, al Dios desconocido. Ahora pues, lo que vosotros adorais sin conocerlo, es lo que yo vengo á anunciaros; esto es, al Criador del cielo y de la tierra y de todas las cosas que contienen; el que siendo Señor de este vasto universo, ha dejado en todas partes impresas las señales de su grandeza, sin encerrarse en los templos hechos por mano de hombres. No exige nuestras adoraciones porque de ellas necesite, pues ha dado la vida y el sér á todo lo que respira. Él crió al género humano de un solo hombre, á quien formó con sus propias manos, y distribuyó las familias y naciones por toda la superficie de la tierra, para que por la contemplacion de sus obras llegasen á conocerle y acercarse á él; no porque esté lejos de nosotros,

pues en él vivimos, nos movemos y existimos, segun aquellas palabras de uno de vuestros poetas: somos hijos de Dios y venimos de su linaje. Siendo pues como somos hijos de Dios, y obra de sus manos, nos apartaríamos de los principios de la razon que nos ha inspirado, y degeneraríamos indignamente de la nobleza de nuestro origen si adorásemos á unas figuras de piedra y metal, y concediésemos la divinidad á las obras de los mortales. Mas el Todopoderoso no queriendo ya sufrir estos monstruosos errores, ni la horrenda corrupcion en que encenagan á los hombres, les anuncia hoy que se dispongan para el dia fatal, en que nos ha de juzgar con terrible severidad. Se aproxima este término, y ha revestido de su autoridad á su Hijo hecho hombre, que despues de haber padecido muerte para nuestra salvacion, ha resucitado del sepulcro, como os lo afirmamos con otros muchos testigos irrecusables.»

San Juan Crisóstomo en su homilia vigésima tercia sobre los hechos de los Apóstoles hace de este discurso del Doctor de las naciones un análisis y egrégio comentario literario, filosófico y teológico, en que se admira la destreza, prudencia y sabiduria del Apóstol. Sus efectos fueron diversos segun la diversa disposicion de los ánimos: todos se asombraron por la insólita magestad de su doctrina: aquellos, en

quienes mas arraigadas estaban las preocupaciones gentílicas, se despecharon con la sublime novedad contraria; los de mas recto corazon se rindieron á ella, siendo gloria de Pablo haber conquistado para el cielo el alma de Dionisio, sabio juez del Areópago, y la de una esclarecida señora llamada Dámaris. Dionisio fué el primer Obispo de Atenas. Bergier en su diccionario de teología afirma que es una opinion constante que fué mártir este ilustre discípulo de San Pablo.

El incansable Apóstol de las gentes pasó á Corinto, ciudad marítima de grandes riquezas, y en la cual habia puesto su trono la mas desenvuelta voluptuosidad: solo en el templo de Venus rendian culto á esta deidad impura mas de mil mujeres prostituidas. Á tal ciudad llegó Pablo á enarbolar el estandarte de la cruz; á tal ciudad predicó penitencia; á tal ciudad enseñó el precio de la pobreza evangélica; y en solo diez y ocho meses logró formar una cristiandad, que por su fervor y pureza pudo servir de modelo. En ella se le reunieron Silas y Timoteo. Hospedado en casa de Aquila, marido de Priscila, únicos cristianos que habia en Corinto, y que como provenientes del judaismo se vieron comprendidos en el destierro de Roma, que el emperador Claudio impuso á todos los judíos por no poder sufrir sus ruidos de dis-

putas, trabajaba como ellos en hacer tiendas de campaña á fin de no ser gravoso á nadie: predicaba con frecuencia en la Sinagoga, y fué uno de sus triunfos la conversion del presidente de ella Crispo. Mas los judíos aferrados en su obstinacion se le hacian insufribles hasta arrancarle una imprecacion, con que se despidió de ellos con vehemencia para dirigir todos sus esfuerzos á la salvacion de las almas de los gentiles: «Caerá, les dijo, vuestra sangre sobre vuestras cabezas solo por culpa vuestra, no por la mia.» Asi les vaticinaba las calamidades, que habian de sobrevenir á la descendencia de Jacob.

Jesucristo se le apareció una noche, y le exhortó á continuar con valor su predicacion, y le consoló prometiéndole su asistencia. Esta vision fué un bálsamo para sus tribulaciones. Y muy oportuna la extraordinaria gracia, que recibió en ella, pues los judíos le llevaron ante el tribunal del procónsul de la Acaya Galion, acusándole de enseñar una doctrina contraria á su ley. Iba Pablo á desenmarañar las malas artes de los judíos, cuando el procónsul puso término al juicio, manifestando que no queria entender en aquella causa. El despecho de la Sinagoga estalló entonces contra Sosténes, quien habiendo sucedido en la presidencia de ella á Crispo, se habia convertido como este antecesor suyo. Y tuvo la gloria de ser aporreado por

los judíos en presencia del mismo procónsul, el cual toleró el atentado debiendo impedirlo, aunque no fuera más que por su propia dignidad. San Pablo en agradecimiento al Señor por haberle sacado bien de aquel trance, hizo el voto del nazareato, que consistía entre otras cosas en abstenerse del vino y de todo lo que pudiera embriagar: se dió prisa á cumplirlo en la parte posible, pues sus principales ceremonias debían verificarse en el templo de Jerusalem.

Con Priscila y Aquila se embarcó para Éfeso, en cuya ciudad disputó varias veces con los judíos; y dejando en ella para que en cierto modo suplieran su falta á Aquila y Priscila, consortes aventajados en la ciencia de la religion y en las virtudes del cristianismo, salió para Cesárea, desde donde despues de haber conhortado á los fieles, se dirigió á Antioquía; y luego recorrió la Palestina, la Frigia y la Galacia, confirmando en la fé á los que antes habia instruido en ella.

Durante estos viajes de San Pablo llegó á Éfeso un judío alejandrino tan elocuente como versado en la Escritura. Llamábase Apolo, y creia en la divinidad de Jesucristo, pero sin tener en medio de su agigantado espíritu y de su fervor las mas exactas nociones de su doctrina, por manera que para él no habia mas bautismo que el de Juan por haber estado en

Judea cuando predicaba el Precursor. Aquila y Priscila le acabaron de formar en la fé, dándole una cabal idea de sus misterios: con tal enseñanza debida no solo al celo de sus maestros sino tambien á la humildad, con que se sujetó á aprender de unos artesanos siendo él un sabio, ya pudo ser utilísimo á los judíos de Éfeso, á los cuales convencia aumentando la grey del Pastor divino. Con cartas de recomendacion, que le dieron Priscila y Aquila, pasó á la Acaya, donde entre los judíos desempeñó las funciones de Apóstol hasta el punto de que en Corinto se suscitó alguna rivalidad entre los que se gloriaban de ser discípulos de San Pablo y los que se jactaban de haber tenido por maestra la elocuencia de Apolo.

CAPÍTULO XIII.

SUMARIO.

Predicacion de San Pablo en Éfeso y persecuciones que sufre. Apolonio de Tiane: se le coteja con los Apóstoles. San Pablo resucita en Troade á un jóven.

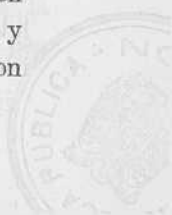
Volvió San Pablo á Éfeso, y habiendo preguntado á varios cristianos discípulos de Apolo si habian recibido el Espíritu Santo, le con-

testaron que no sabian que se recibia al Espíritu Santo; y averiguando el cómo habian sido bautizados, le dijeron que con el bautismo de Juan. Hizolos bautizar de nuevo con el bautismo de Jesucristo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, é imponiéndoles él las manos, se comunicó á ellos el Espíritu Santo. Por espacio de tres meses dirigió el Apóstol la palabra á los judíos en la Sinagoga hasta que viendo la obstinacion de los principales, no solo se apartó de ellos, sino que tambien alejó de su compañía á sus discípulos, y se consagró á la conversion de los gentiles con el mayor ahinco, obrando entre ellos multitud de prodigios. Los demonios salian de los cuerpos que poseian, y sanaban los enfermos en el instante que se les tocaba con algun lienzo que hubiese servido á Pablo. Tales portentos obrados por tales medios son la mas explícita condenacion de los hereges, que niegan á las reliquias de los Santos la veneracion y culto que se les debe.

Habia entre los judíos algunos, que vagando de ciudad en ciudad hacian el oficio de exorcistas: ocupábanse en esto siete hijos de Sceva, príncipe de los sacerdotes, y sabedores de que en el nombre de Jesus se multiplicaban los milagros, quisieron ellos usurpar este nombre divino para librar de los demonios á los obsesos.

Probáronlo con uno, á quien atormentaba un espíritu furiosísimo; mas este les contestó: «Conozco á Jesus y sé quién es Pablo; ¿pero vosotros quién sois?» Y arrojándose sobre ellos, maltrató á dos de tal modo que hubieron de salir heridos y desnudos de la casa donde estaban. Este terrible suceso impuso á muchos y les hizo confesar sus culpas y quemar los libros, que poseian del arte mágica en tanto número que el valor de los entregados á las llamas se calculó en cincuenta mil monedas de plata.

En la vida de los siervos de Dios casi siempre se entrelazan las causas de regocijo con las de amargura y tribulacion. Si San Pablo se alegró con los frutos de su predicacion y con los del extraordinario acontecimiento de los hijos de Sceva, tambien estuvo continuamente sumergido en un piélago de aficciones. Él mismo cuenta escribiendo desde Éfeso á los Corintios que en aquella ciudad peleó con las fieras: *pugnavi ad bestias*. Unos entienden en sentido metafórico estas palabras, otros las toman al pié de la letra, persuadiéndose por ellas que fué expuesto á las fieras para que estas le despedazáran y que le respetaron por milagro. San Lucas refiere otra tempestad que se levantó contra él. Suscitóla el platero Demetrio, quien vendiendo templetes de Diana ganaba mucho y proporcionaba trabajo y lucro á una porcion



de oficiales de su arte. El famosísimo templo de Diana en aquella ciudad era una de las maravillas del mundo, y de todas partes concurrían á verlo y admirarlo gentes traídas por la curiosidad ó la devoción al ídolo: compraban estas para recuerdo los templetos de plata de la fábrica de Demetrio, y así se extendían por lejanos países. Pero con la predicación de San Pablo íbase disminuyendo el culto de la diosa cazadora, y eran menos los que daban sus dineros al platero Demetrio. No llevando este en paciencia semejante menoscabo de su fortuna, reunió á los de su oficio y les arengó manifestándoles el peligro que corrían de empobrecerse con la decadencia del culto de Diana debida á los esfuerzos de Pablo por arruinarlo. Todos pusieron el grito en el cielo, clamando: «Viva la gran Diana de Éfeso.» En tumulto se dirigieron al teatro, arrastrando con hostil ímpetu á Gayo y Aristarco, macedonios, que habían venido acompañando á San Pablo. Quiso este presentarse en medio del alboroto engrosado por turbas noveleras; pero se lo impidieron sus amigos. El ruido y clamoreo del desorden duró mas de dos horas. Temiendo los judíos verse envueltos en aquella borrasca, hicieron que uno de ellos llamado Alejandro encaramándose y levantando la voz los pusiese á cubierto de las iras populares. Mas no se logró el intento.

No se calmó la revuelta muchedumbre hasta que un hombre de autoridad la desarmó con razones acompañadas de firmeza, templanza y artificio oratorio.

Se cree que durante la estancia de San Pablo en Éfeso llamó también la atención de esta ciudad Apolonio tiano, mago y filósofo pagano, que suscitado por el príncipe de las tinieblas para oponerse con sus falsos prodigios á la propagacion del Evangelio, hizo ruido en el mundo de entonces con apariencias deslumbradoras. Figura esbelta, rostro bello, magestad en el porte, facundia para producirse, erudicion y extravagancia, vida apartada de las sensualidades del paganismo, aire de jactancia y autoridad y perfeccion en el arte mágica fueron las dotes, que le hicieron admirar en medio de la ceguera de los pueblos del politeismo: Era el personaje mas á propósito para presentarse como competidor de los Apóstoles, abogando por la causa de la idolatría. El enemigo de nuestra religion Yeroles le comparó con Jesucristo. Pero en verdad que no es dable á Apolonio parangonarse no solo con el Autor de nuestra religion divina, sino tampoco con ninguno de sus propagadores. Estos la extendieron con verdaderos milagros, cuya memoria vive en las historias; los de Apolonio se han perdido en la noche del olvido; estos no podian obrarlos con

la intervencion del demonio, cuyo trono derrocaban; Apolonio lo sostenia, y era muy natural que el averno cooperase á ellos; estos huian de la vanagloria y rehusaban los honores, como en Listria San Pablo y San Bernabé cuando se intentó adorarlos; Apolonio se entumecia y se pavoneaba con las alabanzas y los obsequios; estos derramaban su sangre por las verdades que predicaban; de Apolonio no se cuenta que padeciese por su doctrina; la de estos era toda consiguiente á la sublimidad de los dogmas que enseñaban; y en la del mago figuraba la ridicula creencia de la transmigracion de las almas de unos cuerpos en otros y en los de los animales, por lo cual se abstenia de comer sus carnes. La gloria de Apolonio pasó como una sombra; y la Iglesia católica establecida por los Apóstoles subsiste y subsistirá mientras el sol alumbre.

Desde Éfeso, donde permaneció mas de dos años, emprendió San Pablo su viaje para Macedonia; quiso detenerse en Troade, pero dando un abrazo á los fieles de esta ciudad, atravesó el Elesponto, y llegando á Macedonia dice él mismo que no tuvo reposo alguno segun la carne, sino que padeció toda suerte de tribulaciones internas y exteriores. Fué por tercera vez á Corinto, como se deduce con claridad de su segunda epístola á los Corintios, aunque

San Lucas no hace mencion mas que de dos viajes del Apóstol á esta ciudad.

Desde la Acaya quiso embarcarse para Jerusalem en el puerto de Cencris; mas habiendo sabido que los judíos urdian por aquel punto un atentado contra él, varió de rumbo, y acompañándole algunos de sus discípulos, despues de haberse detenido cinco dias en Filipos, llegó á Troade. Y la noche antes de salir de esta ciudad, en un cenáculo ú oratorio que estaba en el piso tercero del edificio, presidia la asamblea de los fieles reunidos allí para celebrar nuestros santos misterios, y exhortándoles y hablándoles de los secretos y carismas del Altísimo, prolongó su discurso hasta las mas altas horas de la noche. Y el jovencito Eutico ávido de escucharle ó con el ánsia de verle se habia subido á una ventana, y el sueño pudo mas que su atencion y le venció; dormido estaba cuando cayó desde la ventana al suelo de la calle, y en el instante quedó muerto. Pero el predicador de la fé la tuvo grande para resucitarle. Bajó pues la caridad del Apóstol, y extendiéndose sobre el difunto y abrazándose con él cual otro Eliseo y comunicándole su propio aliento y soplándole su propia vida, le hizo levantarse vivo. Subieron ambos al cenáculo, y es fácil figurarse los transportes de alegría de los maravillados cristianos, que

iban á recibir en medio de mil lámparas brillantes el cuerpo y sangre de nuestro Salvador. ¿Y qué extraño que con tanta presteza resucitára un muerto donde se daba por alimento el Autor de la vida? Cual si nada hubiera sucedido, volvió Pablo á tomar el hilo de su discurso y lo continuó hasta que los albores matutinos disiparon las sombras de aquella noche, que vió una escena de tanta ternura y augusta sublimidad. La vida del niño Eutico fué una lámpara apagada por el viento y vuelta á encender por el Apóstol á fin de que brilláramas que las otras, que ardian en aquella casa de oracion.

CAPÍTULO XIV.

SUMARIO.

Descripcion del viaje de San Pablo de Troade á Jerusalem. Escenas tiernas en Mileto, Tiro y Cesárea. Acometen á San Pablo los judíos en Jerusalem: se le encierra en la fortaleza. Comparece para ser juzgado y ocurren nuevos tumultos. El Señor le conforta apareciéndosele de noche. Voto de sus enemigos. Es llevado á Cesárea: se le acusa y se defiende ante el presidente Feliz. Porcio Festo y su conducta con San Pablo quien comparece y habla en presencia del rey Agripa y su corte.

El viaje de San Pablo desde Troade á Jerusalem inspira el mas vivo interés, porque está lleno de escenas de ternura: la caridad lo hace patético. Describelo así un Expositor de mérito y elocuencia: «Desde Troade andando siempre á pié llegó el Doctor de las gentes á la ciudad de Asso, ó sea Apolonia en la Eolia, do quiera predicando y difundiendo luz del cielo; en Asso se embarcó y pasó á Mitelene, de Mitelene á Samos, y desde Samos siempre predicando llegó por último á Mileto. Segun el Crisóstomo San Pablo en sus viajes no corria sino que volaba, y aunque iba volando dejaba á su paso hue-

»llas indelebles de su apostolado por todas par-
»tes, porque no solo era apóstol cuando se
»paraba en algun punto, sino que lo era yen-
»do de viaje y navegando; apóstol en las al-
»deas, apóstol en los pueblos, apóstol en los
»caminos, apóstol en los mares, apóstol en
las ciudades, llevando siempre consigo y der-
ramando la luz y la vida del Evangelio.

»Desde Mileto no teniendo tiempo para tras-
»ladarse á Éfeso antes de la pascua de Pente-
»costés y deseando ver á sus amados efesios
»antes de aquel tiempo, hizo llamar á los an-
»cianos y á los mas distinguidos de la iglesia
»de Éfeso, y en presencia de ellos pronunció
»un discurso lleno de caridad y de profecías
»concernientes á los padecimientos que le espe-
»raban en Jerusalem y al cisma y heregías,
»que habian de levantarse en el Asia. Todos
»prorumpieron en llanto de ternura, suspiraron
»y sollozaron y arrodillándose á la orilla del
»mar, considerando que le veian por última
»vez y que por última vez oian la voz de su
»Padre y de su Apóstol, á quien debian vivir
»en Jesucristo y para el cielo, le dieron y reci-
»bieron de él el último abrazo con las entrañas
»conmovidas, con el corazon en los lábios, y
»con el alma en los ojos llorosos. Así le acom-
»pañaron hasta la nave.

»Desde Mileto hasta Jerusalem fué muy fe-

»liz el viaje de San Pablo. Pasando por la isla
»de Coo, por la de Rodas, por la ciudad de
»Patara en la Lisia y por las aguas de Chi-
»pre, llegó á Tiro en la Fenicia, donde toda
»la cristiandad corrió á abrazarle; mas al oír
»que para la próxima pascua de Pentecostés
»queria hallarse en Jerusalem, temiendo todos
»que en aquella ciudad le sucediera alguna tra-
»gedia, con ruegos y con lágrimas, le instaban
»para que no realizára su proyecto. Los traba-
»jos y los peligros no eran parte para detener
»el vuelo de Pablo. Exhortando á todos, ani-
»mando á todos á la constancia, salió de Tiro,
»pasó á Tolemaida y llegó por tierra á Cesá-
»rea. Allí se hospedó en casa del diácono Fe-
»lipe, cuyas cuatro hijas permanecian en la
»virginidad haciendo vida de ángeles y ocupa-
»das en cantar las alabanzas divinas. Allí el
»profeta Agabo se le presentó y quitándole el
»cinto, se ató con él piés y manos, y con el
»rostro encendido y la voz fatídica le dijo: «Es-
»to dice el Espíritu Santo: así atarán los ju-
»díos en Jerusalem al hombre de quien es este
»cinto y le entregarán á los gentiles.» Estaba
»presente Lucas que lo escribió, y se hallaban
»presentes el diácono Felipe, Timoteo, y todos
»los demás compañeros de San Pablo con los
»cristianos de Cesárea; y todos con las lágri-
»mas en los ojos le rogaron que desistiese de

»su viaje, que enviase con otro á los cristianos
»de Jerusalem las limosnas que les llevaba. Y
»nada consiguieron.

»Sabia San Pablo que era cierta la profecía
»de Agabo; y sabia que el Espiritu Santo á ve-
»ces se digna revelar los padecimientos futuros
»para que nos preparemos á ellos por medio de
»la oracion, y para ellos estaba bien preparado
»el Apóstol, por lo cual respondió: «Hermanos
»mios, ¿para qué me molestais? ¿Para qué me
»afligis con vuestras lágrimas? Sé que en Je-
»rusalen me esperan prisiones y cadenas. ¿Mas
»qué importa si Dios me llama? Aunque su-
»piese que habia de morir en Jerusalem, allá
»iria, pues estoy dispuesto á morir por la con-
»fesion del santísimo nombre de Jesus.» Calla-
»ron todos al oír su resolucion magnánima, y
»al fin rompieron su atónito silencio con el gri-
»to de la resignacion: *Domini voluntas fiat.*
»Hágase la voluntad del Señor. San Pablo
»abrazó á todos tiernamente, y arrasados los
»ojos en llanto y vestido de heroismo su reli-
»gioso corazón, salió de Cesárea y llegó por
»último á Jerusalem, que le esperaba con las
»vaticinadas tribulaciones.» Con tan bello colo-
rido pinta Zucconi en sus lecciones sobre los
hechos de los Apóstoles esta peregrinacion del
Doctor de las gentes á la ciudad deicida.

Llegado San Pablo á Jerusalem con su co-

mitiva, se presentó á Santiago Obispo de esta ciudad, quien con los ancianos de ella tuvo la mas viva satisfaccion en oirle contar la muchedumbre de conversiones y prodigios, que el Señor habia obrado por su medio en las naciones. Ellos á su vez advirtieron á Pablo que corrian siniestras voces hasta entre los judíos convertidos acerca de su persona y doctrina, pues estaban en la inteligencia de que menospreciaba la ley de Moisés, á la cual aun seguian adictos los cristianos provenientes del judaismo. El Apóstol de los gentiles sometién-dose con una docilidad de niño á sus consejos, se propuso cumplir en el templo para dar buena muestra de sí á los judíos el voto de su nazareato, y ya lo iba á ejecutar en público en compañía de otros cuatro cristianos cuando en el mismo átrio del templo se vió envuelto en un torrente de persecucion, que contra él suscitaron con gritos de que profanaba el lugar santo unos judíos venidos del Asia, los cuales como mayor delito señalaban el verle junto con Trófimo, gentil convertido de la ciudad de Éfeso. Á los clamores de estos sediciosos se aglomeraron turbas, cuyas iras se descargaron sobre el Apóstol. El tumulto y el estruendo fueron causa de que el comandante de la fortaleza Antonia acudiera con tropa como quien velaba por el orden público. Ya la víctima del

alboroto habia sido arrastrada fuera del lugar santo para que no lo manchára con su sangre, y se habian cerrado las puertas del sagrado edificio. Los soldados se apoderaron de la persona de Pablo; y Lisias, tribuno de la cohorte romana le mandó llevar á la ciudadela. El Apóstol le pidió permiso para hablar al pueblo, y obtenida licencia, aunque herido y ensangrentado y cargado de cadenas, levantó la mano, haciendo señal de silencio; y desde las gradas que conducian á la fortaleza dijo quién era, y cuánto habia perseguido al cristianismo, y cómo se habia convertido á él, y de qué manera el Señor en una vision, que tuvo en el templo, le mandó ir lejos á predicar su Evangelio á las naciones. Al oir esto el pueblo se arremolinó con furia, y prorumpió en imprecaciones desaforadas, pidiendo que se le diese la muerte. El Tribuno le puso en salvo, encerrándole en la fortaleza, pero sin conocimiento de causa ordenó que le azotáran. Pablo se dejó amarrar, y cuando ya iban á caer sobre sus espaldas los injustos azotes, dijo al Centurion que él era ciudadano romano: el Centurion lo participó al Tribuno, quien le hizo desatar, é ideó el expediente de que al otro dia le juzgára el Consejo de los judíos.

Reunidos pues los sacerdotes y todo el senado de la ciudad, se presentó á él San Pablo,

y el mismo Tribuno quiso asistir á aquel juicio. Apenas empezó á hablar el Apóstol, cuando el príncipe de los sacerdotes Ananías mandó darle una bofetada. Creyó Pablo no deber disimular la injuria que contra todo derecho se le hacia por quien estaba puesto para juzgar segun las leyes; y con aquel espíritu de libertad y santo celo, que en otro tiempo dió el Señor á sus profetas, le pronosticó que Dios castigaria su injusticia, y le llamó pared blanqueada, queriendo denotar su hipocresía con tal metáfora. Oirlo los judíos y alborotarse contra Pablo, todo fué uno. «¿Con que tienes atrevimiento, exclamaron, para maldecir así al sumo sacerdote?» Á lo que el Santo respondió: «Perdonadme, hermanos, pues yo no sabia que este fuese el príncipe de los sacerdotes.» Ignorábalo en efecto el Apóstol como recién llegado á Jerusalem despues de tantos años de ausencia, y no podia distinguirle por su traje, porque entonces se hallaba sin ninguna insignia. San Pablo en tal conflicto sabiendo que en aquella asamblea unos eran saduceos y otros fariseos, «yo, hermanos, exclamó, soy fariseo, soy hijo y discípulo de fariseos. La causa que me ha traído á este juicio es mi esperanza en la resurreccion de los muertos.» Estas palabras dividieron en dos bandos á sus jueces; irritáronse los saduceos; y los fariseos, tomando la defensa de Pablo, protes-

taban que ni en su conducta ni en su doctrina hallaban nada que reprender, y decian que si algo de singular y de extraordinario se descubria en él, acaso seria efecto de haber hablado con algun Ángel.

Acaloróse tanto la contienda que el Tribuno, para librar á Pablo de cualquier violencia, le hizo llevar con sus soldados al cuartel. Allí á la noche siguiente se le apareció el Señor, y le exhortó á la constancia, declarándole que así como habia dado testimonio de él en Jerusalem, habia de darlo tambien en Roma. Los enemigos de Pablo hicieron el inicuo voto de acabar con su vida, comprometiéndose á ello cuarenta de los mas desalmados: para llevar á cabo su intento contaban con la anuencia de los príncipes de los sacerdotes; pero un jóven, sobrino de San Pablo, llegó á enterarse de la trama, y se la participó á su Tio, el cual le ordenó que luego la pusiese en conocimiento de Lisias. Le oyó este Tribuno, y encargando secreto al jóven, dispuso que aquella misma noche saliese Pablo para Cesárea escoltado por tropas de infantería y caballería; y escribió al presidente Feliz que se lo remitia para que le juzgase, porque en Jerusalem no podia responder de su vida.

Á los pocos dias llegaron tambien á Cesárea los judíos encargados de acusar á Pablo;

y abierto el juicio ante el presidente, el abogado Tértulo que habia ido con ellos, acusó á Pablo con calumnias. El Apóstol se defendió de la tacha de sedicioso, probando que no hacia mas que doce dias que habia llegado á Jerusalem á adorar al verdadero Dios y á repartir entre los cristianos pobres las limosnas, que para ellos habia traído de lejanos países, y que en el breve tiempo de su residencia en aquella capital nadie le habia visto juntar gente, ni dar ninguna otra señal de sedicion. El presidente no pronunció sentencia alguna, dilatando para otra ocasion el fallo de la causa. Trató al Apóstol con alguna benignidad, y varias veces le llamó á su palacio á que le hablara de religion. Habia llegado [á concebir buena idea de los cristianos; pero las palabras del Doctor de las gentes no le convirtieron porque su intencion no era recta. Túvole preso y encomendado á un Centurion, aunque con libertad para que le visitáran los cristianos. Así transcurrieron dos años hasta que Porcio Festo le sucedió en la presidencia.

En Jerusalem importunaron á este nuevo dignatario los magnates de la Sinagoga, acusando á Pablo, y pidiéndole que le entregara á ellos para que el Sinedrio le juzgase en la capital de la Judea. No cayó Festo en el lazo que le tendian, y les respondió que pasando él

en breve á Cesárea, examinaria allí la causa de Pablo, á cuyo fin podian ir en su compañía los que entre ellos se hallasen mas dispuestos á viajar. En efecto, fueron con él á Cesárea varios judíos acusadores; y al otro dia de su llegada hizo comparecer á su presencia al Apóstol, el cual triunfó en su vindicacion de todas las calumnias, que se le fulminaban, deshaciéndolas cual leve niebla á los rayos del sol. Festo se convenció de su inocencia; mas deseando captarse las voluntades de los judíos, le preguntó si queria ir á Jerusalem á que le juzgara el Sinedrio. Al oír semejante propuesta Pablo interpuso apelacion al César, y accedió á ella el gobernador. De allí á pocos dias llegó á Cesárea el rey Agripa con su hermana Berenice á cumplimentar al gobernador nuevo; y rodando la conversacion acerca del proceso del Doctor de las naciones, Agripa deseó verle, y Festo le prometió hacerle comparecer al siguiente dia. Fueron pues Agripa y Berenice con su comitiva y todos los personajes y empleados de la ciudad á la sala que les estaba dispuesta; y el siervo de Dios tan favorecido por el cielo se presentó en medio de aquella muchedumbre con las exterioridades de un reo. El gobernador romano dirigiendo la palabra al rey de Galilea y á todo aquel congreso, presentó á Pablo como blanco de la animadversion de los

judios, y atestiguó que por su parte le hallaba limpio de grave culpa, pero que habiendo apelado al César, para enviarle al tribunal del César, necesitaba ilustrarse con su consejo á fin de escribir al Emperador lo que mas conviniere. Esto fué dar un colorido político á la solemnidad de aquel acto, cuya causa habia sido la curiosidad de Agripa. Mas la divina Providencia así lo habia disputado para que en su prision tuviese el predicador del Evangelio un auditorio de próceres, que es probable no hubiese logrado estando libre. El rey Agripa dijo á Pablo: «Se te permite hablar en tu defensa.» Y el Apóstol extendiendo la mano, pronunció un discurso en que para ensalzar la fé de la resurreccion de Jesucristo, que era su blanco principal, comenzó por recordar sus propios antecedentes, y contó la maravilla de su conversion. Festo por no sé qué motivo con autoritativa arrogancia le interrumpió, diciendo: «Deliras, Pablo: tu mucha erudicion te ha trastornado la cabeza.» Y Pablo respondió: «yo no deliro, óptimo Festo, sino que mis palabras son muy conformes á la verdad y á la recta razon: Y el rey con quien hablo está muy al corriente de todo esto; pues juzgo que nada se le oculta, como que no ha sucedido en un rincon de la tierra. ¿Das crédito, ó rey Agripa, á los Profetas? Sé que no les niegas tu asen-

timiento.» Y Agripa á Pablo: «Por poco me persuades á que me haga cristiano.» Y replicó San Pablo: «Pluguiera á Dios que ni á tí ni á todos los que ahora me escuchan faltára ese poco, ni faltára cosa alguna para que hoy mismo se hicieran lo que yo soy, en todo parecidos á mí, excepto en el llevar estas cadenas.» Y se levantaron el rey y el presidente, y Berenice y los que con ellos estaban; y hablando entre sí decían: «Este hombre no ha hecho cosa alguna, que le haga merecer la muerte ó las cadenas.» Y Agripa dijo á Festo: «Podía ponérsele en libertad, sino hubiera apelado al César.»

Hay que admirar en el Apóstol esa magnánima libertad con que habla, ese celo diestrísimo con que avanza y asesta sus dardos al corazon, esa fina cortesía con que se expresa, esa superior serenidad de alma que conserva, cuando era muy fácil que otro la hubiera perdido. El supuesto reo sin duda alguna aparece mas grande que los encumbrados personajes cuya magestad profana se oscurece á su lado

CAPÍTULO XV.

SUMARIO.

Habiendo apelado San Pablo al César, se le envia á Roma. Tempestad: naufragio. Pica al Apóstol una víbora en Malta, donde cura muchos enfermos. Continúa su viaje á Roma: su apostolado en esta capital. San Lucas. Santiago el Menor.

Festo entregó á Pablo al Centurion Julio para que le llevara á Italia junto con otros presos: el historiador San Lucas y el macedon Aristarco acompañaban á Pablo: la navegacion estuvo llena de azares, y el Apóstol pudo lucir sus cadenas en varios puertos á que arribaron. En la costa de Creta dijo al Centurion y al capitan de la nave que convenia suspender allí el viaje, porque habia mucho que temer del invierno: mas no se siguieron sus consejos; y el mar con sus iras los justificó. Fué la nave juguete de los furores de una tempestad por espacio de catorce dias, y la muerte en todos ellos se presentaba próxima á los navegantes; por aligerar la embarcacion no solo las mercancías, hasta los comestibles entregaron á las ondas, que venian bramando por arrebatarlos á ellos mismos. Pero salvó á la nave el ir

San Pablo en ella. Un Ángel le reveló que no perecería en aquella tempestad, y él obtuvo del Señor la conservacion de la vida de todos sus compañeros, á los cuales descubrió lo que se le habia revelado, exhortándoles á no temer. Dióles ejemplo de serenidad y valentía, comiendo pan para animarlos á que lo comieran, y por la elevacion de su espíritu y la magnanimidad de su pecho vino á ser como el alma, el valor y la luz de aquellos infelices. En medio de esto (y es cosa admirable) los soldados, que mandaba el Centurion, pensaron en matar á los presos para que no se les escapáran en el naufragio; y el Centurion lo impidió por librar al Apóstol, cuyo mérito habia llegado á conocer. Por fin el barco se estrelló, y los que en él iban se salvaron, unos asidos á tablas, y otros nadando. La Providencia les habia deparado el puerto de salvacion en la isla de Malta llamada entonces Melita, en la cual todos ellos tomaron tierra, pues estaban próximos á ella cuando sucedió el naufragio.

Sus habitantes los recibieron encendiendo una grande hoguera para que enjugáran sus ropas y se calentáran. San Pablo mostraba su diligencia acarreando sarmientos á la lumbre, y entre ellos iba una víbora, que le picó en la mano; y él la echó á las llamas. Los bárbaros habitantes de la isla, viendo que des-

pues del naufragio hallaba otro perseguidor en la víbora, le creyeron homicida, á quien por disposicion de la divina Justicia acosaban los mares y la tierra; mas observando que la picadura, que ellos tenian por mortal, ningun daño le habia hecho, juzgaron que era un Dios. Y aun se aumentó el concepto que se formó de él cuando se le vió curar por milagro la grave enfermedad del padre de Publio, rico propietario que le hospedó en su casa. Desde entonces acudieron á él todos los isleños enfermos, y los curó. Cada vez subia mas de punto el aprecio y veneracion que se habia captado: grande era el empeño por obsequiarle y agasajarle y proveerle de lo necesario para la continuacion de su viaje á Roma.

Parece que el Señor se complacia en que San Pablo pasase por toda clase de tribulaciones para que en todas ellas nos enseñára con su ejemplo la fortaleza, con que debemos llevarlas, y que con la confianza en Dios se sale bien de todas ellas. Siempre vemos á la divina Providencia acudir á salvarle. Siempre distinguimos ese tejido de penas y de satisfacciones, que forma la cadena de la vida del justo. Los trabajos son siempre escalones de la gloria. Así la tempestad concilia á San Pablo el amor, el respeto y la veneracion de sus compañeros de viaje, y la picadura de la víbora le pro-

porciona el religioso entusiasmo de los habitantes de la isla de Malta.

Tres meses despues de su naufragio se embarcó el Apóstol con sus compañeros de viaje para Italia, y costeando la Sicilia, se detuvieron un dia en Reggio de Calábria, y siete en Pozzuolo, donde habia algunos cristianos, los cuales avisaron á los de Roma el arribo del Doctor de las gentes. Estos, que ardian en deseos de conocerle, salieron á recibirle, unos á treinta, y otros á cincuenta millas de distancia de la Capital del mundo. Julio, de quien se dice que abrazó la fé con todos sus soldados, cumplió su cometido, poniendo al preso Apóstol á disposicion del Prefecto del Pretorio Afranio Burro, quien sin duda por consideracion á los informes y á las recomendaciones de Julio le señaló por prision la casa donde se hospedára y le permitió recibir las visitas de cuantos quisiesen verle. Pero segun la costumbre de aquel tiempo el soldado, que le vigilaba, tenia pendiente de la mano izquierda la cadena que colgaba de la derecha del Santo; espectáculo que habla con sublime elocuencia á nuestro corazon y á nuestra fantasía: al considerar en aquel preso al Taumaturgo padre de la fé de tantas y tan dilatadas naciones, que vá á enlazar con la cátedra de Pedro; diriase que esto simbolizan las cadenas

que ostenta, y que ese soldado de Roma, triunfadora del mundo, con estar atado á Pablo es una imagen de la futura sujecion del universo á la Iglesia fundada en aquella misma Roma con la sangre de los excelsos Apóstoles Pedro y Pablo, que murieron en un mismo dia, como queriéndonos declarar con esta circunstancia el estrecho vínculo de su union y de su recíproco amor. Así estuvo dos años predicando la fé, sin que su causa se fallára. Al tercer dia de su llegada hizo llamar á los principales judios, y les declaró quién era y los caminos y tribulaciones por los cuales le habia traído á Roma la mision que tenia de anunciar el Evangelio de Jesus resucitado. La conferencia quedó aplazada para otro dia. En el señalado á este fin, estuvo San Pablo toda la mañana y toda la tarde hablando de las pruebas, verdades y misterios de nuestra fé, y se convirtieron algunos israelitas; mas otros disputaban con ellos, impugnándoles; y el Apóstol viendo que se perdía tiempo, les dijo que en vista de su obstinacion convertiria su celo á la salvacion de los gentiles. Así lo hizo. Su propia casa era una cátedra, en que enseñaba y persuadía las verdades de nuestra religion á muchísimos paganos, que invitados por él mismo iban á oírle.

Aquí concluye San Lucas su libro de los hechos de los Apóstoles. Afírmase que sobrevivió largos años al martirio de su Maestro, y que predicó en la Dalmácia, en Italia y en la Macedonia; y está probado que alcanzó en la Acaya la corona de mártir. En el imperio de Constancio junto con las de San Andrés fueron trasladadas á Constantinopla sus reliquias, y se colocaron en la Iglesia de los Santos Apóstoles.

Acerca del martirio de uno de estos, de Santiago el Menor, corren dos relaciones, de Egesipo la una, y de Josefo la otra. En la del primero, segun demuestra el Cardenal Orsi, se hallan varias inverosimilitudes, no siendo creible que los sacerdotes de la Sinagoga permitiesen la entrada en el lugar santo al que era en Jerusalem cabeza de los aborrecidos cristianos, solo por su costumbre de vestirse de lino, ni pudiéndose admitir que el santo Obispo disimulára su fé cuando los judíos intentaron persuadirle que desde lo mas elevado del templo desengañára al pueblo acerca de la persona de Jesucristo, hablando en contra de su divino Maestro, pues en el relato de Egesipo se debe suponer esta disimulacion criminal, y está clara la esperanza que abrigaban los de la Sinagoga de que Santiago se produjera en favor de ellos, aunque se vieron chas-

queados en su espectacion. Menester era que los sacerdotes del judaismo hubiesen perdido el seso para esperar tal absurdo de un anciano, que por espacio como de treinta años habia capitaneado la invicta milicia de Jesucristo. Por el contrario, la relacion de Josefo, quien pudo haber sido testigo ocular, no ofrece tropiezo alguno á la crítica. Refiere en sus *Antigüedades judáicas* que el pontífice Anano llamó á su concilio á Santiago y á otros de los cristianos principales, y como no consiguiese doblegarlos á sus pretensiones, los condenó á morir apedreados, pues en su concepto blasfemaban de Moisés y de su ley. Esta crueldad irritó á muchos ciudadanos, los cuales la delataron por cartas al rey Agripa y á Albino gobernador de la Judea, quien por muerte de Festo venia de Alejandría á sucederle; y Agripa despojó á Anano de la dignidad de sumo pontífice, y Albino le esbribió reprendiéndole con acritud.

Mucho se ha disputado acerca de la parentela de este ilustre Apóstol, el cual tuvo la honra de ser primo del Salvador; y entre cuanto se ha dicho es lo mas probable que su madre María, prima hermana de la Reina del cielo y de San José, estuvo casada en primeras nupcias con Alfeo, de cuyo matrimonio nació Santiago Apóstol y Obispo de Je-

rusalen, y José, que llevaba el sobrenombre de Justo, y que muerto su primer marido, se desposó con Cleofas, de cuyo matrimonio fueron Simeon, sucesor de Santiago en la silla episcopal de Jerusalem, y el Apóstol San Judas Tadeo, quienes por la misma razón disfrutaron la dicha de tener un parentesco tan próximo con el Reparador de nuestra humana naturaleza.

El Señor antes de abandonar al pueblo judío á su perdición, hizo cuantos esfuerzos son imaginables para introducirle en el reino de su gracia: dispuso que los Apóstoles no salieran á la conquista de las naciones gentiles sino después de haber estado dedicados todos juntos á la conversión de los hijos de Jacob, y destinó á Santiago el Menor por su especialísimo pastor, dándoles en él un Obispo revestido de la plenitud de las facultades y jurisdicción de Apóstol, gracia extraordinaria, que solo sabemos hayan disfrutado Jerusalem la predilecta, y la privilegiada Roma con el Príncipe de los Apóstoles. Es muy célebre la austeridad de Santiago; solo se alimentaba de legumbres; sus oraciones eran tan continuas y tan prolongadas que sus rodillas estaban encallecidas de clavarse en el suelo; no probaba licor alguno, ni vino, ni cerveza; no se cortaba los cabellos, porque desde el vientre de

su madre fué consagrado á Dios para el nazareato, y su trage y su semblante predicaban penitencia. Toda la ciudad le tenia por un justo, y como á tal le veneraba. Los Saduceos le juzgaron digno de muerte, porque el resplandor de la santidad ofende á los que aman las tinieblas.

CAPÍTULO XVI.

SUMARIO.

Últimos viajes de San Pablo. Predica en España segun la tradicion. Los siete varones apostólicos. Primera persecucion de Neron. Triunfo de San Pedro sobre Simon Mago.

Á los dos años de prision en Roma, donde convirtió á muchos hasta del mismo palacio de Neron, obtuvo San Pablo la libertad; y parece que luego se dirigió al Oriente, constando que en Candía dejó por Obispo á Tito con el cargo de acabar de establecer y arreglar la Iglesia de aquella isla. Desde allí se cree que pasó á la Judea, y de Palestina á Éfeso, cuya grey encomendó á Timoteo, y visitando otras Iglesias del Asia, y en especial la de los Colossenses, fué á Macedonia, donde escribió su primera carta á Timoteo.

Es tradicion constante de la Iglesia de España que San Pablo predicó en ella, dilatando la fé por sus provincias, y entre los que la confirman se cuentan el Papa San Clemente, discípulo del Apóstol, en su carta á los Corintios, San Atanasio, San Gerónimo, San Cirilo de Jerusalem, San Juan Crisóstomo, San Epifanio, Teodoro, San Gregorio el grande, el Ven. Beda y otros, y entre los menos antiguos Baronio, Calmet, Fleuri, el Cardenal Gotti y hasta Natal Alejandro, que lo prueba en una de sus disertaciones. Tambien lo atestiguan las obras de los Padres y escritores españoles, el antiguo Breviario y Martirologio, y los monumentos y fiestas de algunas Iglesias particulares. No se sabe á punto fijo el tiempo de su venida, y se tiene por mas probable que fué despues de su primera prision de Roma y despues de su viaje al Oriente hácia los años 62 y 63 de Jesucristo. Entre los Obispos que instituyó en la Península cupo esta gloria á San Rufo de Tortosa.

Si no personalmente, como pretendieron algunos, es indudable que por medio de sus delegados tuvo San Pedro una parte principalísima en la fundacion de las Iglesias de España. En efecto, se le atribuye hácia el año 63 de la era vulgar la consagracion por Obispos de aquellos siete primeros discípulos de Santiago, los cuales despues de haber sepultado á su Maestro, fueron

desde Galicia á Roma, donde se hallaba el Vicario de Jesucristo, quien junto con la dignidad episcopal les dió la liturgia, que ellos trajeron á España. San Leandro y San Isidoro fueron los últimos que la perfeccionaron, y es la misma que despues se llamó oficio mozarabe. Vueltos á la Península los siete nuevos Obispos, fundaron por sí mismos entre otras las Iglesias de Almería, *Iliberis*, hoy Granada, de *Abula*, ahora Ávila, y la de Guadix. Estos siete varones apostólicos, que sellaron con su sangre la fe que predicaban, se llamaban Indalecio, Torcuato, Ctesifonte, Cecilio, Esiquio, Segundo y Eufrasio. Tambien se remontan á igual antigüedad las fundaciones de las sillas episcopales de Sevilla, Toledo, Zaragoza, Pamplona, Écija y Astorga.

Por aquel tiempo reveló el Espíritu Santo á San Pablo y al Príncipe de los Apóstoles que debían hallarse en Roma, porque se acercaban los dias de la prueba. En efecto, es indudable, como toda la tradicion lo atestigua, que ambos Apóstoles hácia los últimos años de Neron se hallaron en Roma, predicaron en ella la fé de Jesucristo, dilataron la religion y ganaron para el cielo un gran número de escogidos, sufrieron persecuciones y tormentos; y por fin consiguieron muriendo con gloria la palma del martirio. Comenzaron las persecuciones por la calumnia. Neron hizo prender fuego á Roma por uno de

aquellos caprichos de su barbarie y fiereza, y viéndose bajo el peso de la execración de los romanos, cuya patria y cuyos bienes fueron en gran parte reducidos á pavesas, echó la culpa del estrago á los cristianos, creyendo con razon que por ser tan aborrecidos de los que no podian sufrir la diversidad de sus costumbres y los resplandores de sus virtudes, se daria crédito á tal calumnia; con esto ganaba Neron el renombre de justiciero y de interesado por el bien público, vertiendo la sangre de aquellos inocentes, y satisfacía los instintos de su celebérrima crueldad. Portóse pues como quien era en la invencion de los tormentos á que los condenó: unos fueron vestidos con pieles de animales montaraces á fin de que los perros los despedazáran, crucificados otros, y otros muchos tras-pasados con largas estacas fijas en el suelo y untados con pez y otras materias combustibles á fin de que sirvieran de luminarias cuando de noche se les pegase fuego. Así se hizo; y Neron á la claridad de aquellos incendios de nueva especie se paseó por sus jardines, celebrando los juegos circenses, y haciendo de cochero, y mezclándose con lo mas infame de la plebe. Tal espectáculo penetró de horror los corazones de los mismos paganos: la naturaleza se resiste á tan fuertes sensaciones. Pero la Providencia para gloria de su Iglesia habia dispuesto que su

primer perseguidor fuese Neron, es decir el prototipo de la injusticia y de la tiranía. ¡Ah! jamas padeceremos nosotros lo que sufrieron los primeros atletas de nuestra fé; y si algo padecemos, sírvanos de consuelo el recuerdo de la intensidad de sus tormentos. Y bien persuadidos habian de estar de que nuestra religion era divina, cuando por ella daban la vida en tales suplicios. Si; su heroismo prueba la divinidad de esta única religion verdadera, que tenemos la dicha de profesar.

Ofrecióse poco despues otra nueva probanza de la verdad de nuestra religion en el modo con que San Pedro triunfó de Simon Mago. Á los que miran los acontecimientos solo bajo su aspecto humano, parecerá extraño que el Príncipe de los Apóstoles no hubiese sido una de las primeras víctimas de la persecucion; pero al leer la historia de la Iglesia es necesario no perder de vista ni por un solo instante el gobierno de la Providencia de Dios, acordándonos que siempre que le place se burla de los hombres, y con su omnipotencia atiende á la conservacion de su Iglesia y de la vida de los suyos hasta el momento en que tiene prefijado el trasladarlos á los cielos. San Pedro pues en medio de los furores neronianos, que devoraban la grey de Jesucristo estaba exhortando á los fieles á la constancia

en la fé y animándolos para sufrir el martirio.

Ya parece que no era tan frecuente el derramamiento de la sangre de los cristianos cuando llegó á Roma Simon Mago, padre de los herejarcas por ser el primero, que rompió con la Iglesia despues de haber estado en su seno. Este gran impostor era natural de un pueblo de la Samária, y en ella habia adquirido nombradía con los artificios de la mágia; mas viendo que el diácono Felipe obraba verdaderos milagros, se le arrimó y logró que le bautizára. Sus intenciones no debian de haber sido puras, pues luego que los Apóstoles Pedro y Juan llegaron á Samária, sin querer recibir de ellos el Espíritu Santo, les pidió que le comunicáran el don de conferirlo él á otros por medio de la imposicion de las manos, como ellos lo hacian, y para conseguirlo les ofreció dinero. Los Apóstoles indignados le reprendieron y le desecharon; y San Pedro hizo cuanto pudo para inducirle á penitencia: él mostró conmoverse; empero sus señales de arrepentimiento no pasaron de exterioridades. Siguió ejerciendo la mágia, y como Neron era muy dado á ella, fué por este tiempo á Roma á medrar bajo su sombra. El valimiento que con él obtuvo, contribuyó á hacerle dar un gran paso en la carrera de sus desvaríos: prometió nada menos que volar por los aires para prueba

de que él era la virtud de Dios. Á espectáculo de tanta maravilla habian de concurrir muchedumbres de ciudadanos llevados de la curiosidad y del asombro y del ejemplo del mismo Emperador. La promesa se cumple: Simon con el auxilio de los espíritus infernales ya se eleva en los aires, y se va remontando. Su vuelo es victoria contra la fé que predica San Pedro, y el impostor ha conseguido que por fuerza se le obligue á asistir á su triunfo. Ya está humillado el cristianismo; se aclama á su enemigo con universal admiracion. Pero la gloria del impío siempre es muy breve; las humillaciones de la Iglesia se convierten en triunfos. Pedro lucha con las armas de la oracion, y derriba á su contrario: cae el Mago, y se rompe ambas piernas, y su sangre salpica los vestidos de Neron, como refiere Suetonio. La escena se ha mudado; y se ha mudado muchas veces en el transcurso de los siglos en circunstancias parecidas. ¿Cuántas veces no han creido los profanos que naufragaba la navicilla de Pedro? Y entonces era cuando llegaba al puerto, cubriéndose de gloria. Su divino Piloto es el que manda callar á los vientos y á los mares.

CAPÍTULO XVII.

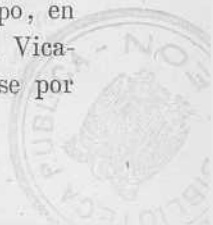
SUMARIO.

Continuacion de la persecucion de Neron. Se aparece el Salvador á San Pedro. Conversiones en la cárcel Mamertina. Martirios de San Pedro y San Pablo: monarquía cristiana que dejaron fundada: monumentos antiguos de la piedad de los fieles para con estos dos Apóstoles. Mencion de varios mártires. Epístola á Diogneto. San Lino.

La catástrofe ocurrida á Simon Mago, el cual, no pudiendo sufrir sus dolores y su ignominia, se suicidó arrojándose desde una altura, hizo que Neron cambiase de ánimo con respecto á los profesores del arte mágica: los persiguió; y envolvió en su nuevo odio á los filósofos, siendo la causa de la desgracia de estos el que entre ellos los Estoicos observaban mejor conducta, y tal muda oposicion á sus desarreglos no llevó en paciencia el Emperador, quien se propuso que con él solo reináran los vicios. Las virtudes de los cristianos le habian de ofender mucho mas, y su nueva y sublime filosofia, que ya le habia arrancado, convirtiéndolas, á varias de sus damas, excitaba su saña hasta el punto de determinarle á acabar con ella. Fulminó pues edictos de muerte

contra los cristianos, y bañó todo el imperio en su sangre. Suetonio en la vida de Neron le alaba por ello, y su testimonio vale contra alguno, que piensa que no fué muy crecido en su tiempo el número de los mártires. También Tertuliano atestigua haber sido Neron el primero que promulgó leyes contra los adoradores de Jesucristo. En confirmacion de que fueron muchísimos los que dieron la vida por él, pueden leerse los argumentos que aduce Mons. Palma en el tomo primero de su excelente obra intitulada: *Prælectiones Historiæ Ecclesiasticæ*.

Si, como dice Horacio, es dulce y honroso morir por la patria, mas dulce y mas glorioso es dar la vida por el Dios-Salvador que la dió por nosotros. Su amante Pedro y el convertido Pablo ansiaban esta dicha por unirse con él y consumir su penitencia. Á pesar de estos deseos cedió el Príncipe de los Apóstoles á las instancias, que le hacian los fieles para que se pusiera en salvo por medio de la fuga; mas cuando una noche salia de Roma con ánimo de ausentarse, á muy corta distancia de ella vió á su Señor, que venia, y le preguntó: «¿Adónde vais, Señor?» Respondióle Jesucristo: «Voy á Roma á ser crucificado de nuevo.» Y Pedro entendió que ya era llegado el tiempo, en el cual queria serlo en la persona de su Vicario. Y volvió á Roma resuelto á inmolarsé por



la fé, que predicaba. Neron le hizo prender, y le encerró en la cárcel Mamertina al pié del Capitolio, en la cual convirtió á Proceso y á Martiniano, capitanes de las guardias, y á cuarenta y siete soldados, sacando por milagro de una peña para bautizarlos el agua que hasta ahora corre.

San Pablo le precedió en la gloria de ser encarcelado por la fé, pero ambos dieron la vida en un mismo dia por ella: cortaron la cabeza al Doctor de las gentes; y á Pedro despues de azotarle segun costumbre ó ley de los romanos, que se ejecutaba con los sentenciados á muerte, le crucificaron con la cabeza abajo y los piés arriba, habiendo él mismo pedido que con esta circunstancia fuese de mas dolor é ignominia su atroz suplicio, porque á su humildad parecia no merecer la honra del mismo género de muerte, que tuvo su divino Maestro. Asi acabó en un tormento de afrenta el que sin mas armas que su palabra vino á conquistar á Roma, señora de las naciones; y ese pescador de Galilea, el cual por todo equipo traia las lágrimas de su arrepentimiento y la pobreza de la cruz, fundó en medio de la corte de los Césares una monarquía que habia de extenderse mas allá de los confines del imperio romano, una monarquía que habia de recibir en su seno todos los reinos de la tierra, una monarquía

que los habia de civilizar y vivificar con la influencia de sus leyes y con la luz de su sabiduría, una monarquía que despues dé diez y nueve siglos de combates aun subsiste con gloria, dilatando sus conquistas de paz y de amor del mismo modo que se fundó, es decir, con el heroismo de la paciencia y con la sangre de sus mártires y con las maravillas de su caridad y con las armas de la oracion. Ante el sepulcro de ese Pescador han visto y ven los siglos ir á postrarse los potentados que llevan cetro y corona; y en tanto la faz del universo se ha mudado muchas veces, han desaparecido antiguas dinastías, han reinado otras nuevas, y tambien han desaparecido, los que eran imperios se han vuelto repúblicas, y estas han pasado, sobre unos tronos caídos se han erigido otros nuevos, y tambien se han desplomado, los limites de los países se borraron en guerras y conquistas, pusiéronse otros nuevos, y ya no son, mudáronse los nombres de los pueblos, sucedieron á unas gentes famosas otras venidas de lejos, y aun esas abismáronse en la corriente de los tiempos y se perdieron las mil generaciones que de ellas fueron naciendo; mas la monarquía de Pedro está sobre sus cimientos tan firme como el primer dia, regada con la sangre de Pedro y con la de los Pontífices, que por espacio de trescientos años le reemplazaron en la dignidad

y en el martirio. La Iglesia que hoy gobierna Pío IX con todas las facultades de Pedro, á los diez y nueve siglos, como si hubiera sido ayer, la ha recibido del mismo Pedro, y en el actual Pontífice vive Pedro y vivirá en sus Sucesores.

Como una prueba del afecto y veneracion, que los fieles profesaron en la antigüedad á los dos santos Apóstoles, se citan las imágenes de estos, que se han hallado en los cementerios de Roma y las tazas y vasos en que estaban esculpidas, lo que demuestra contra los modernos Iconoclastas el culto tributado á los Santos desde el principio de la Iglesia. Eusebio atestigua que él mismo habia visto en Egipto las mencionadas imágenes de forma muy pequeña, pues era preciso sustraerlas con facilidad á las pesquisas de los paganos. Si con tal empeño querian los cristianos tener consigo un recuerdo de los que con su sangre sellaron la religion divina que establecian, no hay duda en que con mayor ahinco irian los cristianos de Roma á orar en las mas altas horas de la noche al sepulcro de San Pedro, que se hallaba en el Vaticano, y al de San Pablo, que estaba en la Via Ostiense.

Por la carta de San Clemente á los de Corinto se sabe que la muchedumbre de los que se unieron en vida á los dos Apóstoles, se dejó inmolar en los tormentos, padeciéndolo-

los hasta morir por Cristo, cuyo amor la coronó de victoria. Entre estos héroes cuenta Clemente Alejandrino á la mujer de San Pedro, quien viéndola ir al martirio se llenó de júbilo y la exhortó á que se acordára del Señor. Hermas en sus libros del *Pastor* transmitió á la posteridad los suplicios con que se daba muerte á los confesores: eran entregados á las fieras; morian en las cárceles; espiraban al rigor de los azotes; hacíanles exhalar en cruces el último aliento. La persecucion volaba por las provincias del imperio, arrebatando víctimas. Milan vió el martirio de Gervasio y Protasio, y el de sus padres Vital y Valeria, y el de Celso y Nazario; Pisa el de Paulino, y Luca el de Torpetes, Ravena el de Apolinar, y Aquileya el de Fortunato y el de Hermágoras su primer Obispo.

En Brescia se usó con el mártir San Alejandro de un género de tormento muy particular: se le horadaron las manos, y pasando por sus agujeros gruesas cuerdas, atáronle con ellas á un toro, que le arastraba por la ciudad, y por último le mutilaron. En España corrió á torrentes la sangre de sus héroes: acreditalo una antigua inscripcion, con que los paganos daban gracias á Neron por haber purgado la provincia de los que propagaban la nueva supersticion. Así llamaban los gentiles á la religion venida

de los cielos; ellos han desaparecido; y ella los tiene en su regazo maternal. Conviene todos en que la inscripción mencionada significa que de un extremo á otro de la Península dieron la vida á manos de los verdugos casi todos los que profesaban el cristianismo; de modo que los cristianos españoles subieron al cielo en legiones con sus coronas y palmas de triunfo y gloria.

La epístola á Diogneto, uno de los mas bellos monumentos de la antigüedad eclesiástica, tenido por de aquel tiempo, y cuyo origen griego se ve en ella con claridad, habla del heroismo de los mártires de la Grecia, y confirma la universalidad de esta primera persecucion. «Á todos aman, dice de los cristianos, y todos los persiguen; se les condena sin oírlos; se les da la muerte y adquieren una nueva vida; son mendigos, y á muchos enriquecen; de todo han menester, y todo les sobra; se les injuria, y su gloria resplandece entre las mismas injurias; se les llena de maldiciones y de agravios, y no salen de sus labios mas que palabras de bondad y dulzura. Se despedaza su fama, y al mismo tiempo se hace justicia á sus virtudes confesándolas. Se les vilipendia, y honran á quienes los ultrajan. Pórtanse como hombres de bien, y se les castiga como á malhechores, y se regocijan cuando se les maltrata como si se les estuviera acariciando. Cual

si fuesen extranjeros, les hacen la guerra los judíos, y los persiguen los griegos.»

San Pedro habia ordenado de Obispo y hecho coadjutor suyo á San Lino, á quien encargaba el gobierno de su particular obispado de Roma, cuando como Pastor universal tenia que ausentarse de ella; y San Lino le sucedió en la dignidad de Sumo Pontífice.

CAPÍTULO XVIII.

SUMARIO.

Prodigios que precedieron á la ruina de Jerusalem.

Guerra judáica. Cumplimiento de las profecías.

San Pedro y San Pablo habian vaticinado antes de morir la próxima ruina de la nacion judáica; y en efecto estaba ya cerca el dia de las venganzas del Señor, que aun no cansado de llamar á su pueblo con la voz de los portentos, como lo hizo por tantos siglos, le envió un nuevo profeta de fúnebres augurios. Fué un hombre cual no lo han visto las edades: su nacimiento oscuro, su procedencia el campo, su naturaleza cual si fuera de hierro, su voz de trueno, su constancia superior á todo linaje de padecimientos; su indiferencia por todo

lo que no era el cumplimiento de su mision era un prodigio. Llamábase Jesus, y fué hijo de Anano. Vino á Jerusalem cuando todavía opulenta gozaba de las delicias de la paz, y cuatro años antes de la guerra y mas de siete años antes del asedio de la ciudad deicida comenzó á gritar para no cesar hasta su muerte; «Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalem, y contra el templo, voz contra los casados, y contra las recién casadas, voz contra todo el pueblo.» Con tales gritos recorría dia y noche toda la ciudad. Los magnates de ella no logrando de otro modo imponerle silencio, le prendieron y le azotaron; pero nada podían los azotes, las amenazas, ni los dolores; al ruido de los golpes que se le daban mezclaba el de sus terribles predicciones, y sin conmoverse proseguía en su fúnebre tarea de gritar: «¡Ay de Jerusalem! ¡Ay del templo!»

Notando en el azotado una imperturbabilidad y una intrepidez sobrenatural, llevaronle á la presencia de Albino, gobernador de la Judea, y á cuantas preguntas le hizo fueron sus acostumbrados clamores la única respuesta. Le sentenció á una nueva flagelación, y en este suplicio en que se le desgarraron las carnes, y se le descubrieron los huesos, á cada golpe repetía lo mismo, dando á su funeral augurio

una entonacion melancólica y terrible, sin proferir una sola palabra de queja ni de súplica para que se le dejase de atormentar. El escarmiento fué seguir clamando como clamaba, sin que su voz se enronqueciese, sin dar las gracias á los que le daban de comer, sin enfadarse con los que le injuriaban y le maltrataban. Ni dejó este género de vida, ni cesó de clamar hasta que puesto ya el cerco á la ciudad y reducida al último extremo, cuando recorria sus murallas, vino sobre él una piedra lanzada por una de las máquinas de los romanos, y le quitó la vida en el instante en que con mayor esfuerzo y voz mas alta acababa de gritar: «¡Ay de la ciudad! ¡Ay del pueblo, ay del templo, ay de mí!»

Ni los cielos amenazadores se contentaron con un solo terrorífico portento. La puerta oriental del templo, que era de bronce, se abrió una noche por sí misma. Otra noche una luz extraordinaria hizo dia del templo por espacio de media hora. Otra noche, estando los sacerdotes desempeñando sus funciones, oyeron resonar estas voces: «Salgamos de aquí: Salgamos de aquí.» Y era una invisible multitud la que así clamaba: serian los Ángeles del templo, que ya iban á abandonarlo á la desolacion. Apareció en los aires un cometa en figura de espada; y por último se vieron en los horizontes carros de guerra y escua-

drones armados, que peleaban unos con otros y formaban el cerco de Jerusalem.

Con este lenguaje de prodigios quiso el Altísimo declarar á los judíos que sus catástrofes no eran obra de los hombres sino venganza suya por la muerte, que habian dado al Mesías. Mas ya habian perdido el conocimiento de las cosas de Dios; sin embargo, los terrores de los fulminantes presagios penetraban de espanto sus huesos. Con mas prudencia y mejor aviso los cristianos se retiraron á la pequeña ciudad de Pella, situada al otro lado del Jordan en los dominios del rey Agripa, donde bajo la proteccion de Dios vivieron seguros y en paz, mientras Jerusalem ardia por dentro y fuera; dentro con las discordias devoradoras, que bañaban en ondas de sangre su templo y sus calles y sus plazas y sus casas, llenándolo todo de horrores fraticidas y de cadáveres sin cuento; fuera con la guerra y matanzas de los ejércitos del imperio romano, contra el cual se rebelaron los judíos instigados por una muchedumbre de falsos profetas y desechados con las tiranías de los romanos gobernadores. Sus ciudades desaparecian incendiadas; la desolacion arrasaba sus campos; lloraban sus caminos lágrimas de sangre; aceros de exterminio devoraban por donde quiera la raza de los judíos. Perecieron veinte mil en Cesárea en solo una hora; cerca de Scitópolis trece mil en una

noche; ocho mil en Jope, cincuenta mil en Alejandría. Al filo de las espadas caían las cabezas de los niños y de los ancianos: igual furor sepultaba los puñales en los pechos de las mujeres. Sus llantos y gemidos no eran mas que estéril música, que acompañaba los horrores del universal estrago. La arremetida contra los hebreos comenzó en Antioquía con arrojarlos al fuego.

Cestio Galo fué el primero, que contra Jerusalem capitaneó los ejércitos de Neron; sucedióle Vespasiano, que entregaba las plazas al furor de los soldados y á las llamas. En Jafa degolló quince mil, en Jotapata cuarenta mil, en Gadara otros quince mil, en Gamala todos sus habitantes, excepto solo dos mujeres. Vespasiano era el rayo de Dios enviado á la Judea. Y sin embargo, era mayor el ímpetu y el estrago con que los judíos cebaban sus furores unos en otros.

Cuando Vespasiano fué elevado al imperio, confió á su hijo Tito el mando de los ejércitos, que habian de acabar con la Judea. Tito, á quien el Altísimo destinaba á vengar la muerte de su Hijo, puso el sitio de Jerusalem. Y se cumplieron las profecías, que Jesucristo hizo acerca de ella. Dijo que los falsos profetas precederian al asedio; que se armaria una nacion contra otra y un reino contra otro reino; que aparecerian en el cielo señales mensageras de catástrofes; que desolarian las ciudades los terremotos, el hambre y la pes-

te; que los Apóstoles y los demás discípulos se verían perseguidos por sus mismos hermanos, azotados en las Sinagogas, apedreados, crucificados y entregados á los gentiles; y que á pesar de las persecuciones de estos llegaría el Evangelio hasta los últimos términos del mundo, y en medio de las crecientes de iniquidad formaría una república celestial de almas santas é inmaculadas, en las cuales habian de resplandecer todas las mas sublimes virtudes. Por último, anunció el Señor que la señal próxima de la ruina de la ciudad seria un ejército enemigo al rededor de sus murallas y dentro del lugar santo la abominacion. Suetonio, Tácito y Josefo historiadores de aquel tiempo nos han transmitido los sucesos, que dieron cumplimiento á estas profecias.

En tiempo del emperador Claudio la Judea y casi todo el imperio sufrieron los rigores del hambre; en el reinado de Neron un gran terremoto sepultó una ciudad célebre, y la peste desoló á la Italia; despues de su muerte armáronse las naciones y los reinos unos contra otros, proclamando diversos emperadores, y acudiendo para hacerlos triunfar al derramamiento de sangre. Ya se ha hecho mencion de los otros acontecimientos que el Hijo de Dios se dignó profetizar. Las calamidades, que pesarian sobre Jerusalem cuando estuviese sitiada pueden verse estampadas de antemano en el Evange-

lio. «¡Oh hijas de Sion, exclamaba Jesus, no lloreis sobre mí, llorad mas bien sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque llegará el tiempo en que digais: dichosos los vientres que no concibieron!» Y otra vez llorando sobre Jerusalem, y dirigiéndole la palabra en tono patético, decia: «Tú serás del todo destruida, tú y tus hijos, ni quedará en tí piedra sobre piedra.» Y otras varias veces le pronosticó su ruina y el infeliz paradero de sus habitantes.

Era la pascua y casi toda la nacion se habia reunido en Jerusalem, huyendo de otras ciudades, que le precedieron en la ruina, y de los sicarios y ladrones que infestaban los campos y los pueblos; y el general romano tendió de pronto su ejército en torno de los muros de la ciudad deicida, envolviéndola en los estragos de sus armas como en una red infernal; habia de celebrarse una pascua muy diversa de aquella en que sucedió la tragedia del Monarca de los cielos; bien que una y otra tenian una relacion de misterios de venganza y de sangre. Á las muertes, que á todas horas fulminaban los sicarios, raza de gentes sin corazon y sin entrañas entregadas á las furias del averno, que se habian enseñoreado de Jerusalem y del templo, añadiéronse los pavores y tormentos del hambre luego que Tito la incomunicó con el resto del mundo, ciñéndola con una especie de muralla nueva al-

menada de trecho en trecho con fuertes, donde velaban los centinelas matando á cuantos asomaban. Sin embargo, aquellos hijos de la desesperacion se arrojaban sobre los romanos á dar y recibir la muerte, y Tito los hacia crucificar. Faltaron cruces para tantos, faltó sitio donde ponerlas. Vióse en breve al rededor de la ciudad una selva de crucificados.

Una vez un judío que huia se puso á buscar oro entre lo que habia echado de su vientre, pues se lo habia tragado para que despues le sirviera. Fué descubierto en la operacion; y desde entonces los sirios y los árabes, que formaban parte del ejército sitiador, se dedicaron por el ánsia de la moneda amarilla á destripar á cuantos cogian: en una sola noche abrieron dos mil vientres judíos. Pero aun eran mayores los horrores, que hacian de Jerusalem un vivo infierno: el hambre, la peste y el furor de los fraticidas la tenian hecha un teatro de espanto y de duelo. No bastaban los vivos para sepultar á tantos muertos. Casas, calles y plazas rebosaban en cadáveres insepultos, aunque llegaron á seiscientos mil los cuerpos muertos, que solo de pobres se sacaron para enterrarlos fuera, y en pocos meses por una sola puerta salieron con tal fin ciento quince mil ochocientos ochenta, como atestigua Josefo en la historia de esta guerra. Por último, ya no se ejerció con los difuntos este acto de

piedad: llenábanse de cadáveres los edificios de mas amplitud, y luego se cerraban sus puertas; otros innumerables eran arrojados por las murallas á los profundos fosos, que tenian debajo, los cuales llenáronse bien pronto. Tito que un día las recorría, se horrorizó al ver aquellas montañas de podredumbre, y sintiendo el hedor que exhalaban tantos muertos hacinados, gimió en lo profundo de su guerrero corazon, y alzando los ojos á los cielos, puso á Dios por testigo de que no debian imputársele horrores de tamaña abominacion.

CAPÍTULO XIX.

SUMARIO.

Continuacion del sitio de Jerusalem. Horrores. Destruccion de Jerusalem y del templo.

Tres facciones despedazaban las entrañas de Jerusalem; la de Simon Bargioras, la de Juan de Giscala y la de Eleazaro, que ocupaba la parte interior del templo convertido en campo de batalla, donde corria la sangre de los sacerdotes mezclada con la de las víctimas que estaban inmolando. Pero como en esta magnífica cátedra de las venganzas divinas todo era extraordinario, sin dejar de aborrecerse y de en-

sangrentarse unas en otras ni por un solo momento, las tres facciones se unian contra el comun enemigo romano. Tito les ofreció varias veces el perdon y la paz: no obtuvo mas respuesta que fulminantes arranques de volcánica desesperacion. Aquellos monstruos habian perdido todo rastro de humanidad: su existencia era una cadena de robos, de violaciones, de estupro, de asesinatos. Para ellos era un juego continuo la matanza de niños, de ancianos y de mujeres.

Llegó sin embargo el caso de que una vez se horrorizáran. Entre las personas que se refugiaron en Jerusalem vino del otro lado del Jordán una mujer rica y noble: los sediciosos la despojaron de cuanto traia, quitándole por último los víveres que habia escondido. Ella fuera de sí por la vehemencia de su afliccion, llenándolos de imprecaciones, les rogaba que le quitáran la vida, y hacia cuanto estaba á su alcance para obligarles á que le dieran la muerte, y no se la dieron. Ella, estrechada por el hambre y la desesperacion, cogió el niño que tenia pendiente de los pechos, y mirándole con ojos desencajados, en que ardia una llama siniestra, y prorumpiendo en palabras de horror, hijas de su infernal despecho, le degolló, le asó, devoró la mitad de él y escondió la otra mitad. Entraron los sicarios al olor de tan exe-

crable manjar, y empezaron á amenazarla con la muerte á fin de que les hiciera participar de él: diciéndoles la mujer que les habia guardado una buena parte, sacó y puso ante sus ojos lo que de su niño asado le quedaba. Horrorizáronse ellos, estaban inmóviles y como fuera de sí mirando á aquella madre. «¡Es mi hijo, exclamó ella; yo he hecho lo que veis: comed, pues ya he comido yo! No seais mas delicados que una mujer ni mas compasivos que una madre. ¿Os hace rehusar vuestra conciencia la víctima que os ofrezco? Pues bien! ¡Yo que ya de ella he comido la mitad, me comeré tambien la otra mitad!» Los sicarios huyeron estremecidos. Y Tito dijo que los ju-díos eran dignos de semejantes banquetes, y que á él, á él le tocaba sepultar entre ruinas eternas un delito tan atroz, y que el sol no debia volver á ver sobre la superficie de la tierra una ciudad, en que las madres se alimentaban con el fruto de sus entrañas!...

Llegó por fin el dia en que avanzando los sitiadores á sangre y fuego hasta las puertas del templo, cayó este monumento, que era la admiracion de las naciones y el centro y la magnificencia de la religion judáica. Tito concibió empeño por conservar su parte principal, que era la interior; pero un soldado á impulsos de un movimiento sobrenatural, encaramán-

dose á una ventana, arrojó por ella una tea encendida en el contiguo departamento: alzaronse al instante las llamas de un incendio inextinguible: el Caudillo de Roma dirigió á apagarlo todos sus esfuerzos; pero fué vana su energia. Sus órdenes, sus gritos, sus amenazas se estrellaron en las disposiciones de lo alto. Sus soldados, que siempre le habian obedecido, solo atendian entonces al saqueo y á la matanza. El templo se hizo cenizas. Con él perecieron niños y mujeres, que allí se habian refugiado, y ardió una muchedumbre de toda clase de gentes.

Sin embargo, aun hubo sediciosos, que se retiraron á lo mas escarpado y alto de la ciudad. Tito al verlo mandó incendiarla, y á sus ejércitos mandó que degolláran, que saqueáran, que dieran rienda suelta á su rapacidad y á sus furores. Hiciéronlo. Mandó que se pasára el arado sobre las ruinas de Jerusalem y de su templo; y así se hizo. En cumplimiento de la profecía del Redentor no quedó piedra sobre piedra. Atestigua Josefo que los que veian despues aquella transformacion de ciudad en campo raso, apenas acababan de creer hubiese sido morada de hombres. La muerte devoró en el sitio de Jerusalem un millon y cien mil judíos, cosa de que en las historias segun el Cardenal Orsi no hay ejemplo. Trági-

cas fueron la mayor parte de tantas muertes. Habia de cumplirse la prediccion del Redentor, el cual aseguró que calamidad semejante no se habia visto desde el principio del mundo y que otra igual tampoco se veria hasta el fin de los siglos.

El autor poco ha citado «Jerusalen, dice, reprobada, abandonada por Dios, estrechada por sus enemigos, entregada al furor, á la desesperacion, á la rabia de sus propios hijos, hechos sus mas crueles tiranos, mereció que Jesucristo la presentára como figura y símbolo del infierno; y la severidad del juicio, que Dios ha ejercido sobre sus pérfidos habitantes, como una viva imágen del que ejercerá sobre el universo cuando al fin de los siglos venga en su magestad á juzgar á los vivos y á los muertos.» Y efectivamente, nada es capaz de representarnos mejor el infierno, el infierno tal cual ha de ser despues de la resurreccion universal, es decir, aquella cárcel estrecha para tantos millones de hombres como allí estarán encerrados, aquellos crueles ministros de la venganza divina, que los atormentarán, aquel fuego y aquellas llamas que jamás han de apagarse, aquella hambre y aquella sed que han de devorarlos, aquellas fúnebres imágenes que se enseñorearán de sus espíritus, aquella rabia y aquel furor que han de agitarlos. Nada mas

á propósito para representarnos todo esto que una ciudad, en la cual por lo menos se encierran dentro de sus muros tres millones de hombres, estrechada por fuera con ejércitos formidables, desgarrada dentro por las facciones mas crueles, entregada al arbitrio de los tiranos mas desapiadados, los cuales sin entrañas de humanidad, y conculcando la justicia, las leyes y la religion, degüellan á los sacerdotes al pié de los altares, violan á las vírgenes, mancillan los tálamos nupciales, atormentan y dan atroz muerte á los inocentes, arrebatan el pan de la boca de los que mueren de hambre, saquean impunes las casas y asesinan á los que en ellas habitan, se rien de las lágrimas, é insultan á los que están exhalando el último suspiro, y se muestran ansiosos y sedientos de sus riquezas no menos que de su sangre. Una ciudad donde no se ven por calles y por plazas sino cuerpos ya muertos, ó medio putrefactos, é insufribles al olfato y á la vista, ó que luchan con la agonía, ó que por su extrema debilidad no pueden estar de pié, ó ya no tienen aliento para hablar, ni para desplegar los lábios, ó que haciendo los últimos esfuerzos llenan de imprecaciones á los fautores de sus desgracias, y con ojos lánguidos dando al templo las últimas miradas, contra ellos invocan las venganzas divinas, y muchos desean y piden

la muerte, y la desean en vano; una ciudad por último defendida por la desesperacion contra un ejército victorioso, abandonada al desenfreno y furor de los soldados y que al fin parece sumergida en sangre y consumida por las llamas, entre los gemidos, entre los alaridos, y entre el degüello de sus míseros habitantes, era por cierto una viva imagen del infierno.

No sigamos á los judíos en sus posteriores infortunios; unos vendidos por esclavos, otros condenados á trabajos públicos, ó matándose unos á otros como gladiadores en los circos para divertir á sus opresores, otros muriendo de hambre, todos, todos mostraron que pesaban sobre ellos las venganzas del Omnipotente por la muerte que dieron al Salvador. Bástenos haber visto lo que padecieron en Jerusalem al acabarse esta ciudad deicida.

CAPÍTULO XX.

SUMARIO.

San Clemente Papa. Muerte de Neron. Sus sucesores. Segunda persecucion general por Domiciano. Introduccion del cristianismo en las Galias. Verdad de la tradicion de que evangelizaron la Provenza Santa Maria Magdalena, San Lázaro etc. recientemente confirmada por una obra del abate Faillon.

Á San Lino sucedió San Clemente en el gobierno de la Iglesia de Jesucristo. Habíale San Pedro ordenado de Obispo, y á los Apóstoles, cuyo discípulo fué, debió Clemente las celestiales luces, que hasta ahora se admiran en su carta á los fieles de Corinto. Escribióla el Santo Pontífice con el fin de poner un término á las desgraciadas desavenencias, que habian producido un cisma en aquella capital. Grande ha sido la veneracion y aprecio con que todos los siglos han recibido y honrado esta epístola, cuyo estilo por su sencillez y uncion se asemeja al de los Apóstoles. Se ha disputado acerca de si eran suyas algunas otras obras, que llevan su nombre; pero los mas acreditados críticos convienen en que se las atribuian falsamente. Sin embargo, tambien se reconocen como dignas de su piedad y sabiduría otra epístola á los mismos Corintios, y otras dos

á las vírgenes, las cuales fueron posteriormente descubiertas.

La muerte de Neron tuvo un sello de ignominia. Sus crueldades conmovieron contra él los ánimos en todo el imperio: se rebelaron sus generales; y sus ejércitos marchando hácia la capital le llevaban la muerte en sus aceros; mas no fué menester que llegáran: Roma misma se sublevó; acometiéronle temblores de pavor, huyó, se escondió, y por último se suicidó con vileza. Tal fué la tragedia, en que acabó su vida el primer perseguidor de la Iglesia. Sucedióle Galba, y fué asesinado á los siete meses. Oton imperó despues de él tres meses, Vitelio ocho, y despues de él Vespasiano, á quien proclamaron y llevaron en triunfo á Roma todos los ejércitos del imperio. Diríase que la Providencia quería premiar con la corona del universo á los destructores de la nacion judía, pues Tito se la ciñó tambien en seguida de su padre.

Aunque con la muerte de Neron cesó la violencia de la primera persecucion general, sus edictos quedaron como leyes del imperio, obrando contra los cristianos siempre que de ellos querian valerse el odio, la envidia ó cualquiera otra pasion perseguidora de la virtud. Así no impropriamente pudiera decirse que en los tres primeros siglos no se interrumpió el derramamiento de sangre de cristianos, pues diseminados estos por

todo el imperio romano, viviendo entre los idólatras, sus naturales enemigos, eran sus víctimas cuando menos de un modo parcial, ya en uno, ya en otro de los pueblos sin cuento, ya en una, ya en otra de los millares de ciudades en que se hallaban, y hasta en los campos que regaban con sus lágrimas y sudores. Renovábase de cuando en cuando y se extendía por donde quiera el fuego de las persecuciones, que entonces se hacían generales, bañando casi todo el mundo conocido en sangre inocente y santa.

Domiciano, sucesor de Tito, fué el segundo de los emperadores, que por esta renovacion de crueldades inmortalizaron con infamia su nombre en los fastos del cristianismo. Tomó por sí mismo los títulos de Señor y de Dios, y prohibió que nadie se le acercára ó le hiciera alguna súplica sin dárselos; la crueldad y la supersticion formaban su carácter; aborrecia á los hombres de bien, y desterró de Roma y de Italia á los filósofos; puso en vigor la antigua ya desusada costumbre de enterrar vivas á las vestales convencidas de estupro; y por último, se declaró hijo de la diosa Palas. Con tales disposiciones parece que desde luego habia de haber empezado á perseguir á los cristianos, cuya inocencia y santidad debian ofenderle, pues por ellas los gentiles los miraban como á enemigos de sus dioses y de sus ceremonias, como á impíos y ateos;

pero la Providencia dispuso que respirasen en los trece primeros años de su imperio, á fin de que con larga paz fueran aumentándose é instruyéndose los hijos de la Iglesia, que habian de coronarse como mártires invictos. Convirtió al fin su saña contra ellos, y no perdonó á sus mismos parientes, pues por su orden fué muerto su primo Flavio Clemente, que con él acababa de ser cónsul, y desterrada á la isla Pandataria Domitilla esposa de aquel héroe. Tambien condenó á muerte á Glabron, que con Trajano habia sido cónsul.

El cristianismo se introdujo en las Galias casi desde sus primeros albores, pues San Epifanio dice de San Lucas que predicó en la Dalmácia, en las Galias, y en Italia, pero muy particularmente en las Galias, y que tambien predicó en ellas Crescente, discípulo de San Pablo. San Isidoro de Sevilla cuenta al Apóstol San Felipe entre los que esparcieron las luces del Evangelio en las Galias. San Pedro envió á ellas acompañados de otros misioneros á los siete obispos Trófilo de Arles, Marcial de Limoges, Austremonio de Clermont, Gaciano de Tours, Valerio de Tréveris, Saturnino de Tolosa y Pablo de Narbona. Pero aun eligió el Señor otros predicadores de voz mas patética: Maximino, uno de los 72 discípulos de Jesus, Marcela, Marta, que á los pies del Salvador se extasiaba contemplándole, su

amigo Lázaro, por quien tanta ternura el Dios-hecho-hombre mostró, sacándole del sepulcro, y aquella Magdalena, que convertida bañaba sus divinos piés en lágrimas de amor y le vió resucitado despues de haber asistido al sacrificio del Calvario, arrojados de Palestina por los vientos de la persecucion y entregados al furor de los mares para que en ellos pudiesen en una nave sin remos y sin velámen, llegaron conducidos por la Providencia divina á la Provenza, á la cual tenialos destinados por apóstoles.

Maximino fué Obispo de Aix y Lázaro de Marsella. Marta y Magdalena convertian muchedumbre de gentiles con sus palabras, que eran otros tantos rayos de amor divino: Magdalena les ofrecia en sí misma un modelo de penitencia, pues sus lágrimas jamás dejaban de correr; y al fin despues de haber conquistado á muchas almas para el Dios humanado, que le robó el corazon, se retiró á una cueva para soltar con mas libertad los suspiros de su arrepentimiento y consagrar su vida al llanto, á los dolores y á las maceraciones de la penitencia. En aquella cueva imprimió por espacio de treinta años en sus envejecidos miembros las llagas de su amado Señor.

El abate Rohrbacher en el tomo cuarto de su aplaudida *Historia universal de la Iglesia católica* para desvanecer cuanto se habia dicho

contra lo referido sobre la introduccion del cristianismo en las Galias, extracta los argumentos con que la defiende el abate Faillon en su obra intitulada *Monumentos inéditos sobre el apostolado de Santa Maria Magdalena en Provenza, y sobre los otros Apóstoles de aquel país, San Lázaro, San Maximino, Santa Marta y las Santas Maria, Jacobe y Salomé*. Ha hecho el abate Faillon un servicio de suma importancia á la Iglesia de su nacion y á la historia eclesiástica, disipando para siempre las nubes que sobre tal punto habian condensado hombres de mala fé. No es posible resistir á las pruebas que aduce; y pone en claro que procedió con pravedad Launoy, á quien ocurrió primero la idea de arrebatarse á la Francia la gloria de haber tenido tan esclarecidos Apóstoles.

Á San Clemente sucedió San Cleto en el supremo gobierno de la Iglesia.

CAPÍTULO XXI.

SUMARIO.

San Juan Evangelista es arrojado en una tina de aceite hirviendo, y luego desterrado á la isla de Patmos. Los parientes del Salvador. Muerte de Domiciano. San Juan Evangelista de vuelta al Asia: convierte á un famoso ladron: maravillas que obra. Especial tema de sus últimas exhortaciones.

Al emperador Domiciano fué enviado preso desde Éfeso el Apóstol San Juan. Ni la magestad de cerca de un siglo, que representaba en sus canas, ni la santidad que respiraba su semblante, ni la dulzura de su persona augusta conmovieron al de entrañas acostumbradas á la fiereza; hizole arrojar en una tina de aceite hirviendo; y el Santo recibió en ella los honores de mártir sin experimentar los dolores propios del martirio; habíalos ya sufrido al pié de la cruz de su Señor, imprimiendo en su corazon las llagas y la muerte, que estaba viendo padecer al Amado de su alma; los habia ya experimentado en su propio cuerpo cuando poco despues de la venida del Espiritu Santo junto con San Pedro le encarcelaron y le azotaron los judíos; y segun observa Butler, entonces

mismo es casi seguro que los padeció sufriendo los azotes, que conforme la costumbre romana precedían á la pena capital, cual fué el tormento en que Domiciano quiso que muriese el Apóstol. Otra cosa habia dispuesto la Providencia: le conservó ileso entre los hervores del aceite para mostrar que nada pueden contra ella las sentencias de los tiranos, cuando le place burlarlas.

Como los paganos tenían alto concepto de los prodigios de la mágia, atribuían á ella los milagros, que los asombraban en los martirios de los cristianos, y con tan falsa idea obcecábalos el príncipe de las tinieblas. Esto sucedió con Domiciano en vista del portento. Viendo que la muerte no le obedecía, desterró al Apóstol á la isla de Patmos, tan célebre por la revelacion que en ella tuvo el Profeta del nuevo Testamento. Entre los romanos los desterrados á una isla llevaban consigo una cadena de tribulaciones, pues los declaraban indignos de gozar de todos los bienes de la naturaleza comunes al resto de los hombres. Espectáculo sublime el que ofrece San Juan á los noventa y tantos años de su edad en una pequeña é inculta isla del mar Egeo tan martirizado en todo lo concerniente á la vida animal como sublimado en la espiritual con regalos del cielo, con éxtasis y revelaciones y visiones y profecías de inefable grandeza. Per-

secuciones por parte del mundo y favores de Dios casi siempre se hermanan en sus escogidos.

Los edictos de Domiciano derramaron la sangre cristiana en la extension del Asia; hállanse testimonios en el Apocalipsis, en el cual se elogian las virtudes de varios de sus Obispos, que ostentaron firmeza padeciendo por confesar la fé. Fué uno de ellos Timoteo, Obispo de Éfeso, de cuyo martirio dice Focio que leyó las actas.

Los parientes del Salvador, que aun quedaban en Judea y descendian de su primo hermano el Apóstol San Judas, fueron delatados y llevados á la presencia del mismo Domiciano por unos hereges de origen judío. Este Emperador habia mandado exterminar á todos los descendientes de David, y teniéndolos delante les preguntó si eran de la familia de David; respondieron que sí; dijoles: «¿qué riquezas teneis?» Y contestaron ellos que sus bienes consistian en unas pocas yugadas de tierra, que cultivaban con sus propias manos, las cuales en confirmacion de su dicho le mostraron encallecidas por el trabajo. Hizoles varias preguntas sobre Cristo y su reino; y ellos le manifestaron que su reino no era de este mundo. Sucedió entonces que depuesta su natural fiereza, no solo los dejó ir libres, segun Egesipo citado por Eusebio, sino que expidió un edicto mandando cesar la persecucion contra la Iglesia.

Sin embargo, el mismo Eusebio parece que no

presta mucho crédito á la promulgacion de tal edicto; y para conciliar de algun modo las opiniones y los hechos históricos conjetura el Cardenal Orsi que pudo aquel edicto haberse expedido en favor de los cristianos de Judea, no produciendo efectos generales, y para esto lleva en cuenta que Egesipo residia en Judea, y sabiendo lo que concernia á aquel país, acaso ignoraba lo que en otras partes sucediese. Lo que dá márgen á sospechar de la veracidad de la noticia de Egesipo es el saberse que los cristianos desterrados por Domiciano, y entre ellos San Juan, no volvieron de su destierro sino despues de la muerte del perseguidor por la revocacion que de todas sus órdenes y edictos hicieron el Senado y su sucesor Nerva. Sin embargo, Bossuet en su explicacion del Apocalipsis dá por sentado que el mismo Domiciano hizo cesar la persecucion, y no es difícil conciliar ambos extremos con solo suponer que casi al mismo tiempo que llegaba á las provincias del imperio el edicto de Domiciano en favor de los cristianos, llegaba tambien la noticia de su muerte y la revocacion de todas sus órdenes hecha por el Senado. Su fin fué tragedia como el de Neron. La Emperatriz se puso á la cabeza de los conjurados, y el intendente de palacio Esteban fué quien le dió la primer puñalada, cayendo en tierra el disoluto Emperador con siete cuchilladas que le pegaron

sus mismos oficiales camareros en 18 de Setiembre del año 96, siendo de edad de 45 años. Así acabó este perseguidor de la Iglesia, que tambien habia hecho la guerra y asesinado con sus propias manos á las moscas de su palacio. Tal fué el segundo perseguidor de nuestra divina religion.

Habiéndose restituido al Asia el Apóstol San Juan, consagró de nuevo sus desvelos á las Iglesias, que gobernaba en aquella parte del mundo; y Éfeso fué casi siempre su ordinaria residencia, volando desde allí donde lo exigian los deberes de su apostolado. En una de las ciudades, que recorria, encomendó á su Obispo un jóven de gallarda presencia. Tomóle á su cargo el Obispo, y cuidó de él con esmero; mas dejándose llevar del influjo de malas compañías, se fué aquel jóven pervirtiendo hasta el extremo de capitanear una partida de ladrones. Al cabo de algun tiempo volvió San Juan á aquella ciudad, y dijo al Obispo que le devolviera el depósito que Jesucristo y él le habian confiado: se sorprendió el Obispo; y el Apóstol con la energía del sentimiento le dijo que le pedia el alma de aquel jóven. El Obispo bajó los ojos, y lloró. «¡Ya ha muerto!» exclamó. «¿Con qué género de muerte?» repuso el Apóstol. Y el Obispo: «¡Ay! ha muerto á Dios! Se ha hecho un facineroso; el monte donde está con una banda de malhechores como él es el teatro de sus robos y fechorías.» El Após-

tol dejó ver en su semblante y en sus ademanes la grandeza de su dolor; y sin reparar en su dignidad ni en su extrema vejez, pidió un caballo y un guía que le condujera á la montaña, donde se hallaba el malhechor: llegado á ella, detuviéronle los ladrones, que estaban de avanzada, y á ruegos suyos le llevaron adonde se hallaba su caudillo, el cual en el momento que reconoció en aquel anciano la persona de San Juan, se avergonzó tanto que se puso á huir: Juan echó á correr en pos de él á pesar de su ancianidad, gritando fatigado: «¿Por qué, hijo mio, por qué huyes de tu padre, por qué huyes de un viejo que no trae armas? ¡Hijo mio, compadécete de mí! No temas; aun puedes esperar salvacion. Yo mismo satisfaceré por tí á Jesucristo; con gusto moriré por tí, como el Señor ha muerto por nosotros, daré mi vida por la tuya. Pero detente, detente: Jesucristo mismo es quien á tí me envia.» Á estas palabras se detiene el malhechor, bajando los ojos de confusion; arroja las armas, tiembla y llora arrepentido; abraza con ternura al santo anciano, pídele perdon gimiendo y sollozando. El Apóstol hace cuanto puede por tranquilizarle, y le asegura que ya le ha alcanzado de Dios el perdon de sus pecados; se arrodilla pidiendo por él al cielo, bésale la mano derecha como para mostrar que ya la consideraba limpia por su arrepentimiento, y le lleva

á la Iglesia: hace por él repetidas oraciones, ayuna con él, le muda el corazón, hablándole con dulce ternura, y ofrece en él á todos un prodigio de espiritual resurrección.

En Éfeso fueron muchos los portentos que obró el Apóstol-Evangelista; allí resucitó á un difunto. Y habia de ser bello, habia de ser un encanto oírle siempre decir en las asambleas de los fieles: «Hijos míos, amaos unos á otros.» Le llevaban á la Iglesia, porque ya no podia ir por sí mismo, y sus labios tan llenos de caridad como de dulzura, casi ya no sabian mas que repetir: «Queridos hijos, amaos unos á otros.» Este era el sermón continuo de sus débiles cien años. Preguntándole ¿por qué siempre decia una misma cosa? «Porque este es, respondió, el mandamiento del Señor, y basta cumplirlo bien para alcanzar la vida eterna.» La suya contaba un siglo cuando su alma fué al cielo á recibir la corona de sus virtudes.

Entre tanto ocupaba la cátedra de San Pedro el Papa San Anacleto, que en los primeros años del imperio de Domiciano habia sucedido á San Cleto.

CAPÍTULO XXII.

SUMARIO.

Primeros heresiarcas.

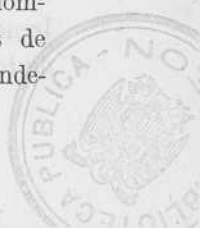
Las heregías del primer siglo llevan el carácter de la época que las engendró, además de los distintivos comunes á todas ellas. Reuníanse en aquellos años de violenta transición para las ideas una multitud de elementos heterogéneos, que flotaban en la atmósfera científica: por una parte los diversos sistemas filosóficos de la Grecia y de Roma, y los monstruosos errores del politeísmo, y por otra las tradiciones de la Sinagoga, los conocimientos imperfectos y confusos, pero de un orden muy superior, que extendía la mayor lectura de la Biblia ocasionada por la dispersion de los judíos, y el movimiento que producía en el mundo de las inteligencias la aparición del cristianismo con sus maravillas y su celestial doctrina. Esta reunion de impulsos divergentes como que sacó de quicio y puso en efervescencia las almas, que sin recibir de lleno la luz divina del Evangelio por falta de humilde docilidad, ó por no querer abandonar las torpezas de sus pasiones, sin embargo columbraban la degradacion de las enseñanzas paganas y en-

treveían la sublimidad de las bíblicas. Natural era que se apasionasen algun tanto por estas y que faltándoles para abrazarlas en toda su integridad y pureza el requisito de la muerte de su propio orgullo y el desasimiento de cuanto decia relacion á la vida sensual, se lanzasen á vías de contemporizacion, transigiendo entre sus costumbres corrompidas, las pretensiones de su soberbia vanidad y las nuevas luces que venidas del cielo se iban derramando por el universo. Así se forjaron extravagantes sistemas filosófico-religiosos, que eran en su mayor parte una confusa mezcolanza de escombros de la filosofía de Platon, Pitágoras, ó Epicuro, de las tradiciones judáicas y de las revelaciones ó hechos contenidos en la sagrada Escritura.

Vieron los fautores de estas primeras heregías que Jesucristo nacido en el seno de una pobre familia de Nazaret y muerto en un patíbulo lograba numerosos adoradores; y no quisieron ellos ser menos que el Hijo de María, pareciéndoles que pues él habia conseguido tales triunfos en medio de la severidad de su doctrina moral, tambien á ellos seria fácil alcanzarlos con menos rigidez en la conducta y mas holgura para el orgullo y para todas las demás pasiones. Juzgo que hay fundamento para asegurar que las heregías del primer siglo tuvieron el mismo origen que en el cielo la rebelion de los Ángeles capita-

neados por Luzbel. Á estos se les mostró de lejos la gloria del Verbo humanado, y ellos la pretendieron para sí, se negaron á adorarle, se erigieron en dioses por la soberbia, y el fin de su empresa fué caer en los abismos. Idéntica es la marcha de los hereges de este primer siglo. El intento de hacer malamente el papel que correspondió al Mesías lo vemos claro en Simon Mago, que enseñaba que él era el Dios legislador de los judíos, el reparador del mundo y al mismo tiempo el Espíritu Santo; en su discípulo Menandro, que afirmaba que la virtud desconocida le habia enviado para la salvacion de los hombres y que ninguno podia salvarse si no era bautizado en su nombre; y en Saturnino, que aseguraba que en él habia puesto la suma virtud una centella de sí misma, de la cual carecian todos los que no eran de su secta.

Observemos ahora con la mayor brevedad el influjo de las torpes pasiones y del libertinaje en los errores dogmático-morales de los hereges de este primer siglo. Simon Mago decia que el hombre no tiene libre albedrío y que las buenas obras no son necesarias para la salvacion. Cerinto fué el inventor de la extravagante ocurrencia de que despues de la resurreccion general reinaria Jesucristo sobre la tierra, gozando los hombres en Jerusalem por espacio de mil años de todos los deleites de la carne. Saturnino conde-



naba el matrimonio y la generacion como invenciones del demonio; y tanto este heresiarca como Basilides creian lícito disimular su fé y huir del martirio; estaban dados á la mágia y sumergidos en todo género de impurezas; pero cuidaban de ocultar sus infamias. Los Nicolaitas admitian el uso promiscuo de las mujeres aun de las casadas, y el de las carnes sacrificadas á los ídolos. Por aquí puede venirse en conocimiento de la lubricidad de todos estos sectarios, cuya fama de hombres corrompidos, porque tambien se llamaban cristianos, tanto perjudicó á los verdaderos discípulos de Jesus crucificado, pues los paganos los confundian con aquellos, cargándolos con todo el lodo de la ignominiosa conducta de los hereges.

Y pues por su amor á la sabiduría se llamaron gnósticos la mayor parte de los delirantes de los dos ó tres primeros siglos de la Iglesia, demos una rápida ojeada, guardando el orden posible, á los absurdos que enseñaban y que aun no se han mencionado, para notar de paso cuanto se elevaba su decantada sabiduría.

Simon Mago atribuyó á los Ángeles la creacion del mundo y profesó la doctrina de Pitágoras acerca de la transmigracion de las almas de unos cuerpos en otros; sobre lo cual dijo San Ireneo que si fuera cierto, aquellas se acordarian de todo lo que hicieron cuando estaban en otros

cuerpos, porque las potencias acompañan al alma.

Menandro, que también fué samaritano, tuvo el valor suficiente para asegurar que su bautismo era la verdadera resurrección y que con él serían inmortales sus discípulos aun en este mundo. Añade el Cardenal Orsi que fué el inventor de los Eones, especie de dioses, que estuvieron en gran boga entre los gnósticos. Cerinto que se dedicó á la filosofía en Egipto y se opuso á los Apóstoles en Jerusalem, Cesárea y Antioquia, habiendo en esta ciudad suscitado la célebre contienda sobre la circuncisión y demás ceremonias de la ley mosaica, dogmatizó virulentamente en el Asia; y entre los errores que propaló acerca del Salvador, introdujo la distinción de dos personas, llamada la una Jesús y la otra Cristo, enseñando que Cristo había venido á juntarse con Jesús cuando el Espíritu Santo bajó sobre él en el Jordán en figura de paloma, y que Jesús había padecido y Cristo no, coronando su sistema con otros despropósitos refutados por San Epifanio. El Apóstol San Juan le vió entrar en una casa de baños y se apartó de ella precipitadamente para no verse envuelto en sus ruinas, declarándolo así á los que con él iban; y en efecto, un repentino terremoto en aquel mismo instante desplomó el edificio sobre Cerinto, que allí quedó sepultado.

Ebion predicó sus errores en Asia y en

Roma, y juntó los ritos y la circuncision de la ley mosáica con la religion cristiana al mismo tiempo que llamaba apóstata á San Pablo. Solo tenia á Jesus por sucesor de Moisés y le reputaba nacido como los demás hombres, pero enseñaba que aunque era puro hombre, habiendo con el transcurso del tiempo adquirido virtudes, llegó á ser elegido hijo de Dios. Los Ebionitas se lavaban el cuerpo todos los dias y se abstenián de comer toda clase de carnes. Contra este sectario y en defensa de la virginidad de María Santísima escribió doctamente San Ireneo, lib. 3. cap. 24 y siguientes y San Epifanio *Heresi.* 30. Saturnino, natural de Antioquia, enseñó entre otras cosas que siete ángeles habian hecho el mundo y al hombre; que el dios de los judíos era uno de estos ángeles rebelado contra el Padre, criador de todos ellos y que para destruir á este dios de los judíos apareció Cristo en figura humana, mas no tuvo cuerpo y que todas las cosas las hacia aparentemente. San Ireneo refutó sus errores, lib. 4. *Adversus Hæreses.* cap. 72.

Basilides fué de Alejandría y sus delirios se distinguieron por su audacia y extravagancia. Inventó una especie de genealogía de dioses, y dijo que los ángeles habian ido formando cielos hasta llegar al número de 365 cielos. No quiso que Jesucristo hubiese padecido en su propia per-

sona, y así afirmando que era una virtud incorpórea que tomaba la forma que mejor le parecía, dijo que cuando los judíos quisieron crucificarle, tomó la figura de Simon Cireneo y dió la suya á Simon, de modo que este y no Jesus fué el crucificado.

Los Nicolaitas se forjaron dioses hablando de las generaciones de los Eones etc. cual lo hacian los paganos al urdir las fábulas de sus falsas divinidades. Toda la diferencia entre estos y muchos de los hereges de este primer siglo consiste en que en la nefanda invencion de los mitos heréticos introducian algunos nombres é ideas pertenecientes al cristianismo, profanándolos impiamente como lo hicieron los Nicolaitas con el Espíritu Santo. Dispútase sobre si Nicolás, uno de los siete diáconos, fué el autor de esta infame secta expresamente condenada en el Apocalipsis. Natal Alejandro en su historia eclesiástica y San Alfonso de Liguori en su historia de las heregías, de quienes he sacado todas estas noticias, dicen que San Epifanio, San Hilario y San Gerónimo le hacen autor de tan horrenda heregía y que le defienden negándolo Clemente Alejandrino, Eusebio, Teodoreto, Baronio con San Ignacio Mártir, Orsi con San Agustín, Fleury y Berti.

En el cuadro general de estas primeras heregías, que segun el plan de esta obra solo han podido presentarse en compendio, no es difícil

observar que contienen los gérmenes de casi todas las de los siglos posteriores. Los dos principios de los Maniqueos, autores el uno del bien y el otro del mal, los multiplicados errores acerca de la adorable Persona de nuestro Salvador, y particularmente los de Arrio y Nestorio que atacaban su Divinidad, el fatalismo de las sectas protestantes, la enorme aberracion de estas mismas sobre que las buenas obras no son necesarias para salvarse, la negacion de la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, y casi todos cuantos delirios se han difundido en los siglos sucesivos, se inventaron en aquella edad primera por esos hombres semi-paganos, filósofos de absurdos, y ejemplo y muestra del extremo de horrorosa corrupcion en las costumbres á que puede conducir el desenfrenado libertinage de los novadores. Y aun hay mas: hasta los arbitrios mentirosos de que se han valido muchos heresiarcas para deslumbrar y seducir á las turbas ignorantes, se hallan ya en los primeros apóstatas de la Iglesia. Cerinto hacia alarde de revelaciones, que un ángel le hubiera hecho. Tampoco olvidaron otros sectarios el ponerse la máscara de la hipocresía, aparentando un tenor de vida muy austero y absteniéndose con este fin de comer carnes para alucinar á los incautos.

Ni dejaban de parecerse en la inconstancia

de sus creencias á los modernos hereges los antiguos, porque es cosa manifiesta que de unas sectas nacia otras y que los discípulos no solian conformarse con las enseñanzas de sus maestros, herloseándolas como mejor les parecia con los engendros de su propio cerebro y desfigurándolas tanto que ya merecian un nuevo nombre. Así vemos que Menandro discípulo de Simon Mago se hizo autor de otro sistema de heregias, y Saturnino y Basilides discípulos de Menandro no quisieron quedarse cortos en el arte de fraguar nuevas y erróneas extravagancias que por sí solas bastaban para acreditarlos no solo de fanáticos sino tambien de frenéticos y locos. Es tal la enormidad y exageracion de estos delirios que cuesta trabajo concebir que hubiesen tenido partidarios entre aquellos primitivos cristianos, que eran modelo de todas las virtudes, dechado de perfeccion y tesoro de luces sobrenaturales. ¿Cómo semejantes hombres habian de caer de pronto en tan profundo abismo de perversidad y de estrafalarias locuras? Paréceme que serian muy pocos los que entre ellos abrazasen la heregia y que la mayor parte de los ejércitos de esta serian reclutas salidos del paganismo, pues á los adoradores de las deidades de bronce ó de madera, sumergidos en los vicios y cuyo entendimiento estaba lleno de fábulas increíbles, no seria dificultoso conquistar

para sistemas, que no distaban de los suyos tanto como el cristianismo puro, y cuya moral les permitia seguir viviendo á sus anchuras, sin que por otra parte peligrase su vida en las persecuciones, que padecian los verdaderos cristianos. ¿Pero dónde están ahora los secuaces de Simon Mago, de Menandro, de Cerinto, de Ebion, de Saturnino, de Basilides y otros, que en aquel tiempo fueron célebres por la guerra que con sus errores hicieron á la Iglesia de Jesucristo? Siglos há que desaparecieron todos ellos. Desaparecieron tambien de la faz de la tierra sus escritos; y si de ellos y de sus errores queda alguna memoria, débese á la pluma de los autores católicos, que la consignaron en sus historias y á la de los Santos, que los combatieron defendiendo los mismos dogmas, que ahora tenemos la dicha de profesar. Por esas impugnaciones ha hecho la Providencia que poseamos un testimonio mas de que en el primer siglo de la Iglesia se creia lo mismo que ahora creemos, y que nunca dejaron de oponerse los cristianos sabios y los Pontífices de nuestra religion á todos los fautores de falsos dogmas contrarios á los nuestros. Así hallamos en la carta de San Ignacio Mártir á los fieles de Smirna un magnífico testimonio de que en el primer siglo de la Iglesia era la Santísima Eucaristía un objeto de contradiccion para va-

rios hereges, y de que por consiguiente era para los católicos un misterio objeto de su fé y de sus adoraciones.

CAPÍTULO XXIII.

SUMARIO.

Escritores inspirados.

Ocho años despues de la muerte del Salvador escribió San Mateo su Evangelio en el hebreo, usado en su tiempo, que era mezcla de Siriaco y Caldeo. Perdióse el original; mas la traduccion al griego que de él se hizo adquirió una suma autoridad, y de ella provienen las demás versiones.

Escribió San Pablo sus epístolas por este orden. Desde Corinto la 1.^a y 2.^a á los Tesalonicenses. Á los Galatas desde Éfeso: id. la 1.^a y 2.^a á los Corintios. Á los Romanos desde Corinto. Desde Roma á los Filipenses, á Filemon, á los Colocenses, á los Efesios, á los Hebreos. Al concluir su último viaje por el Oriente la primera á Timoteo y la dirigida á Tito. Desde Roma en su prision la segunda á Timoteo.

San Marcos, á quien San Pedro hizo fundador de la Iglesia de Alejandría, escribió en Roma su Evangelio á instancias de los fieles

de esta capital, y recapitulando lo que en su predicacion habia oido al Príncipe de los Apóstoles. Habiendo este juzgado que la obra de su discípulo se habia compuesto con revelacion divina, la aprobó con su autoridad para que se leyese en todas las Iglesias como escritura inspirada por el Espíritu Santo.

San Lucas publicó su Evangelio casi por el mismo tiempo en que San Pablo escribía sus primeras epístolas.

La primera de San Pedro dirigida á los judíos del Ponto, de la Galacia, de la Capadocia y de la Bitinia convertidos á la fé fué escrita en griego, porque este era el idioma, que generalmente se hablaba en las mencionadas provincias. Dignas son del Príncipe de los Apóstoles la energía y la magestuosa autoridad con que se expresa, encerrando en pocas palabras un gran sentido y admirables sentencias. Su segunda epístola escrita en vísperas de su martirio es importantísima por la grandeza de su argumento, la magestad de su lenguaje y las profecías que contiene ó desenvuelve.

Santiago el Menor, ya que no llevó la palabra divina á remotas regiones, la dirigió por escrito á las doce tribus diseminadas por el universo. En su epístola insiste muy especialmente en la necesidad de que á la fé se unan las buenas obras. Pero sobre todo es célebre

aquel pasage, en que promulga el sacramento de la extremauncion, describiendo con la mayor exactitud quanto á él pertenece.

San Judas escribió su epístola despues del año 66 contra los errores de los Nicolaitas, Simonianos y Gnósticos. Cita en ella un libro de Henóc; y de aquí infiere San Agustin que no hay duda en que Henóc compuso por inspiracion divina un libro, que no ha llegado á nuestros tiempos.

San Juan dió á luz hácia el fin de su larga vida el mas sublime y el mas tierno de los cuatro Evangelios, que con sobrada razon podria llamarse el evangelio del amor y de la Divinidad, pues en él particularmente vemos á nuestro Señor Jesucristo como Dios, nos instruimos mas de lleno en el misterio de la adorable Trinidad, y oimos las dulces palabras de vida eterna, con que el Salvador nos encareció el sacramento de su cuerpo y de su sangre.

Sus tres epístolas son como la continuacion y complemento de su Evangelio, pues conspiran á establecer la Divinidad del Redentor contra las heregias de aquel primer siglo, respirando todas ellas la misma ternura y suavísima caridad.

No estaria mal apropiada al Apocalipsis la denominacion de libro de arcanos, pero sublimes como los cielos, terribles como la ira del

Omnipotente, y como el día del juicio final. Parece que algo se ha descornado el velo que los oculta; mas la mano que lo intenta siempre tiembla, y los ojos de los mortales no pueden resistir á tan excelsos resplandores. Lo que en él admiramos mas claramente es el triunfo de la justicia de Dios, su magnífica grandeza y la gloria de los justos.

ESCRITORES DEL PRIMER SIGLO.

Se ha escrito y se ha repetido, pasando de pluma en pluma, que los cristianos de los primeros siglos y particularmente los del siglo de Jesucristo, atendieron mas á obrar que á escribir, y que por lo mismo son muy pocas las obras que de aquella edad poseemos. El sabio dominico Amat de Graveson, á quien en su historia eclesiástica no falta mas que un buen método, afirma en el *coloquio* IV de su primer tomo que fueron muchísimas las obras que entonces se escribieron y de gran mérito, para demostrar la verdad de la religion cristiana y para probar contra los judíos que Jesucristo era verdadero Mesías, verdadero Dios, y que en él se habian cumplido literalmente los vaticinios de todos los profetas, y por consiguiente debian cesar las ceremonias y sacrificios de la ley

mosáica. Asegura que otros se esforzaban en sus escritos en persuadir á los adoradores de los ídolos que era de todo punto imposible la pluralidad de dioses. Otros, dice, daban á luz libros para instruir en los misterios y reglas de la religion cristiana á los recién convertidos, que eran innumerables; otros para inmortalizar los esclarecidos hechos de los mas ilustres campeones del cristianismo y particularmente las hazañas de valor sobrenatural con que los mas insignes se inmolvaban por la fé, haciéndose superiores á toda clase de tormentos; otros se dedicaban á transmitir á la posteridad los estatutos, cánones é instrucciones que acerca de la fé y de las costumbres iban recibiendo de los Apóstoles y de sus sucesores; otros exhortaban con sus cartas á la perseverancia y á la fortaleza cuando á sus hermanos amenazaban las persecuciones, ó ya se veian envueltos en ellas; y otros por último combatian las nacientes heregías, y se oponian á todos los abusos.

Esto que enseña como una verdad histórica el erudito P. Graveson, tambien lo dicta la razon de una manera indudable y partiendo de principios muy sólidos. Y en verdad que todo conspira á persuadirnos de que fueron muchísimos los escritores cristianos del primer siglo.

Nació el cristianismo en el siglo de Augusto, es decir, en la edad de oro de la literatura

latina, que era entonces la de todo el mundo, porque la dominacion romana se extendia casi por todos los ámbitos de la tierra; luego debió ser crecido el número de los varones ilustrados y doctos, que abrazasen el cristianismo entre las infinitas personas, que se rindieron á la predicacion de los Apóstoles del uno al otro extremo del universo recorrido por ella.

¿Y cómo hubiera podido represarse el celo de los nuevamente convertidos, que tenian la suficiente instruccion para comunicarla á otros por escrito? El celo nace del fervor, y este era muy natural en aquellos hombres testigos y obradores de tantos prodigios; en aquellos hombres, que acababan de salir de un espantoso caos de errores inmundos y que se veian como transportados á una region de luz purísima, de felicidad desconocida y nueva y de esperanzas de eternos bienes; en aquellos hombres, que estaban abrasados en el fuego de una caridad divina, que anhelaba transfundir tanta dicha en sus amigos y parientes y dilatar el reino de Dios por cuanto el sol alumbraba. Por eso se vió atravesar los mares, volar á las mas remotas regiones y sacrificar su reposo y su vida á tantos varones apostólicos, que en aquel tiempo se llamaron evangelistas, porque evangelizaban el mundo, iluminándolo con los rayos de su celestial doctrina. Mas no ignoraban ellos que

la palabra escrita se multiplica de una manera prodigiosa y que llega muchas veces á donde no puede llegar la voz viva del predicador, y que es mas durable y mas capaz de contener raciocinios muy dilatados é instrucciones mas amplias; no habian pues de olvidar este medio tan poderoso de difundir la fé y propagar las virtudes cristianas y combatir la infinidad de monstruosos errores, que contrariaban el establecimiento del cristianismo. Así vemos que lo han hecho una multitud de ilustres misioneros, que predicaron y escribieron insignes obras, bastando para ejemplo el recordar á Panteno y á Clemente Alejandrino.

Por otra parte, no todos los que tenian vivísimo deseo de contribuir á la propagacion del Evangelio, podrian abandonar sus casas y su país nativo, ora porque eran padres de familia, ora porque se lo impidiese el mal estado de su salud; y así era menester que para dar desahogo á su reprimido celo cogiesen la pluma á fin de enseñar con ella lo que no les era posible predicar de viva voz.

Además, por escrito atacaban la religion divina los filósofos paganos y la afeaban, desfiguraban y desacreditaban los hereges; y era justo, era natural, era consiguiente y aun necesario que tambien empleasen los mismos medios los defensores y propagadores de la fé.

Movíalos á ello el ejemplo de los Apóstoles, varios de los cuales, como es notorio, en medio de sus viajes, de su continua predicacion, de sus persecuciones y del peligro de perder su existencia, escribieron las epístolas, que ahora tenemos en el cánón de las Sagradas Escrituras, formando solo las catorce de San Pablo una magnífica explicacion de nuestros dogmas y conteniendo casi todas las fuentes de las reglas de la vida cristiana y de la disciplina de la Iglesia.

Además, era grande en aquellos dias felices la ilustracion de los fieles, porque lo era su virtud, y la virtud siempre aspira á ilustrarse para crecer y fortificarse, por la casi continua meditacion que se acostumbraba hacer de la divina Escritura, y porque entonces eran muy abundantes en la Iglesia los dones del Espiritu Santo, que con la imposicion de las manos de los Apóstoles y de sus sucesores en el ministerio pastoral se comunicaba á los nuevos cristianos de un modo muy perceptible y señalado, llenándolos de sus gracias y dándoles fortaleza y luz copiosa, para sí y para difundirla en otros.

Ni hay porqué extrañar que sean pocas las obras de los Padres Apostólicos, que han llegado hasta nosotros, habiendo sido tantas las avenidas de los bárbaros, que inundando como

torrente devastador el imperio romano, arrasaron todos los monumentos de la sabiduría y de las letras; tantos los estragos, que en los archivos de la ciencia cristiana hicieron las pesquisas y los incendios de los perseguidores y en especial la última y mas tremenda guerra, que les declaró el sangriento poderío de Galerio y Diocleciano. Con razon pues dice un célebre historiador que es un milagro de la Providencia la conservacion de algunos pocos, pero muy preciosos escritos de aquella gloriosísima era de mártires innumerables.

Nos han quedado de tan venerable antigüedad:

La Epístola atribuida á San Bernabé. Natal Alejandro, Orsi, Rohrbacher, Tillemont y D. Ceillier, opinan que no es del Santo Apóstol: tiene en su favor la afirmativa y los encaucidos encomios de Orígenes, de Clemente Alexandrino, y los de Cotelier, Du Pin, Cave, Larduer, y M. Guillon, Obispo de Maroc, quien en su Biblioteca escogida de los Padres de la Iglesia griega y latina cita la mayor parte de los mencionados autores.

El libro del pastor, que escribió Hermas discípulo de San Pablo. Véase acerca de él la disertacion cuarta de Nicolás de Nourry y la historia eclesiástica de Natal Alejandro, siglo I.

CAPÍTULO XXIV.

SUMARIO.

Carácter de los sucesos del primer siglo.

En el siglo primero vemos que todo es grande y extraordinario: principia por lo mas sublime, que es la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles: he aquí un prodigio mas solemne que muchos otros; la repentina transformacion de los Príncipes de la Iglesia de ignorantes en sabios, de pusilánimes en héroes; no tiene menos de prodigio considerada á la luz de la razon la empresa que acometen de convertir el universo sin mas armas que su palabra y el derramamiento de su propia sangre, sin que ellos viertan una gota de la de sus perseguidores. No puede menos de admirarse grandeza de alma en cuantos abrazan la religion del Crucificado, que si marcha á su triunfo escoltada de portentos, desprende de sí mismo al hombre, que antes vivia encenagado en la corrupcion de los placeres, y le expone á todas horas á los tormentos y á la muerte. Estos héroes de nueva especie desplegan mas asombrosa fortaleza que los soldados de Leonidas; su valor, serenidad y constancia en los supli-

cios exceden las fuerzas de la humana naturaleza; los sostiene la omnipotencia de Dios.

La intervencion del cielo es manifiesta: su casi continuo lenguaje en este siglo son las visiones, las profecías, los milagros: un Ángel saca de la cárcel á los Apóstoles, otro libra á San Pedro de sus cadenas: se estremece en Jerusalem la casa en que oran los fieles; otro terremoto en Filipos pone á los piés de San Pablo y de sus presos compañeros al alcaide de la cárcel, que en seguida se bautiza con toda su familia. Dios gobierna á San Pablo por medio de visiones y revelaciones: las primeras le mudan de perseguidor en apóstol; otra le arrebató hasta el tercer cielo, en donde se le descubre lo que el entendimiento humano jamás pudo alcanzar: otra le manda ir á Jerusalem á reconocer la autoridad de Pedro. En Corinto se le aparece una noche el mismo Jesucristo y le promete su asistencia: ya antes en el mismo templo de Jerusalem en otra vision le ordenó el Señor que fuera á predicar su Evangelio á las naciones; y cuando le tienen encerrado en un cuartel en aquella misma ciudad, tambien de noche se le vuelve á aparecer el Señor exhortándole á la constancia y revelándole que en Roma padecerá por él: durante sus viajes dos veces le hace variar de rumbo el espíritu de Jesus: estando en Troade se le

muestra en vision un macedonio suplicándole que vaya á su país, y al dia siguiente el Apóstol con sus compañeros se embarca para la Macedonia.

San Esteban en medio del mismo Sinedrio y rodeado de sus enemigos magistrados exclama: «He aquí que veo abiertos los cielos y al Hijo del hombre que está de pié á la diestra de Dios.» Al centurion Cornelio se le aparece un Ángel en Cesárea, y le ordena llamar á Pedro: este en medio de su oracion solitaria se asombra porque á su vista bajan de los cielos una porcion de animales de diversas especies en una cosa semejante á un gran lienzo, y advierte que vuelven al cielo: vision magnífica, en que no solo se hallan simbolizadas las naciones gentiles, sino que es al mismo tiempo un coloquio entre el Principe de los Apóstoles y Dios, que le intima que abra las puertas de la Iglesia á los incircuncisos.

Los Apóstoles son taumaturgos: se les pide una limosna en la puerta del templo, y ellos la dan de nueva especie haciendo que inmediatamente quede curado el cojo de nacimiento: la sombra de Pedro restituye la salud á los enfermos: una palabra suya hace caer difuntos á sus piés á Ananías y á Safira: así como otra palabra suya vuelve la vida á Tabita: las ropas de San Pablo obran prodigios: la oracion

de San Pedro triunfa en el aire de los prestigios del mago Simon, que cayendo se rompe las piernas.

En la guerra, que Dios declara á los judíos en venganza de la muerte de su Hijo, primero se muestran los cielos con estupendas señales: aparece un cometa en figura de espada: carros de guerra y escuadrones armados corren por los pavorosos horizontes, formando el cerco de Jerusalem y combatiendo unos con otros: en el templo se oyen voces fatídicas: «salgamos de aquí:» una luz extraordinaria lo ilumina siendo de noche.

Los Apóstoles no solo son maestros y fundadores de la nueva religion divina, sino tambien profetas. Lo eran muchos de los fieles, que recibian el Espíritu Santo ¿y cómo no habian de serlo aquellos? Solo el Apocalipsis bastaria para darnos una sublime idea de la grandeza de las revelaciones, que el Altísimo se dignó hacer á sus Apóstoles. Ni estaria mal dicho que cuanto habia descubierto acerca de lo futuro á los antiguos profetas, tambien se lo descubrió á ellos, pues les dió el entender y explicar y confirmar aquellos célebres vaticinios.

Este carácter de grandeza está impreso en cuanto dice relacion al siglo primero de la Iglesia. Si aquellos primitivos cristianos son todos santos; perversos, perversísimos son los que

les hacen la guerra. Recuérdese lo que eran los fariseos y saduceos: lo que eran los primeros hereges, esos gnósticos, que conservando la corrupcion del paganismo, hicieron de los errores filosóficos de la antigüedad, de los misterios de nuestra fé y de las enseñanzas de la Biblia una horrorosa mezcolanza tan contraria á la razon como á la buena moral: recuérdese lo que fueron un Neron asesino de su madre y de su esposa, un Domiciano, espanto de los magnates de Roma y de las moscas de su palacio; y si se quiere grandeza de crímenes y horrores, recuérdese el incendio de Roma por Neron, el incendio de los cristianos, que ardiendo eran de noche las luminarias de sus jardines, el repetido espectáculo de regicidios y suicidios, que ofrecen los palacios de los emperadores romanos, sus nefandas torpezas y la adoracion que ellos decretaban para sí mismos, ó para sus monstruosos antecesores, ó para los infames objetos de sus vergonzosas pasiones; recuérdese por último el frenético furor fratricida de los sicarios de Jerusalem, la guerra horrible que se hacian dentro de aquella ciudad deicida las facciones embriagadas de sangre, y aquel hecho espantosísimo de la mujer noble, que viéndose por el hambre en las garras de la muerte, antes la dió al hijo que alimentaba á sus pechos, y lo asó y lo devoró.

¿Y quién podría imaginar grandeza mayor que la terrible grandeza que admiramos en las venganzas del Todopoderoso, que hizo beber á los judíos todo entero el cáliz de sus iras?...

Grande pues y extraordinario fué todo en este primer siglo de la Iglesia. Pero toda esa grandeza y magnificencia de portentos es una prueba irrefragable de la Divinidad de la naciente religion de Jesucristo, y de que su historia nos atestigua que es cierta la primera parte del famoso dilema de San Agustin, á saber, que el mundo se convirtió á la fé con milagros. Y la grandeza de los crímenes y horrores y abominables maldades y corrupcion y ciega y loca tiranía, que se ve en los judíos y paganos de aquel tiempo y en los hereges, que deliraban filosóficamente, propalando descomunales absurdos, es una demostracion viva de la inmensa necesidad que tenia el género humano de que Dios se compadeciese de él enviándole la religion revelada para levantarle del espantoso abismo de corrupcion y degradacion horrenda, en que se hallaba sumergido. Y ved aquí tambien porqué es cierto el segundo miembro del mencionado dilema de San Agustin, que asegura que igualmente hubiera sido un prodigio incomprensible la conversion del mundo sin milagros. Tan densas eran sus tinieblas, y tal su desmoralizacion.

Santos, que en el siglo I florecieron en España segun los datos consignados por el P. Enrique Florez en su España Sagrada, á cuya autorizada obra se refieren las citas de tomos y páginas que se pondrán á continuacion para que puedan examinarse en ella los documentos, en que se funda y ampliarse las noticias, que aquí solo es posible indicar.

San Rufo, primer Obispo de Tortosa. T. 3. pág. 23 y 151. San Pedro de Rates, discípulo del Apóstol Santiago y Obispo de Braga. T. 3. pág. 133. Los siete varones apostólicos, que despues de haber sido discípulos de Santiago el Mayor, fueron consagrados Obispos y enviados á España por San Pedro y San Pablo el año 62, son: San Torcuato, San Tesifonte, San Segundo, San Cecilio, San Indalecio, San Esicio y San Eufrasio. T. 3. pág. 144. Pruébese con multiplicados testimonios que estos siete varones apostólicos con su predicacion, virtudes y milagros convirtieron innumerables gentes en España. T. 3. pág. 149. San Geroncio, que predicó en la Bética, y fué Obispo de Itálica. T. 3. pág. 150. San Mancio, Obispo de Évora en la Lusitania. Los Apóstoles le habian enviado á predicar á España, y alcanzó la corona del martirio. T. 3. pág. 150. San Saturnino, quien desde Tolosa de Francia pasó á Pamplona y convirtió en dicha ciudad á millares de personas, y entre ellas al niño San Fermin, que despues fué Obispo de Pamplona. T. 3. pág. 151.

San Eugenio, primer Obispo de Toledo. T. 3. pág. 164. Varios críticos impugnan la tradicion de la Iglesia de Toledo. El P. Florez la confirma respondiendo á los argumentos de aquellos; y como por su enlace con el punto controvertido de la venida de San Dionisio á Francia en el primer siglo, era tambien atacada; en nuestros dias adquiere mas fuerza habiendo presentado el abate Rohrbacher autorizados documentos en favor de la de San Dionisio.

Santas españolas del primer siglo segun el P. Enrique Florez en su España Sagrada, á cuya obra corresponden las citas, que se verán á continuacion, á fin de que puedan consultarla los lectores, que deseen mas extensas noticias, ó los fundamentos históricos y críticos, en que estas se apoyan.

Santa Xantipa mujer de Probo, prefecto de la España en tiempo del emperador Claudio. Su hermana Santa Polixena Virgen, ambas convertidas por la predicacion de San Pablo. La primera persuadió á su marido á que se hiciese cristiano, y la segunda emprendió un viaje á Grecia para mas instruirse oyendo al Apóstol San Andrés, que allí predicaba. Una y otra enseñaron á muchos las verdades de la fé. T. 3, pág. 10.

Santa Luparia, señora nobilísima de Acci, hoy Guadix, quien asombrada del prodigio, con que

se hundió el puente inmediato á la ciudad, pereciendo en él cuantos idólatras iban en persecucion de los primeros cristianos, que se presentaron, hizo llamar á su casa á los siete Varones Apostólicos, se convirtió, y empleó riquezas en la construccion de un Baptisterio, templo ó basílica. Á su ejemplo y como consecuencia del prodigio referido, el pueblo todo abrazó el cristianismo. T. 4, pág. 9.

SIGLO SEGUNDO,

CAPÍTULO PRIMERO.

SUMARIO.

Persecucion de Trajano: carta de Plinio el jóven á este Emperador: su respuesta y consecuencias de ella. Martirio de San Simeon, Obispo de Jerusalem; interesantes noticias acerca de su episcopado. San Ignacio, Obispo de Antioquía en presencia de Trajano: su patético viaje á Roma: su abrazo con San Policarpo: su epístola á los romanos: su muerte en el anfiteatro.

El Papa San Evaristo, que habia nacido en Belen de Palestina, gobernaba la Iglesia de Dios cuando comenzó este nuevo siglo, habiendo subido al solio pontificio el año noventa y seis.

Las leyes que no agradan, muchas veces se cumplen solo á medias ó se eluden completamente. Esto vemos que sucedió en el imperio de Roma con la revocacion de los edictos de Domiciano relativos al derramamiento de sangre de cristianos. Lo demuestra con toda claridad la célebre epístola de Plinio el menor al emperador Trajano, que habia sucedido á Nerva: en ella aquel gobernador de la Bitinia y el Ponto manifiesta que estaban en vigor la ley ó sea costumbre autorizada de encausar y sentenciar á muerte á cuantos adoraban á Jesus; y asi no consulta sobre

perseguirlos ó no perseguirlos, sino solo sobre las formas y la mayor ó menor crudeza de la persecucion. La existencia de esta y de que era considerada como una cosa legal y de oficio en los gobernadores de las provincias se deduce de los términos en que está concebida la respuesta de Trajano: no le coje de nuevo nada de lo que Plinio le refiere sobre el rigor con que trataba á los cristianos aplicándolos á la tortura y condenándolos al último suplicio: no lo extraña como debia haberlo hecho estando abrogados los últimos edictos de persecucion: lejos de eso, aprueba la conducta de Plinio, y le contesta que los cristianos, si son delatados y persisten en serlo, deben ser castigados, pero que no se haga pesquisa de ellos por parte del gobierno. Es tanta la importancia del mencionado documento por las declaraciones que contiene de la muchedumbre, inocencia y virtudes de los cristianos, que merece ser atentamente leído por todos los que se dedican al estudio de la historia eclesiástica. En él vemos que nuestra divina religion no solo llenaba en aquel tiempo las ciudades sino tambien las aldeas y las campiñas; que los apóstatas mismos examinados por Plinio confesaban en juicio la inocencia y santidad de la vida cristiana, y que ningun género de tormentos era capaz de apartar de su observancia á los que de veras la habian abrazado.

Conviene los historiadores en que la respuesta de Trajano debió de tener fuerza de ley, despertando la persecucion con la autoridad que le daba, y hasta con esa especie de restriccion, que le puso, mandando que el gobierno no hiciera las pesquisas. Sabiendo los paganos que el poder ejecutivo ya no entendia en esto y que por otra parte quedaba abierto el campo á las delaciones, claro es que tomarian el oficio de delatores, instigados unos por el odio á la nueva religion que condenaba sus vicios, otros por el apego á la idolatría, á cuyo abrigo daban rienda suelta á sus pasiones, estos por codicia de los bienes de los cristianos, de los cuales pensaban apoderarse con su muerte, y aquellos por que su fanatismo les impulsaba á saciar su sed de sangre y de víctimas. Por manera que la fuerza pública y la magistratura quedaron hechos verdugos, y el cargo de señalar á los reos se confió á todos y á cualquiera, al vengativo, al codicioso, al injusto, al calumniador, y en especial á los sacerdotes de los ídolos, cuya granjería se iba menoscabando á medida que el cristianismo adelantaba á paso de gigante. ¿Cómo pudo vivir y crecer con tantos enemigos? Sin embargo vivió y creció, y probó con esto que no era obra de los hombres sino del Todopoderoso. Pero no es tan extraño que el miedo á los suplicios no hiciera



mella en aquellos corazones, que ya eran templos vivos del Espíritu Santo; lo singular, lo raro, lo maravilloso es que á los idólatras no impusiese este miedo para convertirse á una religión, que no solo declaraba la guerra á todas las pasiones que hasta entonces los habian dominado, sino que exponia de continuo á los que la profesaban á todo género de peligros, suplicios y muertes.

Se sabe que particularmente en los primeros años de su imperio anduvo Trajano muy desacertado en la eleccion de gobernadores de provincias, los cuales fueron malos. Y si aun los que como Plinio tenían principios mas humanitarios derramaron tanta sangre cristiana; ¿qué no harian los de fiero corazon, los de perversas inclinaciones, que eran los mas? Cuéntase que en una ciudad del Asia Proconsular todos los cristianos de ella se presentaron al Proconsul para que les quitára la vida, porque sabian que de todos modos la habian de perder segun era grande y rigurosa la persecucion. Asombrado Arrio Antonino, que así se llamaba el Proconsul, al ver la muchedumbre de víctimas que habian venido á inmolarse, «¡oh infelices! exclamó. Si tanto deseais morir, id á arrojaros á los precipicios ó ahorcaros con sogas.» La extraordinaria resolucion de aquellos cristianos está diciendo cuán terrible y desesperada era su

situacion, y el justo asombro y las palabras de Arrio demuestran que la multitud de los fieles que la persecucion sacrificaba era para espantar.

Empero no eran solo los paganos los atizadores del fuego [de la persecucion: los judíos no perdonaban medio alguno para acabar con los adoradores de Jesus, y como aquellos estaban desparramados por todo el mundo, en todos los ángulos del universo ponian en juego toda clase de intrigas para hostilizarlos. Al Legado consular de Siria le presentaron como cristiano y como descendiente de la real familia de David á Simeon, que en el obispado de Jerusalem habia sucedido á su hermano el Apóstol Santiago: era Simeon pariente del Salvador, y á los ciento veinte años de su edad venia á padecer por su divino Maestro: el consular Atico le estuvo atormentando con diversos suplicios por muchos dias; y el Santo Obispo los sufrió con invicta firmeza. Su ancianidad ya es por sí sola un espectáculo interesante, y no es posible dejar de admirar la celestial fortaleza de la religion en el sublime heroismo de este viejo venerable. Mientras gobernó la Iglesia de Jerusalem la mantuvo libre de las infecciones de la heregía. Tanto era su celo, tanta su vigilancia y tales los frutos de su pastoral solicitud que durante su largo episcopado fueron innumerables los judios que se

convirtieron en la Palestina. Al sentimiento que habia de experimentar viendo la destruccion de Jerusalem, se le juntó el consuelo de librarse de los horrores del sitio de la ciudad deicida, habiendo salido de ella de antemano con su amada grey y retirádose á Pella. Despues que Tito mandó pasar el arado por el suelo donde tantos siglos estuvo siendo Jerusalem la admiracion de las gentes, dejaron los romanos una legion de soldados como para guarnecer el sepulcro de aquella reina desaparecida, y el vencedor no estorbó á las mujeres ni á los niños que vertieran sus lágrimas sobre las cenizas de lo que fué templo y que pagáran su tributo de dolor ó entonáran el cántico de las lamentaciones en los funerales de su madre patria. Por esta condescendencia y porque eran necesarios para el servicio de la cohorte romana los abastecedores y vendedores de víveres, fuéronse de nuevo agrupando algunos restos de aquella raza maldita, que yacia en la desolacion. Volvió tambien de Pella con sus cristianos el descendiente de David y mezcló su llanto al de los obstinados judíos convidándoles á entrar en el gremio de la dulce religion de los consuelos que él enseñaba, y muchos respondieron á su llamamiento detestando el deicidio cometido por sus padres y reconociéndolo como causa de su imponderable desventura.

Á Simeon sucedió Justo en el episcopado de Jerusalem, y á este sucedieron otros doce de pro-sapia judía, que gobernaron santamente aquel místico rebaño.

No menos célebre y admirable que el martirio de San Simeon fué el de San Ignacio, Obispo de Antioquia, el cual hacia cuarenta años que gobernaba aquella Iglesia. Era como un astro en las Iglesias de Oriente, que sostenia con el fuego de su vivificante caridad y con los resplandores de su sabiduría que habia aprendido de los mismos Apóstoles. Créese que estos le convirtieron del paganismo, y no hay porqué dudar que hubiese sucedido á San Evodio en el episcopado de Antioquia. Cuando Trajano victorioso de los Dacios quiso tambien lucir su espada debelando á los Partos, y pasó por aquella ciudad, ya llevaba en el corazon el intento de postrar al Dios de los cristianos haciendo que estos se le rindieran en lo espiritual ó acabáran la vida en los tormentos. Señaló á los Obispos por sus primeras víctimas. Creia que cortadas las cabezas no podrian vivir los cuerpos de las Iglesias cristianas. Llegado á Antioquia, mandó que se le presentára su santo Obispo: Ignacio compareció en su tribunal, y Trajano le habló como emperador idólatra, contestándole Ignacio como pastor animado por el fuego divino, declarándole que llevaba

en su pecho á Jesucristo, hijo único del Dios, que habia creado el mar, la tierra y los cielos. Cualquiera que lea este diálogo entre el señor del mundo y el supuesto reo, advertirá que el lenguaje del Obispo se eleva infinito sobre el que usa el Emperador. Trajano le sentenció á ser conducido preso á Roma para que allí le devoráran las fieras en el anfiteatro. Acostumbrábase enviar á la capital del imperio á los reos de grande importancia, y además se proponia Trajano cansar con las penalidades de los largos viajes la paciencia de los Obispos para que se doblegáran á su mandato de abandonar al verdadero Dios. Lejos de conseguirlo se vió burlado en su esperanza. El viaje de San Ignacio desde Antioquia á Roma fué un glorioso triunfo para el cristianismo. El Santo Mártir, que al oír su sentencia habia dado á Dios las mas fervorosas gracias porque le hacia partícipe de su perfecto amor, que habia entregado sus sagradas manos lleno de júbilo á las cadenas opresoras y orado á Dios por su Iglesia con lágrimas en los ojos y suspiros en el amante corazon, fué en su viaje, como dice San Juan Crisóstomo, semeiante al sol que corriendo de Oriente á Ocaso, por donde quiera que pasa derrama una inmensa copia de luces y de ardores. Embarcóse en Seleucia con dos discípulos, que le amaban como á su propia

alma, y con diez soldados, á cuya custodia estaba confiado: despues de una penosa navegacion llegó á Smirna y voló á arrojarse en los brazos de su Obispo San Policarpo, que habia sido condiscípulo suyo, habiendo ambos tenido por maestro al Apóstol San Juan y recibido de su boca el espíritu de caridad que los animaba. Policarpo besaba las cadenas del Mártir, y ambos lloraban de ternura y amor, permaneciendo abrazados y bendiciendo al Señor que los juntaba para darse el último á Dios y vivificarse mutuamente aquellas almas puras, que antes de haber salido de la tierra ya vivian en los cielos volando á ellos continuamente en alas de sus encendidos deseos. No fué solo Policarpo quien tuvo la dicha de contemplar al Obispo mártir, que caminaba á la gloria de la inmortalidad cargado de cadenas; vinieron á bendecirlas y venerarlas varios Obispos y otros Sacerdotes todos santos y todos penetrados de amor y de profundo respeto y enviados por sus Iglesias como representantes de ellas para obsequiarle y acatarle y encomendarse en sus fervientes oraciones y manifestarle que los lazos de caridad, que á ellos y á él les unian, eran mas fuertes que las cadenas y que la misma muerte. Ardiendo el Santo en los mas vivos deseos de dar su vida por Jesucristo, rogábales que de ningun modo le impidiesen el llegar al

término de sus ansias. Y temiendo que los romanos hiciesen algo para ponerle en libertad ó lo alcanzasen de Dios con sus oraciones, les escribió una carta, cuyos sentimientos no son de un hombre formado de barro, sino de Serafin que vuela á perderse en las divinas llamas y á entrarse en el seno de Dios. No leyéndola es imposible formar idea de lo que es, y leyéndola es imposible no admirarla.

Al fin, despues de haber escrito otras seis cartas á varias Iglesias de Oriente llenas todas del mismo espíritu y con el consuelo que durante su viaje tuvo de saber que en Antioquía habia cesado la persecucion, llegó á Roma cuando estaban para terminarse los juegos públicos, en los cuales debia ser devorado por las fieras para diversion del pueblo. Los cristianos de esta capital ansiosos de conocerle personalmente salieron á recibirle, y algunos proyectaban salvarle; pero el Santo Obispo con mas vivas instancias les rogó que ni por un momento le impidiesen llegar á su anhelada bienaventuranza. Todos se arrodillaron, y él levantando la voz, oró por la Iglesia y porque el Señor se dignase poner un término á las persecuciones de la cristiandad; luego dirigiéndose al anfiteatro se presentó en medio de él con semblante sereno, apacible y alegre. Cumpliéronse sus votos. Arrojáronse á él dos leones

que le devoraron en un instante, no quedando del valeroso Mártir mas que los huesos mas fuertes. Sus reliquias fueron recogidas y llevadas á Antioquía.

Este glorioso martirio sucedió en 20 de Diciembre del año 107.

Desde su misma cuna se mostró la Iglesia fecundísima en varones insignes, que la ilustraron con su doctrina y con sus obras esclarecidas y santas. Á la cabeza de este escudron glorioso debe ponerse en este siglo al Obispo de Antioquía el mártir San Ignacio. De sus siete cartas, escritas todas ellas cuando iba á Roma á ser devorado por las fieras, dice el Cardenal Orsi que han salido de una hoguera de caridad, que las ha dictado un mismo espíritu y que las animan los mismos sentimientos. En todas, continúa, resplandece la misma luz, se siente el mismo fuego, se admira la misma sencillez. En todas se pinta perfectamente á sí mismo, es decir, un hombre que vive de la fé, que tiene toda su esperanza en el cielo, que se abrasa en amor de Dios, que no respira sino á Jesucristo, que se gloria de sus cadenas y que arde en el vehemente deseo de consumir su martirio; un hombre todo penetrado de entrañable ternura para con sus hermanos, enamorado de la gerarquía y unidad de la Iglesia, y todo celo contra los hereges y los cismáticos

y los perturbadores del órden y de la paz; por último, un hombre plenamente instruido en los mas sublimes misterios y que no se gloriaba de saber mas que á solo Jesucristo. Leíanse estas cartas en las Iglesias de Oriente despues de las de los Apóstoles.

Lo mismo sucedia en las Iglesias del Asia con la epístola de San Policarpo á los Filipenses. Es una exhortacion á la práctica de las virtudes, señalando á los de cada estado y condicion aquellas en que principalmente deben esmerarse.

El año 109 fué hecho Sumo Pontífice San Alejandro, natural de Roma. Habia estudiado bajo la direccion de Plinio el menor y de Plutarco. Era bastante jóven cuando fué elevado á la Santa Sede; pero ya estaba lleno de virtudes y sabiduría. Ordenó que los sacerdotes no dijesen mas que una misa al dia. Determinó que se conservase agua bendita en las iglesias y en las casas. Convirtió á la fé á Ermetes, Prefecto de Roma, con toda su familia, y á muchos de los mas distinguidos ciudadanos. Fué por esto encarcelado; y en la prision convirtió al tribuno Quirino, y despues de haber devuelto á su hija Balbina la salud del cuerpo tocándola con sus cadenas, dióle igualmente la del alma administrándole el bautismo.

CAPÍTULO II.

SUMARIO.

Fundamentos en que el historiador Rohrbacher apoya su opinion acerca de San Dionisio, primer Arzobispo de Paris. Dilatacion del cristianismo. Rebelion de los judíos y su castigo. Varios pareceres de Adriano acerca de los cristianos: los persigue. Martirio de Santa Sinforosa y de sus siete hijos. Mencion de otros varios mártires de aquel tiempo. Sublevacion del judío Barcoquebas. Triste espectáculo de la nacion judáica descrito por San Gerónimo. Version de Aquila.

Preséntase en este lugar una cuestion muy debatida entre los críticos é historiadores, á saber, la de la época en que fué á Paris su primer Obispo San Dionisio: dispútase tambien si concedido que hubiese sido en el primer siglo enviado por el Papa San Clemente el Dionisio Obispo de Paris, es este el mismo que el famoso Areopagita Obispo de Atenas. No teniendo en esta obra espacio para presentar y compulsar los argumentos de unos y otros, me limitaré á exponer en compendio lo que acerca de esto dice Rohrbacher en los tomos 4.º y 5.º de su Historia universal de la Iglesia católica. En apoyo de la opinion de que San Dionisio fué

enviado por el Papa San Clemente en el siglo primero cita á Fortunato Obispo de Poitiers, al sábio de Marca, al docto Antonio Pagi, á Francisco Pagi, á Mabillon y á Natal Alejandro, quien además de creer auténticas las actas del martirio de San Dionisio ofrece otras diez y ocho pruebas: y en la página 485 del mencionado tomo 4.º añade: «Pruébese esto mismo con un privilegio del Rey Thierrí de 733, con una carta del Rey Pepino de 768 y con las actas del Concilio de Paris de 825, y con los antiguos breviarios que regían en Paris hasta el año 1700, en que Luis Antonio de Noailles Arzobispo de Paris (Tom. 5.º pág. 37.) reformó la práctica y creencia de su Iglesia al gusto de los Jansenistas que tanto influjo ejercían sobre él. Para probar que el Dionisio de Paris es el mismo que el Areopagita aduce el testimonio de cuatro vidas del Santo escritas en griego, cuyos autores son San Metodio, Patriarca de Constantinopla, Syncelio contemporáneo de San Metodio, Simeon Metafraste y Niceforo en su Historia eclesiástica, los cuales refieren que siendo Obispo de Atenas pasó á Jerusalem para hallarse en la solemnidad de la muerte de la Santísima Virgen y de allí á Roma, desde donde le envió á las Galias el Papa San Clemente. Hace el autor francés la oportuna reflexion de que jamás los griegos han tratado

de lisonjear á los latinos, y que así esta relación debe reputarse por verídica. Segun ella ya muy entrado el siglo II coronó San Dionisio una vida de Apóstol con el martirio, siendo decapitado junto con sus compañeros San Rústico y San Eleuterio en Paris en la colina hoy llamada por este suceso el Monte de los Mártires ó Montmartre. Hilduino, Abad del monasterio de San Dionisio en 834, escribió por orden del Rey de Francia unas memorias intituladas *Areopagíticas*, sacándolas de las historias de los griegos, de los libros de San Dionisio, de los autores latinos y de los antiguos documentos de la Iglesia de Paris, y en particular de las actas del martirio de San Dionisio escritas por Visbio testigo ocular. Así pues Rohrbacher no duda adherirse resueltamente á los autores mencionados y á los jesuitas franceses Lansel, Cordier, Halloix y otros. Asegura que el Breviario romano continúa considerando con los autores griegos á San Dionisio Areopagita como el mismo Obispo de Atenas y Paris, y llama la atención acerca de este acuerdo de Roma y de la Grecia.

Los siglos anteriores á la aparición de los Jansenistas no dudaron de que fuesen de San Dionisio Areopagita las obras que se le atribuyen; á aquellos hereges imputa el historiador Rohrbacher los primeros dardos lanzados contra

ellas, porque contienen su condenacion en el punto importantísimo de la divina gracia. El autor mencionado en el tomo 5.º de su Historia universal de la Iglesia Católica, responde á todos los argumentos, que se han puesto en contra de su autenticidad, y prueba que pertenecen á aquella época por la semejanza que tienen las mismas expresiones que á los críticos han chocado, con las del texto griego original del Nuevo Testamento. Desvanece las objeciones históricas alegando que las obras de San Dionisio se ven citadas en una homilia de Orígenes traducida por Rufino. San Dionisio de Alejandría, prosigue, contemporáneo de Orígenes, escribió notas para aclarar el sentido de las obras de San Dionisio Areopagita, el cual es citado con elogios en un sermón de San Juan Crisóstomo. San Cirilo de Alejandría, que vivió á principios del siglo V, aduce entre otros testimonios el de San Dionisio Areopagita contra los hereges, que negaban el dogma de la Encarnacion. Juvenal, Obispo de Jerusalem, en una carta al emperador Marciano cita como tradicion de la Iglesia la misma relacion, que nuestro Areopagita hace de la muerte de la Santísima Virgen. El siglo VII, dice algo mas adelante, está todo lleno de la gloria de San Dionisio. Los mejores escritores, Obispos, Santos, Papas y Concilios, el Oriente y el Occidente le pro-

claman autor de los libros que ahora poseemos con su nombre..... El Papa San Martin invocó en medio del Concilio de Letran la autoridad de San Dionisio de Atenas contra el monotelismo. Así continúa Rohrbacher presentando testimonios respetables en favor de la tradicion de que son de pluma de Dionisio Areopagita las obras, que siempre han corrido con su nombre, y concluye su catálogo de autoridades con Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás, el Concilio de Florencia, los Cardenales Bessarion, Baronio y Belarmino y el sábio Pico de la Mirándula. Á los modernos criticos opone otros criticos juiciosos como Halloix Schelstrato, el P. Honorato de Santa María y Natal Alejandro, los cuales han demostrado que no son concluyentes las razones alegadas por los primeros, como lo ha hecho tambien recientemente el Abate Darboy en la introduccion, que precede á su traduccion francesa de las obras de San Dionisio Areopagita.

Excederia los limites de la presente si hubiese de copiar algunos rasgos del magnífico análisis, en que Rohrbacher pone de manifesto la grandeza y sublime elevacion de la doctrina contenida en los *Nombres Divinos*, en la *Teología mística*, en la *Gerarquia eclesiástica* y en la *Gerarquia celestial*.

Entretanto que se empapaba el imperio ro-

mano en la sangre de los mas insignes predicadores del Evangelio, otros nuevos atletas corrian á extender la fé á los mas remotos países despues de haber vendido todos sus bienes y sacrificádolo todo por el amor y la gloria de Jesucristo. Su gracia les acompañaba y ponía en sus lábios un fuego divino, al cual nada resistía: rendíanse á su predicacion pueblos enteros, y en estas conversiones no tenian poca parte los milagros que iban obrando. Con la verdad y con el auxilio de la omnipotencia de Dios no es maravilla que consiguiesen tales triunfos; pero sí lo es que no los estorbára el miedo á las persecuciones y á la muerte tan natural en todos los hombres. Veian los gentiles que el ser cristiano y estar expuesto á morir en atroces suplicios era todo uno; y sin embargo, despreciando riquezas y regalos se convertian para abrazarse con la cruz. Así el vacío, que dejaban los mártires en el seno del cristianismo, llenábase con superabundancia, ocupando su puesto otros invictos adalides igualmente enriquecidos de los dones del Espíritu Santo.

Á este sorprendente espectáculo añadióse por aquel tiempo el desesperado furor y las calamidades de los judios. Llevados estos de un ciego espíritu de venganza, tomaron las armas contra sus señores, y solo en la Libia Cirenáica dieron muerte á doscientos veinte mil ciu-

dadanos, y en Chipre á doscientos cuarenta mil. Los horrores, que cometieron y las crueldades que hicieron, exceden á toda ponderacion: baste decir que comian la carne y bebian la sangre de sus víctimas. Trajano, que se habia mostrado gran guerrero y que tenia generales de mérito, no se descuidó en reprimir la rebelion: envió ejércitos contra ellos, y en Alejandría se dió cruda muerte á cuantos judíos fueron habidos. La muchedumbre de los que en otras partes perecieron, se sobrepone á todo cálculo: en Mesopotamia fué inmenso el estrago. Renovóse el castigo de Dios, y la ira divina cayó de nuevo sobre ellos, no ya cual antes en la Palestina, sino en casi toda la extension del imperio, donde estaban diseminados. Es creible que continuando entre los romanos la idea de confundir á los cristianos con los judíos, porque unos y otros adoraban á un solo Dios y detestaban la idolatría, tambien hubiesen inmolado á su venganza innumerables cristianos y que no los hubiesen perdonado los judíos, cuando sus puñales se blandian con tan bárbaro encarnizamiento como si el espíritu infernal fuera quien los moviera á la rebelion y los impulsára á la matanza.

Muerto con glorioso martirio el Papa San Alejandro, ocupó su silla San Sixto I, sacerdote romano. Fué hijo de Pastor, el cual era

de familia senatoria. Determinó que el cáliz y la patena no pudiesen tocarse, sino por los ministros del altar, y que todos los Obispos que hubiesen estado en Roma llevasen á sus diócesis las cartas apostólicas, que acreditaban la unidad de la fé y el mútuo amor entre la cabeza y los miembros de la Iglesia. Mandó que los corporales fuesen únicamente de lino.

Á Trajano sucedió en el imperio Adriano; y la suerte de los cristianos durante su reinado ofrece en la historia una especie de claro oscuro, como el que se observaba en el carácter y cualidades de este Emperador. En un viaje que hizo á Atenas le fueron presentadas dos apologias en favor del cristianismo, escritas la una por Quadrato y la otra por Arístides; y la fuerza de sus razones produjo en su ánimo tan buen efecto que por entonces se dejó de perseguir á nuestra divina religion. Lo cierto es que habiéndole representado Serenio Graniano, Proconsul del Ásia, que no era justo ceder á los desatinados clamores de la amotinada muchedumbre en contra de los cristianos inocentes, respondió á su sucesor Minucio Fundano que no cayera la espada de la justicia sobre aquellos, sino cuando se les probase algun delito. Por otra parte, las actas del martirio de Santa Sinforosa y sus siete hijos son un testimonio de que él mismo los sentenció mas de

una vez á muerte. Era esta Santa viuda del Tribuno Gétulo, que antes que ella junto con su hermano Amancio, tambien Tribuno, habia alcanzado la corona del martirio, y habitaba en Tiboli, donde el Emperador la hizo comparecer en su presencia para obligarla á que con sus hijos ofreciera holocaustos á sus ídolos. Negóse ella y respondió al tirano como heroina de la fé. Él la mandó llevar al templo de Hércules, en el cual despues de haberla abofeteado con la mayor crueldad la colgaron de los cabellos, y viendo que su constancia se sobreponia á todos los tormentos, le ataron una piedra al cuello y la arrojaron al rio. No se mostraron menos inflexibles sus siete hijos, haciéndose sordos á las exhortaciones y á la dulzura con que el Emperador se empeñaba en ganarlos para que sacrificáran á los ídolos. Por último, mandó atarlos á siete palos, que hizo poner al rededor del templo de Hércules, y allí les dieron bárbara muerte acuchillándolos é hiriendo á cada uno en diversos miembros segun lo ordenára el Emperador, que sin duda llevaba en esto algun fin propio de las ridículas prescripciones de la mágia, á que era muy aficionado. Los nombres de estos jóvenes é inmortales mártires eran: Clemente, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Strateo y Eugenio.

Aunque del tiempo de Adriano se numeran

una multitud asombrosa de mártires, solo sabemos con certeza las circunstancias individuales de algunos de ellos. Segun varios autores, padeció entonces la muerte San Eustaquio con su mujer y sus hijos, aunque otros refieren que se efectuó en tiempo de Trajano este célebre martirio. Están llenas de prodigios sus actas, pero su antigüedad no pasa del siglo octavo. Santa Sofia, cuyo nombre llegó á ser tan famoso en Oriente, sufrió el martirio en Roma con sus tres hijas, y San Eleuterio Obispo y su madre Santa Antia, murieron tambien en la capital del imperio con una multitud de generosos fieles. Dieron su último aliento en Lombardía muchos, siendo los mas célebres los Santos Faustino y Jovita; San Primo murió en Trieste, y San Antiope y San Crispulo en Cerdeña; los Griegos nos han conservado los nombres de los mártires Santa Zoa y San Hesperio su marido y de sus hijos Ciriaco y Teódulo. Tambien se conserva una inscripcion puesta en el sepulcro del jóven Mario capitán de soldados, la cual atestigua que dió por Jesucristo su sangre y su vida en tiempo de Adriano. Otro testimonio de que durante su imperio se ejercieron con los cristianos las mas horribles crueldades se halla en la segunda apología de San Justino, quien confiesa de sí haberse convertido reflexionando que no podian menos de

ser inocentes y calumniados los que sufrían toda clase de tormentos con un ánimo tan valeroso, tan paciente y tan invicto.

Por este tiempo el Papa San Telesforo sucesor de San Sixto, padeció glorioso martirio según lo atestigua San Ireneo, lo que dá á entender que por entonces, como piensa Orsi, era muy viva la persecucion. Se congetura con igual probabilidad que acaso hubiesen dado márgen á esta renovacion de crueldades las rebeliones de los judíos, con los cuales, así como tambien con los hereges, era costumbre de los gentiles el confundir á los cristianos. Sublevó por último á los restos de la nacion judáica un famoso impostor llamado Barcoquebas, el cual sostuvo por espacio de dos años una atroz guerra contra los romanos. Dicen que en ella la matanza de judíos excedió á la que en los mismos hizo Tito en el sitio y ruina de Jerusalem. Barcoquebas, que pretendia ser tenido por Mesías y que se vió al frente de un formidable ejército, estrechó á los cristianos á seguir sus banderas: negáronse estos y él desplegó contra ellos un furor de exterminio, que llenó los cielos de innumerables mártires. Su sangre clamó venganza humeando ante el trono del Altísimo. Y llegaron á lo sumo las calamidades de los judíos. Fueron vendidos á vil precio en las ferias y se les prohibió la en-

trada en el recinto de Jerusalem, no permitiéndoseles sino una vez al año y á costa de grandes sacrificios ir á llorar sobre sus cenizas solo el dia aniversario de su fúnebre ruina. San Gerónimo describe del modo siguiente esa triste ceremonia: «Les está prohibida la entrada en Jerusalem, sino es para llorar sobre las ruinas de la infeliz ciudad, y además se les obliga á comprar esta misera satisfaccion; por donde aquellos que en otro tiempo compraron la sangre de Jesucristo, ahora compran sus lágrimas, ni para ellos es gratuito su mismo llanto. ¡Qué lúgubre espectáculo ver el dia, en que Jerusalem fué tomada y arruinada venir el pueblo con luctuoso aparato, y muchas ancianas decrepitas, y muchos miserables viejos cargados de años y llenos de andrajos, mostrando la ira del Señor en sus cuerpos escuálidos y en sus rasgados vestidos! Ven resplandecer el patíbulo del Señor, ven brillar el lugar de su gloriosa resurreccion, ven fulgurar su cruz en el monte Olivete; y sin embargo se reunen esos miserables á llorar con lágrimas inconsolables las ruinas de su templo. Alzan hácia los cielos los brazos lívidos, se desgriñan los cabellos, y el soldado exige nueva paga por que les sea permitido prolongar el llanto.»

Por el contrario los cristianos fueron tolerados y admitidos en la colonia, que casi en el

mismo sitio donde estuvo Jerusalem fundó Adriano con el nombre de Elia Capitolina. Desde entonces la Iglesia de Jerusalem, que en su mayor parte se habia compuesto de fieles convertidos del judaismo, y en muchos de los cuales se conservó algun apego á las tradiciones y prácticas de su antigua religion, comenzó á ser regida por Obispos provenientes del pueblo gentilico, que era el que formaba la nueva poblacion establecida en aquellos santos lugares; y con el mayor alejamiento de los judíos y el destrozo de esta nacion quedaron como extinguidas las aficiones á las observancias legales y ritos mosáicos. Sin embargo, nadie jamás ha dudado de que cumplieron perfectamente con sus deberes episcopales los quince Prelados, que la gobernaron antes de aquella época, habiéndoseles tributado merecidos elogios porque en medio de tantas guerras, persecuciones y vicisitudes de toda especie la mantuvieron como fiel esposa de Jesucristo y la acrecentaron con su celo, virtudes y excelente doctrina.

Entre los diversos pareceres que acerca del cristianismo tuvo Adriano, cuando menos se dá por cosa verosímil que los templos, que hizo edificar sin ninguna especie de simulacros dentro, los habia destinado para el uso de los adoradores de Jesus; pero que los ministros del culto de los ídolos le disuadieron de este pen-

samiento representándole que si se daban templos á los cristianos, bien pronto quedarían desamparados los de las divinidades del imperio.

Viendo los judíos que por la dispersion en que ya se hallaban iban á olvidarse sus tradiciones, pensaron en consignarlas por escrito, y en efecto compusieron el libro intitulado Misna, que forma parte del Talmud, y en el cual hicieron los mayores esfuerzos por tergiversar el sentido de las Escrituras en todo lo tocante al Salvador del mundo. Con no menos dañada intencion tradujo Aquila al griego la sagrada Biblia como para contraponer su version á la de los setenta usada y respetada por los cristianos. Aquila, natural del Ponto, fué gentil, luego cristiano y por último judío. Este tráfuga de nuestra divina religion, que cuando la profesaba no habia olvidado los resabios del paganismo viviendo entretenido en las vanidades de la astrología judiciaria, se mostró en su traduccion servilmente esclavo de la gramática y demasiado minucioso en trasladar al pié de la letra. Ya el Espiritu Santo no estaba con los judíos para darles la inteligencia de la divina Escritura.

Á San Telesforo sucedió en la augusta dignidad de Vicario de Nuestro Señor Jesucristo San Higinio, sacerdote de Atenas, hijo de un filósofo, y él tambien filósofo.

CAPÍTULO III.

SUMARIO.

Hereges. El filósofo y mártir San Justino: sus luchas con los hereges: su apología del cristianismo. Inscripción hallada en el sepulcro del mártir San Alejandro. Persecuciones. Conducta de Antonino Pio: su rescripto favorable á los cristianos. Marco Aurelio. Martirio de Santa Felicitas y de sus siete hijos. Mártires en el Asia: San Policarpo.

La eterna y bienhechora sabiduría de Dios ha ordenado perfectamente cuanto encierran los cielos y la tierra, y se descubre en especial con maravillosa grandeza en su principal obra, que es nuestra adorable religion; pero los hereges no lo ven así, y quieren ordenar de diverso modo lo mas alto y lo mas bajo, los impenetrables misterios de la Divinidad y cuanto concierne al hombre. Si salen medrados en su empresa lo veremos en las heregías de este siglo II. El fruto de todas ellas se debería llamar degradacion: la hay en todo cuanto han inventado sus delirios. Carpócrates rebajó indeciblemente á nuestro Señor Jesucristo, haciéndole como los demás hombres, de los cuales solo le distinguia por su viriud: se empeñó en arrancar á Dios la

gloria de Criador, atribuyendo á los Ángeles la hechura del mundo: envileció sobremanera al humano linaje, enseñando que en todo debía obedecerse á la concupiscencia, constituyéndola por meta de la perfectibilidad y camino (¡qué horrenda blasfemia!) para llegar á Dios. Decía que el alma iría pasando por diversos cuerpos hasta que hubiese cometido todas las mas torpes acciones: tambien menoscababa las excelencias de la naturaleza del alma diciendo que cada hombre tenia dos almas. Y aun materialmente ofendia al cuerpo, obligando á sus discípulos á llevar por distintivo en la parte inferior de la oreja una lesion hecha con el hierro ó con el fuego.

Valentin, que se apartó de la Iglesia por no haber obtenido el obispado que solicitaba, que abjuró sus errores y luego volvió á enfangarse en ellos, negó que Jesucristo hubiese tomado carne de la Virgen María, y así quiso despojar de su mayor gloria á la naturaleza humana, privar al cielo de la hermosura de su Reina y de la incomparable dignidad de Madre de Dios á esta Señora, que por ella se eleva sobre los Querubines. ¿Y cuánto no degradó la moral, enseñando que los hombres espirituales como él y sus secuaces ya no tenian necesidad de buenas obras, y que por ningun género de culpa se pierde la amistad de Dios? Los Cainitas tenian por santos á los que condena la Sagrada Escri-

tura como Cain, Coré, los Sodomitas y especialmente Judas Iscariote.

Los Ofitas creían que la sabiduría se había convertido en una serpiente: ponían este reptil insano sobre sus mesas á la hora de comer, y lo besaban mientras él serpenteaba al rededor de los panes. La pluma se resiste á escribir los nombres de las cosas santas, que aquellos monstruosos hereges asociaban al culto de sus serpientes.

Tolomeo y Segundo, discípulos de Valentin, como los anteriores, añadieron otros ocho Eones á los treinta de su maestro. Florino hacia á Dios autor del pecado, y otros varios, que refiere San Alfonso de Liguori en su Historia de las heregias, dieron en otros muchos absurdos, menoscabando todos la pureza, la elevacion y las excelencias de nuestra religion santísima y la dignidad del hombre.

Epifanes, que fué hijo de Carpócrates, no solo defendió las heregias de su padre, sino que combatió abiertamente la ley de Moisés, y en especial los dos últimos preceptos del Decálogo, é hizo la guerra al Evangelio, aunque profesaba seguirlo.

Pródico desechaba el culto de Dios invisible, y adoraba los cuatro elementos, el sol y la luna. Y de este heresiarca, que desnudo hacia oracion á los elementos y á los planetas, dice

Natal Alejandro que nació la secta de los Adamitas, los cuales en sus conventículos oraban desnudos á imitacion de Adan, gloriándose de que con esto imitaban su inocencia, pero lo que en realidad hacian era cubrirse con el lodo de la impureza.

Taciano, que habia sido discípulo de San Justino Mártir y prestado algunos servicios á la verdadera religion antes de su caida, negó despues la resurreccion de los muertos, como lo habia hecho Valentin, y siguiendo á este herejarca enseñó que la materia era increada y eterna: juzgó que el Hijo de Dios no pudo haber tomado carne humana por ser esta indigna de tanto bien; desechó la ley de Moisés: se declaró en contra del libre albedrio; y con todos estos delirios ¿qué hizo, sino degradar la humana naturaleza y quitarle todas sus glorias? Al condenar el uso del matrimonio atacó igualmente esta institucion divina, y como que se propuso cegar las fuentes de la existencia del humano linaje.

Julio Cassiano, discípulo de Valentin, unióse con Taciano, y fué cabeza de la heregía de los Docetas, los cuales decian que Jesucristo habia tomado un cuerpo aparente. Con razon pues deduce el Cardenal Orsi de las cartas de San Ignacio Mártir y de la de San Policarpo que las heregías, que mas infectaban la Iglesia por

aquel tiempo, eran las negaciones de la realidad de la carne, pasion, muerte y resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.

Muerto el emperador Adriano en el año 138, le sucedió Antonino Pio, que por su moderacion y otras prendas fué en el trono imperial de Roma á manera de resplandeciente lucero. Durante el reinado anterior ocurrió la conversion del célebre filósofo y mártir San Justino. En ella vemos la gracia y la razon obrando de consuno, la maravilla de Dios y el natural discurso del hombre recto. Vemos que la verdad divina se aparece á quien la busca y que es premio de la virtud, cual ahora mismo sucede en las conversiones de varios ilustres protestantes de nuestro siglo, que estudiando con un corazon puro y sincero han llegado felizmente al seno del catolicismo. Justino era de origen griego y nacido en Samária: desde sus mas tiernos años se aficionó á la filosofia, y no se dice que le gustase la de Epicuro, sino antes bien la de los Estóicos, Peripatéticos y Pitagóricos y sobre todo la de Platon, con la cual ya parece que estaba satisfecho, habiendo recorrido las otras con diversos maestros. Habíase entregado á la meditacion, y para mas engolfarse en ella se dirigió un dia á un sitio solitario, que distaba poco del mar: cuando creia que ningun otro viviente pisase aquel



lugar, se presentó ante sus ojos un venerable anciano de amabilísimo semblante; sorprendido al verle le preguntó qué le traía por aquel parage, y habiéndole hecho el anciano igual pregunta, le descubrió Justino que como amador de meditaciones filosóficas había venido á la soledad para mejor satisfacer su gusto. Con esto se entabló entre los dos personajes una conversacion sublime acerca de las verdaderas fuentes de la sabiduría, y el anciano desplegando una magestuosa superioridad de luces y mostrándole la vanidad de los sistemas filosóficos, le dió noticia de los Profetas y de que ellos habían revelado al mundo la verdad. Concluido su discurso, desapareció el anciano. Y Justino altamente asombrado de lo que acababa de ver y oír resolvió estudiar los divinos libros, que se le habían señalado. Así lo hizo. Halló en ellos la satisfaccion de su espíritu, y descanso y dulzura para su corazón enamorado de la verdad: abrazó el cristianismo; pero no dejó el manto de filósofo, porque siendo este un distintivo que indicaba ciencia y virtud, parecióle que nunca debía llevarle mejor que siendo ya cristiano. Aplicó toda la grandeza de su ingenio al estudio de la divina Escritura, y Dios, como él mismo lo confiesa en una de sus obras, le dió la inteligencia de ella. Abrasado de celo por su nueva religion se dedicó á engrandecerla por

escrito á los ojos de los gentiles, manifestándoles los motivos que le habian inducido á convertirse y entre ellos el alto concepto formado de la inocencia y santidad de los mártires, que por el invicto valor, con que padecian, mostraban ser incapaces de abrigar las iniquidades de que la calumnia los acusaba. No tardó en escoger para sus luchas científicas y religiosas un digno teatro cual era entonces la capital del imperio, donde comenzó á publicar sus insignes obras.

Por aquel tiempo se hallaban en la metrópoli del imperio los hereges Valentin, Cerdon y Marcion, y á todos ellos se opuso San Justino como un atleta enviado por el cielo á este fin, cual si la divina Providencia hubiese querido mostrar desde los primeros dias de la Iglesia que siempre que esta se viese combatida por nuevas heregias ó en algun peligroso conflicto le habia de suscitar sabios y valerosos defensores.

Nuestro santo filósofo escribió contra todos los hereges, y en especial una obra contra Marcion. Los tres fautores de heregia le abandonaron el campo partiéndose de Roma, porque no podian resistir la fuerza de sus razones. Pero su fortaleza aun se mostró mas admirable al presentar su primera apologia en favor del cristianismo á sus mismos poderosos perseguidores, á saber, al emperador Antonino Pio, á sus hi-

jos, al senado y á todo el pueblo romano, declarando al principio de ella su nombre, el de su padre y el de su abuelo, su patria y principalmente su profesion de cristiano; y que esta fuese hazaña de heroismo lo prueba la misma causa que motivó la apología, es decir, la violenta persecucion que por entonces sufrían los cristianos.

Y que en el imperio de Antonino, á pesar de cuanto se ha dicho sobre las prendas personales de este principe, padeciese la grey de Jesucristo horribles persecuciones lo evidencia la inscripcion hallada en el sepulcro del mártir San Alejandro y concebida en estos términos: «No ha muerto Alejandro, sino que vive sobre las estrellas, y su cuerpo reposa en este sepulcro. Concluyó el curso de su vida impediendo Antonino; el cual siendo deudor de muchos beneficios á los cristianos, les vuelve mal por bien. Pues quien dobla la rodilla al verdadero Dios es conducido al suplicio. ¡O tiempos infaustos! en los cuales entre los sacrificios y los votos ni aun en las cavernas podemos salvarnos. ¿Qué cosa mas miserable que la vida? Y al mismo tiempo ¿cuál otra cosa mas triste que la muerte? cuando ni á los amigos ni á los parientes se permite dar sepultura á sus muertos. Ahora resplandece en el cielo. Breve fué su vida etc.»

La política tuvo gran parte en las persecuciones del cristianismo bajo diversos conceptos, sirviendo de móvil muchas veces y otras haciendo que se tolerasen los crueles desmanes del pueblo, de los magistrados y gobernadores de las provincias. Y no hallándose documento que acredite haber expedido Antonino edicto alguno contra los cristianos, me inclino á creer que esta persecucion fué por él tolerada y consentida como un efecto de su misma bondad para con los paganos, que tenían la costumbre de atormentar y de quitar la vida á los cristianos. Portábanse con ellos tan cruelmente en el Asia, que algunos fieles de este país recurrieron quejándose al Emperador, porque era grande la angustia en que se hallaban, y espantosa la matanza que se hacia de sus hermanos por parte de los pueblos amotinados y del odio que les profesaban los jueces. Movido Antonino tanto por esta representacion como por la apología con que San Justino le habia hecho ver la inocencia de los perseguidos, resolvió poner coto á las demasías de los paganos, y escribió al comun del Asia diciendo entre otras cosas: «Mientras vosotros no desistis de molestarlos y de acusar su doctrina como sospechosa de impiedad y de ateismo, y de imputarles otros delitos, lo cual no podemos aprobar; para ellos es honroso y ventajoso el poder gloriarse de morir por aquel,

por cuya causa saben que son acusados y perseguidos; y así quedan ellos vencedores, y nosotros vencidos; pues antes que doblegarse á vuestra voluntad, eligen perder generosamente la vida.» Y como por entonces habian sobrevenido al imperio diversas calamidades y entre ellas terribles terremotos, que se atribuian á venganza que los dioses tomaban de los cristianos, Antonino despues de recordar á los idólatras su pusilánime abatimiento en semejantes tribulaciones, les dice: «Si quereis comparar vuestra conducta con la suya, hallareis que ellos tienen en Dios mayor confianza que vosotros; que en estos tiempos parecis por una parte olvidaros de vuestros dioses descuidando la asistencia á sus templos, y por otra ignorando el verdadero modo de honrar aquel solo Dios, teneis envidia á los que le honran y los perseguis de muerte.» Y concluye el Emperador su rescripto mandando que si todavía hay alguno tan temerario que los delate como á cristianos, quede absuelto el acusado, aunque confeso y convicto de ser cristiano, y el delator sufra la pena de su temeridad.

Sucesor de San Higinio en el sumo pontificado fué San Pio I.

Con la muerte de Antonino Pio se empeoró sobremanera la suerte de los cristianos, pues este príncipe en los últimos años de su reinado

habia dado varios rescriptos favorables á ellos, y su sucesor Marco Aurelio, que á fuer de filósofo estóico debia reprimir el sentimiento de la compasion y de la misericordia, dejó que cuantos en el imperio odiaban á los adoradores de Jesus los persiguiesen á su antojo, y les diesen el género de muerte que su capricho y su crueldad les dictára. Así la sangre de los justos corrió á torrentes.

El martirio de Santa Felicitas, sacrificada con sus siete hijos, como en otro tiempo Santa Sinfrosa, fué uno de los mas célebres de aquel reinado. Atestiguan algunos monumentos que padeció en tiempo de Antonino Pio; pero debe observarse que los antiguos dan muchas veces á Marco Aurelio el nombre de Antonino su padre adoptivo.

Era Felicitas una ilustre matrona de Roma, que muerto su esposo, consagró su viudez al Señor, y se entregó solamente á su propia santificacion y á la de su numerosa familia. Esta conducta al paso que edificaba á los fieles, impacientaba en extremo á los sacerdotes del paganismo, que sublevándose contra los cristianos, persuadieron al Emperador que los dioses se hallaban ofendidos por la decadencia de su culto, y que para aplacarlos y volver á merecer su antigua proteccion, necesitaban obligar á los cristianos mas distinguidos, como Felicitas, á

que les ofreciesen sacrificios. Cometióse este negocio á Publio, Prefecto de la ciudad, quien inútilmente empleó halagos y amenazas. «Me sostiene el espíritu de Dios, le dijo la Santa, para no caer en vuestros engaños, y no me vencereis mientras me quede un solo aliento; pero si me quitais la vida, lograré con la muerte una victoria mas ventajosa.» Acudió el Prefecto á su tribunal á la mañana siguiente en la plaza de Marte, mandó venir á su presencia á Felicitas con sus siete hijos, y le dijo que á lo menos tuviese compasion de ellos, ya que su propia vida le era indiferente. La Santa le respondió: «La compasion que intentais persuadirme seria la crueldad mas perniciosa;» y despues volviéndose á sus hijos y mostrándoles el cielo con la mano, les dijo: «Allí es donde os espera Jesucristo con los Santos que nos han enseñado el camino; sed fieles á este remunerador magnífico, y pelead con valor correspondiente al precio que se os propone.»

El Prefecto mandó dar de bofetones á la Santa, echándole en cara su temeridad, y despues llamó uno á uno á sus hijos; y habiendo confesado todos la fé con la constancia mas heroica, los sentenció á distintos géneros de suplicios. Azotaron al mayor con tanta crueldad que espiró en fuerza de los azotes; apalearon á los dos siguientes; el cuarto fué precipitado desde

un sitio muy elevado; y cortaron la cabeza á los tres últimos junto con su madre que fué la última que murió, porque sufriese en su interior los dolores de todos sus hijos.

En la augusta silla de San Pedro habia sucedido á San Pio San Aniceto, que como sus predecesores fué glorioso mártir.

Tambien en Asia fueron muchísimas las víctimas, atroces los suplicios, y admirables la constancia, la fortaleza y la paciencia de los mártires, los cuales desgarrados á azotes hasta descubrirseles las entrañas no exhalaban un quejido ni daban un suspiro: otros eran quemados vivos y parecia que no sintiesen el fuego, pues en medio de sus llamas tenian el semblante sereno y apacible; otros fueron entregados á las fieras, y se dejaban devorar con ánimo imperturbable. Entre ellos Germánico se distinguió grandemente por el ardimiento con que provocaba contra sí las fieras, mientras el Proconsul se esforzaba por ganarle el corazon para sus falsos dioses con palabras dulces y promesas lisonjeras. Maravillado el pueblo y como queriendo en cierto modo borrar la afrenta de su derrota, exclamó: «Mueran los impíos; búsquese á Policarpo.» Pasaba esto en Smirna, y San Policarpo discípulo de los Apóstoles habia recibido de los mismos el obispado de aquella ciudad, en la cual gobernaba la grey de Cristo con tanto

celo como sabiduría, y por tantos años que los que entonces eran ya viejos cuando eran niños ya le conocían por su Obispo. Había hecho un viaje á Roma á consultar varias cosas con el Papa San Aniceto, y durante su permanencia en aquella capital del mundo fué baluarte de la fé é ilustre atleta en las batallas con los hereges y en especial con los sectarios de Valentin, Cerdon y Marcion.

Cuando los perseguidores del cristianismo se mostraron mas dispuestos á hacerle cruda guerra, los fieles de Smirna se empeñaron con su Santo Pastor para que se retirára, y cediendo á sus ruegos se ocultó en una casa de campo poco distante de la ciudad. Allí oraba. Y estando en oracion tres dias antes de ser preso quedóse dormido y en sueños le pareció que veía arder su almohada: penetró el significado de su misterioso sueño, y refiriéndolo á los que le acompañaban les dijo que iba á ser quemado vivo. De aquel lugar se trasladó á otro punto inmediato, al cual llegaron tambien los que le buscaban para prenderle: guiábalos un criado, que en los tormentos habia prometido manifestarles donde se hallaba: imitó á Judas. Estaba el Santo en lo mas alto de la casa cuando le avisaron la llegada de los soldados, y despues de haber dicho: «cúmplase la voluntad de Dios» bajó y les salió al encuentro. Admiraron ellos

la magestad de su rostro y la dulzura con que les hablaba: mandó ponerles una abundante cena, y les pidió que le dejaran orar: oraba en alta voz y con tal fervor de espíritu que toda la casa se llenó de asombro oyéndole, y así pasaron dos horas. Le conducian á Smirna sobre un asno; encontróle un magistrado y habiéndole hecho subir á su coche, se empeñaba en persuadirle lo que su conciencia no podia consentir: negóse Policarpo, y el magistrado le arrojó del carruaje con tal ímpetu que al caer se lastimó una pierna. Sin embargo siguió andando hasta la ciudad, y al entrar en el anfiteatro oyó una voz del cielo que le gritaba: ¡Ánimo, Policarpo! Oyéronla tambien muchos cristianos. Prorumpió en clamores el pueblo: el Proconsul se empeñó en apartarle de su intento de dar la vida por Cristo. En vano. «Ochenta y seis años hace, contestó Policarpo, que me consagré á su divino servicio ¿y quieres que ahora yo le blasfeme?» Le amenazó el Proconsul con que las fieras estaban prontas para devorarle. Y Policarpo respondió: «Llámalas pues.» «Ya que no haces caso de las fieras, replicó el Proconsul, si no mudas de parecer, te haré echar á las llamas» y Policarpo: «¿Crees espantarme con el fuego? Porque no conoces el fuego del futuro juicio y de la eterna condenacion, que está preparado para suplicio de los impíos. ¿Mas

por qué tardas? Pon por obra lo que mejor te plazca, las fieras ó el fuego.» Al proferir el Santo estas y otras muchas palabras no solo resplandecian en su semblante la confianza y el regocijo, sino que tambien se veia en él una luz clara y sensible, por lo cual el mismo Proconsul quedó como atónito y aterrado. La muchedumbre de los gentiles y de los judíos gritó tumultuariamente que Policarpo fuese quemado vivo. En un instante se preparó la hoguera: querian los verdugos clavarlo á un madero; empero el Santo les dijo: «Dejadme, que no hay necesidad de clavos ni de cadenas. El que me ha dado la voluntad de ofrecermé en holocausto por su amor, tambien me dará fortaleza para estar inmóvil entre las llamas.» Así fué. Pero las llamas formaron una especie de bóveda al rededor de su cuerpo, y él levantando los ojos al cielo hacia una fervorosa oracion al Dios por quien se inmolaba. Resplandecia el santo mártir en medio del fuego como el oro; los que allí estábamos, dicen los que escribieron las actas de su martirio, sentiamos exhalarse de él un suavísimo olor como de incienso ó de algun otro precioso aroma. Viendo los impíos que el fuego le respetaba, diéronle muerte con la espada, y de la herida del venerable mártir salió tanta sangre que con ella el fuego quedó casi del todo apagado. Tal fué (en el año 167

segun la opinion de Orsi) el glorioso fin del anciano Obispo de Smirna. Y la Iglesia le ha tributado siempre los honores merecidos por su maravilloso heroismo.

Despues de San Aniceto ocupó la cátedra pontificia San Sotero, á quien muchos dan el apellido de Concordio; era natural de Fondi, ciudad del reino de Nápoles. Por testimonio de San Dionisio, Obispo de Corinto, sabemos que San Sotero no solo siguió con insigne celo, sino que dió realce á la pia y generosa costumbre de sus predecesores de socorrer con grandes limosnas á los cristianos, que en remotísimos países se hallaban menesterosos, y principalmente á los que en las persecuciones estaban condenados á trabajar en las minas, ó desterrados muy lejos de sus patrios hogares. Fué liberalísimo para con los pobres, con todos afable y dotado de muy singular elocuencia.

CAPÍTULO IV.

SUMARIO.

Segunda apología de San Justino: su martirio y el de sus compañeros. Prodigio alcanzado por la legión fulminante. Célebres mártires de las Galias. La persecucion fué general.

Ilustre sobremanera fué la victoria de San Justino. Habia este invicto filósofo publicado su segunda apología dirigida á los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero, al senado y al pueblo romano. Diéronle ocasion para componerla los recientes martirios de Tolomeo y de Lucio, á los cuales no tardó en seguir á la gloria. Era objeto del ódio y de la envidia de los filósofos gentiles, que reconocian en él la imágen viva de la virtud, que ellos tenian en los labios, pero no en el corazon: distinguíanse en esta animadversion los Cínicos y en especial Crescente, que en disputas que tuvo con San Justino acerca de la religion cristiana vió varias veces humillado su orgullo. Sabiendo el Santo que eran tantos é influyentes sus enemigos, creia que pronto seria conducido al martirio, y no se equivocó. Fué en efecto denunciado y preso junto con otros cristianos que

con él vivían. Rústico Prefecto de Roma les intimó que sacrificasen á los dioses. Justino fué entre los mártires el primero que le respondió manifestándole que no era un crimen el obedecer á Jesucristo. Rústico viéndole en traje de filósofo, le preguntó cuál era su profesion. Y respondió Justino: «Mucho tiempo busqué la verdad en todas las sectas filosóficas hasta que por último la hallé en la doctrina de los cristianos.» «¿Luego tú, miserable, exclamó Rústico, profesas esa doctrina?» Á lo cual Justino: «No es verdadero filósofo quien no sigue la verdad donde quiera que la descubra.» Preguntóle el Prefecto en qué lugar se reunían los cristianos; y el Santo contestó: «¿Pensais que nosotros siempre nos reunimos en un mismo sitio? Nuestro Dios no está encerrado en lugar alguno, porque es inmenso, aunque invisible, y como con su presencia llena los cielos y la tierra, en todas partes le damos el culto que le es debido.»

«¿Luego tú eres cristiano?» Le dijo Rústico. «Si lo soy» respondió Justino. Hizo el Prefecto esta misma pregunta á Evelopisto, Cariton, Hierax, Peon, Liberiano y á Caritina; y todos ellos respondieron con igual magnanimidad y valentía que eran cristianos; y como tales se condujeron en el interrogatorio, que á cada uno de ellos se iba haciendo.

Volvió el Prefecto á dirigirse á Justino diciéndole: «Tú que tan versado estás en la filosofía, ¿juzgas que despues de padecer los tormentos, irás al cielo y obtendrás la recompensa de lo que pierdas en la tierra?» «No es esta una opinion, le respondió Justino, sino que es una ciencia cierta, en la cual no hay género alguno de duda.» Y Rústico: «Vamos á lo que á mí mas me importa: sacrificad á los dioses cuantos aquí estais, ó mandaré que se os lleve al suplicio.» «Apresuraos, le dijeron los santos confesores, á cumplir vuestra amenaza: somos cristianos, y no sacrificamos á los ídolos: nuestro mas vivo anhelo es dar la vida por Jesucristo.» Mandó, pues, el Prefecto azotarlos con varas y cortarles la cabeza. Y se ejecutó la sentencia, habiendo antes los santos mártires dado gracias á Dios al oirla con indecible júbilo de sus almas, que volaron al cielo.

Además de sus dos célebres apologías escribió San Justino su *Diálogo con Trifon*, el cual tiene la particularidad de no ser como otros una mera invencion del Autor, que introduce hablando á personajes supuestos, sino que todo ello pasó en realidad en Éfeso como lo pinta y describe San Justino. Esta obra fué una magnífica improvisacion hecha en una conversacion, en que la superioridad de número, que estaba de parte de los contrarios, se veia sobrada-

mente compensada por la elocuencia, el celo, la firmeza y la sabiduría del cristiano filósofo, el cual mostraba saber de memoria las sagradas Escrituras y estar versadisimo en su interpretacion. Las demás obras que de San Justino nos quedan, son la *Exhortacion á los gentiles* y el libro de la *Monarquia*, ó de la *Unidad de Dios*. Habia compuesto otras varias obras, de las cuales apenas se han conservado algunos fragmentos, ó solamente sus títulos; tales fueron el libro contra las heregías, otro contra Marcion, uno del alma y otro intitulado: *El salmista*.

Estas persecuciones mas ó menos generales, mas ó menos violentas cesaron por espacio de tres años, porque Dios se mostró clarísimamente propicio á los cristianos. De estos se componia en su mayor parte, sino toda, la legion Melitena, que con el resto del ejército romano mandado por Marco Aurelio, se hallaba en la Germania peleando con los Quados y Marcomanos. Los enemigos tienen como sitiadas á las huestes de Roma; ocupan posiciones ventajosas; su número es muy superior; los puntos, por donde puede pronunciar su retirada Marco Aurelio, están tomados; la sed y el calor aquejan á los descendientes de Rómulo; el sol los abrasa; los hijos del Septentrion los acosan terriblemente. Grande es el peligro. Pero los cristianos saben

que en los conflictos se debe acudir al Todopoderoso: los de la legión Melitena levantando los corazones imploran su auxilio; y de repente se cubre el cielo de nubes, y cae una blanda y copiosa lluvia que excita general alegría en el campo romano. Los soldados reciben el agua en sus abiertas bocas segun Dion historiador pagano y contemporáneo del suceso; la reciben en sus escudos y en sus yelmos para refrescar tambien con ella sus sedientos y fatigados caballos. Los Quados los acometen, y en aquel instante lo que es agua sabrosa para el ejército sitiado, para ellos es tempestad de granizo y de rayos. El Dios de los cristianos los pone en fuga, los derrota, los destroza y difunde entre ellos el espanto y la muerte llovida de los cielos.

En cuanto á este memorable prodigio están acordes los autores gentiles con los cristianos: lo recuerdan los monumentos erigidos para perpetuar su memoria. Los historiadores paganos, como era natural lo atribuyeron á sus mentidas divinidades; San Apolinar y Tertuliano que vivian en aquel tiempo; Eusebio, San Gerónimo y Orosio citan las cartas de Marco Aurelio para probar que este Emperador reconoció que debia esta insigne victoria y su salvacion y la de todo su ejército á la piedad de los cristianos. Con sobrada razon dice el Cardenal Orsi que los

reparos de algunos críticos modernos acerca del prodigio son de ningún peso parangonados con los respetables testimonios de tan autorizados personajes, casi testigos del portento los unos, y los otros no muy distantes de la época del extraordinario suceso. Que este fuese reconocido como un favor divino que obtuvo la legión cristiana, lo prueba el haber cesado la persecución de los adoradores de Jesucristo desde aquel año que fué el de 174 hasta el de 177.

Renovóse entonces con cruelísima furia muy señaladamente en las Galias, y sus principales víctimas fueron los cristianos de Viena y de Lyon. Admirable y edificante es la carta que escribieron los de estas dos ciudades á los del Asia describiendo el martirio de los santos confesores de Jesucristo. Presentados estos ante el tribunal del magistrado, sufrían toda clase de malos tratamientos; y Epagato al verlos no pudo contener dentro del pecho la indignación en que hervía: empezó á hablar en favor de ellos con una libertad y un fuego, que bien mostraban la caridad de su santísimo corazón. Preguntado si era cristiano, confesó que lo era en alta voz; pusiéronle al momento entre los mártires, dándole el nombre de abogado de los cristianos. En los primeros tormentos que á todos ellos se hizo padecer, fueron diez los infelices que renegaron de la fé, mientras los demás la confesaban con

una invicta constancia. Hiciéronse nuevas prisiones de los mas distinguidos ciudadanos de Viena y de Lyon como si la Providencia hubiese querido llenar los huecos que habian dejado aquellos diez apóstatas. Tambien fueron presos algunos esclavos gentiles, cuyos amos profesaban nuestra divina religion, y temiendo los suplicios que padecian los mártires, para ponerse mas en salvo profirieron horrorosas calumnias contra los siervos de Dios. Así concitaron mas y mas el furor de sus enemigos y llenaron de nueva amargura el cáliz de muerte que ya bebian. Creció el furor del pueblo, y la crueldad del gobernador y de los soldados se cebó particularmente en Santo, diácono de Viena, en Maturo, neófito pero ya atleta generoso, en Atalo, columna de la fé y volcan de caridad, y en la jóven esclava Blandina, que fué la invencible heroina de aquel combate: era grande la debilidad de su cuerpo, pero su valor y su constancia cansaron á los verdugos, que en atormentarla emplearon todo un dia: despues de haberla hecho padecer toda clase de suplicios y no sabiendo ya qué inventar para martirizarla se dieron por vencidos; estaban maravillados al ver que aun respiraba en un cuerpo destrozado en todas direcciones. La santa mártir cobraba nuevas fuerzas confesando la fé, y se le volvian delicia los tormentos con solo repetir: «Yo soy

cristiana! Entre nosotros no se comete ningun crimen!»

Por su parte el diácono Santo sufrió con un valor sobrehumano todos los suplicios, que los verdugos pudieron imaginar, y á cuantas preguntas se le hacian, lo único que contestaba era: «Yo soy cristiano.» Habiéndole aplicado á las partes mas sensibles del cuerpo encendidas planchas de cobre, el santo mártir vió quemarse su carne sin siquiera moverse. Todo su cuerpo era una llaga y ya no se descubria en él figura humana. Pero Jesucristo que en él padecia, en él hacia resplandecer su gloria, confundia á sus enemigos y animaba á los fieles. Al cabo de algunos dias que pasó en la prision le volvieron á martirizar, y cuando los tiranos creian que muy pronto dejaria de existir porque sus antiguas llagas eran todavía un espectáculo de horror, aquel bendito cuerpo, templo del Espíritu Santo, desfigurado y dislocado recobró en los nuevos tormentos su primera forma y el uso de todos sus miembros, de suerte que esta segunda tortura fué, como dice la citada carta, por la gracia de Jesucristo el remedio de la primera.

Una mujer llamada Biblis, que habia sido del número de los diez apóstatas, dió victoriosa muestra de su arrepentimiento confesando en nuevos tormentos que era cristiana, y así se la

puso de nuevo entre los mártires. En sus calabozos padecieron estos lo que no es imaginable, pues sus verdugos trataban de acabar con ellos; y en efecto no sobrevivieron á los rigores de su dura prision aquellos que ya el Señor queria coronar pronto en el cielo, mientras otros que habian sido mas atormentados aun conservaban la vida para inmolarse á su Dios en nuevas y atroces lides. Prendieron en tanto á Potino, que como Obispo gobernaba la Iglesia de Lyon. Noventa eran los años que tenia y estaba enfermo: apenas podia sostenerse de pié, apenas podia respirar. Pero en su alma ardía el santo anhelo del martirio. Mientras le llevaban los soldados al tribunal, todo el pueblo siguiéndole daba contra él desaforados gritos, y los magistrados hacian lo mismo. Preguntóle el gobernador quién era el Dios de los cristianos, y el magnánimo anciano respondió: «Tú lo sabrias si fueras digno de saberlo.» Luego que pronunció estas palabras lo abandonó el magistrado á los furores del populacho; y los que estaban mas cerca de él le daban puñadas y todo género de golpes, y los que estaban algo mas lejos le tiraban cuanto tenian á la mano. Por fin llegaron con él á la prision, y á los dos dias entregó en ella su preciosa alma al Criador.

Á los ojos de los Ángeles y de los hombres

se ofrecia mientras llegaba la hora del triunfo definitivo de los mártires un espectáculo sublime: los santos confesores mostraban en sus calabozos una alegría celestial: la paz y la inocencia de sus almas y el brillo de sus grandes virtudes como que les salia al rostro llenándolo de gracia y de hermosura en medio de los estragos, que en ellos habian hecho los tormentos. Por el contrario los apóstatas se manifestaban abatidos y con la imágen del remordimiento y del espanto en sus semblantes. Esta notable diferencia del aspecto de los unos y de los otros contribuyó sobremanera á que confesáran la fé con asombroso denuedo todos los que iban prendiendo nuevamente como adoradores de Jesus. No desistieron los tiranos de su empresa de hacer gala y ostentacion de crueldades con los cuatro insignes mártires Santo, Maturo, Atalo y Blandina; sacaron á los dos primeros al anfiteatro y como si nunca hubiesen padecido nada, los hicieron pasar por toda clase de tormentos: descargábanse sobre ellos mientras iban andando por entre filas de cazadores los azotes con que estos desgarraban sus desnudas espaldas: entregáronlos en seguida á los dientes y á las garras de las fieras, que despedazando sus carnes se bañaban en la sangre de sus víctimas; y no contento el feroz pueblo con tanto horror, clamó que fueran sen-



tados en sillas de hierro encendidas: la autoridad accedió á este inhumano capricho, y los dos mártires ejercitaron en ellas su heroica paciencia. Santo gritaba como en el dia primero de sus tormentos: «Yo soy cristiano! yo soy cristiano!» Por último, cansados sus verdugos y viendo que ellos eran vencidos por la admirable constancia de los Santos, les dieron muerte con la espada, y así consiguieron estos atletas de Dios la merecida corona de la gloria.

En cuanto á Atalo y Blandina no fué este para ellos el último dia de sus gloriosos combates, pues habiendo sido Blandina atada á un palo y con los brazos suspensos para que las fieras la devoráran, ninguna se atrevió á tocarla y la volvieron á encerrar en la prision. Atalo fué paseado al rededor del anfiteatro precedido de un cartelillo, en que estaba escrito: este es Atalo cristiano. Al verlo subió de punto la furiosa animosidad del pueblo; pero habiendo oido el presidente que era ciudadano romano, mandó que le volvieran á la cárcel y consultó al Emperador sobre lo que debia hacer con él y con los demás presos.

Dispuso esta dilacion la divina Providencia, para que en ella resplandeciese el poder de la gracia. Con la contemplacion del fervor, de la humildad y de la constancia de los santos mártires entraron en sí los apóstatas, y arrojándose

arrepentidos y llorando su pecado en los brazos de aquellos, fueron recibidos por los héroes de Dios en el seno y en las entrañas de su abrasada caridad, y desde aquel instante llenos de júbilo unos y otros ya no pensaron mas que en confesar de nuevo á Jesucristo y en dar la vida por su amor. Y se logró su deseo luego que llegó la respuesta del Emperador, quien ordenaba que los que persistiesen en declararse cristianos fuesen decapitados. Al filo de la espada perdieron su preciosa existencia los que ya antes habian triunfado de la humana flaqueza y del horror de los tormentos haciendo pública profesion de su fé. ¿Mas quién pintaria el asombro de los infieles y el del presidente cuando habiendo llamado á nuevo interrogatorio á los apóstatas por mera fórmula y con ánimo de ponerlos inmediatamente en libertad, estos se confesaron cristianos mereciendo que otra vez se les incorporase al dichoso grupo de los mártires? Tal mudanza para buscar una próxima muerte no puede obrarse sino en el seno de una religion divina, y por la conviccion é infalible certeza de que muriendo por ella se logra la vida eterna.

Vivia en Lyon un médico llamado Alejandro celosísimo de la salvacion de las almas, y lleno de fervor y ardiendo en caridad exhortaba con sus gestos y ademanes á los santos confesores

á que se mantuviesen firmes y constantes en la fé; hacíalo con tanta mas vehemencia cuanto que temia que los que una vez habian faltado á sus deberes vacilasen de nuevo á vista de los suplicios. Notando los idólatras su santo empeño, levantaron la voz para acusarle con gran tumulto. Irritado el presidente le preguntó quien era, y él respondió: «Soy cristiano.» Mandó aquel que junto con Atalo fuese expuesto á las fieras en el anfiteatro; ejecutóse y allí padecieron ambos todo linaje de suplicios. Atalo fué por último sentado en una silla de hierro hecha áscuas por complacer al furibundo pueblo que lo solicitaba. Alejandro en medio de las mas inhumanas torturas no exhalaba un suspiro, ni de sus lábios dejaba salir un ¡ay! Su espíritu elevado á Dios y embebido en solo Dios, solo á Dios atendia sin hacer caso de sí, ni de sus tormentos, ni de los espectadores, que en él tenian fijos los ojos.

Se reservó á Blandina para el último dia de los espectáculos, con un niño de quince años llamado Póntico, los cuales tambien en los dias precedentes eran llevados al anfiteatro, para ser espectadores de los tormentos de los otros mártires. No hubo tormento que no empleasen en ellos para doblegar su constancia; pero todo fué en vano. Alentado Póntico por las exhortaciones de la hermana, á la cual los mismos gen-

tiles veían exhortando al jóven, despues que hubo sufrido todos los suplicios, exhaló en ellos el espíritu. La última fué Blandina, que habiéndolos animado á la constancia, y acompañado en sus combates y triunfos, anhelaba ya llegar al cielo y rebosaba de alegría como si no hubiese sido condenada á las fieras, sino invitada á un convite nupcial. Por último, despues de las acostumbradas flagelaciones, las mordeduras de varias bestias feroces, y la silla hecha áscuas, encerrada en una red fué expuesta á un toro. Y mientras el animal se divertía con ella aventándola de un lado á otro, nada sentía Blandina, tanto porque estaba absorta en la contemplacion de la felicidad que la esperaba, como por el familiar coloquio que con el Señor tenía en su oracion. Por fin fué despedazada como una víctima.

Los restos de los mártires fueron quemados y echadas al Ródano sus venerandas cenizas.

Tambien dieron la vida por la fé en esta misma persecucion y en la misma ciudad de Lyon San Epipodio y San Alejandro, jóvenes de distinguida familia. Epipodio clamaba en medio de los tormentos: «¡Qué cosa mas justa que inmolar mi vida al que va á darme otra mas feliz!» Padecieron el martirio en Viena por el mismo tiempo los Santos Severiano, Exuperio y Feliciano. En Chalons San Marcelo, quien des-

pues de haber sido atado á dos árboles violentamente inclinados al suelo á fin de que al volver á su natural posicion le despedazasen, y no habiendo muerto en aquel trance, fué enterrado vivo hasta la cintura, y espiró al tercer dia. Obró el Señor innumerables milagros en su sepulcro. En Tournus San Valeriano, á quien despues de varios tormentos se le cortó la cabeza. En Autun San Sinforiano, jóven perteneciente á la primera nobleza del país, que de las mas lisonjeras promesas del gobernador Heraclio hizo igual desprecio que de los tormentos y de la muerte con que le amenazaba. Cuando salia por las puertas de la ciudad al campo para ser allí degollado, su santa madre desde lo alto de la muralla le gritaba: «Hijo mio Sinforiano, amado hijo mio, acuérdate de Dios vivo, ármate de constancia y fortaleza. No debemos temer una muerte que sin duda alguna nos lleva á la vida; levanta tu corazon y mira al que reina en el cielo. No se te quita hoy la vida, sino que se te la cambia por otra incomparablemente mejor. ¡Qué feliz cambio, por una vida frágil y caduca alcanzar otra inmortal y eterna!» Terminado el sacrificio del inclito mártir Sinforiano, que en su interrogatorio habia pedido al gobernador que le permitiese destrozarse la imágen de la diosa Cibele, á cuya adoracion queria aquel sujetarle, algunas personas piadosas lograron

enterrar con todo sigilo su santo cuerpo cerca de una fuente, donde despues se edificó una magestuosa basilica y un insigne monasterio.

De lo sucedido en las Galias en esta persecucion de Marco Aurelio quiere Eusebio que se infiera la multitud de los que sufririan el martirio en todas las demás provincias del imperio. Y á la verdad, aunque en su mayor parte hayan perecido las antiguas memorias, nos quedan sin embargo pruebas de las persecuciones ejercidas en otros países con el mismo furor, y en la misma forma y bajo los mismos pretextos que en las Galias, de suerte que en esto no puede haber duda. Así como en las Galias, las sediciones de los pueblos irritados contra los cristianos infamados y tenidos por reos de ateismo, de incestuosas familiaridades, de infanticidios y de comer carne humana excitaron contra ellos la tempestad en la Grecia, en el Asia y en las Españas; y no solo no las reprimieron los magistrados de las ciudades, y los presidentes y los gobernadores de las provincias y los Emperadores, sino que ellos la concitaron, y autorizáronla rescriptos de Marco Aurelio, parecidos al que expidió al gobernador de Lyon. Consta de las apologías de Atenagoras, de San Meliton, de San Claudio Apolinar y de Milciades y por los libros de San Teofilo Antioqueno á Autólico.

CAPÍTULO V.

SUMARIO.

Historia del martirio de los Santos españoles
Facundo y Primitivo. Hereges.

España, país clásico del catolicismo, no carece de algunas actas genuinas de sus mas insignes mártires, que dieron la vida por la fé, en los cuales obró la divina Omnipotencia prodigios admirables. Tales son las de los Santos Facundo y Primitivo universalmente reconocidas por auténticas. Despues de examinados diversos testimonios y compulsado el parecer de varios autores, el juicioso P. Risco, continuador de la *España Sagrada*, se inclina á creer que alcanzaron la corona del martirio los Santos Facundo y Primitivo en tiempo de Marco Aurelio. He aquí pues su historia copiada al pié de la letra del tomo 34 de la citada obra. Su sencillez y su belleza moral me han decidido á estamparla tal cual allí se halla.

«Era entonces presidente de la ciudad de Leon y de toda la provincia un romano llamado Attico, el cual segun el tiempo pudo ser el que tuvo los nombres Tito Cláudio Attico Herodes, y fué Cónsul en el año de 143 y preceptor del

mismo Marco Aurelio, como consta de Dion y Julio Capitolino. Hallándose pues el Gobernador expresado á la ribera del rio Cea, que baja de los montes de Asturias, en la parte donde al presente está situada la villa de Sahagun, mandó que toda la gente de la comarca viniese en el dia, que él mismo determinó, á ofrecer sacrificio á un ídolo que era muy venerado por los gentiles de aquella region. Este era en dictámen de algunos una estatua dedicada á Febo, nombre con que los gentiles significaban al sol, y al dios Apolo. Llegado el dia del sacrificio, y habiéndose juntado gran multitud de gente, Attico para solemnizar mas la fiesta y mover á los demás con su ejemplo, adoró el primero la estatua ofreciéndola incienso é inclinando su cabeza. Mandó despues á los que habian concurrido hiciesen la misma ceremonia, y obediendo todos con sumision se concluyó la solemnidad con la conformidad y aplauso, que deseaba el impío é idólatra presidente.

»No le duró mucho su vanísimo contento; porque luego que se acabó aquella fiesta, se llegó á él uno de los gentiles que la celebraron, el cual haciendo ostentacion de su celo por el culto de los dioses le habló de esta manera.—Sabed, ilustrísimo varon y rector de toda la provincia, que al mismo tiempo en que toda esta multitud de hombres os obedecen

con grande humildad y respeto, sacrificando, y haciendo votos á nuestros dioses inmortales, sois atrevidamente despreciado por dos mancebos llamados Facundo y Primitivo, que siguen la doctrina de aquel á quien llaman Cristo y con su predicacion mueven á otros muchísimos á que abracen su secta, todos los cuales se burlan de nuestras ceremonias en tanto grado, que á los dioses que veneramos, llaman ellos demonios, y á las fiestas que celebramos en su honor, condenan como á delitos execrables. Esto, Señor, merece un castigo ejemplar, pues no es justo se tolere el desprecio de los decretos imperiales, especialmente en una provincia gobernada por un juez de prendas tan recomendables como las vuestras.—

»Irritado el presidente con esta noticia mandó á algunos soldados que trajesen á los dos mozos presos y atados con cadenas. Traidos, les preguntó:—Decidme ¿de qué tierra sois naturales?—Respondieron:—Somos de esta misma en que nos ves.—Volvió á preguntar Attico:—¿Qué religion seguís?—Seguimos, respondieron, la fé de Jesucristo verdadero Dios, el cual hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto hay en el mundo.—El juez dijo:—¿No teneis noticia de que nuestros señores emperadores de Roma han mandado castigar con rigor á los que siguen la secta de los cristianos?—Cierto es, respon-

dieron los Santos, que hemos oido ese gran desatino, y blasfemia diabólica; pero creemos en Dios, y nos hallamos tan distantes de temer las amenazas vuestras, que las despreciamos, y nos reimos de ellas.—Tened bien entendido, dijo Attico, que he recibido orden de los emperadores mis señores, de que obligue á los cristianos á sacrificar á los ídolos y castigue con tormentos muy crueles á los que no quisieren obedecer sus decretos. Por tanto vosotros, Facundo y Primitivo, ofreced el sacrificio que se os manda, y no queráis poner os en peligro de perder vuestras vidas.—Respondieron los Santos:—Nosotros, ó juez, ofrecemos todos los dias sacrificio al gran Rey y Señor Jesucristo, Dios inmortal. Por esta razon no tememos á ninguno de los reyes mortales; porque su reino no es permanente, pero el de nuestro Señor Jesucristo no tendrá fin, y durará por toda la eternidad, y los que perseveraren en su fé tendrán con él vida eterna.—Replicó el presidente:—¿Ignorais, Facundo y Primitivo, que por ahora pertenecéis á la jurisdiccion del imperio romano, y estais sujetos á su gobierno?—Respondieron:—Es verdad que hasta ahora hemos militado bajo las banderas del imperio; pero tambien lo es que al mismo tiempo confesábamos á Dios, y guardábamos su fé dentro de nuestros corazones y en los secretos de nuestras con-

ciencias. Por lo cual no tememos que el diablo alcance victoria de los siervos de Cristo, ó nos pueda apartar del santo propósito que abrazamos.—Dijo entonces Attico.—¡Oh, cuán digna de castigo es vuestra determinacion! ¿No sabeis, ó miserables, que tengo potestad para perder vuestras almas, ó salvarlas junto con vuestras vidas?—No es verdad eso, respondieron ambos, porque si algo puedes, es solo quitarnos la vida del cuerpo; mas por lo que toca á las almas, ninguno tiene potestad sino solo Dios, el cual puede librarnos de tus manos, y destruir tu reino. Él solo es, á quien corresponde la gloria y potestad por todos los siglos de los siglos.—

»Oyendo el juez unas respuestas tan llenas de gravedad y discrecion, les dijo:—Veo por vuestras palabras que sois muy elocuentes y sabios: y esto mismo es por lo que debeis estimaros mas, y consentir con lo que tan justamente os aconsejo, ofreciendo sacrificio á los dioses, y mostrando en ello que sois mas sabios que otros.—Respondieron Facundo y Primitivo:—Esta sabiduría, que admiras en nuestras palabras, no es de nosotros mismos, sino don de Dios. Y si ella te agrada, como das á entender, no quieras ser tan necio, que pretendas inclinemos nuestros cuellos en obsequio y reverencia de los demonios, lo que de ningun modo alcanzarás de nosotros.—Attico les dijo:—Oid ya mi

consejo, y no os empeñeis tan pertinazmente en vuestra desventura; sacrificad á los dioses, y libraos por este medio de los muchos tormentos, que se os preparan.—Respondieron los Santos:—Todo eso con que nos amenazas, no es mas que una leve y momentánea tribulacion, y estamos determinados á sufrir alegremente esos tormentos que nos dices. La fé que profesamos, nos enseña que á estas aflicciones que padecen los cristianos en la tierra, corresponden allá en el cielo grandes y eternos premios; y aun acá en el mundo suele Dios consolar y confortar á los que son atormentados por su nombre. Ten pues entendido que lejos de temer, deseamos con vehemencia padecer por nuestro Dios, y ser afligidos por el testimonio que damos de su fé, creyendo que por este camino llegaremos á la vida bienaventurada y eterna.—Viendo Attico la elocuencia y prontitud, con que respondian los Santos, llegó á sospechar que tendrian algun grado de dignidad en la Iglesia de los cristianos; y así les dijo:—Segun veo por vuestras palabras y hábito debeis ser Lectores, Diáconos ó Sacerdotes de los cristianos.—Á esto respondieron Facundo y Primitivo con estas admirables y divinas sentencias:—Nosotros, ó presidente, no somos dignos de obtener en la Iglesia esa honra que dices; pero la bondad de nuestro Señor Jesucristo nos ha levantado á

esta gracia. Este mismo es quien dá sabiduría á los rectos de corazón, y los llena de ciencia para que crean á su Dios, y fructifiquen la vida eterna. Porque has de saber que así como despues de cultivar, y sembrar el labrador la tierra dá el Señor la lluvia, y lo que era solo simiente, produce espigas, y crece hasta ser mies dando largos y copiosos frutos; así los que en la tribulacion temporal, que padecen por Cristo, siembran lágrimas, llegan á tener una tan perfecta sabiduría, que los embriaga y quita todo sentimiento y temor á las amenazas de los hombres, amparándolos Dios hasta que vencidos sus enemigos vivan con él en el reino de los cielos. Los siervos de Dios son como unas vides plantadas por su mano, las cuales crecen y llegan á dar fruto en su tiempo. Los racimos que estas producen son vendimiados, y pisados por vosotros y vuestros semejantes en el siglo presente, pero el vino que de ellos sale, es en el futuro una bebida que se presenta en la mesa celestial, de mucho gusto para Dios y sus Ángeles. Los dos pues que tienes en tu presencia somos racimos, y ahora es ya tiempo de que seamos cortados, y pisados, para que gustando la muerte temporal y debida á todos los mortales, seamos ofrecidos en el convite de los cielos, donde nuestro Señor Jesucristo se goce de coger el fruto de su

trabajo.—¿Luego mas quereis, dijo Attico, morir que vivir?—Y los Santos:—No llares muerte á lo que perseverando constantes en tus tormentos, nos merecerá la vida eterna.—¿Con que en fin, vuestra determinacion, dijo el presidente, es de seguir la secta del que se dijo Cristo, y de estar firmes en su fé?—Respondieron los Santos:—No te canses mas en tentarnos, porque en lo que comenzó nuestro propósito, en eso mismo acabará con el auxilio de Dios.—

»Viendo Attico que nada aprovechaban sus palabras, mandó atormentar á los Santos con tormentos nuevos y los mas exquisitos y crueles. El primero fué quitarles los dedos, y torcerles con mucha violencia las piernas, mandando que durase este castigo hasta que les faltase la vida. Facundo y Primitivo dijeron entonces con mucha alegría:—Damos gracias á nuestro Dios y Señor por la merced que nos hace, de que llegue el tiempo de nuestra lucha y de que saliendo de esta vida mortal, vayamos al gozo de nuestro Señor Jesucristo.—No quiso Attico que se continuasen los tormentos, sino solo ordenar llevasen á los Santos á la cárcel, para probar si podia conseguir con regalos lo que no pudo con las penas. Envióles algunos manjares de su mesa; pero como no quisiesen gustarlos, antes los menospreciasen, mandó traer los Santos á su presencia. Preguntóles, porqué

causa no habian recibido el presente, que les fué remitido de su propia mesa; á lo que respondieron ellos, que era afrenta de los cristianos dar alguna muestra de que consentian con los gentiles; y que por tanto estaban resueltos á no comer de sus viandas, sabiendo que estas no les darian otro fruto, que una hambre eterna.

»No pudo Attico sufrir este desprecio; y creciendo mas su furor, mandó los echasen en un horno encendido. Estuvieron los Santos tres dias enteros en el horno sin cesar de hacer oracion; y fué el Señor servido de enviar un Ángel, el cual los refrigeró y consoló, no atreviéndose el fuego á tocar aquellos santos cuerpos consagrados á Dios. Viendo Attico que Facundo y Primitivo salieron sin la mas leve lesion, mandó á un ministro que les diese una buena porcion de veneno en la comida. Los Santos la recibieron diciendo:—De ninguna manera gustaríamos esta vianda, si fuera para nuestro propio regalo, mas como nuestro deseo es que el Señor sea conocido y glorificado, y que entiendas que él tiene poder para quitar toda su virtud al veneno, la tomamos y comemos.—Dicho esto, oraron y señalaron sus frentes con la cruz, y comiendo aquel manjar inficionado, quedaron tan sanos, como si no hubiesen gustado el veneno. Admiróse el ministro y mezclando con la vianda otra ponzoña mas activa, dijo á los siervos

de Dios:—Tomad estotra vianda, y si no perdeis la vida con ella, desde luego me aparto de mi profesion, y abrazo vuestra fé y secta.—Fué así: porque el artífice de los maleficios viendo que el segundo no tuvo mas efecto que el primero, persuadido de la verdad de la religion cristiana, quemó todos los libros de su arte, y confesó á Jesucristo, y no apartándose de los Santos, aprendió los principales misterios de nuestra fé.

»Volvió Attico á donde estaban los Santos, y reprendiendo la constancia con que permanecian en la confesion del nombre de Cristo, les dijo:—¿Es posible que habeis de ser tan obstinados en vuestra malicia? Acabad ya de ser prudentes, y sacrificad á los dioses.—Respondieron:—Mientras estuviésemos adheridos á Jesucristo, y su santa ley, no podrá faltarnos la verdadera prudencia y sabiduría.—El juez repuso:—Á la verdad no sois sino muy necios, cuando con tanto teson os empeñais en seguir las huellas de un hombre crucificado.—Los Santos dijeron:—Cierto es que somos necios á los ojos del mundo; pero esta necedad es la que Dios ha elegido para confundir y manifestar la vanidad de tu sabiduría.—¿Dónde se halla escrito eso que decis? replicó el juez.—Y San Primitivo respondió:—Así nos lo enseñó San Pablo.—Luego San Pablo es Dios,—dijo Attico: y Primitivo respondió:—Pablo

no es Dios, sino apóstol de Dios, el cual predicando á los pueblos, y trayéndolos á la fé edificó como sábio arquitecto sobre el fundamento, que es Cristo, la Iglesia de Dios, de quien recibió sabiduría y conocimiento de las santas Escrituras, para mostrar el camino de la salud á los que quisiesen salvarse. Nosotros seríamos verdaderamente necios, si diésemos oídos á tus palabras, como lo son todos los que te oyeron, y consintieron con tu error, los cuales son ignorantes en tanto grado, que no conocen á su Dios y Criador, y no se diferencian de su padre el diablo, el cual desde el principio no conoció la verdad.—

»Encendióse mucho con las respuestas de los Santos el furor del presidente Attico, quien deseando vengarse á toda satisfaccion, mandó castigarlos con los tormentos mas crueles y exquisitos. Rasgáronles primero sus cuerpos, arrancando de ellos los nervios con garfios de hierro. Lo cual hecho, dijeron al tirano los santos mártires: —Es tanto el ánimo y consuelo que tenemos por la fé de Cristo Dios Omnipotente, que lo mismo nos ha parecido sacarnos los nervios, que si arrancáran del pié la espina que le causaba dolor. —Derramaron luego sobre sus cuerpos llagados con los garfios aceite hirviendo, y en este tormento dijeron los bienaventurados Facundo y Primitivo:—El refrigerio, que Dios nos comunica,

es tan copioso, que el aceite encendido es para nosotros lo que el agua fria para el enfermo fatigado y abrasado de sed y calentura.—Mandó luego Attico que los colgasen y pusiesen fuego debajo de ellos; pero el Señor les daba esfuerzo para que no se cansasen, é impedia la actividad del fuego para que no los tocase.

»Viendo el tirano juez tan admirable constancia, lleno de rabia y furia, les dijo:—¿Hasta cuándo habeis de ser locos y desatinados? Ya me avergüenzo de reprenderos: sacrificad á los dioses, y haced mi voluntad aunque tarde.—Respondieron los mártires:—No permita nuestro Dios que mientras nos dure la vida hagamos tu voluntad, sino la de aquel, por cuyo amor nos ofrecemos en sacrificio puro y casto. Lo que tú quieres, hombre condenado ya por tu maldad, es contrario á la justicia, que es la vida de los cristianos, y no puede tener otro efecto que la muerte del alma: mas la voluntad de Dios dá vida eterna é incomparable.—

»Subió entonces de punto el corage de Attico, y permitiéndolo así Dios para mayor mérito, y premio de los Santos, mandó que les echasen con fuerza por la garganta cal viva mezclada de hiel y vinagre. Los Santos confiando en Dios tomaron por sí mismos aquella bebida, y dijeron que por la virtud de Jesucristo les habia sido tan dulce como un panal de miel. Su rostro se

mantenia despues de tan inhumanos tormentos sereno, dulce y alegre, lo que no pudiendo sufrir el furioso juez, mandó que les sacasen los ojos, que tanto le turbaban y confundian. Y los mártires le dijeron entonces con paciencia no vencida:—Has de saber que aunque por tu mandamiento nos han sacado los ojos del cuerpo, vemos ahora mucho mejor con los ojos del espíritu, cumpliéndose en nosotros lo que dice el Apóstol, que si el hombre exterior se corrompe, el interior se renueva: por lo cual iluminándose los ojos del corazon, no echamos menos los del cuerpo, contentos con la luz verdadera, que buscan y apetecen las almas limpias y castas.—

»Aun no se dió por vencida la porfia y crueldad de Attico. Comenzó á persuadir á los Santos que mirasen por su vida; pues de lo contrario se ejecutarian en ellos tormentos mas terribles que los pasados. Á esto respondieron:—Damos gracias á Jesucristo, que nos dá constancia para no desfallecer en la lucha. Tú, ó juez, manda cuanto quisieres: prosiga norabuena tu impiedad, que nosotros aparejados estamos á correr por todas las penas que inventáre, y ordenáre tu malicia.—Mandó entonces Attico que los colgasen de los piés, lo cual hecho, viendo los ministros, que arrojaban gran copia de sangre por las narices, dieron noticia al presidente de que ya eran muertos. Este les ordenó que los deja-

sen colgados por tres dias. Pasados estos, volvieron donde estaban los Santos con el fin de descolgarlos, pero hallándolos vivos, y rodeados de una luz soberana, y sus cuerpos tan sanos, como si no hubiesen padecido algun tormento, quedaron pasmados, mirándose unos á otros, y sin tener ánimo para hablar con los benditos mártires. Viendo estos la suspension de los soldados, les dijeron:—Mirad como nuestro Señor Jesucristo, por cuya divinidad padecemos tantos trabajos, se ha dignado enviar su santo Ángel para que nos ilumine y sane.—

»Visto tan admirable suceso, volvieron los ministros á donde estaba el presidente, y le dijeron lo que pasaba: él fué con ellos, y tan lejos estuvo de rendirse con aquella tan extraña maravilla, que mandó los desollasen vivos. Al oír esta orden Facundo y Primitivo, prorumpieron en estas expresiones:—Ó incrédulo y ageno de Cristo. ¿No conoces, que habiendo tú mismo mandado que nos sacáran los ojos, los tenemos ya restituidos por la bondad de Dios, y ministerio de su Ángel? Determinas ahora que nos quiten la piel, y dándote Dios potestad sobre nuestros cuerpos, puedes hacerlo así, pero de ningun modo podrás pervertir nuestras almas. Dios nos conforta para mayor gloria suya, y por su gracia hemos vencido hasta aquí tu crueldad y tus tormentos. Tú mismo has visto

que echándonos en el horno, salimos de él no solo sanos, sino refrigerados y consolados por la misericordia de aquel Señor, que á sus tres siervos Ananías, Azarías y Misael libró en caso semejante de las llamas.

»En este tiempo uno de los gentiles, que se hallaban presentes al martirio, y se habia convertido á Dios, movido de las maravillas que advirtió en sus Santos, comenzó á dar grandes voces, testificando que veia bajar del cielo dos Ángeles con dos coronas en las manos, que venian á coronar á los mártires, y llevarlos consigo á la gloria. Oyendo esto Attico, y temiendo que sucediese efectivamente lo que se publicaba, en presencia del concurso, dijo como por escarnio:—Córtense á esos dos cristianos las cabezas, para las cuales se dice vienen destinadas las dos coronas.—Y los santos mártires, oida esta última sentencia, dijeron:—Gracias damos á Dios nuestro Señor, pues nos ha dado libertad y constancia para que despreciemos las cosas temporales, y merezcamos recibir las eternas.—Al degollarlos sucedió un nuevo milagro, saliendo de sus cuellos leche mezclada con la sangre: lo que junto con las otras maravillas que se vieron en el discurso de su martirio, fué causa de que muchos gentiles se convirtiesen á la fé de Jesucristo, con cuya fortaleza y gracia armados los santos mártires Facundo y Primitivo alcan-

zaron victoria del demonio, y de sus ministros, y merecieron ser coronados por los Ángeles para entrar con magnífico y glorioso triunfo en el cielo.

»Padecieron estos santos mártires en el día veinte y siete de Noviembre, y en el mismo se hace memoria de ellos en los Martirologios. En el de Usuardo aumentado por Molano se pone este elegante elogio sacado de sus Actas: *In Gallæcia juxta fluvium Cejam natalis Sanctorum Facundi et Primitivi Martyrum, quibus, post multa supplicia superata, duæ coronæ ab Angelis delatæ sunt. Quod Atticus Prætor accipiens, Capita, inquit, amputentur, ne sit locus coronis.* Nuestras Iglesias han hecho siempre estimacion de ellos, por haber sido tan ilustre su martirio, celebrando su fiesta en el mismo día, y leyendo la historia de su pasion con mucha uniformidad en lo sustancial de sus pasages, como se puede ver en los Breviarios antiguos.»

En el pontificado del Papa San Higinio fué á Roma desde la Siria el heresiarca Cerdon; se mostró arrepentido y abjuró sus errores; pero no tardó en volver á separarse de la Iglesia. Heredó los absurdos de los anteriores Gnósticos y les dió nueva forma estableciendo dos divindades.

Marcion, discípulo del anterior, propagó su pestífera doctrina de los dos principios, el uno

bueno, y malo el otro; el uno el dios bueno, y el otro el dios de los judíos, creador del mundo: decia que estos dos dioses habian prometido su Cristo; que el nuestro era el que predicaba en tiempo de Tiberio, y que el de los judíos aun no habia venido; que Jesucristo bajando á los infiernos no habia salvado á Abel, ni á Enoch, ni á Noé, ni á ninguno de los demás justos del antiguo Testamento, que eran amigos del dios de los judíos, sino que habia salvado á los enemigos de este dios como Cain, los Sodomitas y los Egipcios. Fué este herege hijo de un Obispo de Sinope en el Ponto, y habiendo cometido un crimen con una vírgen que estaba en casa de su padre, se vió arrojado de la Iglesia por el autor de sus dias; trasladóse á Roma, donde no pudo ser admitido en la comunión de los fieles, y por un efecto de su frenético despecho se propuso despedazar las entrañas de la Iglesia. No hay para qué poner de manifiesto cuánto ganaron la recta razon y la filosofía con los sistemas inventados por Cerdon y Marcion: en particular este último parece que se propuso hacer reir á los que tuviesen noticia de sus errores.

Apeles fué el mas famoso discípulo de Marcion, y entre otras cosas enseñó que el Hijo de Dios habia tomado una carne aérea, que despues en su ascension la habia ido restituyendo á cada uno de los elementos.

Montano, natural de la Misia, mereció que el demonio despues de poseer su corazon, poseyese tambien su cuerpo y agitándolo extraordinariamente le hiciese su profeta. Propalaba que él era el Espíritu Santo, y en esto cifraba su autoridad para reformar la Iglesia: reprobó las segundas nupcias; estableció mas ayunos á su capricho. Condenó á la antigua Iglesia como carnal, y fundó una nueva gerarquía. Ayudábanle en su empresa dos falsas profetisas Priscila y Maximila. La doctrina de este herege era un rigorismo llevado al extremo, y relajadas sus costumbres. Sus falsas profecías, obra del espíritu infernal, que le agitaba, y las igualmente diabólicas proferidas por Priscila y Maximila metieron tanto ruido y produjeron tanto alboroto entre los fieles que los Obispos del Asia celebraron varios Concilios para condenar una doctrina, cuyo inmediato fautor era el mismo príncipe de las tinieblas. Trágico fué el fin de Montano, pues se ahorcó; es decir, que se trató con la misma dureza que él queria que se tuviese con los pecadores no admitiéndolos á penitencia y arrojándolos en el abismo de la desesperacion.

Ermógenes fué autor de la heregía de la materia increada. Era pintor de profesion, y Tertuliano, que contra él y su heregía escribió un libro, dice de él entre otras cosas: «Es un hombre naturalmente inclinado á la heregía y á suscitar

turbulencias y tumultos: se cree elocuentísimo, porque nunca le faltan palabras; júzgase generoso, porque nunca se avergüenza de nada; y recto porque de todos habla mal. El número de las mujeres, que toma por esposas, es mayor que el de las que pinta, y con su pluma y su pincel corrompe las costumbres. Enseñaba también que el cuerpo del Señor estaba en el sol, y que los demonios algun día se habían de convertir en materia y que á la materia debe el alma su origen.

La heregía de Praxeas se dirigía á destruir en la Divinidad la distincion de personas, enseñando que el Padre se habia encarnado y padecido. Difundió sus errores en Roma ocultamente y por bastante tiempo hasta que en el pontificado de San Victor, creyéndose descubierto, huyó al África, donde siguió extendiendo sus invenciones impías. Pero al fin vencido por un ilustre defensor de la verdad, el cual se conjetura que fué Tertuliano, hizo su retractacion y la puso en manos de un Obispo católico. Sin embargo su heregía fué mas adelante como la semilla que produjo el Sabelianismo.

Autores hay que colocan en este siglo á Basílidés; yo le puse en el primero siguiendo á Berti, aventajado cronólogo.

Entre los apóstatas se cuenta á Bardesanes, hombre de instruccion y de talento, que enseñó

y defendió por escrito la verdadera religion llegando á adquirir celebridad. Cayó luego en los errores de Valentin; pero habiendo conocido sus absurdos, los detestó y los impugnó. Quedáronle sin embargo reliquias de aquella heregía, y se hizo autor de otra que llevó su nombre. Tuvo un hijo poeta, que con sus cánticos contribuyó á que los errores de su padre se mantuvieran por algun tiempo en la memoria de los hombres.

Mas romancesca fué la apostasia de Pelegrino, que tenia por pasion la gloria mundana, y así habia abrazado el cristianismo solo porque veia que los cristianos eran admirados en el mundo por su maravillosa intrepidez. Se hizo prender, y los fieles le obsequiaron y le atendieron como á un mártir; pero habiéndole sorprendido comiendo viandas prohibidas, desapareció la ilusion; y él apostató haciéndose filósofo cínico, y como aun no habia conseguido la anhelada nombradía, se le ocurrió el quemarse vivo para lograrla, y en efecto, consiguió el verse reducido á cenizas.

He aquí un brevísimos bosquejo de las doctrinas verdaderamente estupendas, que algunos fanáticos del segundo siglo quisieron introducir y hacer reinar en los entendimientos y en los corazones, sustituyéndolas á las del divino Salvador. Todas juntas componen un cuadro indefinible y admirable solo por la grandeza de sus

absurdos y la enormidad de su ridiculez. Anúdase la lengua al pretender calificarlo como merece, porque es imposible hallar salida en ese espantoso laberinto de infernales desatinos. Basta su lectura para que se despierte en el ánimo la idea de un conjunto de atroces delirios, que solo sirven para probar hasta qué abismo de abyeccion llega el hombre cuando se aparta del único luminoso faro de la fé y se prostituye oscureciendo su razon con los nebulosos vapores de sus pasiones ciegas y desenfrenadas. Pero bendigamos á Dios porque todas esas nieblas arrojadas por el averno para empañar el lustre de nuestra divina religion desaparecieron y solo viven en la historia como un monumento de la ignominia y de la locura de los enemigos, que en aquella edad primera tuvo la Iglesia que combatir y vencer, mientras al mismo tiempo luchaba á brazo partido con la coronada bestia de la idolatría!

CAPÍTULO VI.

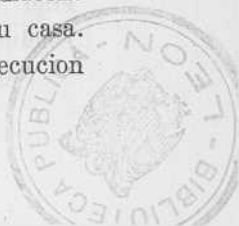
SUMARIO.

Mártires de la persecucion de Marco Aurelio. Apologías de Atenágoras, de San Meliton, de San Cláudio Apolinar, del filósofo Milciades. Apostasía de Teodoto. Embajada de Lucio rey de la gran Bretaña al Papa San Eleuterio. Cómodo emperador. Alocucion de Apolonio al senado romano. Hereges Marcosianos. San Ireneo, San Panteno: su apostolado en las Indias. Clemente Alejandrino.

Parece que al reinado de Marco Aurelio pertenecen los martirios de San Proclo y sus hermanas Domesina, Domitila y Teodora. Se celebra su conmemoracion el dia 14 de Abril (Martirologio Romano) y se asegura que ilustraron con su sangre el territorio de Benavente, llamado Iteramnium por Antonino Pio en su Itinerario, por estar situado entre los rios Orbigo y Erzla.

Tambien fué martirizado en Dijon en las Galias el presbítero San Benigno, que habia sido discípulo de San Policarpo y evangelizaba aquel país; y en Saulien fueron muertos á palos por la fé el presbítero San Andolco, el diácono San Tirso y Feliz que los hospedaba en su casa.

Como ya se ha indicado, la persecucion



hizo muchos estragos entre los cristianos de la Grecia. Á nombre de todos ellos el denodado filósofo Atenágoras presentó á los emperadores Marco Aurelio, Lucio Vero y Cómodo una razonada apología en que desvanece todas las negras calumnias, que contra los cristianos militaban estimulando á sus enemigos á perseguirlos y á darles la muerte mas inhumana. Reducíanse aquellas á acusarlos de ateismo, de incesto y de infanticidio, pues era entre los paganos opinion corriente que los cristianos se alimentaban en sus secretas reuniones con las carnes de tiernos infantillos. Para disiparlas expone Atenágoras con magestuosa sencillez la adoracion, que los cristianos tributan al verdadero Dios, rechazando con esto la nota de ateismo con que se les denigraba. Y desbarata las otras dos calumnias haciendo una hermosa pintura de la moral cristiana, para deducir de ella cuán distantes habian de estar de semejantes abominaciones los que sus santas leyes observaban.

Desde el Asia le vino otra apología á Marco Aurelio para que se dignára mandar que cesasen los furores de la persecucion: fué su autor San Meliton, Obispo de Sardes, el cual pondera justamente la crueldad con que los cristianos eran asaltados en sus propias casas para ser conducidos á la muerte.

San Claudio Apolinar, Obispo de Hierapolis,

tomó igualmente la pluma en defensa de nuestra augusta religion, y á su apología llama San Gerónimo un egrégio volúmen.

Lo mismo hizo el filósofo Milciades, autor de otras varias obras, en las cuales el Doctor de Belen no sabe qué deba admirarse mas, si la ciencia de las divinas Escrituras ó la de los filósofos.

En los libros de San Teófilo á Autólico se ve que por aquel tiempo, y aun despues de la muerte de Marco Aurelio, en Siria se apedreaba á los cristianos y se les hacia padecer otros géneros de tormento. Ni son menos manifiestas las huellas de la persecucion en la Tracia, pues por entonces habiendo alcanzado innumerables cristianos la palma del martirio, el curtidor Teodoto cayó en la apostasia, no sosteniéndole la gracia como á sus compañeros, porque la habia desmerecido con entregarse á la vanidad y al orgullo. Habian nacido en él estas pasiones de su aficion á las letras, en las cuales hizo algunos adelantos, cosa que en un artesano era particular y notable, y para no haberle precipitado, como sucedió, en los derrumbaderos de la soberbia vanagloria, era menester que hubiese estado acompañada de sentimientos de verdadera humildad. Este miserable sin una virtud tan necesaria, lejos de arrepentirse de su caida, se despeñó en un nuevo abismo cual fué el de hacerse autor de nueva heregía.

Pero en medio de sus terribles tribulaciones envió el Señor un consuelo grandísimo á su Iglesia. Lucio, rey de la gran Bretaña, se sintió movido á abrazar la fé y á hacérsela abrazar á su pueblo: al efecto por medio de una embajada solicitó del Papa San Eleuterio, que habia sucedido á San Sotero, que fueran á su reino misioneros á llevarle las luces del Evangelio. Ni hay para qué decir con cuánto júbilo de su corazon accedió el santo Pontífice á esta demanda. El cristianismo hizo en poco tiempo en aquella isla tan rápidos progresos, que bien luego pudo decir Tertuliano escribiendo á los judíos que la bandera de la cruz estaba ya enarbolada al otro lado del mar en aquellas belicosas islas hasta en puntos, á donde jamás habian podido penetrar las águilas romanas.

Muerto Marco Aurelio el año 180, sucedióle en el imperio su hijo Cómodo, el cual aunque estaba entregado á liviandades y no era grande sino en los vicios, no fué hostil al cristianismo, antes parece que se le mostró propicio, porque la divina Providencia habia dispuesto que respirara por algun tiempo y así reparara sus pérdidas. Sin embargo, se cree comunmente, y con fundamento, que continuó la persecucion los dos primeros años del reinado de este Príncipe, mientras los favoritos de su padre ejercieron influjo en su ánimo.

Esta calma contribuyó sobremanera al acrecentamiento de la religion cristiana, pues la abrazaron muchas personas nobles, ricas y poderosas. Cuéntase entre estas al senador Apolonio, que no era menos ilustre por su familia que por su ciencia y literatura. Un esclavo suyo le denunció como cristiano al Prefecto, el cual hallándose con dos leyes de los Emperadores anteriores, una que mandaba sentenciar á muerte al delator, y otra que ordenaba la misma pena contra el cristiano que persistiese en profesar su religion, aplicólas ambas, muriendo el esclavo por su delito y el senador por su fé. Pero antes de llegar á este extremo con tan encumbrado personaje, hizo el Prefecto Perenne los mayores esfuerzos para persuadirle á que la renunciase. Todo fué en vano. Viendo su magnánima resolucion, dispuso que Apolonio hiciera ante el Senado una pública manifestacion de sus creencias. No ignoraba el Senador que semejante acto le conduciría al suplicio con toda solemnidad; empero su grande alma se regocijó porque Dios le proporcionaba aquella ocasion de ostentarse, cual era, cristiana fervorosa en la asamblea mas augusta del universo. Magnífico y sublime espectáculo el que presenta Apolonio pronunciando una elevada apología de la religion verdadera en aquel emporio de la idolatría ante hombres, que ejercían la facultad extraña de

decretar los honores divinos para los Emperadores y de admitir ó desechar las falsas divinidades de otras naciones! Ante esos magnates, que hacian temblar á los reyes y extendian por los mas remotos horizontes la magestad y el poderío de su nombre, estaba Apolonio solo con la espada de la divina palabra en los lábios luchando por el verdadero Dios en contra de la muchedumbre de las mentidas deidades del imperio romano, que allí tenian su baluarte! Premio de tan santo heroismo fué el derramamiento de su sangre.

No se halla noticia de ningun otro martirio célebre por este tiempo, lo que atribuye el Cardenal Orsi á haber contenido á los delatores la pena de muerte sufrida por el esclavo que denunció á Apolonio. Mas la navecilla de Pedro jamás boga con paz completa. Los discípulos de Valentin le hacian otro género de guerra aun mas nocivo que el de las persecuciones de los tiranos: uno de aquellos llamado Marcos pasó desde el Asia con algunos de los suyos á las Galias, y en ellas sembró sus errores, seduciendo particularmente á las mujeres mas ricas y á las mas hermosas, que eran blanco de su artificiosa liviandad: hacíalas pasar por profetisas, y para ello empleaba medios sugeridos sin duda por el espíritu infernal, que le asistia, á juicio de un insigne historiador, en el ejercicio

execrable de la mágia. Sus discipulos se llamaron Marcosianos, y pretendieron imitar en sus nefandos ritos las ceremonias, que usa la Iglesia en la administracion del adorable sacramento de la Eucaristía. Muchas de las mujeres engañadas reconocieron que lo estaban, y con amargas lágrimas de penitencia lavaron su pecado. Habia Dios suscitado contra estos hereges al sabio Obispo de Lyon San Ireneo, quien antes de combatirlos escudriñó con la mas exquisita diligencia todos sus errores, bien persuadido de que el mostrarlos al público sin máscara y sin disfraz era lo mismo que ponerlos á la vergüenza y destruirlos. Con este objeto escribió sus cinco libros contra las heregías, en los cuales no solamente desplegó todos los recursos de su ingenio y sabiduría para desvanecer hasta las sombras del error y de la heregía, sino que nos dejó clarísimos testimonios de la creencia de su siglo en el divino sacramento de nuestros altares, de la supremacia de la Santa Sede, del valor de la tradicion y de la unidad de la doctrina, que en todo el universo enseñaba la Iglesia católica.

Mientras Ireneo escribia en las Galias, llegaba en el Egipto á su apogeo una escuela de doctores. Desde el establecimiento del cristianismo en Alejandría se habia fundado para enseñanza de la sagrada Escritura, y no faltaron

ingenios, que en ella se instruyeron en la ciencia de la religion para despues difundirla; pero no adquirió celebridad hasta que San Panteno ocupó su cátedra.

Fué este sabio oriundo de Sicilia: se habia aplicado á la elocuencia y á la filosofia de los estóicos: cuando se hizo cristiano y sacerdote empleó aquellos conocimientos en pro de la religion, valiéndose de ellos para esclarecer sus divinos misterios; pero su mayor empeño despues de haber recibido el bautismo, parece que fué el de ocultar su talento llevado de un verdadero espíritu de humildad, de modo que Clemente Alejandrino no descubrió su retiro, sino despues de haberle buscado con la afanosa diligencia con que el cazador recorre las selvas corriendo desalado en pos del ave que codicia. No fué Clemente avaro del tesoro, que habia encontrado, le dió á conocer, publicó su gran mérito; y Juliano Obispo de Alejandría le confió la explicacion de la Escritura, poniéndole al frente de aquella escuela, que tanto habia de elevar el nuevo maestro. Fueron sus mas célebres discípulos el expresado Clemente y San Alejandro, que despues, siendo ya Obispo de Jerusalem, le llamaba varon bienaventurado, su señor y su padre. La fama de su sabiduría y de sus virtudes voló mas allá de los confines del imperio romano: vínole de las Indias Orien-

tales una embajada en solicitud de que fuese á tan lejano país á llevar la luz de la verdadera fé, que predicada por el Apóstol San Bartolomé, con el transcurso del tiempo y las nieblas de la dominante impiedad estaba ya á punto de extinguirse. Panteno recibió de su Obispo Demetrio la mision de evangelizar aquellos pueblos conforme se lo habian rogado, y trocó los aplausos de sus amantes discípulos y admiradores por los peligrosos trabajos del apostolado. Pasó largos años convirtiendo infieles y recorriendo dilatadas regiones por la gloria de Jesucristo. Vuelto á Alejandría, se dedicó de nuevo á la enseñanza de la religion, y alentaba con su benevolencia y amistad al jóven Orígenes, el cual regentaba la cátedra que habia ilustrado con los resplandores de su ciencia cuando este sol de sabiduría y de virtudes ya caminaba á su ocaso. ¡Qué bello es contemplar al anciano Panteno conciliando para el principiante Orígenes el amor y la estimacion de los hombres instruidos y de la estudiosa juventud! Ved ahí la imágen de la vejez cristiana, magestuosa, pero amable, respetada, pero dulce, rica de la veneracion y del afecto de los que la conocen, pero enemiga del egoismo, desinteresada, franca y generosa con todos los que necesitan sus consejos, sus luces y su amparo, y solicita por el acrecentamiento de la virtud y por la

gloria y la ciencia de la generacion que viene á sucederle.

No solo predicó San Panteno la verdad é instruyó á los fieles de viva voz, sino que tambien escribió comentarios de las divinas Escrituras. Aunque despues de su conversion fueron los estudios sagrados su ocupacion principal y sus mas caras delicias, sin embargo no creyó que debia renunciar enteramente á las humanidades, á la lectura de los autores paganos y al exámen de su filosofia. Tanto en sus lecciones como en sus obras se valió de las ciencias profanas para humillar y confundir el orgullo de aquellos insensatos, que desvanecidos con el humo de las letras humanas insultaban temerariamente la sencillez de la fé.

Cuando San Panteno partió para las Indias le sucedió su célebre discípulo Clemente Alejandro en la cátedra que dejaba. No fué inferior al de su maestro el saber y la erudicion de Clemente, del cual se dice que tomó el sobrenombre de Alejandrino por haberse hecho como hijo de Alejandría y haberla ilustrado con su enseñanza y sus escritos, habiendo quien juzgue que vió en Atenas la primer luz del dia. Su mente era para los estudios, y estos el ánsia de su voraz corazon: habia nacido pagano, y su razon iluminada con la antorcha de la filosofia le hizo abrazar el cristianismo,

porque no le satisfacian las doctrinas de los filósofos gentiles, sino que buscaba para su noble alma un alimento mas sólido y sustancioso. Imitó á Justino en vagar anhelando hallar la preciosa margarita de la verdadera sabiduría, le imitó en asirla luego que la divisó en el seno de la religion revelada, le imitó en viajar por instruirse mas y mas, le imitó en enamorarse de las sagradas Escrituras, y le imitó en emplear su grande alma en la meditacion, y en la defensa de las verdades católicas escribiendo insignes obras para extenderlas, ilustrarlas y revestirlas con un nuevo ropaje de científica gloria.

CAPÍTULO VII.

SUMARIO.

Disputa y Concilios sobre el día que debía celebrarse la pascua. Desobediencia de Polícrates Obispo de Éfeso. Tertuliano. Severo emperador. Causas de muchas conversiones. Prodigios que Dios obraba. Insignes sabios de esta época. Los filósofos paganos se aprovechan de las luces del cristianismo en pro de la idolatría. Persecuciones. Mártires Scilitanos.

Ruidosa fué en el seno de la Iglesia la disputa sobre el día en que debía celebrarse la pascua. Sabido es que al principio del establecimiento del cristianismo se tuvieron con los judíos convertidos algunas condescendencias sobre puntos, que no tocaban al dogma. Fué uno de estos el del tiempo en que había de celebrarse la pascua: así en la Iglesia de Jerusalén y en algunas otras del Asia se conservó la antigua costumbre de la Sinagoga, celebrándose dicha solemnidad el día catorce de la luna de marzo, aunque no fuera domingo, que era el día consagrado por la resurrección del Salvador, y en el cual por esta causa se había establecido su celebración en la Iglesia romana y en las demás de Occidente. Los Sumos Pon-

tífices miraron la costumbre de los asiáticos con cierta benignidad, aunque deseaban que se uniformasen en esto al uso de todo el orbe católico; pero cuando con el transcurso del tiempo fueron desapareciendo los motivos de aquella benigna tolerancia, y se presentaron síntomas alarmantes de querer algunos asiáticos generalizar el uso de su país en el resto del mundo, los Sucesores de San Pedro creyeron llegado el caso de obrar con eficaz energía para el buen régimen y ordenamiento de la universal Iglesia. Con esta mira el Papa San Victor, que habia sucedido á San Eleuterio, reunió en Roma un Concilio compuesto de los Obispos de Italia, y decidióse en él solemnemente que no se debia terminar los ayunos ni celebrar la pascua sino en domingo, dia consagrado desde los tiempos apostólicos á la memoria de la resurreccion del Señor; y que en adelante no serian tolerados los que se obstinasen en conservar el rito judaico en la celebracion de esta solemnidad. El Papa Victor envió la carta sinodal, que al frente llevaba su propio nombre, á los principales Obispos de las provincias, para que reuniendo á sus cohermanos les intimasen los decretos de la Sede Apostólica, cuya suprema autoridad todos reconocian y veneraban. Habiendo recibido el oráculo pontificio y las cartas del Concilio romano, Teófilo de Cesarea convocó á los

Obispos de la Palestina, Ireneo de Lyon á los de las Galias, Baquillo de Corinto á los de la Acaya, y segun algunos Demetrio de Alejandría á los del Egipto, y Palma de Amastris presidió á los del Ponto. Y en todos estos Concilios, así como en el de la provincia Osorena, se aplaudieron unánimemente los decretos de Roma y en sus cartas sinodales enviadas al Sumo Pontífice, las cuales él habia de comunicar á todos los fieles, como todos profesaban la misma fé, uníanse para establecer una regla, reconocida y promulgada por ellos como proveniente de la tradicion apostólica.

No se condujo así Polícrates de Éfeso, el cual aunque reunió á los Obispos del Asia Proconsular y les leyó la resolución de Roma, no se conformó con ella diciendo que esta no se hallaba de acuerdo con el Evangelio. Con tal salida, inesperada por cierto, agrió la cuestion en términos que la sacó del terreno de la disciplina, elevándola malhadadamente al del dogma, pues afirmaba que era de institucion divina el celebrar la pascua en el mismo dia que lo hacia la Sinagoga. No podia el Papa San Victor dejar impune la desobediencia del Obispo de Éfeso, y mucho menos su error dogmático, del cual segun este afirmaba en su carta al Pontífice, participaban los demás Obispos del Asia; amenazó pues con separar de la comunión de la

Iglesia á Polícrates y á sus adeptos. San Ireneo y algunos Obispos de las Galias no teniendo noticia de que los Asiáticos habian pecado tambien contra el dogma fundando su error en el mismo Evangelio, tuvieron por excesivo el rigor que con ellos se proponia usar el Pastor de los pastores, y San Ireneo le escribió haciéndole presente su modo de ver las cosas. Mejor instruidos de las agravantes circunstancias de la resistencia de Polícrates, los Obispos de Palestina protestaban en su carta sinodal que no querian mostrarse participantes de la culpa de otros. Aunque Eusebio no cuenta el fin de este desagradable suceso, es comun opinion que se debió á la mediacion de San Ireneo el amistoso arreglo del negocio, consintiendo el Romano Pontífice que los Asiáticos siguiesen su antigua costumbre y deponiendo estos su error de que el Evangelio les era favorable. Mas á pesar de esta benevolencia del Vicario de Jesucristo, se sabe que ya en tiempo de Constantino se habian uniformado al comun uso de la Iglesia.

En el último periodo de este siglo segundo lució sobre la faz de la tierra y en su patria Cartago una inteligencia de primer orden, que despidió terribles resplandores, ora sirviendo á la verdad católica, ora á la heregía, en que desgraciadamente vino á caer: ya se habrá advertido que era Tertuliano ese sol eclipsado.

Grande en la corrupcion de sus costumbres y en las ciencias profanas antes de convertirse al cristianismo, grande en el celo que desplegó en favor de esta divina religion cuando la profesaba, en su aplicacion á los estudios teológicos, en la fecundidad de su ingenio para producir obras admirables, en la vehemencia de su expresion, en la fuerza de su raciocinio y en el caudal de su sabiduría, grande por último en su espantosa caída, porque fueron de gigante los pasos que dió hácia el abismo de su perdicion y los escándalos de soberbia locura y de torpe ceguedad, con que volvió las armas de su airado genio contra la Iglesia infatuado con los errores de Montano y despues con los suyos propios. He aquí su historia: fué grande en lo bueno y en lo malo. Admirable cuando escribia en sentido católico. y admirable tambien cuando pedia á Luzbel sus furibundas inspiraciones, porque entonces para seguirle en su derrumbadero era preciso bajar los ojos desde el cielo, en que estuvo cantando á par de los Ángeles la gloria del Altísimo, hasta las horrendas profundidades de la degradacion de nuestra humana naturaleza. Se saben muy pocos pormenores de su vida: parece cierto que dejó el paganismo en la flor de sus años, que vivió mucho tiempo en el seno de la religion verdadera y que en ella aspiró á la perfeccion.

Fué casado con mujer cristiana, despues se hizo sacerdote y se tiene por indudable que estuvo en Roma alguna vez. Habia nacido hácia el año 160 y como á mitad del siglo III murió de edad muy avanzada.

Por algun tiempo gozaron los cristianos de cierta especie de seguridad en los principios del imperio de Severo, que los miraba con buenos ojos porque antes de ser Emperador le habia curado milagrosamente uno de ellos llamado Procolo, al cual quiso tener en su palacio. Cuando entró en Roma, el populacho que odiaba á los cristianos, le pidió con desaforados gritos el exterminio de aquellos; pero él se resistió á condescender pretestando que no queria cubrir de duelo á muchas familias senatorias, que amaban la humildad de la cruz mas que la noble pompa de sus encumbradas dignidades.

En efecto, los adoradores de Jesucristo, que eran ya tantos segun el testimonio de Tertuliano que los habia hasta en el mismo senado, pudiendo decir con arrogante énfasis el mencionado autor escribiendo á Scápula que si los cristianos se saliesen del imperio romano, quedaria este en soledad espantosa. Sus virtudes nunca vistas fueron las que contribuyeron sobremanera á la propagacion de la fé. ¿De dónde les viene, decian para sí los paganos, ese sublime desprendimiento de todas las cosas de la tierra, esa

heróica abnegacion de sí mismos, esa prodigiosa fortaleza para sufrir los tormentos mas inhumanos y para arrostrar la mas terrible muerte? Llenos de admiracion procuraban escudriñar las causas de su maravillosa conducta, los resortes que los movian á tan estupendas acciones y las reglas que les enseñaban á practicar virtudes superiores á cuanto habian ensayado los mas acreditados filósofos. Reflexionaban tambien que los insignes pedagogos de las sectas filosóficas, haciendo los mayores esfuerzos por acrecentar el número de sus prosélitos, apenas podian conseguir que unos cuantos se adhiriesen á su decantado sistema, mientras el cristianismo cual árbol giganteo escondiendo en los cielos su florida copa y extendiendo sus raíces profundas del uno al otro extremo del universo, ya dilataba sus ramas sobre la faz de todas las naciones, habiendo sido tantos los Emperadores poderosos que se esforzaron por derribarlo y arrancarlo de raíz. Así pues movidos de una vehemente curiosidad se acercaban á ellos, y en el instante que veian la hermosura de nuestra divina religion, comenzaban á amarla y entraban en su gremio, anhelando borrar con la sangre de sus venas sus pasadas iniquidades. Por eso corrian al martirio. El bien conocido no puede menos de ser amado; y ahora mismo si nuestra adorable religion fuera mejor prac-

ticada por los que tenemos la dicha de profesarla, y no hubiera tanta ignorancia acerca de ella en los que la miran con indiferencia ó la aborrecen, ciertamente que sería mucho mas amada y que reinaria en muchísimos otros corazones, que ahora están ciegos y frios.

Asimismo fué parte para la conversion de innumerables gentiles el ver los multiplicados prodigios, que obraban los fieles, curando repentinamente enfermedades inveteradas, y en especial su poderío sobre los demonios, á los cuales obligaban á confesar que eran demonios, y los arrojaban de los infelices cuerpos que estaban poseyendo y atormentando horriblemente. Dan testimonio de este asombroso dominio de los siervos de Dios sobre los espíritus malignos un Tertuliano, un Orígenes, un San Cipriano, un San Atanasio y un Lactancio citados por el Cardinal Orsi en el segundo tomo de su Historia Eclesiástica. El Señor en su misericordia empleó tambien para reducir á muchas almas un medio mas directo, cual fué el de las visiones, apariciones y sueños con que afirma Orígenes que fueron estrechadas á entrar en la Iglesia verdadera. ¿Y no lo ha sido en nuestros dias por medio de una aparicion de la Santísima Virgen el señor Alfonso Ratisbonne? Los prodigios de nuestros tiempos nos garantizan la verdad de los prodigios antiguos, ó por lo menos contribuyen á

que los creamos mas fácilmente. Además de estos medios sobrenaturales y del todo divinos, de los cuales se valia la Omnipotencia para atraer como á viva fuerza al conocimiento y al amor del sumo bien los espíritus mas contumaces, no dejaba la Providencia de hacer uso de los medios humanos para conducir, ó ir suavemente disponiendo á abrazar la fé á los de índole algo mas dócil, y mas capaces de penetrar la verdad. Florecian en la Iglesia por este tiempo muchos varones esclarecidos, llenos de todas aquellas dotes y prerogativas, que cuando se hallan juntas en un sugeto, hacen de él un vaso de eleccion, muy propio para llevar la gloria de Dios á las naciones, y un digno instrumento de la divina misericordia para la conversion de las almas, y una lámpara ardiente, que pocas veces difunde sin gran fruto los rayos de su luz. Tales eran por via de ejemplo, un Victor y despues un Ceferino en Roma, un Ireneo en las Galias, un Demetrio y un Clemente en Alejandría, un Serapion en Antioquía, un Baquillo en la Acaya, un Palma en el Ponto, un Alejandro en la Capadocia, un Teófilo en Cesárea, un Narciso en Jerusalem, un Panteno y un Cayo Obispo de las naciones, y en el África un Tertuliano antes de su prevaricacion, un Origenes en el Egipto: hombres de costumbres austeras é irreprehensibles, abrasados de ardentísimo celo, sumamente eru-

ditos y sabios, cuyo único pensamiento y cuyo único interés era destruir la idolatría. En los libros, que de algunos de ellos han llegado hasta nosotros, vemos cuan grande era su talento para representar á los gentiles todo el horror de las supersticiones paganas, para defender la religion de las calumnias de sus enemigos, para pintar con los mas vivos colores sus bellezas, y para poner en el mejor punto de vista sus mandamientos, ceremonias y dogmas. Desde que se publicaron en Roma las apologías del mártir San Justino y de Taciano; en la Grecia las de Milciades, Atenágoras y Quadrato; en el Asia las de San Meliton y de Apolinar Obispo de Hierapolis; en la Siria los tres libros de Teófilo Obispo de Antioquía á Autólico, y los de Bardesanes; en Egipto la admonicion de Clemente Alejandrino á los griegos, y despues los libros de Orígenes contra Celso; en las Galias el discurso de San Ireneo contra los paganos, y en el África los diversos volúmenes de Tertuliano; no hay porqué dudar que anduviesen semejantes obras en las manos de los gentiles, y que algunos las leyesen acaso por mera curiosidad, y otros con deseo de llegar al conocimiento de la verdad. Á la evidencia de los hechos, y á la fuerza de las razones, que se manifestaban con toda claridad, no podia oponerse mas que una voluntaria ceguera y una inflexible obstinacion. Pero ni en

todos habia muerto el amor á la verdad, ni eran todos tan rebeldes á la luz, ni amaban todos tan locamente sus tinieblas, que hasta á las dudas negasen la entrada en sus corazones; así pues comparando ambas religiones, y moviéndolos el aura suave de la divina gracia, hacíalos inclinarse dulcemente á la verdad venida de los cielos y despues abrazarla.

Y fué tanto el realce que tomó la idea de la religion cristiana entre los mas ilustrados gentiles, que los que no se determinaron á seguir abiertamente sus banderas, trataron de aprovecharse de las luces que acerca de la Divinidad, de la naturaleza, del alma, del recto obrar y de la perfeccion del hombre se hallaban ya difundidas por el mundo con la lectura del antiguo y nuevo Testamento, ó de las obras de los Doctores católicos, ó con los dichos vulgares de los cristianos menos instruidos, pero que á cada paso proferian sentencias y máximas de moral y religion desconocidas á los antiguos filósofos del politeismo. Quisieron pues acomodar esas centellas de sublimidad cristiana á sus sistemas morales y dorar con ellas las monstruosidades de la idolatría, esforzándose para que no pareciera tan fea y vistiéndola á este fin con galas robadas á nuestra divina religion. Por manera que los paganos filósofos de aquel tiempo eran á manera de mo-

nas que pretendian remedar en sus escritos la entonacion, el vuelo y hasta la misma doctrina de los autores cristianos.

Sin embargo, cualquiera podia observar que lo bueno, que en sus obras se hallaba tomado de sus enemigos los adoradores del verdadero Dios, era incomparable con los errores gentílicos, que por otra parte sostenian, y con las nefandas divinidades, que pretendian ennoblecer con ese jactancioso aire de ideas mas elevadas y de moral mas pura. Pero es notorio que el vulgo compuesto de la mayor parte de los hombres no respira los vapores de la atmósfera de los literatos. Así para la inmensa plebe pagana la adoracion de un solo Dios y la pureza de costumbres de sus adoradores continuaban siendo ateismo é impiedad, y eran considerados como enemigos del imperio los que por su prosperidad no ofrecian sacrificios á los ídolos, los que no concurrían á los espectáculos públicos, que se daban en celebridad de los triunfos de sus Emperadores. Por tales causas se odiaba y se perseguia á los cristianos con fiero encarnizamiento en la Tracia, en el África, en el Egipto, en Italia y especialmente en Roma. De la muchedumbre de mártires, que por estos años y antes de la promulgacion de los edictos de Severo inmolvaban su vida por Jesucristo apedreados unos, devorados otros por las llamas,

y otros con distinto género de cruel muerte, dan fé Clemente Alejandrino en su segundo libro de los Stromas y Tertuliano en su famoso Apologético. Con la autoridad y testimonios sacados de estas dos insignes obras prueba el Cardenal Orsi que al espirar el segundo siglo de la Iglesia era esta perseguida casi en toda la extension del universo por la arbitraria tiranía de los presidentes y magistrados y por el frenético encono del feroz populacho.

Pero de tantas ilustres víctimas, como dieron su vida por Jesucristo, solo ha llegado hasta nuestros dias la memoria de los doce mártires Scilitanos, llamados así de Scitila su patria, desde donde fueron conducidos á Cartago, y mostraron en el tribunal del Proconsul Vigelio Saturnino una admirable firmeza. Eran sus nombres, Esperato, Narzal, Cittino, Donato, Veturio, Feliz, Acillino Letancio. Entre ellos resplandecian por su heróica constancia cinco mujeres, Donata, Segunda, Vestina, Januaría y Generosa. Despues del primer interrogatorio fueron vueltos á la prision y puestos en el cepo algunos de ellos; comparecieron de nuevo al siguiente dia, y el Proconsul se empeñaba en doblegarlos á ofrecer sacrificios á los ídolos; mas ellos no solo confesaron valerosamente á Jesucristo sino que rehusando el tiempo que se les concedia para deliberar solicitaban que cuanto

antes se pronunciase la sentencia de su muerte. Dióla el tirano Vigelio Saturnino; y los héroes de la fé rindieron al Señor las mas vivas acciones de gracias porque iba á recibirlos en el cielo entre el coro de mártires. Llegados al lugar del suplicio, se arrodillaron para repetir á Dios su hacimiento de gracias por aquella merced insigne, y luego los verdugos les cortaron la cabeza.

CAPÍTULO VIII.

SUMARIO.

Escritores cristianos.

Además de los escritores cristianos ya mencionados, florecieron en este segundo siglo otros muchos, cuyas obras muy estimadas entonces perdiéronse desgraciadamente. Pero debemos hacer una breve reseña de ellas y de sus esclarecidos autores, pues no todas han perecido, ni ellos son dignos de que sus ilustres nombres queden sepultados en la oscura noche del olvido.

No ha llegado hasta nosotros la apología de San Quadrato, que Eusebio y San Gerónimo encarecieron altamente. Quadrato fué discípulo de los Apóstoles.

Tambien deploramos la pérdida de la preciosa apología de Aristides, filósofo ateniense.

Castor Agripa escribió elocuentemente combatiendo las heregías de su siglo, y los antiguos hicieron de él grandísima estimacion; pero no se han conservado sus obras.

Orígenes, Clemente Alejandrino, San Gerónimo y San Máximo citan con particular elogio á Aristion Peleo, autor de la famosa disputa entre Jason y Papisco, judío alejandrino.

San Egesipo, primer historiador de la Iglesia, fué de nacion judío, y habiendo abandonado en edad temprana el judaismo, consagró el resto de su vida al estudio, gloria y defensa de la religion cristiana, á cuyo fin para mejor enterarse de las tradiciones y costumbres de las diversas Iglesias, hizo dilatados viajes. Hay que lamentar la pérdida de sus libros de historia eclesiástica preciosos por su antigüedad y por la ciencia y virtudes de su autor. Murió hácia el año 180.

Milciades, al cual nadie ganaba en erudicion profana y en celo por la propagacion de la verdad, publicó, además de su apología, dos libros contra los gentiles, otros dos contra los judíos, y una defensa de la filosofía cristiana. Perdiéronse sus obras.

Asterio Urbano escribió contra los montanistas, manifestando que su modo de profetizar en

un estado de furibundo transporte era ageno de los verdaderos profetas del cristianismo, en los cuales todo es apacible y santo.

Felipe, Obispo de Gortina en la isla de Candía, publicó un elegantísimo libro contra Marcion. Lo propio hizo Modesto, que descubrió todos los errores y arterías de aquel herege.

Musano dirigió un libro bellissimo á algunos, que se habian dejado seducir por los errores de los Encratitas ó discípulos de Taciano.

San Dionisio, Obispo de Corinto, escribió siete cartas á diversas ciudades; mas ninguna de ellas ha llegado hasta nuestros dias.

San Meliton, Obispo de Sárdica en la Lidia, fué profeta, y se dice que publicó un libro de sus profecías. Afírmase tambien que el Espiritu Santo gobernaba hasta sus acciones particulares. Consultábanle muchas Iglesias como á un oráculo. Escribió 23 libros, de los cuales no nos han quedado mas que los títulos; por ellos se infiere que este admirable Santo no solo estaba versado en las ciencias sagradas, sino que tambien se dedicaba con ahinco á la filosofia, pues varias de sus obras hablaban de asuntos filosóficos. San Gerónimo dice que Meliton hizo ver en sus escritos de qué secta de filósofos habia nacido cada heregía.

Atenágoras, filósofo ateniense, de elevado ingenio, de vasta erudicion y vigorosa lógica,

floreció en tiempo de Marco Aurelio, y nos dejó dos obras, la una su apología intitulada *Legacion en favor de los cristianos*, y la otra en defensa del dogma de la resurreccion de los muertos. Ambas son muy estimadas, dice Ceillier, por su espíritu, su erudicion y su elocuencia.

San Claudio Apolinar, Obispo de Hierapolis, manifestó su profundo saber y erudicion en muchas obras, que en tiempo de Eusebio andaban en manos de los fieles y eran entre otras la Oracion á Marco Aurelio en favor de los cristianos, cinco libros contra los gentiles, dos sobre la verdad, y otros dos contra los judios y uno de la piedad. De la primera dice San Jerónimo que es una obra insigne.

San Teófilo, sexto Obispo de Antioquía, escribió tres libros importantes dirigidos á su amigo Autólico manifestándole la excelencia y superioridad de la religion cristiana sobre el paganismo y la de la Sagrada Escritura sobre las obras de los filósofos, historiadores y poetas gentiles. En estos libros mostró elevacion de miras, y profundidad de estudios históricos, filosóficos y escriturarios. Publicó igualmente un libro contra los errores de Ermógenes, otro contra Marcion, Comentarios de los Proverbios y de los Evangelistas y otras varias obras para instruccion de los fieles. Solo se conservan los

tres libros á Autólico. Murió San Teófilo el año 181.

Isidoro y Gerónimo, encomiados por San Anatolio como hombres muy versados en la literatura griega, los cuales habian escrito acerca del dia en que la pascua debia celebrarse y sobre la gloriosa resurreccion del Salvador.

Ermias, autor de un discurso, en que con gracia y maestria se burla de las contiendas y clamoreos, con que las escuelas filosóficas se ensañaban sobre los puntos mas importantes. El hecho de la publicacion de este pequeño y bellísimo tratado, y la viveza de colorido con que el autor describe tales disputas, son una prueba de que aun subsistian por aquel tiempo.

El Papa San Sotero escribió una carta á San Dionisio de Corinto, la cual se leia en la iglesia todos los domingos, como obra muy propia para la correccion de las costumbres; empero ya no existe.

Tambien el Papa San Victor escribió algunos opúsculos sobre la controversia de la pascua y sobre otras materias; pero ya nada tenemos de este Pontífice, como asegura Ceillier.

Eusebio hace particular mencion de Eráclito, que habia escrito sobre las Epístolas de San Pablo, de Máximo, á quien atribuye algunos tomos sobre la cuestion del origen del mal y de la creacion de la materia; de Cándido y Apion,

los cuales compusieron comentarios sobre la obra de los seis dias; de Sexto, autor de una obra acerca de la resurreccion; de Arabiano que escribió un libro, de cuyo argumento no dá noticia. Á estos seis añade el mencionado historiador otros muchos, de cuyas obras no pudo sacar indicio alguno ni acerca del tiempo en que vivieron, ni hecho alguno que referir de sus personas. Y asegura además que todavía se conservaban las obras de muchos autores, de los cuales no podia ni aun señalar los nombres; pero solo podia asegurar que todos ellos fueron católicos y eclesiásticos, lo que él deducia de las exposiciones y uso que hacian de las divinas Escrituras.

CAPÍTULO IX.

SUMARIO.

Carácter de los sucesos del siglo II.

Ofrece el siglo II un carácter especial, que acaso no se haya observado todavía. Bien es verdad que de él participan todas las edades de la Iglesia y que en cierto modo constituye la esencia del cristianismo, porque este es una religion de luz y de amor, y cuanto se le opone es violencia, error y tinieblas. Así su

nacimiento ó su introduccion en el mundo fué, tomándolo desde su mas alto origen, aquel misterio divino, en que el Verbo, la eterna Sabiduría, el inefable resplandor é imagen viva del entendimiento del Padre bajó sin ruido y con suavísima misericordia á vestirse nuestra naturaleza en las entrañas de una Virgen iluminada desde su concepcion, y á quien la misma Iglesia llama nuestra vida y dulzura. Su aparicion en Belen revelóse por los Ángeles á los sencillos pastores, resonando en los aires aquel dulcísimo clamor de los coros celestiales, que cantaban gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad.

No hay para qué poner de manifiesto que de estas altísimamente deliciosas escenas se halla lejos toda vislumbre de guerrero tumulto, y que solo se percibe luz adorable bajada de los cielos. Contrapónese á ella el sangriento degüello de los inocentes niños de Belen entre el terror y alaridos de sus madres despavoridas. Muy parecida á tal principio es la accion de la sabiduría del cristianismo, que en alas del amor va pacíficamente conquistando los entendimientos, y la de la perseguidora tiranía, que armada de hierro y fuego destroza y reduce á cenizas las víctimas, que llevan en su frente el signo de la sabiduría sobrenatural.

La predicacion de Jesus no se hizo en carros

de guerra; iba el Salvador á pié por Samaría, Galilea y Judea enseñando su nueva doctrina con palabras apacibles, y empleando su omnipotencia en curar milagrosamente cuantos enfermos y lisiados se le presentaban delante. Puesto en la cruz y hecho una llaga su santísimo cuerpo, abrió sus labios el perdon, y de esta voz de misericordia provino el convertirse el buen ladron, que en aquel mismo dia subió al paraiso. Reuniéronse los discípulos del Crucificado á orar en un cenáculo, pidiendo que sobre ellos bajára el prometido Espíritu Santo. Descendió efectivamente la Tercera Persona de la augusta Trinidad en lenguas de fuego, que posaron sobre las cabezas de los que allí estaban congregados. Fuego divino, celestial sabiduría, maravillosa iluminacion fué para aquellas almas dichosas la venida del Espíritu Santo. Salieron hechas un sol, que despide dulces y vivificantes rayos, y hallaron la cuchilla de la persecucion siempre suspendida sobre sus cabezas, y que al fin cayó sobre ellas y las cortó.

Esta misma es la escena, que cien mil veces se repite en el segundo siglo de la Iglesia. Parece que en él la divina Providencia fué buscando grandes y verdaderos filósofos para sacarlos de las sombras del paganismo á fin de que sus plumas fueran como antorchas de luz y se viera mas claramente el contraste, que

ofrece con el hacha de los verdugos la ciencia de los filósofos apologistas. Estos hombres dotados de rectísimo juicio, de grandeza de alma, de elevado raciocinio, de irresistible lógica y expresión vigorosa al par que clara y brillante, es de observar que nacieron en las tinieblas del gentilismo, y que crecieron quemando impuro incienso á los ídolos; así nos lo refiere la historia de Justino, de Taciano, aunque despues pervertido, de Atenágoras, del senador Apolonio, de Aristides, de Panteno, de Clemente Alejandrino, de Tertuliano y de otros varones esclarecidos, que cōnsagrando su vida al estudio de la filosofía, abrieron los ojos del entendimiento á la verdadera luz, porque procedian de buena fé en sus arduas investigaciones, y la divina Providencia quiso mostrar en su conversion á la fé de Jesucristo que el cristianismo está en perfecta armonía con lo mas elevado de la razon humana y con lo mas profundo y escogido de las ciencias llevadas á su mayor altura por genios eminentes.

En aquella época los sabios hacian profesion de serlo gastando un traje particular generalmente conocido por el manto de los filósofos. Ostentábanlo en sus respetables personas el mismo San Justino, Aristides, Milciades y Atenágoras, griegos, cuyo valor al presentar sus apologías á los coronados perseguidores, que

con uná de sus miradas estremecian la tierra y con una sola palabra de exterminio la bañaban en sangre, se sobrepuso al heroismo de sus antiguos compatriotas debeladores de los inmensos ejércitos de los persas. Estos triunfaron con la espada en Maraton, Platea y Salamina, y aquellos sabios cristianos sin mas armas que la desnuda verdad desafiaron el poderío de los señores del mundo; y dos de ellos tuvieron la gloria de dar la paz al universo cristiano con la impresion, que sus palabras hicieron en el ánimo del emperador Adriano.

Otros como San Justino y el senador Apolonio fueron víctimas de su incomparable heroismo, y sellaron con su sangre la verdad, que habian defendido sus aureas plumas. No se portaron con tanta valentía otros muchos filósofos de la antigüedad pagana, que habiendo llegado á conocer la existencia de un solo Dios y dado muestras de este conocimiento y algunas lecciones de moral en sus obras, cobardemente seguian al vulgo en la adoracion de las falsas divinidades. ¿Y cuál el motivo de tan notable diferencia en la conducta, en el valor, en la grandeza de alma y en la conformidad de los hechos con las creencias? ¡Ah que estos últimos no eran cristianos! Faltóles la fuerza de la gracia y la mayor luz que comunica á la razon humana la religion revelada. Pero aun hay

mas: en aquella misma época brillaban por su saber algunos paganos del mérito de Tácito y Plinio, literatos y hombres de Estado, que se ocupaban en pensamientos del bien público, y como oportunamente observa Rhorbacher, consideraban noble empresa del poderío romano el levantar los ídolos desprestigiados, volver á abrir sus templos abandonados, hacer que se comprasen animales para regar con su sangre sus altares y por último obligar á todos los hombres bajo pena de la vida á quemar incienso á unos dioses, cuya imitacion en los vicios ellos mismos castigaban de muerte. Esos políticos, que cual Trajano han sido celebrados en siglos posteriores, no solo creían que debía morir todo el que no pensase como ellos, sino que ponian en la tortura, hacian padecer los mas crueles tormentos y condenaban á muerte á cuantos obrando segun el grito de sus conciencias no se apartaban del dictámen de la mas pura y sublime filosofía reprobadora de los desórdenes é infamias del idolátrico culto. Ya hemos visto que Plinio confesaba de sí en su célebre carta que se habia constituido en verdugo de inocentes víctimas y que entre otras muchas personas habia atormentado á dos diaconisas solo porque eran cristianas, sin poderles arrancar la confesion de ningun crimen.

Al lado de este cuadro ignominioso presente-

mos otro, que Rhorbacher nos ofrece en el tomo 5.º de su Historia universal de la Iglesia Católica. «Vemos, dice, á toda el Asia en movimiento, llegan á Smirna diputados de todas partes. ¿Qué sucede? El que es cabeza de los cristianos en Antioquia va á Roma á ser devorado por las fieras y á que su muerte sirva de diversion al pueblo-rey. ¿Cuál su delito? Ha dicho á Trajano que no hay mas que un Dios, que hizo los cielos, la tierra, los mares y todo cuanto encierran. ¿Mas á qué vienen aquellos diputados? Á ver, oír, alabar, bendecir y felicitar al condenado á muerte. Este lo único que teme es el no morir; y sus palabras y sus cartas no respiran mas que amor de Dios y del prójimo, union, caridad, misericordia para con la viuda, el huérfano y el pobre.»

Empero la caridad de los cristianos no se circunscribe á los menesterosos, ni comprende solo á sus hermanos en Jesucristo. El Obispo de Smirna escribia lo siguiente á los Filipenses: «Rogad por todos los Santos. Rogad tambien por los reyes, por los potentados, por los príncipes y por los que os persiguen y aborrecen y por los enemigos de la cruz.» La célebre carta que escribieron las Iglesias de Viena y Lyon á sus hermanos del Asia refiriéndoles los combates y victorias de sus mártires, nos atestigua que estos Santos, despues de haber su-

frido varias veces los tormentos mas crueles, oraban por sus perseguidores, por aquellos mismos que inhumanamente les habian destrozado las carnes, mutilado los miembros, abierto sus venas y quemado sus cuerpos medio vivos. Por manera que estas y otras muchas actas de los martirios, que padecian los héroes de la fé, confirman lo que en sus apologías decian sus defensores al asegurar que los cristianos hacian oraciones por la salud y vida de los Emperadores, que contra ellos fulminaban edictos de muerte, por la grandeza, esplendor y prosperidad del imperio, que les hacia la guerra mas atroz, y por todos cuantos se empleaban en su daño.

He aquí cómo los célebres filósofos del cristianismo manifiestan solemnemente cumplido en toda la redondez de la tierra aquel divino precepto del Salvador de amar á nuestros enemigos y de volver bien por mal á nuestros perseguidores. ¿Y á cuál de los antiguos sabios de la Grecia ó del Lácio se le ocurrió, no ya pregonar cumplido este sublime mandamiento, sino solo indicar su idea, ó jactarse de su descubrimiento como de un especulativo adelanto de sus estudios sobre la moral? ¿Qué hubieran dicho esos maestros del saber humano, que vivieron antes del Evangelio, si hubiesen visto á los mencionados mártires de Lyon cuando ya



apenas por el rigor de los suplicios les quedaba figura de hombre rehusar por su profunda humildad el título de mártires de Jesucristo, que tan merecidamente les daban sus hermanos? ¿Qué enseñaron los legisladores Solon y Licurgo, ni los que enarbolaron la bandera de nuevas sectas filosóficas, Sócrates, Platon, Pitágoras, Zenon y Aristóteles, de esa admirable caridad universal, tierna como el corazón de la más afectuosa de las madres, con que vemos que en este segundo siglo de la Iglesia se amaban los fieles unos á otros? En nuestros apolo-gistas está su viva pintura, y ellos eran dignos de formar su panegírico y de hablarnos de ella. Nosotros ya estamos algo lejos de aquellos tiempos dichosos, en que todos los cristianos tenían un solo corazón y una sola alma, comunicándose sus encendidos afectos y empeñándose por su bienestar y por sus intereses espirituales, y muy particularmente por la conservación de su catolicismo, y mirándose todos como miembros de un solo cuerpo los de Roma y los de las Galias, los de España y los de África, los de Egipto y los del Asia, los del Ponto y los de la Palestina, los de la Frigia y los que por el lado del Occidente tocaban en los confines del mundo conocido. Sin embargo, en medio de la relajación é indiferencia de este nuestro siglo metalizado aun tenemos los católicos

el dulce consuelo de poder probar con hechos que no se ha roto ese admirable é invisible lazo, que une nuestros sentimientos y hace palpitár nuestros corazones de gozo ó de dolor por los triunfos ó desgracias de nuestros hermanos separados por la distancia de los lugares. Aun nos interesamos y nos juntamos en espíritu para pedir á Dios su auxilio en pro de los que combaten en remotas tierras; y formamos asociaciones de caridad extendidas por diversos reinos y dirigidas á un mismo fin, que es la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Dígalo entre otras la piadosísima obra de la Propagacion de la fé, y la otra no menos interesante y hermosa de la Santa Infancia, por cuyo medio los niños de Europa con sus cortas oblaciones abren los cielos á los niños de la China y de otros países de infieles.

Magnífico es por cierto este espectáculo, que en el siglo XIX nos ofrece una copia de la maravillosa union, que entre sí tenían los cristianos del segundo siglo, la cual resalta vivamente en su patética historia, y aun mas en los monumentos de ardentísima caridad, que de aquellos personages ilustres nos han quedado. El Obispo Ignacio es arrebatado de su Iglesia de Antioquía; pero lleva en su corazon no solo á Jesucristo, sino á todas las demas Iglesias del orbe, y así escribe comunicándoles sus luces y

su santo fuego á las de Éfeso, Magnesia, Filadelfia, Smirna, Roma y Tralia. San Policarpo habla con los Filipenses sin reparar en la distancia como si desde uno de sus púlpitos les estuviera dando lecciones de todas las virtudes. San Dionisio Obispo de Corinto se interesa tanto por el acrecentamiento y triunfo de la virtud en otros pueblos que se dirige por escrito á los Lacedemonienses, á los Atenienses, á los de Nicomedia, á los de Gortina y á los de Gnosse en la isla de Candia, á los de Amastris en el Ponto y á la Iglesia de Roma, madre de todas las demás Iglesias. Las actas de los martirios vuelan de una Iglesia en otra formadas y enviadas en testimonio de amor por la que los ha presenciado, y estas son de las mas fidedignas historias de los mártires, como lo afirma Ruinart en el juicioso prefacio de su ponderada obra. Y aun sucede que por ellas ha llegado hasta nosotros la noticia de algunas Iglesias, de que la historia no habla, cual acontece con la de Filomelia, á la que particularmente se escribió la carta de la Iglesia de Smirna sobre el martirio de su Obispo San Policarpo. Las que en su prision escribieron los tantas veces alabados mártires de Lyon y de Viena á sus hermanos que habitaban en el Asia y en la Frigia, pusiéronse en camino junto con la relacion hecha por otros de sus últimos triunfos

cuando sus almas ya estaban en posesion de la eterna gloria.

Pero si estos invictos campeones de la fé se mostraban hermanos de cuantos la profesaban en otros horizontes; mucho mas se manifestaban hijos sumisos y fervorosos del Vicario de Jesucristo; para acreditarlo escribieron momentos antes de su muerte al Papa San Eleuterio. El insigne Ireneo fué el portador de su carta y de las de los fieles de Lyon y Viena, los cuales, aunque seguros de que seguian la verdadera doctrina, quisieron someterla á la autoridad del Pontífice. De esta noble sumision á la cátedra de Pedro es tambien otro notable ejemplo la mas patética y sublime carta de San Ignacio mártir por estar dirigida como se expresa en su principio *á la Iglesia que preside en Roma*. Guiado por este mismo convencimiento de la supremacia vinculada á la Santa Sede de Roma, fué á ella el doctor y oráculo del Asia San Policarpo á consultar con el Romano Pontífice sobre diversos puntos de doctrina, aunque él habia sido discípulo de San Juan Evangelista, y aunque, como dicen varios autores antiguos, los mismos Apóstoles le habian sentado en la cátedra de Smirna.

Nada empero mas concluyente, ni mas bello y persuasivo para formar una alta idea de las virtudes y de la santidad, que resplandecian en

este segundo siglo en el seno del cristianismo, que la magnífica exposicion hecha por San Ireneo de las notas de la verdadera Iglesia, entre las cuales da un lugar principalísimo á la santidad que se veia en sus hijos y en la muchedumbre de sus invencibles mártires. Ni resalta menos su firmísima conviccion de la suprema autoridad de la Iglesia de Roma sobre todas las Iglesias del universo. Así en el libro tercero capítulo tercero de su obra contra los hereges «para conservar, dice, mas fácilmente entre tantos Obispos y entre tantas Iglesias esparcidas por todo el mundo y tan distantes entre sí el vínculo de paz, la union de los sentimientos, la unidad de doctrina ha establecido la Providencia un Pastor supremo, de cuya autoridad dependiesen todos los demás pastores, y una Iglesia que tuviese el principado sobre todas las demás Iglesias y fuese el centro y la comun basa de todas ellas. Esta Iglesia es la romana fundada por los dos gloriosísimos Apóstoles Pedro y Pablo; la mayor de todas no tanto por el número de los fieles, cuanto por la amplitud de su jurisdiccion; la antiquísima no tanto por su origen cuanto por su venerable autoridad; conocida de todos por ser la primera, la mas excelsa, la mas sublime y reconocida por todas las demás Iglesias por su cabeza al modo que las demás ciudades del imperio reconocen á

Roma pagana por su cabeza y señora, y á ella por consiguiente, á causa de su principado en lo tocante á la religion, deben recurrir todos los fieles esparcidos por todo el universo y estar unidos con ella y convenir en una misma fé.»

Si los otros apologistas defendieron nuestra divina religion de las calumnias de los paganos, y la demostraron immaculada en su doctrina celestial y en su moral teórica y práctica, é hicieron ver su inmensa y divina superioridad sobre los nefandos cultos idolátricos; San Ireneo al pulverizar los errores de los hereges pintó á la Iglesia con tanta verdad, y tan hermoso colorido, que ostentando sus indestructibles fundamentos y cubriéndola con el refulgente ropaje de sus gracias sobrenaturales, bien merece figurar entre sus mas sabios y afamados apologistas.

SIGLO TERCERO.

—

CAPÍTULO PRIMERO.

SUMARIO.

Persecucion de Severo. Martirio de San Leonidas: principios de su hijo Orígenes: sus tempranas virtudes: se le confía la cátedra de los catecúmenos en Alejandría. Martirio de las Santas Perpétua y Felicitas y de sus compañeros Secundulo, Saturnino, Saturo y Revocato. San Ceferino Papa.

Comenzó el siglo III de la Iglesia con el acrecentamiento de la persecucion, que esta sufría en el imperio romano. Severo en los diez primeros años de su universal dominio habia dejado que se vertiera la sangre de los cristianos, sin contribuir á su ruina mas que con la falta de represion á sus enemigos, los cuales con ella se envalentonaban para multiplicar sus muertes; pero en el año 202 tomó el Emperador una parte directa en tan impía guerra, ordenándola con sanguinarios edictos. Júzgase

que á estos dió márgen una nueva rebelion de los judíos en la Siria, y como la ignorancia, ó mas bien la malicia de los paganos persistia en confundir á aquellos con los adoradores de Jesucristo, la severidad desplegada con los primeros hizose injustisimamente extensiva á los segundos.

Alejandría se distinguió en esgrimir contra ellos la espada de su furor. Una de las primeras víctimas de este fuego infernal fué Leonidas, padre del insigne Orígenes: Leto, prefecto de Alejandría, mandó que le cortáran la cabeza, y así con la palma del martirio terminó Leonidas una vida de virtudes, que la historia ha transmitido á la posteridad. Sábese por Eusebio que él mismo era el maestro en la virtud y en la ciencia de aquel hijo, que Dios le habia dado para gloriosa alegría de su alma: enseñóle la gramática, las matemáticas y la retórica, y puso su principal conato en dirigirle en el estudio de la sagrada Escritura, á que el niño Orígenes manifestaba una decidida pasion. Llenábanle de regocijo los precoces adelantos y la fervorosa piedad de su querida prenda, y considerándola como un vivo templo del Espíritu Santo, algunas veces mientras dormia, para dar un desahogo á su oculta veneracion y á su paternal amor, le descubria el pecho y se lo besaba... Ni se contentó el diligente padre con

adoctrinarle por sí mismo, pues le llevó á la célebre escuela, que regentaba el ilustre Clemente Alejandrino. Este sabio maestro halló un tesoro en el jóven Orígenes, y tanto él como Panteno concibieron desde luego las mas halagüeñas esperanzas en vista de su portentosa disposicion para las letras y del celo grande que descubria. Llegó este á tal punto que no bastando ya las patéticas admoniciones de su madre para retraerle de correr á conseguir la corona del martirio, fué preciso que aquella le escondiese los vestidos á fin de que no pudiera salir de su casa. Pero cuando su padre fué preso y estaba próximo á dar la vida por la fé, no siéndole posible participar de su lauréola, como ardientemente lo deseaba, le escribió una tierna carta exhortándole á mostrar hasta lo último su invencible heroismo sin acordarse de la amada prole, que dejaba en la tierra.

Muerto su padre, Orígenes, que no contaba mas que diez y siete años, quedó con seis hermanitos y su madre reducido á la mayor indigencia; y Dios, que siempre cuida de los huérfanos, empeñó á una rica matrona de Alejandría á llevárselo á su casa y á tenerlo en ella como á un hijo; pero lo que por una parte fué regalo, por otra fué prueba de su virtud y de su constancia en la fé: albergábase tambien en

aquella casa y era tratado igualmente como hijo por la opulenta señora un herege antioqueno dotado de gracia para producirse y de singular elocuencia, dotes que empleaba en difundir sus errores, atrayéndose muchos prosélitos; mas Orígenes ni se dejó seducir, ni quiso comunicar con él en las prácticas de la religion. Su inocencia debia sostener crudas luchas en aquella casa peligrosa en demasía, y su piedad le hizo huir de ella. Su virtud austera no estaba bien hallada con las muelles comodidades de la opulencia, y su genio filosófico suspiraba por mas quietud y silencio. Valióle la mucha instruccion, que ya tenia adquirida, para procurarse el necesario sustento, porque se dedicó á dar lecciones de humanidades. Pronto cundió la fama de su saber, y no fueron los catecúmenos los últimos, que recurrieron á aprovecharse de sus luces: por este tiempo tuvo la dicha de instruir en la fé á San Plutarco, quien despues corrió al cielo por el camino del martirio, y á Heraclas, que en lo sucesivo fué Obispo de Alejandría. Viendo el que gobernaba la grey de Cristo en esta ciudad tan ópimos frutos de su celo y su aptitud para el sagrado magisterio, le confió la escuela de los catecúmenos en la temprana edad de diez y ocho años, reconociéndose por particular disposicion de la divina Providencia el hallarse en

la capital del Egipto un joven tan aventajado en santidad y en ciencia que pudiese reemplazar á los antiguos maestros, que la persecucion habia ahuyentado.

Hizo esta ilustres víctimas en Cartago. Las actas del martirio de Santa Perpétua, Santa Felicitas y sus compañeros son de una autenticidad notoria: fueron escritas en gran parte por la primera y por Saturo, partícipe de su triunfo, y terminadas por otro autor contemporáneo, que se cree haber sido Tertuliano; léanse públicamente en las Iglesias en tiempo de San Agustín. Por orden de Minucio Firminiano fueron presos los cinco catecúmenos Revocato, Felicitas, Saturnino, Secundulo y Perpétua. Felicitas se hallaba con un hijo en las entrañas en el séptimo mes de su embarazo; Perpétua, que pertenecía á una distinguida familia, no contaba mas que 22 años de edad, era casada y tenia un tierno niño, á quien ella misma sustentaba con el nectar de sus pechos. Estos mártires estuvieron custodiados antes de su suplicio en una casa particular con una fuerte guardia; y he aquí como Santa Perpétua refiere lo que padecieron por la fé hasta la víspera de su martirio: «En poder estábamos de nuestros perseguidores cuando mi padre, llevado del afecto que me tenia, hizo los mayores esfuerzos por apartarme de mi resolucion: yo le dije—¿Podrá aquel vaso

que mirais dejar de serlo, mudándole el nombre?—No, me respondió; á lo que le repliqué: —Pues ni yo puedo llamarme de otra suerte que como corresponde á lo que soy, esto es, cristiana.—Al escuchar mi padre estas palabras me acometió, lleno de furor, como en ademan de sacarme los ojos y de castigarme; pero se retiró lleno de confusion, viendo invencible mi constancia: despues de esto pasamos algun tiempo en paz, y en este intermedio recibimos el bautismo. El Espiritu Santo al salir de la sagrada fuente me inspiró que pidiese fervorosamente la paciencia y constancia en los tormentos. Á los pocos dias nos pusieron en una estrecha prision, á cuya oscuridad quedé horrorizada, porque hasta entonces jamás habia visto calabozos. Mucho tuvimos que padecer aquel dia, especialmente por el hedor de la mazmorra y por los malos tratamientos de los soldados. Á mí además me atormentaba la inquietud de no ver á mi hijo. Pero los diáconos Tercio y Pomponio que nos asistian, consiguieron por dinero que pudiésemos pasar algunas horas en un lugar un poco mas cómodo de aquella prision para respirar algun tanto; y habiéndome llevado á mi hijo ya casi muerto de hambre, le apliqué amorosamente al pecho. Recomendé despues con el mayor encarecimiento á mi madre, y animé mucho á mi hermano; pero me sentia muy

afligida al ver el cariño de estos para conmigo. Transcurridos varios días, ya mi tristeza se convirtió en gozo y consuelo, y aun me parecía agradable la misma prision.»

Prosigue la Santa contando una hermosa vision, que tuvo en su calabozo, y de la cual dedujeron ella y su hermano Saturo, que voluntariamente se habia agregado á la compañía de los mártires, que todos ellos terminarian su vida gloriosamente; y continúa diciendo: «Pasados algunos dias, y habiéndose esparcido el rumor de que íbamos á sufrir el interrogatorio, vino mi padre penetrado de dolor desde la ciudad á la prision:—Hija mia, me dijo, ten piedad de mis canas; ten compasion de tu padre, si todavía merezco este nombre; si soy el mismo que te he criado hasta la edad que tienes: y si consideras que el extremo de amor, que siempre te tuve, me ha hecho preferirte á tus demás hermanos; no me hagas el oprobio de todos los hombres. No olvides á tu madre y á tu tia; ten compasion de un hijo, que no te podrá sobrevivir, muda de resolucion, ablanda tu obstinacion, no nos arruines á todos; pues ninguno de nosotros volverá jamás á atreverse á abrir sus labios si tal infortunio nos sucede. —Me cojia las manos al tiempo que esto decia, y me las besaba; arrojóse tambien á mis piés bañado en lágrimas, y ya no queria llamarme

hija sino señora. Confieso que sentí mi corazón sobrecargado de la tristeza mas horrenda al considerar que solo mi padre entre todos los de mi familia era el que no se alegraba de mi martirio. Procuré pues consolarle, diciéndole:— No os affijais, padre; nada sucederá que no sea voluntad de Dios, porque nosotros no somos árbitros de nosotros mismos:—con lo que partió en gran manera consolado. Al dia siguiente á tiempo que estábamos comiendo, llegó uno inesperadamente á citarnos para comparecer en juicio. Divulgóse bien pronto la noticia del mensaje, y llevó á la audiencia el rumor una multitud de curiosos. Colocáronnos en una especie de tabladillo en presencia del Juez, que era Hilariano, Procurador de la provincia, á falta de su Proconsul, que habia muerto. Cuantos fueron examinados antes que yo confesaron á Jesucristo, y cuando llegó mi turno, se me presentó mi padre con mi pequeño hijo en sus brazos. Llamóme aparte, separándome un poco de los demás, y me pidió del modo mas tierno y compasivo que no me mostrase insensible á la miseria, que habia de sobrevenir á aquella criatura inocente, que habia recibido de mí misma la vida. Unióse Hilariano á las voces de mi padre, y dijo:—¡Qué! ¿ni las canas de un padre, á quien vais á hacer infeliz, ni la inocencia tierna de un hijo, á quien va á dejar

huérfano vuestra muerte, es capaz de mover vuestro corazón? Sacrificad por la felicidad de los Emperadores.—No lo haré, repliqué yo.—¿Sois pues cristiana? preguntó Hilariano.—Si lo soy, le respondí, animosa.—Á cuya respuesta pretendiendo mi padre sacarme del cadalso, mandó Hilariano que le echasen de allí á palos, y recibiendo él una herida, la sentí tanto como si me la hubieran hecho en mi mismo cuerpo; tanto fué mi dolor al ver á mi anciano padre tratado de aquella suerte. El Juez entonces pronunció nuestra sentencia, por la que todos fuimos condenados á las feroces bestias. Oida esta, volvimos á nuestra prision, y como mi hijo estaba acostumbrado al pecho, envié inmediatamente al diácono Pomponio á que se le entregasen; pero mi padre se tomó la venganza de negársele: bien que Dios dispuso que ya no necesitase mamar el tierno infante, y á mí tampoco me incomodase la leche de mis pechos.»

No haciéndose mencion de Secúndulo es natural creer que muriese en la prision antes de su interrogatorio. Hilariano mandó azotar á Saturno, Saturnino y Revocato, y que Perpétua y Felicitas fuesen abofeteadas. Y los reservaron para los juegos, ó espectáculos, que se habian de dar á los soldados en el campo, con motivo de las fiestas de Geta, que cuatro años antes habia sido hecho Cesar por su padre Severo, al

mismo tiempo que fué creado Augusto su hermano Caracalla.

Aquí cuenta la Santa dos visiones que tuvo, en la primera de las cuales vió á un hermanito suyo padeciendo las penas del purgatorio, y en la segunda despues de haber hecho por él ferventisimas oraciones, le vió libre de aquellas penas, glorioso y resplandeciente. Fueron los santos mártires llevados á otra prision situada en el campo, y atormentados durante el dia con el martirio de las estacas, género de suplicio, en que los piés eran horriblemente estirados y apretados. Entretanto tuvo Perpétua otra vision magnífica, en la cual padeció y fué grandemente consolada; y asimismo favoreció el Señor con otra acerca del galardón eterno de sus mártires y de la eterna bienaventuranza á Saturo, el cual la escribió en estas actas.

Tantos y tan prodigiosos favores dieron á estos Santos una constancia generosa, que conmovió á sus mismos perseguidores. Habia concebido una alta idea de la virtud de sus presos Pudente, que mandaba las guardias de la cárcel, y llegó por fin á imitarla, abrazando valerosamente la fé. Mas la alegría de los mártires no era completa, porque Felicitas estaba en el octavo mes de su preñez. Temia ella sobrevivir á los demás confesores, como debía suceder por un órden natural, porque las leyes prohi-

bían ejecutar la sentencia de muerte en las mujeres embarazadas, hasta que diesen á luz. Todos se pusieron en fervorosa oracion tres dias antes del espectáculo, en que debían ser arrojados á las fieras, y en el momento sintió Felicitas los dolores del parto, que fueron extraordinarios. Uno de los guardias, que la oyó dar terribles gritos, le dijo: «Pues si ahora haces esto ¿qué será cuando te veas entre las garras de los leones?» «Yo soy ahora, respondióle Felicitas, la que padezco, pero entonces padecerá y vencerá en mí Jesucristo.» Dió por fin á luz una niña, la cual recogió una caritativa cristiana, que la miró siempre como á hija propia.

Sirvióse la víspera del combate á los Santos la comida, que se acostumbraba dar en público á los que debían perecer en el anfiteatro y se llamaba cena libre, á fin de que tuviesen entera libertad para comer y alegrarse por última vez antes de su muerte.

Llegado el dia de los espectáculos, llevaron á los santos mártires al anfiteatro: en su rostro, y especialmente en sus ojos y en sus palabras rebosaba la alegría, de que estaban inundados sus corazones. Perpétua fué la primera que se presentó: la modestia era como un celestial ropaje, que pudorosa trataba de encubrir su hermosura. Felicitas mostraba igual contento, porque se hallaba ya en estado de participar del

triunfo de los que amaba como á hermanos. Saturo y Saturnino amenazaban con la ira divina á la muchedumbre idólatra, y al Juez dijeron: «Ahora nos condenais, pero vos mismo sereis dentro de poco juzgado por Dios.» Pidió el pueblo al oírlos que fueran nuevamente azotados, y así se hizo. Ellos se regocijaron, porque con este género de tormento se hacían mas parecidos á su divino Salvador. Otra gracia concedió el Señor á sus queridos siervos, y fué que todos ellos muriesen del modo que lo deseaban. Saturnino habia manifestado el placer que tendria en que todas las fieras del anfiteatro ensangrentáran en él sus dientes y horribles garras, y se cumplió su anhelo, porque primero le acometió un leopardo y despues un oso furibundo, y arrastrándole ambos acabaron con él. La misma suerte cupo á Revocato. Saturo habia mostrado temer al oso cuando en la prision hablaban de esto unos con otros, y queria que un leopardo le quitára la vida de la primer dentellada. Lanzaron contra él á un javalí; pero lejos de acometerle, se volvió contra el que lo conducia y le hirió mortalmente. Luego se pretendió que un oso le devorára, y no hubo forma de hacerle salir de la jaula; así pues por entonces respetaron á Saturo las fieras.

Una ferocísima vaca debia despedazar á las dos Santas; y ya las traían al medio del anfi-

teatro metidas en redes y desnudas segun costumbre; pero el pueblo tuvo horror de ver en tal estado á una mujer noble, delicada y jóven como era Perpétua, y así las volvieron á la barrera, y las cubrieron con sus propios vestidos. La sañosa bestia acometió primero á Perpétua, y la arrojó á lo alto, cayendo la santa mártir de espaldas en la tierra. Su vestidura se habia rasgado por un lado, y sin atender mas que á lo que exigia su exquisito pudor, procuró cubrirse honestamente, sin hacer caso de su herida: flotábanle sus cabellos sobre el rostro; y como de esta suerte solian llevarlos las dolientes, ella que estaba de triunfo, no quiso parecérseles, y se los ató con alegre valentía: se puso en pié, y viendo á Felicitas tendida sobre la arena, acercándose á ella, le alargó la mano y le ayudó á levantarse. Así estuvieron ambas esperando ser de nuevo expuestas y entregadas al furor de nuevas bestias; pero habiéndose ya saciado la ferocidad del pueblo, fueron las Santas llevadas cerca de la puerta, donde debian acabar de matarlas los gladiadores, y donde Perpétua recibida por un catecúmeno llamado Rústico, que estaba allí inmediato, y despertando como de un sueño, (tan estática habia estado hasta entonces y arrebatada en espíritu y fuera de sí) púsose á mirar al rededor, y á los que la estaban viendo atónitos,

díjoles: «En cuanto á mí, no sé cuando me han de exponer á aquella vaca.» Y aunque todos le contaban lo sucedido, no acababa de darles entero crédito hasta que vió en sus vestidos y en su mismo cuerpo las clarísimas señales de su combate. Entonces haciendo que se le acercáran su hermano y el mencionado catecúmeno: «Manteneos, les dijo la Santa, firmes y constantes en la fé; amaos con recíproco amor, y no os escandaliceis por lo que padecemos.»

Semejante oficio de caridad ejercitaba tambien Saturo con Pudente junto á otra puerta, exhortándole á creer de todo corazon en Jesucristo, confirmándole en la fé y haciéndole reflexionar sobre el cumplimiento de su promesa y de su prediccion. «Aun estoy aquí, decíale, y como ves, aun no he experimentado, conforme te lo habia prometido y predicho, las garras de fiera alguna; pero ya me llevan de nuevo al medio de la arena, donde un leopardo con su mordedura me hará una herida de muerte.» Y al punto acercándose ya el fin del espectáculo, expuesto á un leopardo, con una sola dentellada de aquella bestia empezó á derramar tanta sangre, corriéndole por todo el cuerpo y bañádoselo todo, que el pueblo mismo, teniendo probablemente alguna noticia de que los cristianos consideraban el martirio como un segundo bautismo y como un baño saluda-

ble: «Helo aquí, exclamó, helo aquí seguro de la salvacion, porque está bien lavado.» Y el Santo, volviéndose de nuevo á Pudente, «adios, le dijo, acuérdate de mi fé; no te turben estas cosas, sino que te confirmen en la piedad:» pidióle en seguida un anillo, que tenia en un dedo, y se lo devolvió luego que lo hubo sumergido en su llaga y teñido en su sangre, como si con aquella prenda de amor hubiese querido instituirlo heredero de su espíritu y + dejarle aquella viva memoria de su fé y de su glorioso martirio. Estas fueron sus últimas palabras y esta la última accion de su vida, habiendo caido al instante esangüe, muerto en el sitio, en que los gladiadores acostumbraban dar la muerte á los que aun conservaban un resto de vida despues de las sangrientas hazañas de las fieras. En el mismo lugar debian recibir el último golpe los otros mártires; pero el pueblo todavía ansioso de apacentar sus ojos carniceros con la vista de su sangre, pidió y obtuvo que fuesen vueltos al medio del arena. Oido esto, alzáronse espontáneamente los cuatro mártires, que aun vivian, y se dieron unos á otros el beso de paz á fin de poner el sello á su sacrificio con tan solemne y patética demostracion de amor; fueron llevados allá donde el pueblo los esperaba, y donde todos, excepto Perpétua, recibieron inmóviles y en silencio el

último golpe. Pero Santa Perpétua aun debía sentir otro dolor acerbísimo en su muerte, pues dando en manos de un gladiador inexperto, tuvo mucho que padecer y exhaló un terrible quejido, porque su herida no era mortal, y ella recobrando al instante toda la magnánima entereza de su espíritu, por sí misma llevó á su propio cuello la mano, que habia de fulminarle la muerte.

En medio de los horrores de la persecucion subió San Ceferino á la cátedra de San Pedro. Convienen los autores en que ordenó que los cálices, en que se ofrece la sangre del Divino Cordero, fuesen de oro ó por lo menos de plata. Tambien se dice con referencia á Anastasio que mandó que todos los cristianos recibiesen el adorable manjar de la Santísima Eucaristía en el tiempo pascual, luego que dejasen de ser niños. Condenó á los hereges montanistas y las diversas ramificaciones de su impía secta.

CAPITULO II.

SUMARIO.

Martirios de San Rutilio, Santa Potamiana, San Basíldes y Santa Marcela. Celo, heroísmo y vida admirable de Orígenes. San Alejandro. Clemente Alejandrino: sus obras. Martirio de San Ireneo y de su pueblo: id. de los Santos Feliz presbítero y de los diáconos Fortunato y Aquileo. Varios otros mártires de las Galias. Prodigios para la conversion del apóstata Natal. Disputa filosófica y conversion de Cecilio: Minucio Feliz. El Papa San Calixto.

En el África Rutilio mártir bendecía la divina misericordia entre las llamas por el valor, que le daba para consumir en ellas su precioso holocausto.

Quedan algunas memorias de otros insignes atletas de la fé, que dieron su vida por Jesucristo, unos en la misma Cartago, y otros en distintas ciudades del África, entre los cuales fueron célebres Santa Celerina, San Laurentino y San Ignacio, San Casto y San Emilio, San Mabilo Adrumentino, y otros muchos, que seria prolijo enumerar.

Con no menos fiereza se derramaba la sangre de los cristianos en Alejandría, en cuyo go-

bierno habia sucedido á Leto el inhumano Aquila. En esta ciudad tuvo Orígenes la gloria de que consiguiesen la palma del martirio siete de sus discípulos. Empero la mas ilustre de las mártires fué Potamiana. Era una vírgen de singular belleza. El amo, á quien servia, la solicitó á satisfacer su pasion impura; negóse ella como heróica esposa de Jesucristo, y él la delató á Aquila, al cual prometia una fuerte suma de dinero si lograba convencerla por el terror de los suplicios á ceder á sus inicuos deseos, conservándola en tal caso sin hacerle el menor daño, y sacrificándola en los tormentos si rehusaba doblegarse. El infame magistrado hizo cuanto pudo en servicio del amo libidinoso; pero la vírgen antes que empañar con la mas mínima mancha su resplandeciente pureza, consintió gustosa en que la fuera abrasando poco á poco una caldera de pez ardiente, en la cual se la iba introduciendo con lentitud cruelísima. Este suplicio atroz duró tres horas, como la agonía de su divino Esposo en el madero de la cruz. Aparecióse la invicta mártir al soldado Basíldes, que le habia hecho el servicio de amparar su pureza mientras estuvo confiada á su custodia por el gobernador tirano. Confirmado Basíldes en sus buenos sentimientos se decidió á declararse por el verdadero Dios, y á los pocos dias voló al cielo con la corona de mártir. Á otras

muchas personas de Alejandría convirtió de una manera tan celestial y desusada apareciéndoseles en sueños la purísima y gloriosa doncella Potamiana. Su madre Santa Marcela tuvo la misma dicha de pasar por el fuego al reino de los cielos.

Durante esta persecucion desplegó Orígenes un heroísmo sobrenatural acompañando á los mártires á los tribunales, en que eran sentenciados á muerte, para alentarlos á confesar la fé con sus exhortaciones: iba con ellos hasta el lugar del suplicio, dándoles las mas afectuosas muestras de su vivísima simpatía; besábalos y abrazábalos tiernamente, aunque no los hubiese conocido hasta entonces; y así como otros sacrifican su reposo, surcando mares y exponiéndose á tempestades por el ánsia del metal amarillo, él arrostraba todo género de peligros por recibir el último aliento de aquellos héroes de Dios. Si conservó la vida fué por una especie de série de milagros, con que la divina Providencia se dignó salvarle. Repetidas veces fué sitiado en su misma casa por los furiosos idólatras; repetidas veces hubo de sustraerse á sus pesquisas, y repetidas veces en medio de los arranques de su fé valerosa, que continuamente se empleaba en conquistar nuevas almas para Jesucristo, fué preso y maltratado y hasta arrastrado por las calles, siendo objeto de los fu-

rores de la concitada muchedumbre. Lleváronle un día á las gradas del templo de Serápis, despues de haberle raido la cabeza al uso de los sacerdotes gentiles, y le obligaron á repartir palmas á los que entraban á adorar aquella falsa divinidad, pero él al darlas exclamaba: «Tomad las palmas del templo del verdadero Dios,» designándose á sí mismo con esta bella metáfora.

Eterna será la memoria de las austeridades continuas, con que affigia su cuerpo: su espíritu de pobreza recuerda el de Francisco de Asis. Pareciéndole que ya no debía vivir para cosa alguna de este mundo, y que estaba demás lo que ganaba con la enseñanza de las humanidades, dejó este género de ocupacion, y á fin de tener con que sustentarse parcamente sin ser gravoso á nadie, vendió todos los preciosos códices profanos que poseia á uno, que por ello se comprometió á darle diariamente cuatro óbolos, los cuales eran monedas muy diminutas, que acaso no bastarian á un pordiosero. No admitia obsequio alguno de sus amigos, y derramaba sin retribucion los tesoros de su sabiduría. Negábase á todo lo que es regalo del paladar: era su lecho el desnudo suelo, y varios años anduvo descalzo llevado de su ingenioso espíritu de penitencia. Su vida ejemplarísima movia los corazones y enseñaba tanto

como sus palabras. El Obispo Demetrio admirando los frutos, que hacia en los catecúmenos, le encargó por entero de la instruccion de todos ellos, llegando á ser innumerables sus discípulos, é innumerables los cristianos, que se formaron en su escuela y aprendieron en ella la perfeccion evangélica, el desasimiento de todo lo terreno, el menosprecio de la vida y el ansia de morir por Jesucristo, teniendo de todo esto en su fervoroso maestro un acabado modelo. El dia lo habia destinado á los ejercicios de la caridad, á la asistencia de los mártires, á la instruccion agena y al incesante afan de convertir á los gentiles, y la noche la empleaba en el estudio de la Sagrada Escritura y en la meditacion, dando al sueño muy pocas horas. Este jóven filósofo de la virtud considerado como una obra del cristianismo forma por sí solo la mas completa apologia de nuestra divina religion. ¿Y cuál de los sabios filósofos paganos se le podria comparar en su admirable tenor de vida? ¡Cuán pequeño aparece á su lado el vanidoso Sócrates! ¿Y qué diremos de los otros maestros de profana filosofía, que si algo digno de remembranza hicieron, fué por que se distinguian en algunas extravagancias inspiradas por su vanidad? Pero ¡cuál memoria nos ha quedado de sus verdaderas virtudes, mientras son tantas las de los filósofos cristia-

nos, que sin hallarse colocados en nuestros altares, las practicaron con no menos humildad propia que admiracion agena, cual por ejemplo Origenes, Boecio y Tomas Moro!

En esta misma persecucion fué preso San Alejandro, Obispo de una de las ciudades de Capadocia, que despues lo fué de Jerusalem, el cual estuvo por muchos años encerrado y cargado de cadenas, habiendo tenido su diócesis la dichosa suerte de que viniese á suplir la falta de su Obispo el gran Clemente Alejandrino, de quien por esta causa hace aquel Santo Prelado los mas encarecidos elogios en una carta, que escribió á los fieles de Antioquia, dándoles el parabien de haber elegido por su Obispo al insigne Asclepiades, que varias veces habia confesado la fé en las persecuciones. El mismo Clemente Alejandrino fué encargado de llevar á Antioquia la mencionada carta; y esto es lo último que se sabe de su vida, toda empleada en los afanes del apostolado, del estudio, del magisterio y en la tarea honrosa de adoctrinar con sus insignes obras al mundo y á las generaciones venideras.

Clemente Alejandrino parece que concluyó su grande obra de los Stromas ó máximas en los primeros años del siglo III, y segun el Cardenal Orsi mostró una erudicion inmensa y un profundo conocimiento de la filosofía griega,

valiéndose de ella en pró de la religion cristiana y aconsejando su uso para el mismo fin. Combatiendo los errores en que habian caido los antiguos filósofos y sin adherirse á ninguna de sus sectas, de ellos tomaba lo que juzgaba conforme á la sana razon, y á esto daba el nombre de filosofía, considerándola como venida del cielo, y desechando como indigna de tan glorioso renombre la cáfila de extravagantes absurdos salidos de las cabezas de aquellos mismos fautores de sectas filosóficas, de cuyas obras él escogia lo mejor. Era pues Clemente Alejandrino como el padre de la filosofía ecléctica entre los cristianos, aunque esta debia su existencia á Potamon, igualmente nativo de Alejandría.

«Su *Exhortacion á los paganos*, dice Ceillier, ya le habia hecho célebre antes del año 192: en ella procura desengañar á los gentiles de sus ciegas supersticiones y atraerlos á la fé católica. En el *Pedagogo* se propone instruir al cristiano, dándole reglas para su vida y costumbres. Dudaron algunos de si era suyo el libro intitulado: *¿Quién de los ricos se salvará?* pero hoy convienen los eruditos en que es obra suya: en ella prueba que el buen uso de las riquezas grangea la salvacion.»

Las obras que de Clemente Alejandrino se han perdido son: *El tratado de la continencia*,

el del matrimonio, la Exhortacion á la paciencia dirigida á los neófitos, el libro sobre el ayuno, otro sobre la maledicencia, otro sobre la pascua intitulado *Cánon ó regla eclesiástica*, un libro de las definiciones, otro de la Providencia, la *Hipotiposis*. De esta última obra elogiada grandemente por Eusebio y San Gerónimo, como todas las demás del autor, hace Focio una horrenda crítica, mostrándola plagada de heregías descomunales y de atrevidos absurdos; mas téngase por seguro que la leida por Focio no fué la del ilustre Clemente Alejandrino, sino otra, que escribiera algún herege con el mismo título y falsamente atribuida al sabio de Alejandría; pues dice muy bien á este propósito el Cardenal Orsi: «La verdadera *Hipotiposis* de Clemente era una explicacion de todos los libros del antiguo y nuevo Testamento, mientras la que vió Focio se limitaba á hablar del Génesis, del Exodo, del Eclesiástico y de las Epístolas de los Apóstoles. Pero el mas convincente argumento de su falsedad es el haber explicado y defendido Clemente en las obras, que de él nos quedan, los mismos dogmas sobre los cuales disparataba el libro referido por Focio. No se sabe que nunca hubiese sido Clemente condenado como herege, ni que se hubiese afiliado en ninguna secta, ni que hubiese caído de alguna otra manera. Por el con-

trario, San Gerónimo y Eusebio y otros muchos escritores han hecho de él los mas encarecidos elogios, reputándole por el primero entre cuantos con la pluma en los tiempos antiguos enseñaron la divina ciencia de nuestra adorable religion.

Fué de nuevo á las Galias la guadaña de la muerte con la persona del emperador Severo, que pasando segun parece para la Gran Bretaña, derramó á torrentes la sangre de los indefensos cristianos. San Ireneo, Obispo de Lyon, fué atormentado en presencia del mismo tirano, y bien pudiera decirse que voló al cielo junto con su pueblo, pues la muchedumbre de los mártires, que le acompañaron en su sacrificio, sin contar niños ni mujeres, llegaba á diez y nueve mil, como lo atestigua una antigua inscripcion puesta en las gradas del templo, que en aquella populosa ciudad le está consagrado.

La persecucion se dilató á las ciudades inmediatas, adonde San Ireneo habia enviado muchos operarios evangélicos. El presbítero Feliz auxiliado de los diáconos Fortunato y Aquileo ejercia su ministerio en Valencia del Delfinado con el mas copioso fruto. Habia abrazado el cristianismo la tercera parte de la ciudad, y las alabanzas del verdadero Dios se cantaban magníficamente, tributándosele solemnes cultos. Al

punto que pisó el presidente Cornelio á Valencia y oyó aquellos cánticos religiosos, quedó admirado, sabiendo el exterminio que de los fieles se hacia en Lyon. Mandó encarcelar á los tres misioneros, y despues de varios interrogatorios y torturas, los condenó á ser decapitados. Los llevaron fuera de la ciudad para ejecutar la sentencia; y como los seguia una multitud de gentes, no cesaron de predicar hasta el último instante al Dios por quien morian.

Ejercitaban su celo en Besanzon los Santos Ferrucion y Ferreolo, á cuyo punto los envió San Ireñeo. Sufrieron horrosos tormentos, y aun despues de cortada su lengua, seguian predicando; pero este milagro exasperó á los perseguidores; y despues de haberles estirado los cuerpos por medio de máquinas, azotado cruelmente y clavado punzones de hierro por entre las uñas de piés y manos y en el pecho, les cortaron la cabeza. Diéronles sepultura algunos fieles intrépidos en una caverna poco distante de la ciudad, donde los descubrió en el siglo IV San Agnano, Obispo de Besanzon. Las gentes de la comitiva de Severo prendieron á Andeolo subdiácono, al tiempo que este príncipe pasaba al país que baña el Ródano; y cuentan que le mandó abrir la cabeza en cuatro partes con una espada de madera, para que el suplicio fuese mas doloroso. Hizose muy célebre su culto, y

en las riberas del Ródano existe un pueblo, que lleva su nombre.

Si al pasar por las Galias hizo aquel mónstruo coronado tantos estragos en la inocente grey del Pastor divino, es creible que hiciese muchos mas en Italia y en la capital del imperio, donde habitualmente residia. Pero no se conservan memorias individuales de tantas víctimas como por otra parte consta que hubo en esta persecucion. Sin embargo á ella debe referirse el martirio que padeció Natal, célebre por su posterior caida en la heregia y por los hechos sobrenaturales, que le hicieron volver al seno de la Iglesia. Este apóstata, como á otros mártires sucedia, no acabó su vida en los tormentos. Sedujéronle luego y despues de su glorioso triunfo los secuaces de Teodoto el curtidor con la promesa de hacerle Obispo de su secta, presidente de sus asambleas y con darle una cuantiosa renta. El mísero cayó como Luzbel. Pero el Señor, por cuyo amor habia padecido, le tenia dentro de las entrañas de su infinita misericordia. Varias veces se le apareció, reprendiéndole su apostasia é invitándole á convertirse; pero el empedernido Natal lo rehusaba preso en las torpes redes de la ambicion y de la sórdida codicia. Y lo que no habia logrado la inefable caridad de nuestro Salvador amorosísimo, lo consiguieron por último los azotes,

que los santos Ángeles estuvieron durante toda una noche descargando sobre aquel rebelde impenitente. Luego que amaneció, cubierto de heridas y hechos dos fuentes sus ojos, vistióse un saco de penitencia, y echándose ceniza y dando con su rostro compungido y con todos sus ademanes las mas vivas señales de dolor, fué á arrojarle á los piés de San Ceferino, que era entonces el Vicario de Jesucristo. Tardaba el Pontífice en absolverle, porque su crimen habia sido demasiado grande y notorio, y él impacientísimo por alcanzar su anhelada reconciliacion con la Iglesia, postrábase gimiendo y sollozando á los piés de los sacerdotes y de los demás fieles, y abrazando sus rodillas, con lágrimas y con suspiros, les rogaba que le fueran intercesores, y refiriendo á todos lo que le acababa de suceder en la noche pasada, mostraba los cardenales y las llagas que le habian dejado los azotes de los Ángeles. En vista de su profundo arrepentimiento y del espectáculo lastimoso que ofrecia, se dignó el Santo Pontífice admitirle á penitencia, y le recibió de nuevo cual hijo de la verdadera Iglesia. El autor contemporáneo, que consignó en sus obras este acontecimiento portentoso, se hallaba tan conmovido y penetrado de terror y de asombro que decia que hubiera sido capaz de convertir á los habitantes de Sodoma.

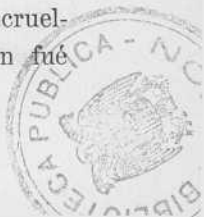
Aunque no tan sobrenatural en sus causas, fué mas filosófica la conversion de Cecilio, la cual debe su inmortalidad en la memoria de los hombres á la docta y bellísima pluma del jurisconsulto Minucio Feliz. Era este abogado de gran reputacion en Roma, y tenia un íntimo amigo de su misma profesion llamado Octavio. Ambos aborrecian de muerte al cristianismo, habiendo formado de él un concepto vilísimo. Empero la verdad divina triunfó de sus preocupaciones, y abrazaron nuestra religion. Fueron en la estacion de los baños al antiguo puerto de Ostia, y acompañólos Cecilio, que era pagano, y á quien honraba con su amistad Minucio Feliz. Orillas del mar se paseaban un dia los tres amigos, cuando Cecilio al ver una efigie de Serápis, la saludó como á un Dios. Octavio no pudo contenerse, y dirigiéndose á Minucio, como que le reconvino por la ceguera de su amigo Cecilio. Este se irritó sobremanera; mas represando por de pronto el torrente de su indignacion, separóse algun tanto de sus compañeros, y se puso taciturno y cariacontecido. Despues de un rato se ofreció motivo de risa á los ilustrados paseantes, y advirtiéndole Minucio que Cecilio lejos de tomar parte en aquella jovialidad, estaba de mal humor y adusto, quiso disipar su tristeza, y entonces el airado pagano rompió los diques de su resen-

timiento, y manifestó que se hallaba herido con las palabras de Octavio acerca de su religion, y á manera de hombre que nada teme y que confia en la bondad de su causa y en lo aventajado de su talento, propuso desde luego un certámen científico con su adversario, nombrando para decidir la victoria al comun amigo Minucio Feliz. Aceptada gustosamente la polémica, sentáronse los tres sobre unas grandes piedras, donde solo podia oirlos el mar, que casi circunvalaba sus rústicos asientos. Empezó Cecilio su furibunda impugnacion del cristianismo, aglomerando cuanto contra él habia inventado la maledicencia, y haciendo gala de erudicion y de pensamientos enérgicos y elevados, no reparó en prodigar el menosprecio y en zaherir con impudentísima acritud á los cristianos. Concluido este discurso, empezó Octavio el suyo, y fué tal el cúmulo de razones y la solidez de los argumentos, con que hizo la apología de nuestra divina religion, que no fué menester que Minucio Feliz, nombrado por árbitro del debate, pronunciase sentencia alguna, pues se anticipó la gracia de Dios á iluminar el entendimiento y á mover el corazon de Cecilio. Prorumpió este en una exclamacion dignísima de un filósofo, que solo busca la verdad: «Octavio, dijo, ha triunfado de mí, y tambien yo he triunfado del error,» y confesó

la excelencia de la religion, que con tanto calor habia impugnado y desde aquel momento abrazaba lleno del mas puro júbilo. Indecible fué el de sus dos amigos al verle repentinamente hecho cristiano cual ellos. Minucio consignó en su famoso diálogo intitulado el *Octavio* este bello suceso y los interesantes discursos de uno y otro contendiente, manifestando no menos memoria para retenerlos que bellezas de estilo y pureza de lenguaje y altísima elocuencia para escribirlos.

Por este tiempo fué exaltado á la Santa Sede Calixto, primero de este nombre, y natural de Roma. Restableció el cementerio llamado por esta causa de Calixto, y celebérrimo por la sacrosanta riqueza que contiene, pues en él están durmiendo en el ósculo del Señor 46 Pontífices, y 174,000 mártires. Tambien hizo construir en el barrio denominado *Transtevere* la Iglesia de Santa María *Fons Olei*, apellidada así por haber brotado en aquel lugar una fuente de aceite, que estuvo corriendo todo un dia cuando en Belen nació nuestro divino Redentor. Como Alejandro Severo fué tan propicio á los cristianos, en su tiempo se edificaron varias iglesias, siendo esta una de las principales, que se construyeron en público.

Este Santo Pontífice era en su prision cruelmente maltratado todos los dias, y al fin fué



arrojado desde una ventana á un profundo pozo, que habia debajo de aquella, y así alcanzó la corona del martirio.

CAPÍTULO III.

SUMARIO.

Persecucion del Gobernador Scápula en el África. Prodigios en Cartago. Antonino Caracalla emperador. Viaje de Orígenes á Roma. Escuela neoplatónica de Alejandría fundada por Ammonio Saccas: Orígenes se hace discípulo de este filósofo, y sus doctrinas le malean y empecen. Triunfos de los neo-platónicos en su lucha científica con los Gnósticos. Conversion de Ambrosio. Viajes de Orígenes; honrosas distinciones que le hacen elevados personajes: Mamea madre del emperador Alejandro. San Narciso, Obispo de Jerusalem. San Alejandro. El emperador Alejandro Severo favorable á los cristianos. Templos cristianos. Animadversion de Ulpiano prefecto del pretorio. Ambrosio y Orígenes, el cual es ordenado de sacerdote en Palestina y depuesto y condenado por un Concilio alejandrino. Atenodoro y Gregorio de Neocesarea.

Aun duraba la persecucion en varias provincias del imperio algunos meses despues de la muerte del emperador Severo. El Proconsul del

África Scápula condenaba á los cristianos á morir abrasados por las llamas. Este género de suplicio desusado hasta para los reos de los mas enormes delitos levantó con generosa indignacion el pecho de Tertuliano, quien se dirigió al mismo Scápula en un libro, en que le amenazaba con los suplicios eternos, que le aguardaban en la otra vida y con la ira del Omnipotente vengadora de los justos tan inhumanamente perseguidos, la cual segun el testimonio del autor citado ya pesaba aterradora sobre el imperio romano, y en particular se dejaba ver en el África ora con señales portentosas, ora con extraordinarias calamidades. Sobre los muros de Cartago aparecieron de noche llamas, cuyo origen era desconocido: oyéronse en los aires truenos espantosos: una asoladora inundacion ofreció la imágen del diluvio, y otros males terribles parece que daban grandes voces diciendo que el Todopoderoso estaba irritado. Estos y otros castigos pone Tertuliano delante de los ojos del proconsul Scápula en su mencionado libro.

Entretanto, la divina Providencia, que tiene en su mano los corazones de los dominadores de la tierra, queria dar á su Iglesia algun respiro de paz y de consuelo á fin de que descansára de sus largos y crueles padecimientos, y por otra parte se proponia hacer sentir al

imperio la formidable mano de su justicia agraviada con el derramamiento de la inocente sangre de los cristianos. Para esto y para aquello habia elegido á Antonino Caracalla, hijo y sucesor de Severo. Este Príncipe, que en su infancia habia recibido buena educacion y mostraba una excelente índole haciéndose querer de todos, se pervirtió por la ruinosa adulacion de infames cortesanos, y vino á ser sin saberlo el instrumento de las venganzas del cielo. En efecto, su bárbara crueldad, que dejó en paz á los adoradores de Jesus, se cebó en los que crudamente los habian perseguido. En particular Roma, Alejandría y las Galias fueron el teatro de su sanguinaria fiereza, en lo cual se vió el dedo de Dios, porque Roma, Alejandría y las Galias se habian distinguido sobremanera en dar muerte horrorosa á los cristianos.

Orígenes aprovechando sin duda la tregua, que la divina Providencia proporcionaba á su Iglesia, hizo un viaje á Roma llevado de su afecto á la insigne cátedra de Pedro. Á su regreso á Alejandría, deseando tener algo mas de tiempo para satisfacer la sed que le aquejaba de beber noche y dia en la divina fuente de las Sagradas Escrituras, descargó parte del peso de la enseñanza en su discípulo Heraclas confiándole la primera instruccion de los catecúmenos, y reservándose para sí la de los mas ade-

lantados en la altísima ciencia de la religion. Aunque ya tenia andado gran parte del camino de la vida, se puso á aprender, cual si fuera de pocos años, la lengua hebrea á fin de penetrar mejor el sentido de las Escrituras leyéndolas en su original. Pero esa misma ansia de saber anubló el horizonte magnífico de su elevada inteligencia. El deseo de ampliar sus conocimientos en la filosofía profana le hizo asistir como discipulo á la escuela del eclético Ammonio Saccas, quien anhelando conciliarse el afecto de todas las sectas filosóficas, formó un sistema de filosofía participante de las ideas, que en el mundo habia derramado el cristianismo, y de las que habian enseñado los antiguos filósofos de la Grecia, tomando por guia en medio de este laberinto á Platon, que á la verdad distaba menos de los cristianos y gozaba entre ellos de alguna aceptacion. Por esta causa se llamó neoplatónica la nueva escuela, y á Saccas se le ha considerado como á padre de ella. Mas era indigna de que el eminente genio de Orígenes se abatiera desde las purísimas regiones de la teología católica á tinturarse en el claro-oscuro de sus sombras y tenues lucecillas.

¿Fué en Orígenes humildad el tomar por maestro á Ammonio, ó fué una excesiva condescendencia con los gentiles y hereges, en cuyas doctrinas queria estar versadísimo para mejor

desvanecer sus dificultades? ¿Qué espantoso vértigo se apoderó de ese héroe de nuestra religion, de esa firme columna de las verdades reveladas, de ese brillante planeta del firmamento de la Iglesia? La superioridad del talento de Orígenes, que hasta entonces habia triunfado de toda clase de errores deshaciéndolos como el sol á la niebla de la mañana, no quiso sacudir el yugo del nuevo maestro, que imprudentemente se habia echado al cuello; y adoptado su sistema, al menos en gran parte, pues los talentos muy eminentes si se dejan pervertir, casi nunca se dejan subyugar del todo, tomó un rumbo sobremanera peligroso, anteponiendo á las sencillas y grandiosas verdades de la Biblia el nuevo mixto, que allá en su fantasía se forjó con recuerdos platónicos y violentas interpretaciones de la divina palabra. Si como parece, fueron rectas sus intenciones, no llevaron el mismo camino los engendros de su espíritu ya extraviado. No es este el lugar de exponer sus errores, tarea propia de obra mas dilatada y que no cabe en el limitado círculo de la presente, en la cual se ofrecerá mas adelante ocasion de mencionarlos, al menos en compendio. Baste decir que en lo sucesivo dieron márgen á disturbios y extraviaron á algunos hijos de la Iglesia. Orígenes levantó sobre la basa del neoplatonismo el desgraciado edificio de su nueva doctrina teo-

lógica. He aquí una grande y lastimosa prueba de que la nueva filosofía alejandrina conducía á las mas lamentables aberraciones. Derribó al lumínico coloso del siglo tercero; por su influjo cayó Orígenes. Sin embargo, en manos de la divina Providencia aun lo que en sí es ruinoso, puede ser un instrumento de trastornos bienhechores. Y así sucedió con la nueva secta neoplatónica, cuyos doctores indignados al ver cuánto habian depravado los hereges gnósticos las ideas de su antiguo maestro Platon, que descubrian desfiguradas entre las monstruosas extravagancias de todos estos sectarios, volvieron contra ellos las armas de su ingenio, y ganándoles la batalla los obligaron á esconderse, de modo que á mediados de este siglo apenas se habla ya de semejantes hombres, ó si se hace alguna mencion de sus errores, es cual de cosa que ya va pasando y lleva ya perdida su importancia.

Aunque Orígenes no era el que habia sido en cuanto á la pureza de la doctrina, no habia sufrido menoscabo su celo por la defensa de la verdad y la conversion de las almas. Á él se debió la de su célebre amigo Ambrosio. Era este un señor poderoso, ávido de saber y poco mesurado en sus investigaciones científicas: habíanle seducido los hereges valentinianos, y la misericordia divina se sirvió de Orígenes para atraerle al seno de la verdadera religion. Am-

brosio correspondió al gran beneficio, que habia recibido de su maestro con una amistad fidelísima y generosa, con una vida ejemplar y llena de virtudes, y con una perseverancia en la fé, que le hizo ceñirse la corona de mártir.

La fama de Orígenes volaba á los países mas remotos: el gobernador de Arabia le envió una embajada llamándole para oír de sus lábios su ponderada doctrina, y el ilustre doctor se prestó gustoso al noble anhelo del que mandaba en Arabia; pero no se detuvo en ella largo tiempo, pues le esperaban en Alejandria sus queridos é innumerables discípulos. Volvió á ausentarse de esta ciudad cuando el emperador Caracalla la hizo objeto de sus tiránicos furores, y fué á fijar su residencia en Cesarea de Palestina.

Recibiéronle allí los Obispos de aquella comarca, dispensándole extraordinarios honores; pero el Pastor de Alejandria Demetrio no queria que su grey estuviese privada del celo y de la enseñanza de Orígenes, y por tanto no solo le escribió con vivas instancias para que volviera, sino que envió á Cesarea una comision encargada de traerle. Restituyóse á su patria el sabio de Alejandria, y continuó en ella sus lecciones hasta que Mamea, madre del emperador Alejandro, confió á un oficial con cien soldados el honorífico encargo de conducirle á Antioquia, donde ella se hallaba. ¡Tan grande era el em-

peño que de oírle y admirar de cerca su sabiduría y conferenciar con él sobre puntos de religión habia formado esta juiciosa Princesa! ¡Tanto se habia divulgado su nombradía de varon doctísimo en las cosas divinas que cautivó el corazón de una señora encumbrada á la mayor altura de la soberanía terrena! He aquí una nueva reina de Sabá. Si como la antigua no emprendió un viaje para visitar al nuevo Salomon, fué sin duda porque este no ocupaba un trono y hubiera sido mas chocante y nada propio el viaje á Alejandria de la madre del Emperador del mundo. Pero tuvo la satisfaccion de oírle varias veces, y es natural que Orígenes no perdiera tan bella ocasion de desplegar su acreditado celo en pro del cristianismo. Nada cierto se sabe sobre si esta Princesa, que fué propicia á los adoradores de Jesus, hubiese ó no abrazado nuestra divina Religion.

Si Orígenes la realzaba con su inmenso saber, aun la honraban mas con sus virtudes los santos Obispos de Jerusalem Narciso y Alejandro. La fama de santidad del primero la confirmaron innumerables milagros, entre los cuales fué célebre el de la conversion del agua en aceite para encender las lámparas del santuario; y aun es mas digno de remembranza por estar ligado con la historia de su vida y de su pontificado el maravilloso castigo de sus

tres calumniadores. Temíanle por sus desórdenes estos hombres de perdicion, y urdieron contra él una trama abominable, y para hacerla mas valedera pronunciaban contra sí mismos imprecaciones horribles. «Si no es verdad, decia el primero de los falsarios, perezca yo abrasado por las llamas,» y así sucedió. Él y toda su casa y su familia fueron presa de un voraz incendio. «Acabe conmigo una horrorosa enfermedad,» dijo el segundo. Y en efecto fué así. El tercero, que se habia comprometido á perder la vista en caso de faltar á la verdad, viendo el fin trágico de sus dos compañeros, confesó que cuanto habian dicho contra el Santo Obispo era una mera calumnia, y fué tal su arrepentimiento que deshaciéndose en lágrimas perdió la vista, porque el continuo llanto anubló para siempre sus ojos, que habian sido objeto de su anatema. En tanto el inocente Obispo San Narciso se decidió antes de estos milagrosos castigos á esconderse huyendo de Jerusalem, porque su alma ansiaba contemplar en soledad y para lograrlo le pareció que era esta una bella ocasion. Ignorábase donde estaba, y mientras él vivia con solo Dios en su retiro, tuvo Jerusalem sucesivamente tres Obispos. Despues de muchos años volvió á ella San Narciso, y fué recibido por sus habitantes con profunda veneracion y religioso entusiasmo. Sen-

táronle de nuevo en su sede episcopal, mas su respetable ancianidad era tanta que ya no podia gobernar la diócesis por sí solo. La divina Providencia le dió un coadjutor incomparable en San Alejandro, que era Obispo de una ciudad de Capadocia. Le habia ordenado Dios en una revelacion que fuese á Jerusalem á visitar aquellos santos lugares. En la noche anterior á su llegada, San Narciso y algunos otros Santos tuvieron tambien una revelacion, en que oyeron una voz muy distinta y clara, que les mandaba salir de Jerusalem, y tomar por Obispo suyo al que Dios le enviaba. San Narciso estaba ya muy viejo y muy decrepito; y él y su grey cogieron á Alejandro, y de consentimiento de todos los Obispos de Palestina, reunidos á la sazón en un Concilio, fué hecho coadjutor y Obispo en compañía de Narciso en Jerusalem. Gobernaban juntos esta Iglesia cuando Alejandro escribió á los Antinoitas: «Salud os envío en nombre de Narciso, que tiene aquí antes que yo la dignidad de Obispo, y quien en la edad ya de 116 años, está al presente unido conmigo en oracion. Este pues y yo os suplicamos que vivais en perpétua paz y unión.»

Reunió San Alejandro en Jerusalem una copiosísima librería, que en el siglo siguiente tuvo Eusebio á su disposicion para componer su eclesiástica historia, por manera que sin

aquella probablemente no hubiera podido transmitir á la posteridad tantas y tan preciosas noticias acerca de las obras escritas en la infancia de la Iglesia.

Muerto el emperador Eliogábalo, que con sus vicios deshonoró la púrpura, subió al trono imperial Alejandro Severo, príncipe no menos distinguido por las relevantes prendas que le adornaban, como por el influjo que concedió en el gobierno á su madre Mamea, la cual instruida por Orígenes acerca de las excelencias del cristianismo, inspiró á su hijo una ventajosa idea de esta divina religion. No la habia abrazado Alejandro, pero ya se deja entender que su reinado fué favorable á los cristianos. Tuvieron estos algun acceso cerca de su persona, pues les inspiró la necesaria confianza para someter á su decision un litigio, que tenian con varios taberneros sobre un lugar público, donde querian erigir un templo. Alejandro decidió la cuestion en favor de los cristianos, y no hay duda que el verle tan propicio los animaria para levantar otros templos al verdadero Dios. Hasta entonces casi todos los santuarios del Altísimo habian estado bajo de tierra en esas sombrías catacumbas, en donde los primeros fieles hacian una vida de ángeles orando y contemplando junto á los sepulcros de sus mártires y celebrando los divinos oficios

en aquellas ciudades subterráneas, á las cuales habia bajado á habitar la santidad de los cielos. Tambien tenian oratorios en casas particulares.

Alejandro Severo habia aprendido algo de las sabias máximas, que ellos observaban: aquella de *no hagas á otro lo que para ti no quieras*, la hizo esculpir con grandes letras en su propio palacio como asimismo en edificios públicos. Y él se atenia á ella. ¡Ojalá hicieran otro tanto todos los monarcas! Estas favorables disposiciones del Emperador parece que no estorbaron el que de cuando en cuando sufrieran los cristianos alguna persecucion ora en tumultos populares, ora por parte de autoridades, que abusaban del poder para soltar la rienda á la mala voluntad que les tenian. Ulpiano prefecto del Pretorio y célebre jurisconsulto, á cuyo arbitrio estaba entregado el jóven Emperador, les era tan contrario que en un libro que escribió de los deberes de los procónsules, hizo una recopilacion de los edictos, que contra aquellos se habian publicado, entrando en los pormenores de los atroces suplicios que prescribian. Con razon pues conjetura el Cardenal Orsi que semejante hombre aprovecharia para hacerles daño cuantos medios estuviesen á su alcance y cuantas ocasiones se le presentáran.

Orígenes continuaba siendo el grande espectáculo de su siglo: sus amigos hacian con él

excesos de estimacion: sus enemigos, y particularmente los hereges, no perdonaban medio alguno para desacreditarle: dos de estos usaron de muy malas artes para divulgar por todo el mundo que le habian vencido en públicas disputas, y no le costó poco poner en claro la verdad. Su amigo Ambrosio le perseguia de otro modo: era tanto el afan que este hombre estudiosísimo tenia por exprimir todo el jugo del talento y de la sabiduría de Origenes que casi no le dejaba un solo instante de reposo, exigiéndole á todās horas que le explanára las dificultades de la Sagrada Escritura, que esclareciera sus dudas, que respondiera á sus argumentos y que escribiera sin cesar, pagándole para ello catorce escribientes, siete de los cuales ponian en borrador lo que él les dictaba en sus respectivos turnos, mientras los otros siete copiaban aquello mismo en limpio. Diestras doncellas se ocupaban tambien por órden y generosidad de Ambrosio en transcribir primorosamente los libros de Origenes. Quejábese este de que su ardiente amigo ni siquiera le permitia dormir un poco de siesta despues de la comida. En un viaje que hizo á la Acaja, habiendo pasado por la Palestina, le ordenaron allí de sacerdote los Obispos Teotisto de Cesarea y San Alejandro de Jerusalem. Llevólo muy á mal su Obispo Demetrio, haciendo de-

masiado públicas las muestras de su airada desaprobacion. No faltó quien dijera que Demetrio procedia contra Orígenes á impulsos de la envidia; pero es innegable que este doctor insigne dió márgen con sus errores á que se le condenára en un Concilio reunido por aquel metropolitano en esa misma Alejandría, en que tantos varones ilustres habia formado con su enseñanza, siendo su íntimo amigo y discípulo San Heraclas uno de los que suscribieron la mencionada condenacion. Expulsado de su patria cuando se hallaba ausente de ella, depuesto del sacerdocio y solemnemente condenado en su doctrina, halló Orígenes algun consuelo á su amargura en la proteccion que le dispensaron los Obispos de Acaya, Arabia y Palestina. La Santa Sede no le fué favorable: no podian aprobarse en Roma las aberraciones de su fantasia, por mas que fuesen puras y rectas sus intenciones y ardoroso su celo por la defensa de la fé.

En medio de tan desagradables vicisitudes jamás abandonó Orígenes sus tareas literarias, ni la de instruir en la divina ciencia de la religion á cuantos querian aprovecharse de sus luces. Y es muy particular que aun cuando en sus escritos propuso ideas extravagantes é indignas de la alteza y magestad de nuestros sacrosantos dogmas y de la elevacion de las divinas

Escrituras, en su magisterio privado no padeció menguas aquel tino y acierto, que habia recibido del cielo para formar los corazones y los ingenios en las letras y en las virtudes. Debióronle sus grandes y primeros aprovechamientos en la filosofía cristiana y en la santidad Atenodoro y Gregorio llamado despues el Taumaturgo, jóvenes hermanos, que habian visto la primer luz del dia en Neocesarea del Ponto y que pasando por Cesarea de Palestina para ir á Berito á estudiar la jurisprudencia, quedáronse en aquella ciudad como cogidos por el imán de Orígenes, quien les persuadió lo útil que les seria dedicarse allí mismo á otro género de estudios. En ellos les sirvió de guia este sabio maestro, y de las ciencias profanas en que los hubo instruido, hízolos pasar á las sagradas, en las cuales presentó á sus encantados ojos un cielo infinitamente mas luminoso. Ambos jóvenes, que eran de bella índole, de noble corazon y de clarísimo entendimiento, al verse en una esfera tan sublime no quisieron, como los Apóstoles en el Tabor, bajar de aquella altura, y renunciando á la filosofía profana y á la religion de los sentidos, en que habian sido educados, abrazaron el cristianismo para ser en su seno dos lumbreras esplendorosas.

San Urbano, primero de este nombre, nobilísimo romano, sucedió en la sagrada tiara al

Papa San Calixto, y ambos se ciñeron la gloriosa diadema de mártires.

Se venera el cráneo del Pontífice San Urbano en Roma en la iglesia de Santa María in *Trans-
tevere*.

CAPÍTULO IV.

SUMARIO.

Persecucion de Maximino. Ambrosio cargado de cadenas. Orígenes, que estaba escondido en Capadocia, le dirige un libro para animarle al martirio. Muerte de Maximino. San Gregorio hecho Obispo de Neocesarea: se le aparece la Santísima Virgen con San Juan Evangelista. Prodigios de su viaje. Milagros y conversiones en Neocesarea. San Alejandro el carbonero. Filipo emperador. Orígenes es llamado por dos veces al Arabia, convirtiéndose en su primer viaje á Berilo, Obispo de Bostres, y en el segundo á unos hereges, que negaban la inmortalidad del alma. Reflexiones sobre Orígenes; sus obras y sus errores: mencion de las de Tertuliano y de sus heréticos extravíos. San Cipriano: sus obras y su mérito literario. Sumos Pontífices. Varios hereges y sectas.

La princesa Mamea y su hijo el emperador Alejandro Severo fueron víctimas de la ambicion, que tenia al imperio un soldado de fortuna,

que de guardar los rebaños, cual rústico pastor había llegado á encumbrarse en la milicia por su fiero valor y por la bárbara fuerza de su brazo terrible: era un gigante godo, que se llamaba Maximino. Hecho señor del mundo, la primera hazaña de su ferocidad fué acabar sangrientamente con los ministros y amigos de su predecesor en el imperio, entre los cuales se contaban muchos cristianos. Créese que lo que en especial atizó su ódio á nuestra santa religion fué la singularidad de un soldado cristiano, que rehusando contaminarse hasta con lo que de lejos podia ofender la delicadeza de su conciencia, en vez de llevar en la cabeza como sus compañeros una corona de laurel, la llevaba en la mano en el acto solemne de presentarse á recibir los donativos, que el tirano hacia al ejército con motivo de su exaltacion al imperio. Publicó edictos, en que señalaba como particular objeto de su persecucion á los clérigos y obispos, considerándolos como los principales instrumentos de la propagacion del cristianismo. No ha faltado quien diga que señalaba por blanco primero de su asoladora hazaña á Orígenes, cuya celebridad é importante papel, que desempeñaba en la Iglesia, era natural que hubiese llegado á sus oídos; pero el que antes había deseado tanto dar su vida en el martirio y había acompañado en su marcha al patíbulo á

muchos de sus discípulos exhortándolos á la constancia en la fé, esta vez juzgó que era prudencia esconderse, y así lo hizo en casa de una señora rica, piadosa y muy dada á los estudios, que vivia en la provincia de Capadocia y que tuvo á dicha mantenerle oculto por espacio de dos años, proporcionándole libros y cuanto necesitaba para hacer útil y agradable su forzado retiro. ¿Y cómo en él habia de estar ocioso el infatigable escritor, que por no descansar nunca mereció que le llamarán diamantino, es decir, hombre que para el trabajo era duro como el diamante? Viendo que su amigo Ambrosio era llevado preso en compañía de otro confesor presbítero llamado Prototeto hasta las extremidades del imperio, donde se hallaba la coronada bestia, que por sí misma queria devorar las ovejas del redil de Jesucristo, compuso un bello libro para animarle á permanecer firmísimo en la heroica resolucion de acabar gloriosamente por la fé una vida toda llena de virtudes y toda consagrada al servicio de Dios; patéticas y sublimes son las razones, que presenta para que no decaiga su heroismo al opulento padre de familias, que ahora entra arrastrando cadenas en aquellas mismas ciudades, que en otro tiempo le recibian en triunfo. Conducido Ambrosio hasta la Germania, sufriendo en tan largo viaje lo que no es decible, mostróse digno

de la notoria grandeza de su fama y de su ardentísimo corazón. El tirano halló en él un héroe, que le excedía en valor y fortaleza.

Sábese que en la Capadocia fué terrible esta persecucion, pues en ella no solo se dirigian los tiros de la enemiga malevolencia contra los sacerdotes y obispos, sino que en general se hacia guerra á muerte á todos los fieles, los cuales se veían obligados á abandonar sus bienes y sus hogares para salvar sus vidas huyendo precipitadamente. El furor del prefecto Sereniano era un incendio, que á gran distancia esparcia sus destructoras llamaradas. El fanático pueblo se convirtió tambien en verdugo de los cristianos, contribuyendo á este frenesí la arraigada preocupacion en que unos á otros se imbuian sus adversarios de que aquellos eran la causa de la ira de sus mentidas divinidades, que con espantósos terremotos reducian á escombros las ciudades de Capadocia. No con los sacudimientos de la tierra, sino por la devastacion de los hombres enfurecidos fueron arruinadas las iglesias, que poco antes se habian edificado para adorar en ellas al verdadero Dios.

La divina Providencia, que concedia á su Iglesia de cuando en cuando algun descanso en las horribles tribulaciones de los tres primeros siglos de su heróica infancia, y que como

observa Bossuet en su explicacion del Apocalipsis, no queria el exterminio de la gran familia de Santos, que habia establecido en el mundo, puso término á esta persecucion con la sangrienta muerte de Maximino, que en su tienda de campaña fué asesinado por sus propios soldados. Llevada su cabeza y la de su hijo á Roma, fué recibida con alborozo, porque el difunto Emperador habia sido por su crueldad no solo para la Iglesia de Jesucristo sino para todo el universo, que temblaba bajo su ruda planta, una viviente y espantosa catástrofe.

Mas si eran grandes los males, que Dios permitia en su Iglesia para mas acrisolarla y mostrar su divino origen sacándola triunfante de las garras de tan poderosos enemigos, eran igualmente magníficos los dones sobrenaturales, con que la enriquecia y consolaba. Gregorio Taumaturgo fué como un vaso celestial, en que le plugo derramarlos. Orígenes le habia formado en la ciencia y en la virtud, y el Señor quiso por sí mismo coronar la obra comenzada. Vuelto el Santo á su patria Neocesarea, vendió los cuantiosos bienes que en ella poseia, y los repartió á los pobres para vivir sin mas riqueza que su Dios en desconocida soledad: retiróse á ella á pesar de las vivas instancias, que los magistrados y otros personajes le hicieron á fin

de que no abandonase su cara patria, adonde su permanencia les parecia muy necesaria y útil al procomun. Mas no era voluntad de Dios que holgase en solo la meditacion por mucho tiempo: el metropolitano Fédimo, de quien dicen los historiadores que tenia el don de profecía, impulsado por el Espiritu Santo le nombró Obispo de Neocesarea; y Gregorio, aunque con harto sentimiento, hubo de conformarse con las disposiciones del Altísimo aceptando aquella dignidad; pero antes, creyendo que no se hallaba suficientemente instruido en la religion, pidió que se le permitiera prepararse con su estudio por algun tiempo para el desempeño de las dificiles y augustas funciones del episcopado. Se le concedió; y habiendo pasado toda una noche en oracion pidiendo á Dios sus luces, al fin de ella vió entrar en su aposento á un venerable anciano y á una Señora, cuya belleza, dulzura, magestad y resplandores estaban diciendo que era la Reina de los cielos. Lo era en efecto; y con su maternal bondad mandó al anciano, que le acompañaba, que instruyera á Gregorio. Y San Juan Apóstol y Evangelista, que allí estaba presente aparecido con ella, obedeciendo al instante al mandato de su divina Princesa, descubrió al asombrado jóven los adorables arcanos del misterio de la Santísima Trinidad. Luego que pasó la vision, Gregorio es-

cribió cuanto le habia dicho el Evangelista, lo enseñó siempre en su Iglesia, y dejó á sus sucesores aquella especie de símbolo escrito de su puño y letra: conservábase aun el original en tiempo de San Gregorio Niseno; y Rufino la insertó en su historia eclesiástica tal cual ahora la vemos en la del Abate Rohrbacher.

Yendo el nuevo Obispo á Neocesarea, tuvo una noche que refugiarse con sus compañeros de viaje por que llovía mucho, tronaba y relampagueaba, en el mas famoso templo de ídolos, que habia en aquella comarca. Al entrar en él hizo el Santo varias veces la señal de la cruz, y se ahuyentaron los espíritus malignos, que allí tenian su morada. Por la mañana vino el sacrificador, y el demonio se le apareció y le dijo que ya no podia habitar en aquel templo por la virtud del que allí habia pasado la noche. Enfurecido el sacerdote de los ídolos al oir esto corrió á alcanzar á Gregorio, porque ardia en sed de venganza, y habiéndole alcanzado en el camino, y héchole reconvenciones y amenazas, el Santo le manifestó que estaba en su arbitrio el arrojar á los demonios y el enviarlos adonde mejor le pareciese, pues tan grande era la confianza que en su Dios tenia. Asombrado el sacrificador le rogó que les mandase volver al templo. Y condescendiendo Gregorio rompió un pedacito de un libro que lle-

vaba, y escribió en aquella cartulina: «Gregorio á Satanas: entra.» El sacrificador vió por sus ojos cumplida la órden, de que era portador, y reflexionando sobre el maravilloso poder del Taumaturgo, corrió de nuevo á buscarle y le halló antes de haber entrado en la ciudad: le suplicó que le diese noticias de ese Dios, que tanto podia sobre todos los demás dioses; y habiéndose puesto Gregorio á explicarle los misterios de la fé, le chocó el de la Encarnación del divino Verbo. Dijole entonces el Taumaturgo que para que lo entendiese convenian las maravillas de la diestra del Excelso: le pidió el pagano que hiciese mudar de sitio á una peña, que se veia junto al camino, donde ellos estaban. Y á la voz de Gregorio, que se lo mandaba, la peña se levantó de su asiento y fué volando á colocarse en el lugar que le habia designado. Y el sacerdote de los ídolos en vista de tal portento no solo abrazó el cristianismo sino que por hacerse inseparable compañero del Obispo Gregorio, abandonó sus bienes y su familia.

La fama de sus milagros entró en Neocesarea antes que su Pastor y movió á los cristianos de esta ciudad, que eran solo diez y siete, á salir á recibirle llenos del mas entusiasta júbilo. Al dia siguiente de su entrada en la ciudad habia crecido grandemente aquel reducido número

de fieles por las muchas conversiones obradas con los milagros del santísimo Prelado, á cuya habitacion acudieron para que los sanára enfermos de todas clases y condiciones, y todos ellos lograron su apetecida curacion repentina. La naturaleza le obedecia; parecia que los rios y los lagos estaban enteramente sujetos á su voluntad soberana. En una peste enviada por Dios para castigo de los idólatras él fué el médico universal, y á sus prodigiosas curaciones seguíase la conversion de los curados y las de los testigos de ellas. Así á su muerte no quedaron en Neocesarea mas que diez y siete paganos, número igual al de los cristianos que en ella habia encontrado.

No sin razon creian sus diocesanos que siempre estaba Dios con él, asistiéndole en cuanto hacia: pruébalo entre otras cosas la eleccion, que hizo de Alejandro el Carbonero para Obispo de Comana: le habian llamado los habitantes de esta ciudad para fundar en ella una Iglesia, autorizándole para que tambien les diera un buen Obispo: presentáronle como candidatos varios sujetos de luces y de ventajosa posicion social, pero él dijo que no debia ser un obstáculo para tan alta dignidad el ser de condicion pobre con tal que se poseyera el inapreciable tesoro de la virtud. Hubo quien al oír esto por una especie de gracia ó jovialidad



propuso á Alejandro el Carbonero; y el Santo Obispo mandó que se le presentára: habló con él á solas y descubrió que era un filósofo cristiano y un hombre de rara abnegacion, que por huir de los peligros, á que podia exponerle su gallarda presencia, y asegurar bajo el tizne del carbon la pureza de su alma, habia tomado aquel bajo oficio inspirado por su santa humildad. Ordenó que le mudaran el traje y que volvieran á presentarle al público con desusada limpieza, y entretanto hablaba él al pueblo extendiéndose en su discurso hasta que vino el Carbonero todo transformado, y San Gregorio dispuso que tomára la palabra y mostrára las riquezas de sabiduría, que hasta entonces habia tenido encerradas: obedeciendo Alejandro, admiró á todos con su sencilla elocuencia. De esta manera se justificó su extraordinaria eleccion para Obispo de Comana, que consagrado por el mismo San Gregorio gobernó con apostólico celo, ciñéndose por último en la persecucion de Decio la corona de mártir.

Despues de la muerte del tirano Maximino la Iglesia gozó de paz durante el dominio de los Emperadores que le siguieron, y el mando de los dos Filipos le fué sobremanera favorable por la libertad, en que estos dejaron á los Obispos para extender nuestra divina religion. Como una muestra de que el primero fué cris-

tiano se refiere que San Babilas, Obispo de Antioquía y despues célebre mártir, le detuvo á la entrada del templo sujetándole á los ejercicios de una dura y vergonzosa penitencia, y que él se sometió con humildad cumpliendo cuanto el Obispo le prescribia. Este hombre de bajo nacimiento, que habia subido al imperio con los inicuos asesinatos de Misiteo, prefecto del pretorio, y del cumplido emperador Gordiano III, encontró en el magnánimo Obispo San Babilas un corazon lleno de mas fortaleza que el suyo lo estuviese de ambicion desenfrenada. Aquí es de admirar el poder extraordinario y la heróica intrepidez del sacerdote cristiano, que sin mas armas que su palabra detiene, humilla, avasalla y rinde á los que con su poderío hacen estremecer la tierra y no reparan en sacrificar vidas de encumbradísimos dominadores.

En tiempo de San Gerónimo se conservaban aun dos cartas, que vió el Santo Doctor dirigidas á aquel Emperador y á su esposa la Emperatriz y escritas por Orígenes como á cristianos con la gravedad propia de tal maestro y esclarecido ministro del Evangelio. Parecia que este hombre insigne era necesario en todas partes: llamósele á la Arabia para que hiciese volver al camino de la verdad á Berilo Obispo de Bostres, con quien habian disputado en vano

otros varios Obispos, y lo consiguió con la dulzura y eficacia de sus sabios razonamientos. El mismo Berilo, que era autor de varias obras muy estimables en concepto de San Gerónimo, le escribió despues diversas cartas dándole repetidas gracias por el inmenso beneficio, que le habia hecho trayéndole de nuevo al conocimiento y á la profesion de la verdadera fé. Pasados algunos años, volvió Orígenes á la Arabia para asistir á un Concilio, en que se habian reunido los Obispos de aquella region á fin de condenar una heregía acerca de la inmortalidad del alma, y habló con tanta uncion y elocuencia que depusieron su error los que antes lo habian propalado y sostenido. Estos hechos son una prueba de que Orígenes fué el martillo de los hereges de su tiempo. Pero hay mas: sin el auxilio de la divina gracia no le hubiera sido posible alcanzar tan hermosos triunfos, ni hacer para el cielo tan provechosas conquistas. Ciertó que este precioso don de persuadir la verdad á los que la combatian ó la ignoraban con la blandura y solidez de sus discursos, pertenece á las gracias gratuitas ó gratis datas, las cuales, como es sabido, pueden tambien hallarse en almas pecadoras ó infieles; pero además de que esto raras veces sucede, en Orígenes son un claro indicio de la bondad de su alma y de que estaba bien con Dios, porque no fué este varon singular un

instrumento ciego de la divina Providencia para tan ilustres obras, sino que él las hacia con plenitud de propia voluntad y siempre animado del mas puro celo. Si á estas razones, ó mas bien hechos, que hablan muy altamente en su favor, se añaden las explícitas declaraciones, que hizo de que los hereges habian adulterado sus libros y que otros se habian divulgado sin su consentimiento antes de haber podido revisarlos, y la consideracion expuesta por sus defensores de que la mayor parte de sus ideas falsas ó erróneas solo fueron propuestas á manera de problemas ó dudas y siempre con ánimo de sujetarse á las decisiones de la Iglesia y de su visible cabeza el Romano Pontífice; aunque los juicios de Dios son un abismo insoldable, que mas bien debemos adorar que escudriñar con necia temeridad; atendida sin embargo su infinita misericordia y las multiplicadas promesas hechas en los libros santos, y recordando aquella magnífica sentencia de San Agustin, que dijo: «Si has salvado un alma, has predestinado la tuya» tendremos una consolatoria muchedumbre de motivos para esperar piadosamente, y no dudar como algunos, que el sublime espíritu de Orígenes, que en diversas ocasiones padeció martirio por la fé, por mas que no llegase á consumarlo con la muerte, está gozando de la bienaventuranza en recom-

pensa de sus largas fatigas y memorables virtudes.

Sabido es que este ingenio fecundísimo produjo una admirable multitud de obras; empero por no estar libres de algunos errores, y consultando la brevedad, aquí solo se hará mención de las que fundadamente juzga mejores el sabio Cardenal Orsi. San Gerónimo escribió que Orígenes se habia excedido á sí mismo al componer sus libros sobre el Cántico de los Cánticos. En su obra contra Celso, escrita despues de los sesenta años de su edad, se halla tal copia de profana y sagrada erudicion empleada con tanto juicio y profundidad de discurso y agudeza de reflexiones y fuerza de raciocinio, que justamente ha sido considerada como la mas copiosa y completa apologia de la religion cristiana, que se haya publicado en los primeros cuatro siglos de la Iglesia. «Los ocho libros contra Celso, dice Orsi, porque han llegado hasta nosotros sin haber sido adulterados por manos extrañas, son los que mas cabal y exacta idea pueden darnos de los sentimientos de su autor, y los que están mas exentos de errores, como tambien su epístola á Julio Africano, su *Exhortacion al martirio* y sus célebres *Exaplas*, que son sus mejores obras.»

Acerca de los errores de Orígenes, me parece conveniente copiar á Rhorbacher, el cual se

expresa en los términos siguientes: «Cayó Orígenes en mas de un error; pero tambien se le han atribuido muchos de que está exento, y hasta errores contradictorios, errores que se destruyen unos á otros. Dos son las causas de esto. Como Orígenes habia escrito tanto y era tan grande su reputacion, no pocos hereges tomaron el arbitrio de poner sus errores bajo la tutela de su nombre, y de ingerirlos en alguna de sus obras.... Y en el seno mismo de la Iglesia siempre se ha disputado en pró y en contra de Orígenes con tanto acaloramiento que unos hallaban un sentido perverso en las mismas palabras, en que otros descubrian un sentido católico; y es en esta cuestion muy notable y extraordinario el que militen varios Santos en uno y otro bando.

»Por último, ninguno de los errores, que realmente le pertenecen, habia sido hasta su tiempo objeto de decision alguna por parte de la Iglesia, ni se hallará uno solo que él hubiese sostenido obstinadamente. Son cuestiones que suscita; soluciones que propone, algunas veces en pró y en contra; ideas que emite con desconfianza y modestia á fin de que los lectores las examinen y juzguen. Versan las dos principales sobre la preexistencia de las almas y sobre la final restauracion de todas las cosas....

»Aquellas dudas de Orígenes vinieron á ser

otros tantos dogmas para muchos de sus admiradores; y esta fué la mayor calamidad. Él mismo establece ante todo la regla para discernir lo verdadero de lo falso. «Los que creen en Jesucristo, dice en el prefacio de sus *Principios* solo en las palabras y doctrina de Cristo buscan la ciencia de la virtud y de la felicidad. Yo llamo palabras de Cristo, no solo las que él mismo ha enseñado en persona, sino tambien las que enseña por Moisés y los Profetas. Habiéndonos Cristo asegurado así de la verdad, hemos cesado de buscarla entre los griegos y los bárbaros. Mas como se susciten diferencias entre los que hacen profesion de creer en él, es preciso seguir cual regla cierta la predicacion eclesiástica transmitida desde los Apóstoles por orden de sucesion y perseverante hasta el dia de hoy en las Iglesias; ni debemos tener por verdad sino lo que en nada se aparta de la tradicion eclesiástica y apostólica.»

Mas sin embargo de todo lo dicho por el Cardenal Orsi y Rhorbacher como justa atenuacion de la culpabilidad de Orígenes, no debe callarse que San Epifanio le cuenta entre los hereges; que San Basilio escribió de él que no sentia bien acerca de la Persona del Espiritu Santo, y que el Papa San Gelasio condenó de este célebre autor todas las obras que no hubiese aprobado San Gerónimo.

El juicioso dominico Amat de Graveson, pasando revista á las heregias del siglo III, pone otra clase de hereges origenistas: he aquí sus palabras: *Heresis origenistarum, qui ex infami Gnosticorum cloaca egressi, nuptias damnant, obscenis voluptatibus se conspurcabant, et libris expuris et apocryphis, quos proprio Marte procuderant ad suos stabiliendos errores utebantur. Quapropter ejusmodi originistæ confundi haud debent cum discipulis famosi Originis Adamantii.*

No es este el lugar propio para hablar de los escándalos y heregias con que mas adelante merecieron diversas condenaciones por parte de la Iglesia é hicieron condenar escritos de su maestro Orígenes los que de sus obras y de sus erróneas opiniones abusaron lastimosísimamente.

Los libros, que compuso Tertuliano, siendo católico, son: *Los dirigidos á las naciones, el de las Prescripciones, su Apologetico, el Testimonio del alma, el Escorpiaco, ó remedio contra el veneno de las heregias, la Exhortacion á los mártires, el libro contra los judios, los que escribió contra Ermógenes y Valentin, los dos á su mujer, el de la oracion, el de la penitencia, el de la paciencia, el de los espectáculos, el de los vestidos y adornos de las mujeres.* En su libro intitulado *Exhorta-*

cion á la castidad se halla, segun lo aduce el Emmo. Orsi, un claro testimonio de que ya en su tiempo era costumbre y obligacion en la Iglesia el orar por los difuntos. En el que escribió sobre el bautismo, cuando todavía no habia salido del seno de la verdadera religion, ya se tropieza con el error de que no es válido el bautismo de los hereges. Se apartó igualmente del comun sentir de los Padres, pretendiendo que no se administrase aquel sacramento á los niños recién nacidos, y que se dilatase su administracion á los adultos hasta que se hubiesen casado ó abrazado una vida célibe y continente.

Los libros, que Tertuliano escribió, cuando ya era montanista, son: el del *alma*, el de la *carne de Cristo*, el de la *resurreccion*, el de la *capa ó manto*, el del *velo de las virgenes*, el de la *corona del soldado*, el libro *contra Praxeas*, sus cinco libros *contra Marcion*, el de la *fuga en las persecuciones*, el de la *monogamia*, el de los *ayunos* y el de la *honestidad*. Los cuatro últimos se compusieron exprofeso contra la Iglesia católica, y en defensa de las heregías de Montano.

San Gerónimo dice que estando en Roma el infeliz Tertuliano, se dió por ofendido del clero de esta metrópoli del mundo: el resentimiento y el orgullo produjeron en su corazon un voraz

incendio, y resolvió por impaciencia salirse del camino de la salvacion eterna y arrojarse en brazos de la heregia de Montano. ¿Se hubiera así apagado tan lastimosamente esta relumbrantísima antorcha, y se hubiera perdido un alma de fuego y de luz, si en ella hubiese estado indeleblemente fijo el gran principio de la sumision á la infalible Cabeza de la Iglesia? No ciertamente, aun brillaria despidiendo inmortales fulgores. Sean cuales fueren los supuestos agravios, que de algunos eclesiásticos romanos creyó recibir el altanero Tertuliano, mayor sin duda alguna fué la herida hecha al amor propio del ilustre Cardenal Sadoletto y del insigne Arzobispo de Cambray cuando vieron sus obras condenadas por el augusto Sucesor del Príncipe de los Apóstoles; pero en sus almas bellisimas y sublimes reinaba la humildad y predominaba aquel principio conservador de la fé y de la gracia, que es en las borrascas el áncora de salvacion de todo buen católico, es á saber, el convencimiento de que al Vicario de Jesucristo toca mandar, y obedecer á los demás miembros de la Iglesia por elevados que se hallen, y así estos dos sabios y humildes Prelados triunfaron de su amor propio, condenando sus obras con una solemnidad y entereza de sacrificio, que los honra aun mas que la fama de su sabiduría, y permanecieron

resplandeciendo como estrellas en el firmamento de la Iglesia. Tertuliano salió de ella para abrazar por dogmas y por norte de sus creencias las supuestas y ridículas visiones de dos mujeres agitadas por el demonio, cual lo estaban Priscila y Maximila. La gracia le habia hecho doctor de la Iglesia: la perdió alejándose de esta hija del cielo, cuyo corazon anima, y sin ella se oscureció su entendimiento, así como el de Adan y Eva y el de sus descendientes por el pecado de origen.

Apropiándose los errores de los montanistas, Tertuliano en su tratado de la *monogamia*, vituperó y combatió las segundas nupcias, que el Apóstol declara permitidas, y la única razon que para ello da, es que el paráclito, que profetizaba por Maximila y Priscila, habia revocado aquel permiso. Ni tenia otro fundamento para condenar la fuga en las persecuciones, oponiéndose á estas palabras de nuestro Salvador: «Cuando os persigan en una ciudad, huid á otra.» No queriendo los católicos hacer caso de los ayunos, que á los mandados por la Iglesia habian añadido los montanistas, escribió Tertuliano un libro contra aquellos, ultrajándolos y llamando su fé una fé animal, que no piensa mas que en la carne, y afirmando que la gula y la incontinencia eran las que les impedian acatar las profecias de Montano,

Priscila y Maximila. Y en su libro de la *honestidad* se empeñó en quitar á la Iglesia la facultad, que le habia dado su adorable Fundador de perdonar toda clase de pecados, haciendo con tan duro despropósito vana é ilusoria la efusion de la salvadora sangre del divino Cordero, que quita los pecados del mundo.

No hay para qué decir que este áspero genio africano se puso en contradiccion con las doctrinas, que defendia cuando era católico. Ni le faltó aquella volubilidad, que parece signo distintivo de los hereges, porque al fin de su larga vida dejó de ser montanista para fundar la secta de los que por él se llamaron Tertulianistas. Habiéndose degradado hasta el extremo de reconocer á Montano por el Espíritu Santo y á dos mujercillas endemoniadas por verdaderas profetisas, es de inferir que al poner los cimientos de su nueva secta en su edad octogenaria no andaria mucho mas discreto, pero no he hallado noticias de aquella en dilatadas historias eclesiásticas, ni en los autores, que especialmente trataron de heregias, como parece que tambien le sucedió á San Alfonso de Liguori, que al dar razon de las del siglo tercero, de los Tertulianistas solo dice que duraron por espacio de doscientos años. San Agustin tuvo la gloria de acabar de desbaratarla con la fuerza de sus argumentos y de convertir á la

fé á los últimos Tertulianistas con la suavísima unción, que acompañaba sus palabras. Se dice que Tertuliano vivió hasta una edad muy avanzada, habiendo llegado hácia la mitad de este siglo tercero; y no puede menos de admirarse la misericordiosa longanimidad, que el Señor usó con él, esperándole á penitencia por tantos años.

Admirable fué la Providencia en sustituir á este genio africano miserablemente perdido otro genio, también africano, que había de brillar con mas puro lustre, hacer mas importantes servicios á la Iglesia y difundir en las edades venideras mas hermosos resplandores de ciencia y santidad.

En vez de Tertuliano, astro eclipsado, que perdió la luz del cielo para revestirse con las llamaradas del averno, pues tal es el fuego que despiden sus escritos de herege, puso Dios en el firmamento de su Iglesia la bella antorcha del sublime genio de Cipriano. Había nacido en las tinieblas del paganismo, y en cierto modo las esclarecía con lo mucho que brillaba su talento dedicado á la filosofía, á la literatura y á la enseñanza de la retórica. Pero el Señor, que le había escogido para sí, le trajo al gremio de su Iglesia santa por medio de Cecilio, sacerdote ejemplar y sabio, que era su mejor amigo, y del cual hay fundados indicios para creer

que es el mismo Cecilio, que súbitamente se convirtió en la célebre controversia con Octavio, objeto del famoso libro de Minucio Feliz. Antes de su bautismo tenia Cipriano casi por imposible el conformarse á la pureza de vida de los discípulos de Jesus. Tal era el predominio, que sobre él ejercian las pasiones y los malos hábitos. Pero en el instante en que se vió regenerado por las aguas vivificantes, que limpian toda mancha de culpa, notó que era un nuevo hombre: el Señor le comunicó su gracia con tanta abundancia que apenas nacido para la Iglesia era ya un varon consumado en la perfeccion cristiana, y casi al mismo tiempo recibió los dones extraordinarios de profecía, de obrar milagros curando súbitamente á los enfermos y de lanzar á los demonios de los cuerpos que poseian. Un hombre tan rico de virtudes y de gracias sobrenaturales no es extraño que fuese muy en breve elevado á la dignidad del sacerdocio y poco despues á ocupar la silla episcopal de Cartago vacante por fallecimiento de su Obispo Donato. En su eleccion estuvieron unánimes los Obispos de las diócesis inmediatas, el clero y pueblo de Cartago, si se exceptuan cinco malos sacerdotes, que con su rebelde oposicion dieron principio á un cisma lastimoso. Para que el Santo consintiera en su impensada elevacion fué preciso que los fieles sitiaran su

casa, adonde habia corrido á esconderse, y que conociera claramente la voluntad de Dios. Siendo todavía seglar habia vendido todos sus bienes para distribuir su precio entre los pobres y vivir enteramente consagrado al servicio del Altísimo. ¿Pues qué no haria viéndose Obispo de la mas populosa é importante ciudad del África? Trabajó sin cesar por restablecer la disciplina algun tanto decaida, y no consintiendo que se apagára el santo fuego de la caridad, lo reanimó y lo hizo voraz incendio. Fué un modelo de Obispos, y lo fué tambien por su acatamiento al Pastor de los Pastores, al cual consultaba con filial sumision antes de su malhadado empeño de rebautizar á los hereges.

Además de las muchísimas é interesantes cartas, que nos ha dejado este santo Obispo, escribió diversas obras, que Ceillier enumera en la forma siguiente: «Un libro á Donato sobre los peligros del mundo y los efectos de la gracia, un tratado sobre la vanidad de los ídolos, tres libros de los testimonios contra los judíos, otro sobre la conducta de las vírgenes, su tratado de la unidad de la Iglesia Católica, el de los caidos, el del Padre nuestro, el de la Mortalidad, la Exhortacion al martirio, su escrito contra Demetriano, su tratado de la Limosna y de las Buenas obras, el del Bien de la paciencia, el de los Celos y de la Envidia.» Berault Bercastel, á

quien faltó paciencia y solicitud para la investigación de algunos hechos, imparcialidad y respeto al hablar de varios Sumos Pontífices, y rectitud de juicio al emitir algunas opiniones, dejándose llevar de la funesta corriente del tiempo en que vivía, era á no dudarlo un distinguido literato, que con la belleza de sus formas dió importancia á su historia. Así, pues, aunque estoy lejos de respetarle como historiador, y no convengo con él en sus ideas galicanas, hago aprecio de su crítica en orden al mérito literario de varios Santos Padres, y por esta razón voy á copiar lo que dice de San Cipriano considerado como escritor: «En general, lo que caracteriza todos los escritos de San Cipriano, aun mas dignamente que el distinguido talento que resplandece en ellos y su admirable elocuencia, son aquellos vivos y santos ardores de la caridad primitiva, que por todas partes respira. Y aunque no se halla en sus escritos una doctrina de nuestros misterios tan profunda como en las obras de los Padres del siguiente siglo; con todo, si se exceptúan los tratados sobre la reiteración del bautismo, en los demás no se encuentra nada que no sea conforme á la doctrina de la Iglesia católica.»

San Ponciano, que vió en Roma la primera luz del día, había sucedido á San Urbano en la sublime cátedra de San Pedro, y en la sexta

persecucion fué el primero que alcanzó la palma del martirio. El Papa San Fabian hizo trasladar á Roma su venerable cuerpo desde la isla de Tavollato, en que fué martirizado.

San Antero, sucesor de San Ponciano, estuvo un solo mes investido de la suprema dignidad de Pontífice. Alcanzó muy luego la gloria de mártir, habiéndose hecho el blanco de la persecucion por su diligencia en buscar y colocar en sus respectivas Iglesias las actas de los mártires redactadas por los notarios, que á este fin estableció el Papa San Clemente.

Declaró el Señor milagrosamente su voluntad de que se sentára en la augusta cátedra de San Pedro su siervo Fabian. Hallábase entre los fieles y el clero reunidos para la eleccion de nuevo Papa, y bajó de lo alto una blanca paloma, que posando sobre su cabeza, dió á entender que él era el que Dios destinaba por su Vicario en la tierra. En vista del prodigio, y movida interiormente por el Espíritu Santo, á quien la paloma representaba, toda la asamblea le proclamó por Soberano Pontífice. El nuevo Papa con su celo y virtudes mostró que era digno del sublime cargo de gobernar la Iglesia, que el Señor le habia confiado. Sábese que habiendo apelado á él Privato, Obispo de Lambese, excomulgado por un Concilio africano, San Fabian confirmó aquella sentencia de excomunion

contra el fautor de sediciosa desobediencia, que menospreciaba las doctrinas y autoridad del grande San Cipriano.

Como para oscurecer algun tanto los resplandores de la Iglesia en el siglo III, la infestaron los siguientes hereges:

Noeto, natural de Éfeso, fué una de las pestes, que asolaron la Iglesia en el Ásia á principios de este siglo. Negaba el misterio de la Santísima Trinidad, y pretendia que á él se le tuviese por Moisés y á un hermano suyo por Aaron.

Sabelio, que habia nacido en la Libia Cirenaica, comenzó en Tolemaida á esparcir sus errores acerca del adorable misterio de la augustísima Trinidad, y su funesta fama creció tanto que oscureció la de Praxeas y Noeto, que le habian precedido en la nefanda empresa.

Berilo, Obispo de Bostres, tuvo la avilantez de negar que antes de su encarnacion hubiese subsistido en sí mismo nuestro Señor Jesucristo; mas convertido por Orígenes, como queda dicho, depuso su error y se mostró verdaderamente arrepentido.

Por último, á los hereges de infausta memoria, de que se ha hablado en el lugar correspondiente, añaden varios autores algunos otros, cuya cabeza no designan. Los angélicos, dice San Alfonso de Liguori en su *Historia de las here-*

gias, daban el culto de latría á los ángeles, afirmando que estos habian criado el mundo, y se gloriaban de observar una vida angélica.

Los apostólicos tenian por ilícito el poseer cosa alguna, asegurando que no hay esperanza de salvacion para los ricos, y arrojaban de su comunión á todos los casados. Así el carácter de muchas de las heregias de este siglo, como el de otras posteriores, fué cual se ve en Tertuliano, Novaciano y los apostólicos, una especie de frenesí de rigorismo, que hacia obligatorio á todos los fieles lo que nuestro divino Salvador habia enseñado solo cual consejo, y que sacaba de quicio las prudentes reglas de la Iglesia, substituyendo á la equidad y á la misericordia el pavoroso espectro de la desesperacion. Tambien pudiera observarse que en ningun siglo se ha hecho la guerra tan solo á nuestros sacrosantos dogmas, ni únicamente á la moral del Evangelio, y tanto esta como aquellos han salido ilesos de los combates de sus enemigos, porque las puertas del infierno jamás prevalecerán contra la Iglesia sostenida y amparada por el omnipotente brazo del Altísimo.

ÍNDICE.

Páginas.

EPÍSTOLA ACERCA DE ESTA OBRA Á UN DIFUNTO QUERIDO Y RESPETABLE.	5
--	---

CAPÍTULO PRIMERO.

Magnitud de la empresa de convertir el mundo acometida por los Apóstoles. Circunstancias de estos. Su transformacion en valientes de pusilánimes que eran, prueba la verdad de la resurreccion del Salvador. Reúnense en el Cenáculo con la Santísima Virgen. Eleccion de San Matías.	27
---	----

CAPÍTULO II.

Venida del Espíritu Santo. Oportunidad del pro- digio de las lenguas. Convierte San Pedro tres mil almas en su primer sermon: cura al cojo de nacimiento: con su segundo dis- curso entran en el gremio de la Iglesia mas de cinco mil personas: Pedro y Juan ante el Sanedrin. Estremecimiento de la casa donde oraban los fieles.	32
--	----

CAPÍTULO III.

Vida que hacian los primeros cristianos en Jerusalem. Castigo de Ananías y de Safira. Sectas de Fariseos, Esenios y Saduceos. Prision de los Apóstoles: un Ángel los pone en libertad. Comparecen en el Sinedrio. Gamaliel. 38

CAPÍTULO IV.

Eleccion de los siete primeros diáconos. Martirio de San Estéban. Persecucion de los fieles de Jerusalem. Propágase la fé por la Judea; y en la Samária por medio de Felipe. Dones del Espíritu Santo derramados sobre los que abrazaban el Evangelio. San Pedro y San Juan en Samária. 45

CAPÍTULO V.

Bautismo del Eunuco de la reina Candaces: milagrosa entrada de Saulo en el redil de Jesucristo: sus primeros pasos en la carrera apostólica: su viaje á la Arabia y luego á Jerusalem: vision que tuvo en el templo: se restituye á su patria Tarso. 52

CAPÍTULO VI.

Pretende en vano el Emperador Tiberio poner á Jesus en el número de los dioses. Cura San Pedro milagrosamente al paralítico Eneas;

y en Jope resucita á la limosnera Tabita. Vision de Cornelio; otra de San Pedro. Abre este Apóstol las puertas de la Iglesia á los gentiles. Bernabé y Saulo conquistan para el reino de Jesus á muchos habitantes de Antioquía: en ella pone su cátedra San Pedro provisionalmente. 60

CAPÍTULO VII.

Componen los Apóstoles el credo. Tradicion de la venida de Santiago el Mayor á España. Tradicion del Pilar de Zaragoza. Martirio de Santiago. 66

CAPÍTULO VIII.

San Pedro es encerrado en la cárcel y le liberta un Ángel. Muerte de Herodes Agripa. Saulo y Bernabé van á llevar las limosnas de los fieles á los cristianos de Jerusalem: á su vuelta á Antioquía son consagrados Apóstoles por especial mandato del Espíritu Santo. María Santísima despues de la Ascension del Salvador: su tránsito al cielo. . 74

CAPÍTULO IX.

Traslada Pedro su Santa Sede desde Antioquía á Roma: funda por medio de San Marcos la Iglesia de Alejandría. Viajes apostólicos de Saulo y Bernabé. Conversion del proconsul

Sergio Paulo. Los dos Apóstoles en Antioquía de Pisidia: se ven obligados á huir á Iconio. En Listria tienen que hacer esfuerzos para no ser adorados por dioses y luego son apedreados: continúan sus viajes y vuelven á Antioquía. 85

CAPÍTULO X.

Santa Tecla. Vision de San Pablo: va á Jerusalem á conferir con San Pedro el evangelio que predicaba. Su amonestacion á San Pedro en Antioquía. Suscítanse en esta ciudad algunas querellas, con cuyo motivo se celebra el primer Concilio en Jerusalem. 92

CAPÍTULO XI.

Separacion de San Pablo y San Bernabé. Nuevos viajes de San Pablo en compañía de Silas: su vision en Troade. Predica en Filipos: libra á una jóven del espíritu maligno: portentoso suceso de la cárcel en donde estaba preso. Tumulto de la Sinagoga de Tesalónica contra el Apóstol y sus compañeros: deja en Berea á Silas y Timoteo. 100

CAPÍTULO XII.

San Pablo en Atenas: su discurso ante el Areópago. Convierte á Dionisio Areopajita. Forma en Corinto una floreciente cristian-

dad. Se le aparece el Salvador. Por haber salido sin lesion en un tumulto que se suscitó contra él hace el voto de nazareato. Continuacion de sus apostólicos viajes. Apolo. 107

CAPÍTULO XIII.

Predicacion de San Pablo en Éfeso y persecuciones que sufre. Apolonio de Tiane: se le coteja con los Apóstoles. San Pablo resucita en Troade á un jóven. 113

CAPÍTULO XIV.

Descripcion del viaje de San Pablo de Troade á Jerusalem. Escenas tiernas en Mileto, Tiro y Cesarea. Acometen á San Pablo los judíos en Jerusalem: se le encierra en la fortaleza. Comparece para ser juzgado y ocurren nuevos tumultos. El Señor le conforta apareciéndosele de noche. Voto de sus enemigos. Es llevado á Cesarea: se le acusa y se defiende ante el presidente Feliz. Porcio Festo y su conducta con San Pablo quien comparece y habla en presencia del rey Agripa y su corte. 121

CAPÍTULO XV.

Habiendo apelado San Pablo al César, se le envia á Roma. Tempestad: naufragio. Pica al Apóstol una víbora en Malta, donde cura

muchos enfermos. Continúa su viaje á Roma: su apostolado en esta capital. San Lucas. Santiago el Menor. 133

CAPÍTULO XVI.

Últimos viajes de San Pablo. Predica en España segun la tradicion. Los siete varones apostólicos. Primera persecucion de Neron. Triunfo de San Pedro sobre Simon Mago. . . 141

CAPÍTULO XVII.

Continuacion de la persecucion de Neron. Se aparece el Salvador á San Pedro. Conversiones en la cárcel Mamertina. Martirios de San Pedro y San Pablo: monarquía cristiana que dejaron fundada: monumentos antiguos de la piedad de los fieles para con estos dos Apóstoles. Mencion de varios mártires. Epístola á Diogneto. San Lino. 148

CAPÍTULO XVIII.

Prodigios que precedieron á la ruina de Jerusalem. Guerra judáica. Cumplimiento de las profecías. 155

CAPÍTULO XIX.

Continuacion del sitio de Jerusalem. Horrores. Destruccion de Jerusalem y del templo. . . . 163

CAPÍTULO XX.

San Clemente Papa. Muerte de Neron. Sus sucesores. Segunda persecucion general por Domiciano. Introduccion del cristianismo en las Galias. Verdad de la tradicion de que evangelizaron la Provenza Santa María Magdalena, San Lázaro etc. recientemente confirmada por una obra del abate Faillon. . . . 170

CAPÍTULO XXI.

San Juan Evangelista es arrojado en una tina de aceite hirviendo, y luego desterrado á la isla de Patmos. Los parientes del Salvador. Muerte de Domiciano. San Juan Evangelista de vuelta al Asia: convierte á un famoso ladron: maravillas que obra. Especial tema de sus últimas exhortaciones. 176

CAPÍTULO XXII.

Primeros heresiarcas. 183

CAPÍTULO XXIII.

Escritores inspirados. 193
Escritores del primer siglo. 196

CAPÍTULO XXIV.

Carácter de los sucesos del primer siglo. . . . 202
Santos, que en el siglo I florecieron en Es-

pañã segun los datos consignados por el P. Enrique Florez en su España Sagrada. .	208
Santas españolas del primer siglo segun el P. Enrique Florez en su España Sagrada. .	209

SIGLO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Persecucion de Trajano: carta de Plinio el jóven á este Emperador: su respuesta y con- secuencias de ella. Martirio de San Simeon, Obispo de Jerusalem: interesantes noticias acerca de su episcopado. San Ignacio, Obis- po de Antioquía en presencia de Trajano: su patético viaje á Roma: su abrazo con San Policarpo: su epístola á los romanos: su muerte en el anfiteatro.	211
--	-----

CAPÍTULO II.

Fundamentos en que el historiador Rohrbacher apoya su opinion acerca de San Dionisio, primer Arzobispo de Paris. Dilatacion del cris- tianismo. Rebelion de los judíos y su castigo. Varios pareceres de Adriano acerca de los cristianos: los persigue. Martirio de Santa Sinfrosa y de sus siete hijos. Mencion de otros varios mártires de aquel tiempo. Suble- vacion del judío Barcoquebas. Triste espec- táculo de la nacion judáica descrito por San Gerónimo. Version de Aquila.	223
--	-----

CAPÍTULO III.

Hereges. El filósofo y mártir San Justino: sus luchas con los hereges: su apología del cristianismo. Inscricion hallada en el sepulcro del mártir San Alejandro. Persecuciones. Conducta de Antonino Pio: su rescripto favorable á los cristianos. Marco Aurelio. Martirio de Santa Felicitas y de sus siete hijos. Mártires en el Asia: San Policarpo. 237

CAPÍTULO IV.

Segunda apología de San Justino: su martirio y el de sus compañeros. Prodigio alcanzado por la legion fulminante. Célebres mártires de las Galias. La persecucion fué general. . 254

CAPÍTULO V.

Historia del martirio de los Santos españoles Facundo y Primitivo. Hereges. 270

CAPÍTULO VI.

Mártires de la persecucion de Marco Aurelio. Apología de Atenágoras, de San Meliton, de San Cláudio Apolinar, del filósofo Milciades. Apostasía de Teodoto. Embajada de Lucio rey de la Gran Bretaña al Papa San Eleuterio. Cómodo emperador. Alocucion de Apolonio al senado romano. Hereges marcosianos. San Ireneo, San Panteno: su apostolado en las Indias. Clemente Alejandrino. 291

HISTORIA DE LA IGLESIA.—TOMO I. 27

CAPÍTULO VII.

Disputa y Concilios sobre el dia que debia celebrarse la pascua. Desobediencia de Polícrates Obispo de Éfeso. Tertuliano. Severo emperador. Causas de muchas conversiones. Prodigios que Dios obraba. Insignes sabios de esta época. Los filósofos paganos se aprovechan de las luces del cristianismo en pró de la idolatría. Persecuciones. Mártires Scilitanos. 302

CAPÍTULO VIII.

Escritores cristianos. 315

CAPÍTULO IX.

Carácter de los sucesos del siglo II. 320

SIGLO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Persecucion de Severo. Martirio de San Leonidas: principios de su hijo Orígenes: sus tempranas virtudes: se le confia la cátedra de los catecúmenos en Alejandría. Martirio de las Santas Perpétua y Felicitas y de sus compañeros Secúndulo, Saturnino, Saturo y Revocato. San Ceferino Papa. 335

CAPÍTULO II.

Martirios de San Rutilio, Santa Potamiana, San Basílides y Santa Marcela. Celo, heroísmo y vida admirable de Orígenes. San Alejandro. Clemente Alejandrino: sus obras. Martirio de San Ireneo y de su pueblo: id. de los Santos Feliz presbítero y de los diáconos Fortunato y Aquileo. Varios otros mártires de las Galias. Prodigios para la conversion del apóstata Natal. Disputa filosófica y conversion de Cecilio: Minucio Feliz. El Papa San Calixto. 351

CAPÍTULO III.

Persecucion del Gobernador Scápula en el África. Prodigios en Cartago. Antonino Caracalla emperador. Viaje de Orígenes á Roma. Escuela neoplatónica de Alejandría fundada por Ammonio Saccas: Orígenes se hace discípulo de este filósofo, y sus doctrinas le malean y empecen. Triunfos de los neo-platónicos en su lucha científica con los Gnósticos. Conversion de Ambrosio. Viajes de Orígenes; honrosas distinciones que le hacen elevados personajes: Mamea, madre del emperador Alejandro. San Narciso, Obispo de Jerusalem. San Alejandro. El emperador Alejandro Severo favorable á los cristianos. Templos cristianos. Animadversion de Ulpiano

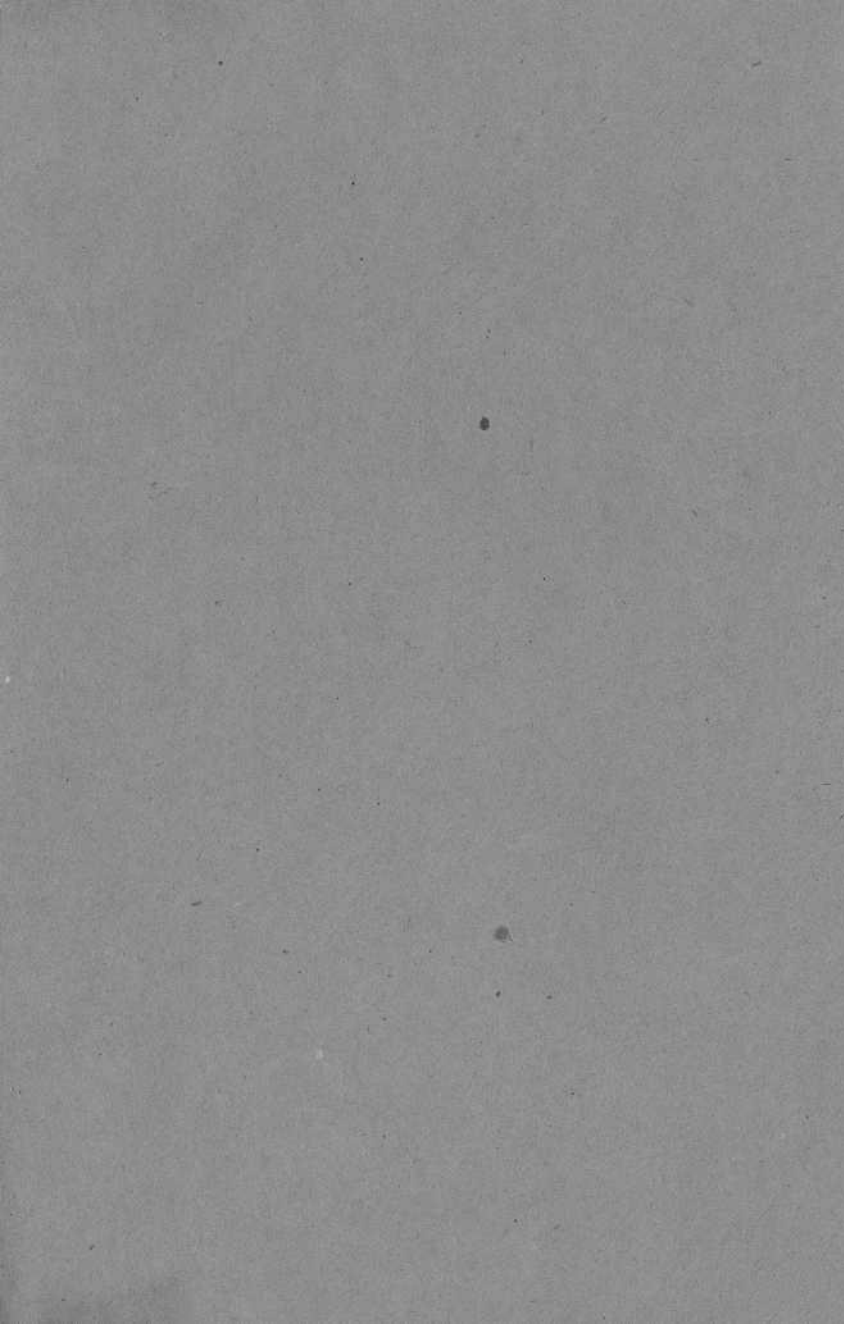
prefecto del pretorio. Ambrosio y Orígenes, el cual es ordenado de sacerdote en Palestina y depuesto y condenado por un Concilio alejandrino. Atenodoro y Gregorio de Neocesarea. 366

CAPÍTULO IV.

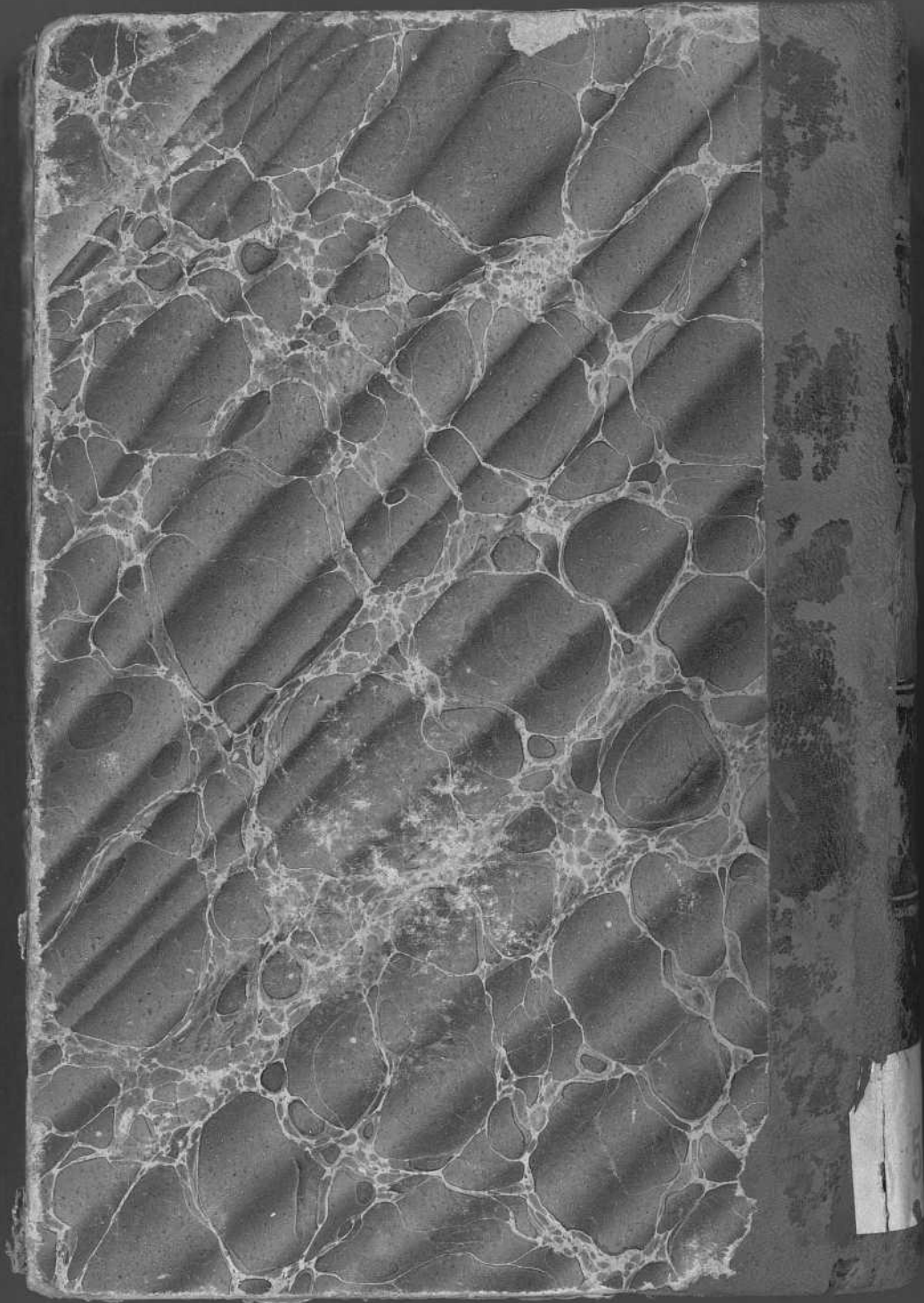
Persecucion de Maximino. Ambrosio cargado de cadenas. Orígenes, que estaba escondido en Capadocia, le dirige un libro para animarle al martirio. Muerte de Maximino. San Gregorio hecho Obispo de Neocesarea: se le aparece la Santísima Virgen con San Juan Evangelista. Prodigios de su viaje. Milagros y conversiones en Neocesarea. San Alejandro el Carbonero. Filipo emperador. Orígenes es llamado por dos veces al Arabia, convirtiéndose en su primer viaje á Berilo, Obispo de Bostres, y en el segundo á unos hereges, que negaban la inmortalidad del alma. Reflexiones sobre Orígenes: sus obras y sus errores: mencion de las de Tertuliano y de sus heréticos extravíos. San Cipriano: sus obras y su mérito literario. Sumos Pontífices. Varios hereges y sectas. 381

ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
7. . . .	22.	merecen.	merece.
95. . . .	21.	Bernarbé.	Bernabé.
139. . . .	20.	esbribió.	escribió.
237. . . .	26.	viríud.	virtud.
248. . . .	20.	precio.	premio.
279. . . .	17.	estuviésemos. . . .	estemos.
307. . . .	11.	Procolo.	Prócolo.
307. . . .	19 y 20.	que eran.	eran.
382. . . .	24.	hazaña.	saña.
393. . . .	16.	insoldable.	insondable.







ALVARO GARCIA GONZALEZ

HISTORIA
DE LA
IGLESIA
EN SUS
PRIMEROS
SIGLOS

BENITO ZALBA

PRIMERA EDICION 1907

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD

5888